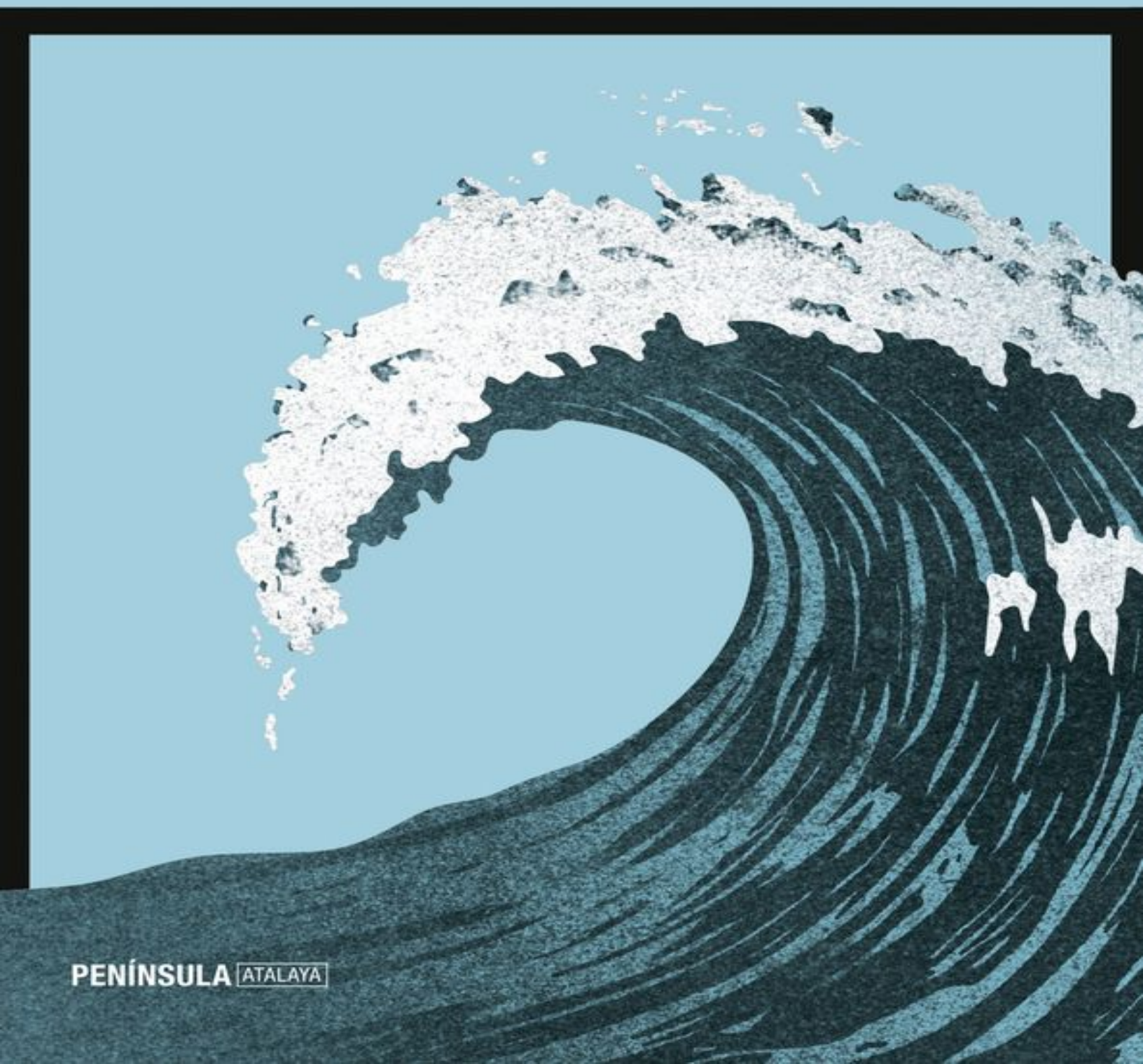
Roger Eatwell
y Matthew Goodwin

Nacionalpopulismo

Por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia

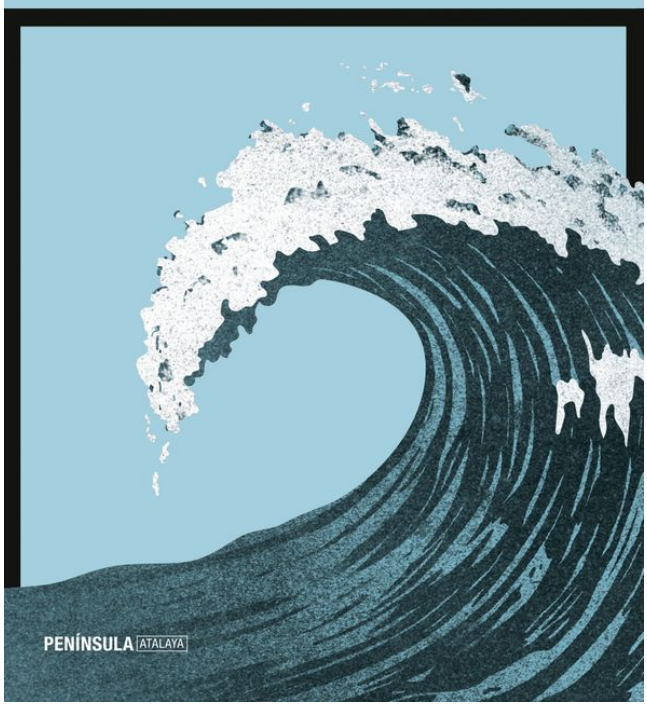


PENÍNSULA ATALAYA

Roger Eatwell
y Matthew Goodwin

Nacionalpopulismo

Por qué está triunfando y de qué forma
es un reto para la democracia



PENÍNSULA ATALAYA

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

- Por qué es necesario este libro
- Las cuatro palabras clave
- La llegada de una revuelta importante
- Hacia el pospopulismo

1. MITOS

- Declaraciones engañosas y el ciclo vital
- ¿Hombres mayores blancos y enfadados?
- Una alianza diversa
- Las principales líneas de fractura
- Ahondar en las principales inquietudes

2. PROMESAS

El estilo populista
Las bases ideológicas del populismo
Las bases ideológicas del fascismo
¿Un nuevo fascismo o una extrema derecha?
Nacionalpopulismo

3. DESCONFIANZA
Democracia directa y liberal
El temor a las masas
El poder de las élites de «gobierno» internacionales
La élite cerrada
Demócratas desconfiados

4. DESTRUCCIÓN
Hipercambio étnico
Miedo a la destrucción
¿Son racistas los votantes nacionalpopulistas?
¿Enclaves blancos amenazados?
¿Nacionalismo irracional?
Mirando al futuro

5. PRIVACIÓN
La legitimación del capitalismo incipiente
El capitalismo del bienestar y la Edad de Oro
La Nueva Derecha y el neoliberalismo
El rechazo popular
El aumento de la desigualdad
Privación relativa

6. DESALINEAMIENTO
La «época clásica» del alineamiento
El conflicto cultural

Romper los lazos
El aumento de la inestabilidad
Trabajadores apáticos y abstencionistas
El desmoronamiento de la socialdemocracia

Conclusiones. HACIA EL POSPOPULISMO
Las «cuatro palabras clave»
Nacionalpopulismo ligero

BREVE GUÍA BIBLIOGRÁFICA

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

SINOPSIS

En todo Occidente, hay una marea creciente de personas que se sienten muy lejos de los partidos políticos tradicionales y que cada vez se muestran más hostiles hacia las minorías, los inmigrantes y la economía neoliberal. Muchos de esos votantes acaban sintiéndose atraídos por los partidos populistas, que han empezado a cambiar el rostro de las democracias liberales de Occidente: Estados Unidos, Francia, Austria, Reino Unido y también España.

Se dice que este giro radical es el último alarido de rabia de un electorado cada vez más mayor y que está al borde de la extinción. Que sus líderes son fascistas y sus políticas antidemocráticas; que su existencia transcurre al margen de la democracia liberal. Pero nada más lejos de la realidad. Escrito por dos de los principales expertos en fascismo y el auge del nacionalpopulismo, este lúcido ensayo, fruto de una larga investigación, es un manual imprescindible para entender este fenómeno de nuestro cambiante panorama político. En él, y desafiando el pensamiento convencional, Eatwell y Goodwin apuestan por entender las ideas populistas y los motivos que mueven a sus votantes a apoyarlas. Por una razón de peso: de ello depende la salud de nuestra democracia.

Roger Eatwell
Matthew Goodwin

Nacionalpopulismo

Por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia

Traducción de María Eugenia Santa Coloma

ediciones península

PRÓLOGO

En gran parte de Occidente, sobre todo en Europa y en Estados Unidos, el nacionalpopulismo es actualmente una fuerza importante. En nuestro libro argumentamos que, para encontrarle el sentido a este movimiento, necesitamos retroceder y analizar en profundidad las tendencias a largo plazo que han estado remodelando nuestras sociedades durante decenios, si no más tiempo.

Somos académicos que hemos dedicado muchos años de investigación a este tema. Roger Eatwell está especializado en partidos políticos, tradiciones e ideas, como el fascismo, que, por razones que explicaremos, es distinto del nacionalpopulismo. Matt Goodwin es un sociólogo político que analiza por qué un número cada vez mayor de personas en todo Occidente están abandonando las corrientes principales a favor del nacionalpopulismo. Esperamos ofrecerles a los lectores una perspectiva singular sobre lo que se ha convertido, en tan solo un breve periodo, en uno de los movimientos más controvertidos, aunque incomprendido, de nuestros tiempos.

Numerosas personas han colaborado o hablado con nosotros sobre estas cuestiones. Son demasiados para citarlos de forma individual, pero queremos dar especialmente las gracias a Noah Atkinson, Jonathan Boyd, Bobby Duffy, Harold Clarke, Stefan Cornibert, David Cutts, James

Dennison, James Eatwell (quien ayudó a actualizar esta edición en español), Judith Eatwell, Jane Farrant, Robert Ford, Craig Fowlie, David Goodhart, Oliver Heath, Simon Hix, Eric Kaufman, Marta Lorimer, Nonna Mayer, Fiona McAdoo, Caitlin Milazzo, Michael Minkenberg, Brian Neve, Mark Pickup, Jon Portes, Jacob Poushter, Jens Rydgren, Thomas Raines, Bruce Stokes y Paul Whiteley.

Y por último, pero no por ello menos importante, quisiéramos agradecer a nuestro agente literario Charlie Brotherstone, de Brotherstone Creative Management, sus valiosos comentarios y su apoyo; a Chloe Currens, nuestra editora en Penguin Books, una serie de observaciones tremendamente útiles que nos hizo de una versión anterior; a Linden Lawson, nuestra dinámica correctora editorial, y al eficaz equipo de marketing de Penguin formado por Isabel Blake y Julie Woon.

Cualesquiera errores o fallos que aparezcan en el texto son totalmente de nuestra responsabilidad.

R. E. y M. G., julio de 2018

INTRODUCCIÓN

Este libro habla del nacionalpopulismo, un movimiento que, a principios de este siglo, está cuestionando cada vez más la política dominante en Occidente. Su auge ha sido particularmente notable en numerosos países europeos y en Estados Unidos, pero existen otras manifestaciones importantes, como la victoria de Jair Bolsonaro en las elecciones presidenciales de Brasil en 2018. Los nacionalpopulistas dan prioridad a la cultura y los intereses de la nación, y prometen dar voz a quienes sienten que las élites, a menudo corruptas y distantes, los han abandonado e incluso despreciado.

Es una ideología basada en corrientes muy profundas y duraderas que han ido girando bajo nuestras democracias y adquiriendo fuerza con el paso del tiempo. En esta obra examinaremos estas corrientes y expondremos un panorama general de cómo está cambiando la política en Europa y Estados Unidos. Nuestro argumento general es que el nacionalpopulismo ha llegado para quedarse.

Decidimos escribir este libro en 2016, en medio de dos momentos que convulsionaron a Occidente: cuando el multimillonario y famoso hombre de negocios Donald Trump fue nombrado oficialmente candidato republicano a la presidencia y derrotó a Hillary Clinton en la carrera hacia la Casa Blanca, y cuando más de la mitad de los electores del Reino Unido

sorprendieron al mundo al votar por el *brexit* y optaron por la retirada de su país de la Unión Europea (UE), una organización a la que se habían unido en la década de 1970.

Pocos analistas vieron venir estos resultados. Solo dos semanas antes de las elecciones presidenciales de 2016, el *New York Times* comunicó con confianza a sus lectores, gracias a los pronósticos electorales, que Hillary Clinton tenía un 93 % de posibilidades de obtener la presidencia. Otros establecieron esa cifra en un 99 %, y reflexionaron sobre si Clinton podría convertir a Texas en azul[*] en su camino a la Casa Blanca.

En el Reino Unido se pidió a más de trescientos expertos, periodistas y encuestadores que predijeran qué ocurriría en el referéndum de 2016, y el 90 % pensó que los votantes británicos elegirían permanecer en la Unión Europea. Hacer apuestas en política es legal en el Reino Unido; de este modo, si se apostase por el *brexit* el día del referéndum, se podría obtener un beneficio de 300 libras esterlinas por la mañana y 900 por la noche. El pensamiento colectivo estaba seguro de que ganarían los *remain*,[**] a pesar de que la mayoría de las encuestas en línea sugerían lo contrario.

El ingeniero estadounidense William Deming señaló en una ocasión: «Confiamos en Dios; todos los demás aportan datos». A pesar de que vivimos en una época en la que disponemos de más datos que nunca antes, casi nadie hace una lectura correcta de la opinión pública. Creemos que esto se debe a que hay demasiadas personas que se centran en el futuro inmediato y no tienen en cuenta los cambios históricos de la política, la cultura y la economía que en la actualidad afectan seriamente a nuestras elecciones.

Los nacionalpopulistas surgieron mucho antes de la crisis financiera que estalló en 2008 y de la Gran Recesión que la siguió. Sus partidarios son más diversos que el estereotipo de «hombres mayores blancos y enfadados», quienes, como se dice a menudo, pronto serán sustituidos por una generación de *millennials* tolerantes. En realidad, el *brexit* y Trump fueron la antesala del auge mucho mayor de los nacionalpopulistas en Europa, como Marine Le Pen en Francia, Matteo Salvini en Italia y Viktor Orbán en

Hungría, que forman parte de una revuelta creciente contra la política convencional y los valores liberales.

Este desafío a la corriente liberal dominante no es en general antidemocrático. En cambio, los nacionalpopulistas se oponen a determinados aspectos de la democracia liberal, como ha pasado en Occidente. A diferencia de las reacciones histéricas con las que fueron acogidos Trump y el *brexit*, quienes apoyan estos movimientos no son fascistas que quieren derribar nuestras principales instituciones políticas. Sí lo es una pequeña minoría, pero muchos muestran preocupaciones lógicas porque estas instituciones no representan a la sociedad en su conjunto, y, en todo caso, se están quedando cada vez más abandonados a su suerte con respecto al ciudadano medio.

Poco antes de que Trump llegara a la Casa Blanca, más de la mitad de los estadounidenses blancos sin títulos universitarios sentían que Washington no representaba a ciudadanos como ellos, mientras que justo antes de la victoria del *brexit*, aproximadamente uno de cada dos trabajadores del Reino Unido sentía que «personas como ellos» ya no tenían voz en el debate nacional.[1] En medio de grandes escándalos sobre los grupos de presión, el «dinero negro», el abuso del gasto parlamentario, los discursos lucrativos a los principales bancos y la «política de puertas giratorias», en la que los antiguos políticos aprovechan sus contactos para financiar acuerdos privados, ¿acaso es de extrañar que numerosos ciudadanos hoy en día cuestionen abiertamente la integridad de sus representantes?

Algunos líderes nacionalpopulistas, como Viktor Orbán en Hungría, hablan de crear una forma nueva de «democracia iliberal», que plantea cuestiones preocupantes sobre los derechos democráticos y la demonización de los inmigrantes. Sin embargo, muchos votantes nacionalpopulistas quieren más democracia; más referéndums y más políticos comprensivos y que escuchen, para otorgar más poder a los ciudadanos y menos a las élites políticas y económicas existentes. Esta idea «directa» de democracia difiere de la «liberal» que ha surgido en Occidente tras la derrota del fascismo y

que, como veremos en el capítulo 3, ha ido adquiriendo progresivamente un carácter elitista.

El nacionalpopulismo también plantea interrogantes democráticos legítimos que millones de personas desean debatir y abordar. Cuestionan el modo en que las élites se han ido aislando cada vez más de las vidas y las inquietudes de la gente corriente. Cuestionan el deterioro del Estado nación, al que ven como la única estructura que ha demostrado ser capaz de organizar nuestras vidas sociales y políticas. Cuestionan la capacidad de las sociedades occidentales para absorber rápidamente las tasas de inmigración y un «hipercambio étnico» sin precedentes en la historia de la civilización moderna. Cuestionan por qué el acuerdo económico actual de Occidente está creando sociedades con grandes desigualdades y abandona a determinados sectores de la ciudadanía, y si el Estado debería dar prioridad en el empleo y en la ayuda social a quienes han pasado sus vidas contribuyendo al fondo nacional. Cuestionan los programas cosmopolitas y de globalización, y preguntan si se nos tiene en cuenta y qué tipo de sociedades crearán. Y algunos preguntan si todas las religiones respaldan los aspectos principales de la vida moderna en Occidente, como la igualdad y el respeto por las mujeres y las comunidades LGTB. No existe la más mínima duda de que algunos nacionalpopulistas viran hacia el racismo y la xenofobia, sobre todo hacia los musulmanes, si bien esto no debería apartarnos de que también aprovechan la inquietud pública, generalizada y legítima, en una serie de ámbitos.

Este movimiento necesita examinarse como un todo porque tiene carácter internacional. Muchos de nuestros debates sobre política son muy cerrados: nos centramos aisladamente en nuestros propios países. Los estadounidenses acostumbran a interpretar a Trump solo desde la perspectiva de la política estadounidense. Sin embargo, pueden aprender mucho de Europa, como ya están haciendo sus nacionalpopulistas. Por este motivo, en 2018, el antiguo jefe de estrategia de Trump, Steve Bannon, recorrió Europa y se reunió con varios líderes nacionalpopulistas, como Marine Le Pen en Francia, en países que han estado luchando contra ellos

durante algún tiempo. Mucho antes de esto, el propio Trump mantenía unos vínculos estrechos con Nigel Farage, partidario de la salida del Reino Unido de la Unión Europea y antiguo líder del Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP), quien a su vez mantenía lazos con los populistas europeos, como Alternativa para Alemania, que se abrió paso en 2017 e hizo añicos el viejo mito de que el populismo nunca triunfaría en el país que dio al mundo el nacionalsocialismo.[2]

Otros controvertidos personajes populistas visitan con frecuencia Estados Unidos. Es el caso de Geert Wilders, de los Países Bajos, quien se jacta vilmente de que Europa se está «islamizando» y ha logrado el apoyo de congresistas republicanos como Steve King, y de miembros de la dinastía Le Pen en Francia, que han asistido a la Conferencia de Acción Política Conservadora estadounidense. En la Unión Europea, una gran alianza denominada Europa de las Naciones y de las Libertades agrupa a los nacionalpopulistas de diversos países, como Austria, Bélgica, el Reino Unido, Francia, Alemania, Italia, los Países Bajos, Polonia y Rumanía. Si nos fijamos únicamente en Trump o en el *brexit*, pasamos por alto las tendencias más generales.

Por qué es necesario este libro

Trump, el *brexit* y las revueltas en Europa han alimentado un gran interés por el populismo: qué es, quién lo vota y por qué es importante. En los próximos años existirán un sinfín de libros, artículos y, sin lugar a dudas, películas sobre estas cruzadas políticas que se libran en nombre del pueblo; es lo que Trump llama la «mayoría silenciosa», Farage «el ejército del pueblo» y Le Pen «la Francia olvidada».

Sin embargo, vemos problemas en este debate tal y como se está desarrollando hoy. A menudo está desvirtuado por suposiciones erróneas, sesgos y una abrumadora obsesión por el futuro inmediato, con el aquí y ahora. Mucho de lo que se ha escrito comprende afirmaciones engañosas

sobre las raíces del nacionalpopulismo y sus partidarios, como la idea de que esta inestabilidad no es más que una protesta pasajera en respuesta a la crisis financiera que surgió en 2008, la posterior austeridad o la crisis de los refugiados que se ha extendido por Europa desde 2014. Existen ideas esperanzadoras para quienes se aferran a la creencia de que las «actividades normales» se reanudarán pronto, una vez que torne el crecimiento económico y disminuya o se detenga por completo la corriente de refugiados. Pero estas ideas son erróneas.

A muchos autores que afirman ser imparciales también les resulta difícil evitar verse influidos por su propia simpatía hacia la política liberal y de izquierdas (en Estados Unidos, el término *liberal* se suele usar como sinónimo de «izquierda», más que en su sentido histórico de defensa de la libertad individual y los derechos, al que los estadounidenses se refieren como «libertarianismo»). Esto no significa que todos los que escriben sobre populismo sean parciales. Se han hecho aportaciones importantes. Algunos expertos, tal vez no muy conocidos para los lectores, como Piero Ignazi y Jens Rydgren, señalaron que estas revueltas en Europa tardaron mucho en gestarse. Pensadores como Margaret Canovan han mostrado que el populismo es una forma alternativa de política democrática y permanecerá con nosotros hasta que tengamos democracia. Pero muchos no dudan en condenar antes que reflexionar y creen en estereotipos que se corresponden con su propia perspectiva antes que poner en duda las afirmaciones consultando los datos reales.

Pensemos en un par de reacciones habituales a la elección de Trump. David Frum, un antiguo redactor de discursos para George W. Bush, escribió acerca de la «Trumpocracia», algo que él ve como una amenaza autoritaria a la democracia liberal y la paz mundial, encabezada por un presidente que acusó a Hillary Clinton y al «pantano de Washington» de corrupción endémica antes de crear su propia Casa Blanca cleptocrática y nepotista.[3] O los psicólogos profesionales que se prestaron a diagnosticar la conducta de Trump, pese a la prohibición de la Asociación Estadounidense de Psiquiatría de diagnosticar a los políticos a los que

nunca habían evaluado personalmente, por presentar síntomas de problemas fundamentales como la ira, el narcisismo maligno y la impulsividad, que plantean interrogantes sobre su capacidad para gobernar y proteger la paz mundial.[4] Existen buenas razones para estar preocupados por Trump a causa de su carácter, su criterio ético y su temperamento, como la tendencia, sin hechos que la justifiquen, a incendiar Twitter con sus impertinencias. No obstante, centrarnos en su personalidad no nos ayuda a comprender el origen popular de la revuelta que ha fomentado su ascenso y el de otros como él en Europa.

A pesar de que muchos nacionalpopulistas en Europa no ejercen su cargo, son objeto de casi el mismo tratamiento. Se los rechaza por extremistas, porque su política autoritaria y racista supone una seria amenaza a la democracia liberal y a las minorías. Peor aún, muchos alegan que son «fascistas», heraldos de un resurgimiento peligroso de la dictadura. Poco antes de las elecciones presidenciales de 2017 en Francia, la revista estadounidense *Vanity Fair* preguntó: «¿Puede Marine Le Pen hacer que el fascismo se convierta en una corriente dominante?», al tiempo que un destacado intelectual francés, Bernard-Henri Lévy, replicó que «Francia actualmente no está preparada para un régimen fascista», insinuando que pronto podría estarlo.[5]

En los debates populares, el término *fascista* ha degenerado en poco más que un término de abuso. Pero las inquietudes sobre Trump han hecho que los insultos se hayan extendido incluso a los historiadores especializados en los años turbulentos de entreguerras. Tim Snyder, historiador de Yale, advirtió de la aparición de la tiranía y comparó las reuniones de la orquestada campaña de Trump de 2016, machista y narcisista, con los mítines nazis, y añadió que sus mentiras «posverdad son un prefascismo». La historiadora de la Universidad de Nueva York Ruth Ben-Ghiat declaró que los ataques de Trump sobre determinados aspectos de la democracia liberal, como la libertad judicial y de los medios de comunicación, supone que los estadounidenses «no pueden excluir la voluntad de realizar un tipo de golpe de Estado», y que su agresiva

«ofensiva [...] nos obliga a tomar partido». Otros señalan el riesgo de un autoritarismo progresivo mediante políticas, como el nombramiento de conservadores para el tribunal, algo que es más plausible, aunque se trata de una visión basada en gran medida en una especulación polémica más que en un análisis detallado del panorama general (por ejemplo, los grandes avances de los demócratas en las elecciones a la Cámara de Representantes de 2018, que pusieron fin al control republicano del Congreso).[6] Con demasiada frecuencia se centra la atención en lo que podría haber ocurrido en lugar de lo que está sucediendo en este momento.

Mientras tanto, se ridiculiza y se desestima a quienes votaron por los nacionalpopulistas llamándolos «palurdos», «paletos», «*chavs*»[*] o «*Little Englanders*».[**] Hillary Clinton describió a la mitad de los simpatizantes de Trump como una «cesta de deplorables», ciudadanos cuyos puntos de vista eran «racistas, sexistas, homófobos, xenófobos, islamófobos o lo que sea». En el Reino Unido, el primer ministro David Cameron se mofó de quienes estaban a favor del *brexit* y los llamó un puñado de «zumbados, chalados y racistas encubiertos», mientras que los columnistas de los principales periódicos instaron a los dirigentes políticos de Westminster a que dieran la espalda a las zonas en conflicto de Inglaterra que estaban a punto de detener el *brexit*. Hoy en día vivimos en una época en la que cada vez hay más personas que hacen campaña para asegurarse de que se garantizan los derechos, la dignidad y el respeto para todos en la sociedad, aunque es difícil imaginar que se trate a ningún otro grupo con tanto desprecio.

Nuestra obsesión colectiva por el futuro inmediato está poniendo freno a nuestro modo de pensar. ¿Por qué fue elegido Trump? ¿Por qué los ciudadanos votaron por el *brexit*? ¿Por qué existen millones de personas en Europa que votan a los nacionalpopulistas? Las respuestas a estas preguntas habitualmente no perciben las profundas corrientes que han ido girando bajo nuestras democracias.

La victoria de Trump se ha atribuido en gran medida a una serie de factores en el «aquí y ahora»: la influencia de Steve Bannon durante la fase

final de la carrera presidencial en 2016, que propugnó un llamamiento más populista y patriarcal; las acusaciones que afirmaban que la victoria de Trump se debió a un complot con Rusia, y la manipulación, respaldada por Rusia, de redes sociales como Facebook y Twitter. Independientemente de la verdad que se esconda tras estas alegaciones, la obsesión por el futuro inmediato no nos dice nada sobre por qué muchos estadounidenses se sentían tan al margen de la corriente dominante o por qué, como han demostrado los estudios, los estadounidenses blancos sin títulos universitarios se pasaron al otro bando y se fueron con los republicanos mucho antes de que Trump anunciara incluso su candidatura.

De modo análogo, desde la victoria del *brexit*, los *remainers*, que querían que el Reino Unido permaneciese en la Unión Europea, han sugerido que los trabajadores blancos de edad que viven fuera del Londres cosmopolita eran demasiado estúpidos para reconocer las maravillas de la inmigración y la integración europea. Algunos sostienen que el *brexit* solo ganó porque Rusia utilizó robots en línea para manipular las redes sociales o que, durante la campaña, los partidarios de la salida del Reino Unido de la Unión Europea «mintieron» alegando que el *brexit* permitiría destinar pagos de hasta 350 millones de libras esterlinas semanales de la Unión Europea al Servicio Nacional de Salud británico, que se encuentra en dificultades. Una vez más, independientemente de la validez de estas afirmaciones, centrarnos en el futuro inmediato nos aleja de dar un paso atrás para poder apreciar las tendencias más generales que hicieron posible este momento político histórico.

El *brexit* y Trump se metieron rápidamente en el mismo saco en los debates internacionales sobre una «reacción violenta de la clase trabajadora blanca». Pero si se observan los datos detenidamente, como veremos en el próximo capítulo, se aprecia que estas conclusiones simplistas están lejos de la realidad. Los autores de Occidente están haciendo afirmaciones genéricas sobre los ciudadanos que votan a los nacionalpopulistas, aunque casi ninguno de ellos analiza las numerosas pruebas que se han generado en las ciencias sociales en los últimos cuarenta años. Unas breves visitas

periodísticas al Rust Belt[*] o a algunas de las degradadas localidades costeras de Inglaterra contribuyen a presentar una imagen de los hombres mayores blancos, rudos e intolerantes. Pero muchos votantes de Trump eran relativamente acomodados, mientras que en Europa muchos de los que se agrupan para apoyar a los nacionalpopulistas no son ni racistas ignorantes ni tan ancianos. Algunos incluso están a favor del colectivo LGBT, pero al mismo tiempo desconfían profundamente de la capacidad del islam para adaptarse a la democracia liberal.

La búsqueda de «un tipo» de simpatizante y «un motivo» tampoco ayuda. Trump y el *brexit* hicieron un llamamiento a una alianza amplia y flexible de socialconservadores de clase media y obreros, que juntos rechazaron el consejo de las élites mundiales representadas por David Cameron, quien asistió a un colegio privado y estudió en Oxford, y por Barack Obama, que estuvo en dos universidades de la Ivy League y hablaba con el acento claro y la soltura de un profesor de Derecho de la costa este.

Trump atrajo no solo a obreros preocupados por la inmigración, sino también a republicanos tradicionales bastante acomodados, así como a uno de cada tres hombres latinos y un apoyo considerable por parte de grupos minoritarios concretos, como los estadounidenses de origen cubano. El *brexit* no solo triunfó en 140 distritos con una fuerte presencia de la clase trabajadora que votó tradicionalmente por el Partido Laborista de izquierdas, sino que también fue refrendado por uno de cada tres votantes de raza negra y pertenecientes a minorías étnicas del Reino Unido y aproximadamente por la mitad de las personas entre treinta y cinco y cuarenta y cuatro años.

El deseo de la salida del Reino Unido de la Unión Europea fue una opinión mayoritaria no solo en los condados conservadores ricos y con una mayoría blanca como Hampshire, sino también en zonas con una diversidad étnica como Birmingham, Luton y Slough. En estas comunidades, las minorías asentadas veían a los trabajadores inmigrantes procedentes de otros Estados miembro de la Unión Europea no únicamente como una amenaza a su propio puesto de trabajo, sino además como beneficiarios de

un trato preferente sobre sus propios familiares y amigos que deseaban venir desde fuera de Europa. Los titulares que rezaban «Reacción violenta de la clase trabajadora blanca y enfadada» pasan por alto estos matices.

Siempre se suscitarán interrogantes sobre lo que podría haber sido. Si Hillary Clinton hubiese librado una campaña menos arrogante, si hubiese inspirado a más *millennials* titulados y afroamericanos a que votaran, si hubiese dedicado más esfuerzos en los 209 condados que votaron dos veces por Obama antes de pasar a apoyar a Trump, si hubiese iniciado un diálogo más significativo con los blancos que carecían de títulos universitarios en los estados clave del Rust Belt y que superan con facilidad a los titulados, entonces las cosas podrían haber sido distintas.

En el Reino Unido, si Boris Johnson, el carismático político conservador y admirador de Winston Churchill, no hubiese decidido en el último momento hacer campaña a favor del *brexit*, si el *brexit* no hubiese recibido un sorprendente impulso de unos dos millones de «no votantes» que tendían a rehuir la política y si los estrategas *remain* a favor de la Unión Europea no hubiesen tomado una decisión consciente para ignorar por completo el tema de la inmigración, la mayor preocupación para los *leavers*,[*] entonces el Reino Unido podría haber permanecido en la Unión Europea.

En política, siempre existirá el «¿qué pasaría si...?». Sin embargo, este tipo de especulación no ayuda, puesto que nos impide hacernos una idea más profunda y sofisticada de por qué exactamente se producen cambios constantes en nuestro ámbito político. Incluso si el resultado hubiese sido distinto, el apoyo al *brexit* y a Trump habría sido importante. Marine Le Pen se consideró acabada cuando fracasó en su intento por convertirse en presidenta de Francia, pero todavía tenemos que llegar a comprender por qué atrajo a uno de cada tres electores franceses —entre ellos muchos menores de cuarenta años— y por qué movimientos como la Liga en Italia y el Partido de la Libertad de Austria y los Países Bajos han registrado en los últimos años un rápido aumento y han alcanzado a menudo niveles de apoyo sin precedentes.

Para comprender verdaderamente qué está ocurriendo, debemos determinar el origen de estas revueltas populistas mucho más allá. Más que examinar los movimientos individuales y los líderes, en este libro nos centraremos en el panorama general y plantearemos dos grandes argumentos.

Las cuatro palabras clave

No podemos dar sentido a estas revueltas sin comprender cómo estas tendencias a largo plazo han estado remodelando la política en Occidente durante decenios. El nacionalpopulismo gira en torno a un conjunto de cuatro transformaciones sociales profundas que son la causa de la creciente preocupación entre millones de personas en Occidente. Nos referimos a estos cuatro cambios históricos como las «cuatro palabras clave». Suelen basarse en reivindicaciones legítimas, y es poco probable que desaparezcan a corto plazo.

La primera es el modo en que la naturaleza elitista de la democracia liberal ha fomentado la *desconfianza* hacia los políticos y las instituciones y ha alimentado la sensación entre numerosos ciudadanos de que ya no tienen voz en el debate nacional. La democracia liberal siempre ha tratado de minimizar la participación de las masas. Pero, en los últimos años, la distancia cada vez mayor que existe entre los políticos y los ciudadanos de a pie ha llevado a una ola creciente de desconfianza, no solo hacia los partidos mayoritarios, sino también hacia instituciones como el Congreso de Estados Unidos y la Unión Europea, una tendencia claramente indicada por los sondeos y otros datos. Nunca hubo una época dorada en que los sistemas políticos representaran a todos en la sociedad, y en los últimos años se han dado pasos importantes para garantizar que los grupos históricamente marginados, como las mujeres y las minorías étnicas, desempeñen un papel más importante en los órganos legislativos. Pero, al mismo tiempo, muchos sistemas políticos han pasado a ser cada vez menos

representativos de los grupos principales, lo que ha llevado a muchos a concluir que carecen de representación, y ha impulsado el cambio hacia el nacionalpopulismo.

La segunda es cómo la inmigración y el hipercambio étnico están ayudando a la aparición de grandes temores sobre la posible *destrucción* de las comunidades y la identidad histórica de los grupos nacionales y de los modos de vida establecidos. Estos temores están envueltos en la creencia de que los políticos culturalmente liberales, las organizaciones transnacionales y la financiación mundial están mermando el país al alentar una mayor inmigración en masa, mientras que los programas «políticamente correctos» pretenden acallar cualquier oposición. Estas inquietudes no siempre se basan en una realidad objetiva, como refleja el hecho de que se ponen de manifiesto no solo en las democracias que han experimentado cambios étnicos rápidos y profundos, como en el Reino Unido, sino también en aquellas con niveles de inmigración mucho más bajos, como Hungría y Polonia. Son, no obstante, potentes, y lo serán aún más a medida que el cambio étnico y cultural siga afectando a Occidente en los próximos años.

La tercera es el modo en que la globalización de la economía neoliberal ha avivado unos fuertes sentimientos de lo que los psicólogos denominan *privación* relativa como resultado del aumento de las desigualdades en los ingresos y en la riqueza en Occidente y la pérdida de confianza en un futuro mejor. A pesar de que muchos partidarios del nacionalpopulismo tienen un puesto de trabajo y cuentan con unos ingresos medios o por encima de la media (incluso aunque muchos de estos empleos sean inseguros), la transformación económica de Occidente ha alimentado un intenso sentido de privación «relativa», la creencia entre determinados grupos de que salen perdiendo en comparación con los demás. Esto supone que sienten un gran temor sobre el futuro y lo que les espera para ellos y sus hijos. Este profundo sentido de pérdida está íntimamente ligado al modo en que el pueblo piensa sobre cuestiones como la inmigración y la identidad.

En la actualidad existen millones de votantes convencidos de que el pasado fue mejor que el presente y que este último, a pesar de ser sombrío,

es aún mejor que el futuro. No forman parte de la clase marginal blanca y sin trabajo ni de quienes reciben ayuda social. Si el nacionalpopulismo dependiera del apoyo de los desempleados, entonces resultaría más fácil afrontarlo; se trataría de crear puestos de trabajo, sobre todo aquellos que ofrezcan una seguridad a largo plazo y unos salarios dignos. Sin embargo, la mayoría de las personas en esta categoría no se encuentran en el nivel más bajo de la escala; ahora bien, comparten la firme convicción de que el acuerdo actual ya no les sirve y que se está dando prioridad a otras personas.

Los líderes nacionalpopulistas se nutren de este profundo descontento, pero su camino en la corriente principal también se ha despejado por medio de una cuarta tendencia: el debilitamiento de los lazos entre los partidos mayoritarios tradicionales y el pueblo, o lo que denominamos como *desalineamiento*. La época clásica de la democracia liberal se caracterizó por una política relativamente estable, unos partidos mayoritarios fuertes y unos votantes leales; hemos sido testigos de cómo ha llegado a su fin. Numerosos ciudadanos ya no coinciden en gran medida con la corriente dominante. Los vínculos se están rompiendo. Este desalineamiento está haciendo que los sistemas políticos en Occidente sean mucho más inestables, fragmentarios e imprevisibles que nunca antes en la historia de la democracia de masas. En la actualidad, la política parece más caótica y menos predecible que en el pasado porque así es. Esta tendencia también se veía venir desde hace tiempo... y aún le queda mucho camino por delante.

Juntas, las «cuatro palabras clave» han creado un espacio considerable para los nacionalpopulistas, o lo que denominamos el «grupo de posibles», esto es, numerosos ciudadanos que sienten que ya no tienen voz en la política; que el aumento de la inmigración y el rápido cambio étnico amenazan a su grupo nacional, su cultura y sus modos de vida; que el sistema económico neoliberal los abandona en comparación con otras personas en la sociedad, y que ya no se sienten identificados con los dirigentes políticos.

Es preciso analizar estas tendencias en conjunto, y no presentarlas como

enfoques antagónicos. ¿Por qué decimos esto? Lamentablemente, existe en Occidente un debate poco útil sobre el populismo que enfrenta a los factores entre sí, como si fueran mutuamente excluyentes. ¿Se trata de economía o de cultura? ¿Se trata de empleo o de inmigrantes? ¿Se trata de austeridad o de nacionalismo?

La realidad, claro está, es que ningún factor puede explicar el aumento de movimientos tan extremadamente complejos como estos. Aun así, algunos, como el periodista John Judis, sostienen que todo este cambio tiene que ver con «la economía, y no con la cultura», mientras otros, como los expertos Ronald Inglehart y Pippa Norris, afirman que es «la cultura, y no la economía».[7] El primer enfoque afirma que las preocupaciones del pueblo sobre cuestiones como la inmigración son en realidad únicamente el resultado de dificultades económicas. El segundo considera que las inquietudes de las personas sobre cuestiones como la identidad actúan con independencia de su entorno económico, como se desprende del hecho de que muchos ciudadanos a quienes les preocupa la inmigración no son pobres, y muchos de los que votaron a los nacionalpopulistas tienen trabajo y suelen estar cualificados.

Pero este debate binario no ayuda en nada: la vida real nunca funciona así. Es demasiado simple y pasa por alto el modo en que pueden interactuar, y a menudo lo hacen, las inquietudes sobre la cultura y la economía. El enfoque a largo plazo que adoptamos es asimismo muy distinto de los argumentos populares que trazan una línea recta desde la agitación política a la crisis financiera, la Gran Recesión y la crisis de la deuda soberana en Europa. A muchos de la izquierda liberal les gusta ese argumento porque pone a la economía en primer plano, presenta a Trump como una consecuencia de la desigualdad provocada por la crisis o a los populistas en Europa como una reacción a la severa austeridad que se impuso a las democracias a raíz de la presión ejercida por las instituciones transnacionales no electas, como el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional (FMI).

No hay duda, como ya veremos, de que los acontecimientos

trascendentales de la crisis y las ulteriores repercusiones exacerbaron las profundas diferencias culturales y económicas que respaldan el nacionalpopulismo en Occidente. Pero estas diferencias comenzaron mucho antes de la quiebra de Lehman Brothers. Los analistas financieros harían bien en observar el ciclo vital del nacionalpopulismo, como haremos en el próximo capítulo. Como dirán los austríacos, británicos, búlgaros, daneses, holandeses, franceses, húngaros, italianos, noruegos, polacos y suizos, el nacionalpopulismo era una fuerza importante mucho antes de la Gran Recesión; e incluso si no se hubiese producido, tendríamos que seguir lidiando con los nacionalpopulistas.

La llegada de una revuelta importante

Nuestro segundo argumento general es que el nacionalpopulismo tiene un potencial importante a largo plazo.

Una interesante macrocuestión es si las sacudidas políticas como el *brexit* y Trump son indicadores de que Occidente se aproxima al fin de un periodo de inestabilidad política o, por el contrario, está cerca de iniciar una nueva etapa de gran cambio. La primera opción se basa en la idea de que, a medida que los países dejan atrás la crisis financiera y vuelven a crecer, el pueblo regresa en tropel a los partidos tradicionales. También se rige por las actitudes sobre el cambio generacional.

Un argumento muy popular es que el nacionalpopulismo representa un «último alarido de cólera» de los hombres mayores blancos, que pronto serán sustituidos por los *millennials* tolerantes —nacidos entre los años ochenta y principios del siglo XXI—, que, según se nos cuenta, se sienten mucho más cómodos con la inmigración, los refugiados, el cambio étnico y la apertura de fronteras.

Los liberales progresistas aprecian este argumento porque concuerda con su propia identificación no como nacionalistas, sino como internacionalistas o «ciudadanos del mundo», y con su firme convicción de

que Occidente está sobre una cinta transportadora que lo conduce hacia un futuro mucho más liberal. Señalan cómo solo uno de cada cuatro *millennials* dieron su aprobado al primer año de Trump en el cargo, en comparación con uno de cada dos de la «generación silenciosa», mucho más mayor, cuyos miembros nacieron entre los años veinte y cuarenta del siglo anterior. Señalan la aplastante victoria de Emmanuel Macron, un joven centrista liberal, en Francia en 2017. Y señalan el hecho de que el *brexit* fuera refrendado por dos de cada tres jubilados, aunque solo uno de cada cuatro tuviera entre dieciocho y veinticuatro años.

Dichas conclusiones reflejan asimismo las distintas prioridades de generaciones diferentes. Aunque en muchas economías establecidas los *millennials* son la primera generación moderna en estar peor a nivel financiero que sus padres, incluso después de tener en cuenta su mayor diversidad étnica, siguen siendo mucho más liberales que las generaciones de más edad. En las grandes democracias como Estados Unidos, el Reino Unido y Alemania, los *millennials* aceptan mucho más la homosexualidad y los matrimonios del mismo sexo, les preocupa menos la inmigración y tienen una actitud más positiva hacia ella, son más favorables que las generaciones de más edad a las relaciones y matrimonios entre personas de distintos grupos raciales y se oponen más a la pena de muerte, que es la piedra angular para definir que tienen valores liberales.[8]

Con la llegada del presidente Trump se han agudizado aún más estas diferencias generacionales. Los *millennials* en Estados Unidos son más propensos que las generaciones de más edad a oponerse a la construcción de un muro en la frontera con México, que ocupó un lugar destacado en su campaña (incluida la promesa de que Estados Unidos no lo pagaría); a rechazar la idea de que el islam fomenta la violencia más que otras religiones, y a acoger favorablemente la inmigración, que coincide con la idea de que «la apertura de Estados Unidos a personas de todo el mundo es básica para definir quiénes somos como nación». En cada uno de estos puntos existen diferencias importantes entre los jóvenes y los mayores, como las hay en muchas otras democracias occidentales.[9] Los

nacionalpopulistas ganaron batallas por medio del *brexit* y Trump, según este razonamiento, pero a la larga perderán la guerra.

Este es, sin lugar a dudas, un argumento atractivo, sobre todo si ya se tiene una perspectiva liberal. Pero existe una visión opuesta, es decir, que en lugar de estar cerca del final, estamos más cerca del principio de una nueva era de fragmentación, inestabilidad y perturbación política. Visto así, el nacionalpopulismo está dando tan solo sus primeros pasos mientras los lazos entre el pueblo y los partidos tradicionales se rompen, y un cambio étnico sin igual y el aumento de la desigualdad siguen acelerando el ritmo.

Quienes mantienen este punto de vista apuntan a una lista de grandes cambios en Occidente que podrían darle la vuelta radicalmente a la situación actual: el aumento del interés público por la inmigración y el rápido cambio étnico, ninguno de los cuales disminuirá en los próximos años debido a la continua migración y a unas tasas de natalidad relativamente bajas en Occidente; las diferencias fundamentales en Europa y Occidente sobre la crisis de los refugiados y cómo abordarla; la aparición del terrorismo islamista y el hecho bien conocido de que los servicios de inteligencia están vigilando a cientos de miles de musulmanes radicalizados sospechosos en Occidente; el desmoronamiento del apoyo público a los partidos socialdemócratas de centroizquierda en Europa; una desigualdad extremadamente persistente y que va en aumento; las consecuencias continuas y muy impredecibles de la automatización; un nuevo conflicto cultural centrado en un conjunto de valores que compiten entre sí entre distintos grupos de votantes; el modo en que los nacionalpopulistas están empujando a algunos «no votantes» de nuevo a la política, y la escasa probabilidad de que muchos *millennials* y otros electores jóvenes hoy sientan una lealtad firme y tribal a los partidos mayoritarios, a diferencia de las generaciones de más edad. Los defensores de este punto de vista indican que, si bien en Occidente existen importantes diferencias generacionales y de valores, están determinadas en parte por la experiencia de la enseñanza universitaria, que todavía está fuera del alcance para muchos.

Mientras muchos en Europa vieron en la elección de Emmanuel Macron

en 2017 el inicio del fin para el populismo, en unos meses los nacionalpopulistas habían hecho su primer gran avance en Alemania, habían regresado al Gobierno en Austria, fueron reelegidos en Hungría y, en 2018, se unieron a un Gobierno de coalición en Italia, donde se hicieron cargo del Ministerio de Interior. A finales de ese año, en España, que se consideraba inmune a la ultraderecha debido a los amargos recuerdos de la cruenta Guerra Civil (1936-1939) y a la posterior dictadura del general Franco (1939-1975), el partido nacionalpopulista Vox, fundado en 2013, se abrió paso en las elecciones de Andalucía, la región más poblada del país.

Y al observar la edad de los simpatizantes nacionalpopulistas, como veremos en el próximo capítulo, queda patente que el argumento sobre el cambio generacional no es tan convincente como parece a primera vista. En términos muy generales, los jóvenes son más tolerantes que sus padres y abuelos, pero los nacionalpopulistas, no obstante, están forjando lazos con un número importante de gente joven que hoy se siente abandonada a su manera.

Como dijo en una ocasión Lao-Tse, el antiguo filósofo chino, quienes tienen conocimiento no predicen y quienes predicen no tienen conocimiento. En política, sobre todo, muchos pensarán que intentar predecir qué ocurrirá en el futuro es un juego de locos. Por eso deberíamos ser escépticos en cuanto a la afirmación de moda de que «el populismo ha alcanzado su punto máximo», que estas revueltas están a punto de desaparecer y no apenas comenzando. No compartimos este punto de vista: las pruebas que tenemos apuntan en otra dirección. El nacionalpopulismo no es una protesta relámpago. Después de leer este libro, puede que le resulte difícil no llegar a la conclusión de que parece abocado a que se le siga prestando la debida atención durante los próximos años. Tomar distancia y adoptar una perspectiva más amplia nos permite ver que, a diferencia de la opinión popular, los movimientos nacionalpopulistas han ganado un apoyo bastante leal de los ciudadanos que comparten inquietudes coherentes y muy sentidas —y en algunos casos legítimas— sobre el modo en que sus países y, de forma más general, Occidente están cambiando.

Hacia el pospopulismo

El auge del nacionalpopulismo forma parte de un desafío más amplio hacia el liberalismo. Los críticos sostienen que los liberales han puesto por delante a los individuos a expensas de la comunidad, han prestado excesiva atención a debates estériles, transaccionales y tecnocráticos y han perdido de vista las lealtades nacionales mientras se preocupaban de las transnacionales. Por estos motivos, a menos que se demuestre que es capaz de revitalizarse, la corriente dominante liberal seguirá luchando para contener estos movimientos. Pero sugerimos que otro debate cobrará cada vez más importancia, y es el que se centra en lo que denominamos «pospopulismo», esto es, el comienzo de una nueva era en la que las personas podrán evaluar si votar a los populistas o no hacerlo ha supuesto un cambio tangible en sus vidas, e incluso si les importa.

¿Qué sucede si Trump no restablece un gran número de puestos de trabajo relativamente bien remunerados, seguros y dignos, así como una mayor protección de las fronteras de modo que satisfaga a sus partidarios más incondicionales? ¿Qué sucede si sus medidas proteccionistas dan inicio a una guerra comercial internacional? ¿Qué sucede si el *brexit* no reforma el impopular sistema de inmigración liberal del Reino Unido o no consigue una mayor igualdad económica en zonas que se han sentido excluidas durante mucho tiempo de las prestaciones destinadas a Londres y a las ciudades universitarias? ¿Cómo responderán en Francia los votantes de Marine Le Pen en ciudades en las que los alcaldes electos de su partido no cumplieron sus promesas para frenar la influencia del islam y combatir con mano dura el terrorismo islamista? ¿Qué sucede si la entrada de los nacionalpopulistas en las coaliciones de Gobierno en democracias como la de Austria no da lugar a una reducción drástica de la inmigración? Y en Europa del Este, ¿qué sucede si populistas como Viktor Orbán, que llama «invasores» a los refugiados musulmanes, no son capaces de detener el flujo o si ellos empiezan a considerarse en general como la nueva élite corrupta que utiliza sus cargos en el Gobierno en beneficio propio?

Por el contrario, ¿qué sucede si estos partidos promulgan un cambio significativo, si son capaces de señalar los «logros», como crear nuevos puestos de trabajo de calidad, nuevas infraestructuras, fortalecer las fronteras o limitar considerablemente la llegada de inmigrantes no cualificados procedentes de Estados musulmanes? Por ejemplo, los planes del Gobierno austríaco en 2018 para restringir la ayuda social y los subsidios familiares a personas que no hablen el idioma podrían despertar mayor interés entre los posibles votantes que quieren medidas radicales en otros ámbitos, como hacer retroceder otros programas impulsados por las élites o aumentar la desigualdad. A pesar de que los nacionalpopulistas suelen pensar de forma distinta en cuanto a la economía, un número cada vez mayor en Europa defiende aspectos de las políticas de izquierda tradicionales, como ampliar el Estado y fomentar el bienestar para los nacidos en su país y excluir a los inmigrantes. Esto dificulta aún más que los socialdemócratas de centroizquierda recuperen a sus votantes.

La respuesta habitual a las posibilidades de fracasar es que quienes votan a los populistas son sobre todo disidentes que inevitablemente volverán a la corriente dominante, aunque no parece probable. Además, como veremos en el capítulo 6, pasa por alto el modo en que el nacionalpopulismo ya tiene una clara repercusión al arrastrar más a la derecha a los sistemas políticos occidentales. Paradójicamente, si el nacionalpopulismo fracasa en términos electorales, podría ser debido a que ha tenido éxito en términos más generales. En el Reino Unido, Nigel Farage y el UKIP se hundieron en 2017, pero solo después de haber conseguido lo que querían: una victoria en el referéndum del *brexit* y un primer ministro conservador que prometió la salida del Reino Unido de la Unión Europea y revisar el sistema de inmigración del país. Los populistas pueden «perder» las elecciones, pero la corriente dominante cada vez se asemeja más a ellos y, en el proceso, se convierte en un «nacionalpopulismo *light*».

En medio de una hegemonía liberal occidental que hace hincapié en los derechos individuales por encima de las obligaciones comunes y la solidaridad, que está conforme con un creciente cambio étnico y que apoya

la globalización económica y política, quienes votan a los nacionalpopulistas quieren empujar el carro en la dirección opuesta. No son votantes transaccionales que sopesan los costes y los beneficios de las políticas como si fueran contables y se fijan en el detalle de la política para ver quién ofrece qué, cómo y cuándo. Más bien se guían por un anhelo más profundo de incorporar de nuevo al programa un conjunto de valores más generales y recobrar su opinión: reafirmar la primacía del país por encima de organizaciones internacionales distantes e irresponsables; reafirmar las identidades nacionales preciadas y profundas por encima de las identidades transnacionales desarraigadas y difusas; reafirmar la importancia de la estabilidad y la conformidad por encima de la inestabilidad sin fin y negativa derivada de la globalización y del rápido cambio étnico, y reafirmar la voluntad del pueblo por encima de la de los demócratas liberales elitistas, que se alejan cada vez más de las experiencias vitales y las perspectivas del ciudadano medio. Al igual que muchos liberales vieron reflejados sus valores en el extraordinario ascenso de Barack Obama en Estados Unidos y Emmanuel Macron en Francia, muchos otros en la sociedad ven ahora reflejados sus valores en el nacionalpopulismo. Y en la actualidad, muchos sienten por primera vez en mucho tiempo que al fin pueden manifestar su opinión y lograr cambios.

1

MITOS

Existen numerosos mitos sobre el nacionalpopulismo. Desde Estados Unidos hasta Europa, los movimientos nacionalpopulistas se perciben como un refugio para los intolerantes sin razón, los fracasados sin trabajo, los marginados del Rust Belt, los votantes que se vieron seriamente afectados por la Gran Recesión y hombres mayores blancos y enfadados que pronto fallecerán y a quienes sustituirán *millennials* tolerantes. Bajo la sombra de Trump, el *brexit* y el auge del nacionalpopulismo en Europa, un sinfín de escritores han trazado una línea recta a una clase marginal blanca enajenada en los feudos industriales de Estados Unidos, jubilados enfadados en lánguidos complejos costeros de Inglaterra y desempleados en los yermos europeos.

Las personas tienden a reducir los movimientos de gran complejidad a «un tipo» de elector o a «una causa», porque quieren explicaciones llanas y directas. Sin embargo, cuando más de 62 millones de personas votaron a Trump, más de 17 millones al *brexit*, más de 10 millones a Marine Le Pen y casi 6 millones a Alternativa para Alemania, la idea de que los movimientos nacionalpopulistas se puedan reducir a estereotipos simplistas es ridícula.

Existen asimismo implicaciones reales: un mal diagnóstico de las raíces de su apoyo hará que, a la larga, les resulte más difícil a sus adversarios volver a entrar en el juego.

Declaraciones engañosas y el ciclo vital

Los mitos están en auge. Lo fundamental es la idea de que el nacionalpopulismo se alimenta casi en exclusiva de los desempleados y de las personas con bajos ingresos o en situación de pobreza. Pero si bien existen diferencias entre países, ha arrojado de forma sorprendente sus amplias redes en la sociedad y busca sus votos entre los trabajadores a tiempo completo, los conservadores de clase media, los trabajadores por cuenta propia, personas con rentas medias o altas e incluso entre los jóvenes.

La tendencia de presentar a Trump como un refugio para los blancos que viven en la pobreza extrema, por poner un ejemplo, es sumamente problemática. Durante las elecciones primarias de Estados Unidos, los ingresos familiares medios de un votante de Trump eran de 72.000 dólares, comparados con los 61.000 dólares de los partidarios de Hillary Clinton y Bernie Sanders, y los 56.000 dólares de un individuo medio. En estados como Connecticut, Florida, Illinois, Nueva York y Texas, el votante medio de Trump ganó 20.000 dólares más por año que el promedio, reflejo de cómo los republicanos y los electores en las primarias tienden a estar en mejores condiciones. La idea de que fueron los pobres blancos quienes salieron en tropel a por Trump también se ha socavado al constatar que las dificultades económicas fueron en realidad un indicador más sólido del apoyo a Hillary Clinton.[1]

De hecho, en la primavera de 2018, el politólogo Matt Grossmann examinó prácticamente todos los estudios que se habían hecho hasta el momento sobre el electorado de Trump. Si bien encontró bastantes desacuerdos, observó asimismo que las conclusiones predominantes eran

claras: la actitud frente a la raza, el sexo y el cambio cultural jugaban un papel importante, mientras que las circunstancias económicas objetivas desempeñaban tan solo un papel limitado. De modo similar, la influyente erudita Diana Mutz constató que los cambios en el bienestar financiero de las personas eran en realidad insignificantes a la hora de explicar el apoyo a Trump. No eran nada en comparación con las preocupaciones de los ciudadanos sobre el aumento de unos «Estados Unidos de mayorías-minorías», que vieron como una amenaza a la posición dominante de su grupo. «Quienes sintieron que la jerarquía se estaba poniendo patas arriba, con los blancos más discriminados que los negros, los cristianos más discriminados que los musulmanes y los hombres más discriminados que las mujeres, fueron quienes probablemente más apoyaron a Trump.»[2]

Y si no, miremos el *brexit*. Algunos comprobaron el sorprendente resultado para las nefastas condiciones macroeconómicas, a pesar de que la votación tuvo lugar cuando el desempleo en el Reino Unido se acercó a la tasa más baja desde la década de 1970. La intención de que el Reino Unido pusiera fin a su adhesión a la Unión Europea cobró popularidad entre las personas con rentas bajas, pero también prestaron su apoyo al *brexit* —un 51 %— quienes tenían rentas medias o justo por encima de la media. La salida del Reino Unido fue aplaudida en las ciudades industriales que atraviesan dificultades, aunque también fue acogida con satisfacción en los condados conservadores prósperos.[3]

Otro mito popular es que toda esta inestabilidad tiene su origen en la crisis financiera mundial que estalló en 2008, la Gran Recesión y la consiguiente austeridad que se impuso en las democracias europeas. Desde este punto de vista, el nacionalpopulismo está impulsado por las personas económicamente desfavorecidas que sufrieron los estragos económicos posteriores a 2008. Con posterioridad a Trump y el *brexit*, Martin Wolf, columnista del *Financial Times*, sostuvo que la crisis financiera «dio el pistoletazo de salida al auge del populismo». Tampoco estaba solo. Los economistas hicieron un seguimiento de lo que denominaron el «síndrome *brexit*-Trump» para los mercados no regulados, los severos recortes del

gasto público y una pérdida de confianza en la ortodoxia económica. En sus palabras: «Es la economía, imbécil».[4]

Este «relato de la crisis» se ha visto muy influenciado por lo ocurrido en el periodo de entreguerras en Europa y el apogeo del nazismo que siguió al crac de 1929 y la Gran Depresión. Se pasa por alto que Mussolini y los fascistas italianos asumieron el poder once años antes, así como también que unas condiciones económicas igualmente terribles en otros países europeos no desencadenaron el aumento del fascismo. Otros acontecimientos recientes han fomentado asimismo el relato de la crisis, como el repentino avance en Grecia de un movimiento neonazi llamado Amanecer Dorado. En 2012, en medio de un colapso financiero casi total, un partido que organizaba bancos de alimentos «solo griegos» y marchas con antorchas y que exigió que las empresas sustituyeran a los trabajadores extranjeros por otros de origen griego obtuvo los primeros escaños en el Parlamento griego. Para muchos observadores, el acto confirmó la hipótesis de que las crisis económicas son sinónimo de extremismos políticos. Lo mismo ocurrió con la llegada del nacionalpopulismo a raíz de la crisis financiera en democracias que se pensaba que eran inmunes a esta fuerza, como es el caso de Finlandia, Alemania y Suecia.

No cabe ninguna duda de que la crisis financiera dio más espacio a los nacionalpopulistas. Al margen de exacerbar las diferencias existentes entre los electores, contribuyó a una pérdida de apoyo a los partidos tradicionales y a unos niveles sin precedentes de inestabilidad política en Europa, donde los ciudadanos estaban mucho más dispuestos a cambiar su lealtad de unas elecciones a otras, como veremos en el capítulo 6. Así pues, las crisis son importantes. Pero el concepto, que es la causa principal, no convence en absoluto. Si todo lo que se necesitaba era una crisis, entonces, ¿por qué no se produjo una reacción parecida con crisis anteriores, como la crisis del precio del petróleo de los años setenta? ¿Por qué en las democracias más afectadas por la Gran Recesión, como Irlanda, Portugal o España antes de finales de 2018, las revueltas nacionalpopulistas no han llegado a buen fin? A su vez, ¿por qué los movimientos nacionalpopulistas más fructíferos han

surgido en economías fuertes y en expansión, con unas tasas bajas de desempleo, como Austria, los Países Bajos o Suiza? Y si en verdad hay que culpar a la crisis financiera, ¿cómo se explica que esta revuelta contra la democracia liberal haya comenzado mucho antes de la quiebra de Lehman Brothers?

Es importante trazar el ciclo vital del nacionalpopulismo porque cuestiona la idea de que lo que estamos presenciando es nuevo y nos recuerda que debemos tomarnos seriamente este cambio profundo y a largo plazo. Como sabrán los lectores con buena memoria, en realidad los nacionalpopulistas más importantes en la posguerra europea hicieron su aparición en los ochenta. Entre ellos se encuentran Jean-Marie Le Pen en Francia y Jörg Haider en Austria, que surgieron con promesas de atajar la inmigración, reforzar el orden público y luchar contra una clase dirigente «corrupta». Y resultó que duraron mucho más de lo que numerosos analistas predijeron; crearon su apoyo en ciclos económicos distintos y cultivaron una sólida relación con grupos importantes de la sociedad. Sentaron las bases de lo que estamos presenciando en gran parte de Europa en la actualidad.

En 1988, el mismo año en que George H. W. Bush fue elegido presidente de Estados Unidos, Jean-Marie Le Pen sorprendió a los franceses al obtener el 14 % de los votos en las elecciones presidenciales. Su eslogan era muy sencillo: «Le Pen, *le peuple*» (Le Pen, el pueblo). Como líder del Frente Nacional (llamado ahora Agrupación Nacional), se mantuvo firme en el panorama y, catorce años más tarde, en 2002, sacudió al mundo al lograr entrar en la fase final de las elecciones presidenciales. Le Pen no ganó, pero aun así supuso un gran golpe. Con un enérgico ataque a los partidos mayoritarios, presentó el Frente Nacional como el único partido capaz de resolver las divisiones socioeconómicas del país, frenar la inmigración, construir 200.000 calabozos más, reintroducir la pena de muerte para luchar contra el aumento de la criminalidad, utilizar los derechos de importación para proteger los puestos de trabajo en Francia, descartar el euro como moneda única y sacar a Francia de la Unión Europea.

Pronto llegarían otros. En los años noventa y en la primera década del siglo actual surgieron diversos nacionalpopulistas en los países occidentales. Un amplio estudio realizado en diecisiete democracias en Europa reveló que el grueso del crecimiento del nacionalpopulismo se produjo antes de la crisis financiera y obtuvo a menudo sus mayores logros en zonas que escaparon a los peores efectos de la debacle.[5] En el Reino Unido, a pesar de que muchos autores rastrearían después el *brexit* hasta la austeridad que siguió a la crisis, olvidaron que, en 2004, Nigel Farage y el UKIP lograron su primer gran éxito, que llegó tras cuarenta y ocho trimestres consecutivos de expansión económica. Farage, al igual que otros, obtuvo votos no solo de una clase trabajadora con empleo, a pesar de ser precario, sino también de una relativamente acomodada clase media conservadora. Los movimientos nacionalpopulistas también surgieron en otros países: la Liga en Italia, el Partido Progresista en Noruega, Ley y Justicia en Polonia, el Partido Popular en Dinamarca y Suiza y el Fidesz de Viktor Orbán en Hungría. A comienzos de este siglo, el éxito de algunos de ellos fue tal que entraron a formar parte del Gobierno, ya sea directamente o como parte de una coalición. Muchos estaban ya bien encaminados mucho antes de la crisis y del presidente Trump.

¿Hombres mayores blancos y enfadados?

El segundo mito imperante es que el apoyo nacionalpopulista proviene por completo de hombres mayores blancos que pronto abandonarán este mundo. Se trata de un discurso cómodo para los liberales, porque implica que no precisan acercarse a ninguna de las ideas del nacionalpopulismo, como la importancia de la comunidad y el deseo de ser escuchados y no ignorados o menospreciados. Más bien, lo único que necesitan es esperar a que los jubilados traspasen el horizonte, momento en que los *millennials* liberales tomarán el mando, socialmente hablando, y las poblaciones occidentales serán cada vez más diversas étnica y culturalmente. Esta visión

ha contado con el apoyo de, entre otros, el columnista del *Financial Times* Janan Ganesh, quien argumentó que el *brexit* era «tan bueno como lo serán las cosas para los conservadores tradicionales», puesto que su apoyo, con el paso del tiempo, se verá menoscabado por el cambio generacional.[6]

Esas voces ponen de manifiesto las grandes diferencias de perspectiva entre los jóvenes y los mayores. En 2018, por ejemplo, se consultó a los británicos si la votación sobre el *brexit* había sido o no un error. Un 65 % de los jubilados pensó que había sido la decisión correcta, mientras que un 68 % de los jóvenes entre dieciocho y veinticuatro años opinó que había sido un error. Un autor calculó incluso que si se asume que las tasas de natalidad y mortalidad en el Reino Unido se mantienen constantes y que los jóvenes seguirán siendo más partidarios de la Unión Europea, los que «quedan» ¡tendrán una amplia mayoría en 2022! No obstante, los liberales exageran de forma sistemática tanto el ritmo como la magnitud del cambio generacional. Pasan por alto que mientras los jóvenes suelen tender a ser menos racistas, unos cuantos son instintivamente receptivos al nacionalpopulismo.

Pensemos en Estados Unidos. No menos del 41 % de los *millennials* blancos secundaron a Trump; solían carecer de una titulación universitaria, trabajaban a tiempo completo y, en realidad, era menos probable que tuvieran ingresos bajos que quienes no apoyaron a Trump. Contrariamente a la afirmación de que a los jóvenes no les importan cuestiones como la inmigración, estos estadounidenses más jóvenes estaban sumamente interesados en la «vulnerabilidad blanca», esto es, la percepción de que los blancos, sin tener ninguna culpa, están perdiendo terreno frente a otros en la sociedad, un punto de vista íntimamente ligado a su resentimiento hacia otros grupos raciales. Como sostenían los autores de un estudio:

> Muchos estadounidenses blancos se sienten incómodos con lo que ven como su futuro, rodeados como lo están por una creciente diversidad racial y cultural en los principales medios de comunicación, la política, el espectáculo y la música. Los *millennials* blancos forman parte de la generación más diversa de Estados Unidos..., pero no todos se sienten cómodos con ello.[7]

O pensemos en el Reino Unido. Sin duda, los nacionalpopulistas como Nigel Farage —quien exhortó a los ciudadanos a «decir no» a una inmigración en masa, la Unión Europea y los políticos de Westminster— dependían en gran medida de los votos de los jubilados. De entre sus partidarios, solo uno de cada diez tenía menos de treinta y cinco años, mientras que desde la votación del *brexit*, siete de cada diez entre dieciocho y veinticuatro años apoyaron a Jeremy Corbyn, líder de la izquierda radical y liberal cultural del Partido Laborista, a quien muchos comparan con Bernie Sanders.

Estas generaciones diversas han tenido experiencias de vida radicalmente distintas. Los electores de mayor edad que apoyaron a Farage cumplieron la mayoría de edad en una época muy diferente, cuando el Reino Unido era predominantemente blanco y las opiniones racistas eran habituales, la memoria colectiva del Imperio y la victoria en la Segunda Guerra Mundial eran importantes, la enseñanza universitaria era infrecuente, el aborto y la homosexualidad eran ilegales y la pena de muerte se siguió utilizando hasta los años sesenta. En marcado contraste, los *millennials* jóvenes que apoyan a Jeremy Corbyn nacieron entre la década de los ochenta y los primeros años del siglo XXI: solo han conocido un Reino Unido que forma parte de la Unión Europea, que tiene unas tasas de inmigración elevadas, donde ir a la universidad es lo habitual y en el que la mayoría de los políticos respaldan un consenso liberal que apoya la inmigración y la Unión Europea.[8]

Sin embargo, este debate dual de «jóvenes contra mayores» simplifica en exceso un panorama complejo. Bajo estas amplias pinceladas, está el hecho de que el *brexit* fue refrendado por uno de cada cuatro graduados británicos, una de cada dos mujeres, uno de cada dos ciudadanos en zonas urbanas, unas dos quintas partes de quienes tenían entre dieciocho y treinta y cuatro años, y la mitad entre los de treinta y cinco a cuarenta y cuatro años. Si estos electores, que suelen estar al margen de los debates sobre el populismo, no hubiesen votado a favor del *brexit*, el Reino Unido seguiría estando en la Unión Europea. Desestimar simplemente los movimientos

nacionalpopulistas como la última morada para los ancianos es sumamente engañoso.

También cae en la trampa de asumir que sus partidarios son solo blancos. Si bien esto es más cierto en Europa, pasa por alto conclusiones importantes. Pese a describir a los inmigrantes como narcotraficantes y violadores, Trump obtuvo aun así un 28 % del voto latino, mientras que Clinton logró peores resultados entre su grupo en relación con Obama. Trump obtuvo asimismo más de la mitad del voto cubanoamericano en el estado clave de Florida (a pesar de que, a la larga, parece que este grupo deriva hacia los demócratas).

Políticos liberales de alto nivel como Vince Cable rechazaron el *brexit* por considerarlo un voto de personas mayores que anhelaban un mundo con «rostros blancos» y donde el mapa del mundo era de «color rosa imperial», como lo fue durante la época del Imperio británico. Pero esta caricatura no encaja fácilmente con el hecho de que uno de cada tres votantes negros y quienes pertenecían a minorías étnicas apoyaron el *brexit*, algunos de los cuales sentían que la política liberal de inmigración del Reino Unido estaba dando un trato preferente a los inmigrantes procedentes de Europa en perjuicio de los de fuera del continente europeo, o con quienes estaban preocupados por las tasas de inmigración sin precedentes en la historia que se habían producido en la década anterior al referéndum. Este apoyo que no procedía de los blancos era patente en lugares como Birmingham, Bradford, Luton y Slough, que cuentan con importantes comunidades pertenecientes a minorías étnicas originarias del sudeste asiático.

El perfil de edad de estos partidarios también se aleja mucho del discurso de los hombres mayores enfadados. En muchas democracias europeas, el nacionalpopulismo obtiene muchos votos entre los menores de cuarenta años. Veamos algunos ejemplos. En Italia, el movimiento nacionalpopulista la Liga ha logrado su apoyo de forma bastante uniforme a lo largo de generaciones, entre los que se encuentran jóvenes italianos preocupados por la inmigración (de hecho, los de edad comprendida entre los dieciocho y los cuarenta y nueve años eran más proclives que los

jubilados a ver que esta es una cuestión fundamental que afecta al país). En Francia, cuando Marine Le Pen no logró la presidencia, aún convenció a más personas entre dieciocho y treinta y cuatro años en la primera vuelta que cualquier otro candidato. En Austria, más de la mitad de los hombres entre dieciocho y veintinueve años votó por el candidato a la presidencia del Partido de la Libertad, a cuyo líder le gustaba el rap y hacer campaña en los clubes nocturnos para lograr el apoyo de los jóvenes. En Alemania, Alternativa para Alemania hace un enérgico llamamiento no solo a los jubilados ancianos con recuerdos lejanos del nazismo, sino a los ciudadanos entre veinticinco y cincuenta años, que no tienen relación directa con ese periodo de la historia.[9] Y antes de las elecciones suecas en 2018, el partido nacionalpopulista Demócratas de Suecia fue el segundo en popularidad entre las personas de dieciocho a treinta y cuatro años, y el más popular entre los de treinta y cinco a cincuenta y cuatro.

En Grecia, asimismo, el partido neonazi Amanecer Dorado obtuvo la mayoría del apoyo de varones jóvenes, personas con solo estudios secundarios que consideraban que su posición en la sociedad había empeorado con respecto a los demás. En Hungría, donde los nacionalpopulistas son fuertes, el movimiento Jobbik (un juego de palabras con *jobb*, que puede significar 'mejor' y 'derecha') es popular entre los varones jóvenes, que se muestran hostiles ante la minoría romaní y también ante los judíos. Y mientras el UKIP confía en el apoyo de los mayores, la edad media de los *leavers* en el referéndum del *brexit* fue de cincuenta y dos años, personas que difícilmente están a punto de estirar la pata.

Tampoco deberíamos perder de vista el panorama general. En Estados Unidos, mientras Trump celebraba el final de su primer año en la Casa Blanca, el Pew Research Center halló que si bien en las últimas décadas los *millennials* han pasado a ser más liberales, un 43 % todavía mantiene unos valores claramente conservadores o mixtos, mientras que solo el 25 % se podría describir como «siempre liberales».[10] Investigaciones llevadas a cabo en jóvenes estadounidenses de la generación iGen más reciente, nacidos entre 1995 y 2012, sugieren que la proporción de estudiantes de

último curso de secundaria que se identifican como conservadores ha aumentado a casi un 30 %, lo que los convierte en más conservadores que los adolescentes de la generación X durante la época de Reagan. Criados en medio de la Gran Recesión, una desigualdad galopante y un cambio étnico excesivo, algunos de estos jóvenes estadounidenses hablaron abiertamente de su preocupación por la inmigración. Otros incluso fueron más allá, como sucede con uno de cada seis blancos de dieciocho años, que expresaron a los investigadores que sentían que sería mejor para ellos no tener que estar en estrecho contacto con otras razas en su vida cotidiana. O miremos al Reino Unido. En la primavera de 2018, el 41 % de las personas entre dieciocho y veinticuatro años y el 58 % de entre veinticinco y cuarenta y nueve años tenían la sensación de que la inmigración al país era «demasiado alta».[11]

La cuestión es que solemos hablar del cambio generacional en términos generales, pero si se analiza en detalle, el panorama que encontramos es mucho más variado que lo que sugieren los titulares. La idea de que Occidente ha emprendido un viaje sin retorno hacia un futuro liberal también se ve obstaculizada por otra investigación sobre cómo afecta el envejecimiento a nuestro panorama político. En el Reino Unido, el catedrático James Tilley, de la Universidad de Oxford, hizo un seguimiento de las mismas personas durante un largo periodo y observó que, a medida que pasaban los años, se producía un aumento del apoyo al Partido Conservador, de derechas, del 0,38 %. Hoy esto puede parecer insignificante, pero, a lo largo de una vida, va sumando y constituye gran parte de la brecha, si no toda, en el apoyo al Partido Conservador entre los jóvenes y las personas mayores. Como señala Tilley, dado que todos envejecemos y asumimos una mayor responsabilidad en la vida, cada vez somos más receptivos, de forma instintiva, a los partidos que quieren conservar el *statu quo*. Además, las poblaciones en Occidente no solo están envejeciendo, sino que es más probable que voten los ancianos, lo que implica que, a largo plazo, los conservadores de derechas no deberían preocuparse en exceso sobre el declive de sus partidarios.[12]

Los populistas también se suelen presentar como tentadores solo para los varones, pero si se observa más de cerca el género, el panorama que se obtiene es distinto. Hillary Clinton obtuvo el apoyo sobre todo de las mujeres, pero se calcula que un 53 % de mujeres blancas respaldaron a Trump, quien había hecho unas declaraciones despectivas sobre ellas. Clinton sugeriría posteriormente que estas mujeres estaban presionadas por sus maridos o parejas para que optaran por Trump o incluso no votaran, algo que restó importancia a la posibilidad de que hubieran sido ellas quienes hubiesen tomado sus propias decisiones. En el Reino Unido, tanto los hombres como las mujeres tenían la misma probabilidad de apoyar el *brexit*; y si bien los nacionalpopulistas en Europa obtuvieron más votos masculinos, algunos como Marine Le Pen, que se acercó a las mujeres, han cerrado recientemente la «brecha de género». Entre 1988 y 2017, el porcentaje de francesas entre dieciocho y veintiséis años que votaban por primera vez y que decidieron apoyar a la familia nacionalpopulista Le Pen en las elecciones presidenciales a Francia aumentó de un 9 % a un 32 %. En efecto, en 2017 estas jóvenes y mujeres entre cuarenta y siete y sesenta y seis años tuvieron más probabilidades de hacerlo que los hombres. Esto no quiere decir que, en general en Europa, sea mucho más probable que las mujeres voten por los nacionalpopulistas que los hombres —no es así—, pero existen casos en los que las pruebas contradicen los estereotipos.[13]

Por otra parte, existen buenas razones para predecir que el discurso sobre los hombres mayores blancos podría llevar a una mayor polarización y hacer que las cosas empeoren para los principales liberales. En Estados Unidos, parece probable que a Trump le ayudó el clamor popular entre los demócratas de que él sencillamente no podría ganar por el modo en que Estados Unidos se estaba transformando rápidamente en un país más diverso en términos étnicos y culturales. Estos argumentos recibieron el impulso de personas como el encuestador demócrata Stan Greenberg, quien en su libro *America Ascendant* indica enérgicamente que el futuro pertenece a los demócratas por el modo en que Estados Unidos se está tornando más instruida y diversa étnicamente.[14] Una coalición en «nuevo auge»,

formada por graduados *millennials*, culturalmente liberales y minorías, impulsará a un demócrata tras otro a la Casa Blanca; esa era la idea.
Sin embargo, a menudo la gente exagera. En Occidente, como comentaremos en el capítulo 3, los no titulados siguen superando ampliamente en número a los titulados, como lo hicieron en los estados clave del Rust Belt en Estados Unidos, algo que explica en parte el éxito de Trump. Además, en el momento decisivo de los comicios, cuando hay mucho en juego, como en las elecciones presidenciales de Estados Unidos de 2016 y el referéndum sobre el *brexit*, los principales grupos en la supuesta coalición en alza fracasaron en movilizarse en masa.

Hillary Clinton se vio perjudicada por un índice de participación inferior al esperado entre los afroamericanos, los jóvenes pertenecientes a minorías y los estudiantes *millennials*. En el Reino Unido, la facción *remain* tuvo dificultades debido a que los índices de participación en las ciudades universitarias y en los barrios hípster culturalmente liberales de Londres no coincidieron con los de los barrios obreros, donde los partidarios del *brexit* estaban más dispuestos a expresar su opinión. Paradójicamente, cuando se presentó una petición para darle la vuelta al resultado del referéndum, atrajo a numerosos firmantes en barrios hípster como Camden, Hackney y Shoreditch, en los que la participación fue inferior a lo esperado cuando de verdad importaba. El discurso de un futuro liberal inevitable probablemente alentó estas diferencias en la afluencia a las urnas. Los vaticinios sobre un cambio rápido en el país alarmaron a quienes ya lo estaban, acrecentaron los temores sobre un futuro cambio étnico y afianzaron la creencia de que era en efecto su «última oportunidad» para poner las preocupaciones sobre la mesa antes de que fuera demasiado tarde.

Una alianza diversa

Los discursos engañosos nos distraen de que, en realidad, el nacionalpopulismo insta a una gran alianza de distintos grupos en la

sociedad. A pesar de que normalmente se presenta como un refugio para un único tipo de votante, de hecho exhorta firmemente a una coalición de los grupos principales, si bien en su núcleo están los trabajadores blancos. Tanto Trump como el *brexit* fueron impulsados por encima de la línea ganadora por una coalición de electores débil pero comprometida, a menudo procedentes de diferentes ámbitos, pero unidos por sus valores y preocupaciones compartidos.

En la actualidad, es justo reconocer que Trump no es en verdad un nacionalpopulista como lo son otros personajes semejantes en Europa. Nigel Farage en el Reino Unido y Marine Le Pen en Francia son auténticos intrusos que nunca han sido aceptados por la corriente principal. Son líderes de sus propios partidos. Trump, por el contrario, se hizo cargo eficazmente del Partido Republicano mayoritario, que al final lo acogió. Conquistó la Casa Blanca, no solo movilizando a los estadounidenses en los estados indecisos, sino también conservando la amplia mayoría de los republicanos tradicionales que habían votado a Mitt Romney en 2012. Como consecuencia, obtuvo el apoyo de una minoría considerable de sus votantes, aunque tenían grandes reservas acerca de su estilo y sus políticas; no obstante, inspiró asimismo al núcleo duro, que mayormente le mostró lealtad después de su investidura.

El *brexit* tampoco fue una revuelta nacionalpopulista típica. A pesar de que la votación sorpresa para la salida del Reino Unido de la Unión Europea se presentó como parte de una oleada populista, había algunos factores singulares en juego. La votación del *brexit* no se planteó como unas elecciones normales, sino como un referéndum binario —permanecer o salir—, que alcanzó un nivel de participación del 72 %, el más alto en unas elecciones nacionales en veinticinco años. Del mismo modo que Trump no puede entenderse sin hacer referencia a la larga herencia populista de Estados Unidos, de la que hablaremos más tarde, el *brexit* no se puede entender por completo sin referirse a una tradición añeja en el Reino Unido (o, para ser más exactos, en Inglaterra): la gran desconfianza de la opinión pública sobre la idea de integrar políticamente el país en Europa. Esta

hostilidad latente ha experimentado altibajos en el Partido Conservador tradicional, que vio la Unión Europea como una amenaza a la soberanía nacional, y también preocupa a algunos en el Partido Laborista, que temen que la Unión Europea menoscabe los derechos de los trabajadores y sea un medio para los capitalistas defensores del libre mercado y la promoción de los intereses de Estados Unidos.

Dicho esto, estos movimientos compartían aspectos comunes. La tendencia a considerar al electorado de Trump como un bloque homogéneo de blancos pobres es engañosa. No solo exhortó a una clase marginal blanca empobrecida del tipo descrito en el libro superventas *Hillbilly, una elegía rural*,[15] sino que, en realidad, para conquistar la Casa Blanca atrajo a una gran alianza de blancos sin títulos universitarios y a los socialconservadores tradicionales que, en general, solían votar a los republicanos.

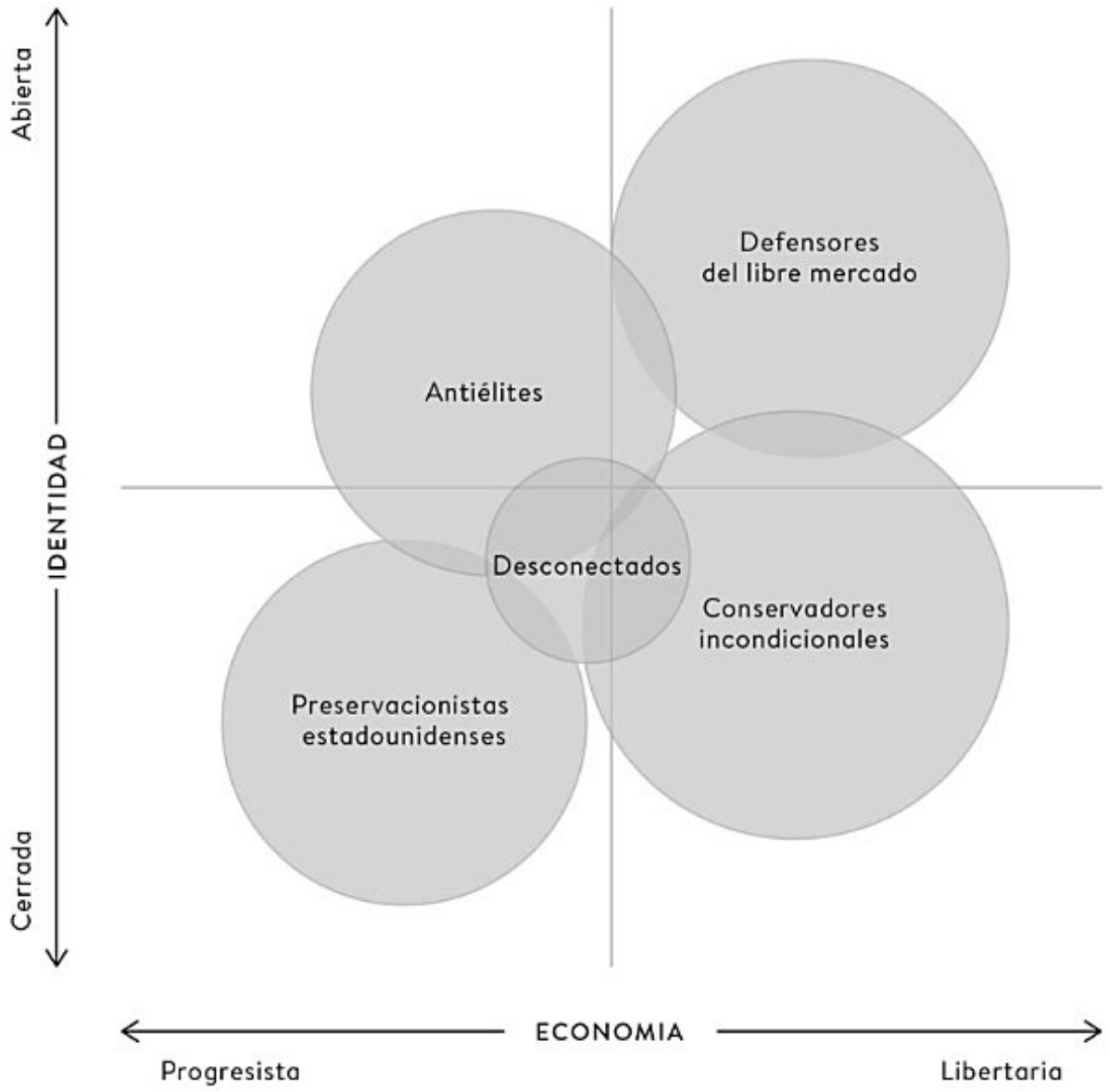
En contra de lo que se cree popularmente, muchos partidarios de Trump no se encontraban en el nivel más bajo de la escala económica. Como ha puesto de manifiesto la analista Emily Ekins, su mensaje tuvo eco entre numerosos grupos distintos. Uno de los más importantes fueron los que ella denomina conservadores incondicionales, un grupo de inquebrantables conservadores fiscales, tradicionalistas morales y republicanos leales que solían ser de clase media, tenían una formación moderada, estaban interesados en la política y que dieron su apoyo a Trump en las primarias. Un segundo grupo, también grande, fueron los defensores del libre mercado, conservadores fiscales de un Gobierno pequeño y fervientes librecambistas que despreciaban a Clinton, de mediana edad, con ingresos altos y que generalmente poseían su propia vivienda. En conjunto, estos dos grupos considerados republicanos y conservadores comprendían más de la mitad del electorado de Trump. Sin estos republicanos bastante moderados, que solían tener buenos ingresos, nunca habría ganado.[16]

No obstante, Trump también recurrió vivamente a unos pocos grupos básicos de electores que se aproximaban mucho más al perfil de los votantes nacionalpopulistas europeos. Sus más leales seguidores eran los preservacionistas. Estos votantes, muy partidarios de Trump, tenían por lo

general solo estudios secundarios y vivían en hogares con bajos ingresos, inferiores a 50.000 dólares anuales. Tenían mucho en común con otros dos elementos que fueron clave para su victoria: las antiélites, que tendían a estar en una mejor situación, aunque estaban muy insatisfechas con el *statu quo*, y los desconectados, una población pequeña sin apenas conocimientos políticos, pero que acabó votando por Trump. Fue la combinación de estos cinco grupos bastante diversos que se unieron para alzar la voz y decir «*Make America Great Again*»[*] y que impulsó a Trump a la Casa Blanca (y que seguramente continuará estando abierta al llamamiento «Que Estados Unidos siga siendo grande» si Trump se presenta de nuevo en 2020).

Lo que la mayoría de los partidarios de Trump tenían en común eran sus opiniones republicanas relativamente tradicionales. En comparación con los estadounidenses que no lo apoyaron, tendían a oponerse al matrimonio gay, a estar en contra del aborto más que a favor de él, a creer que las mujeres que se quejan de acoso causan más problemas de los que resuelven, a apoyar la pena de muerte, a describirse a sí mismos como tradicionales, a creer que la vida en Estados Unidos hoy es peor de lo que lo fue hace cincuenta años y a oponerse a una discriminación positiva en favor de las mujeres y los grupos minoritarios. Si se exceptúan los defensores del libre mercado, también tenían más probabilidades que otros votantes de sentir que para un niño es más importante ser obediente que autosuficiente, una mentalidad que refleja sus valores tradicionales, que dan prioridad al orden, la estabilidad y la conformidad del grupo. Y la mayoría de ellos votaron a Trump, más que en contra de Clinton. Aunque suelen mantener opiniones distintas sobre la economía, muchos comparten puntos de vista similares sobre cuestiones culturales como la inmigración, aunque estas dominaron sobre todo el pensamiento de sus partidarios más incondicionales.

Figura 1.1. COMPARACIÓN DE LOS VOTANTES DE TRUMP EN UN MAPA POLÍTICO. LOS EJES SE APROXIMAN AL VOTANTE MEDIO DE TRUMP.



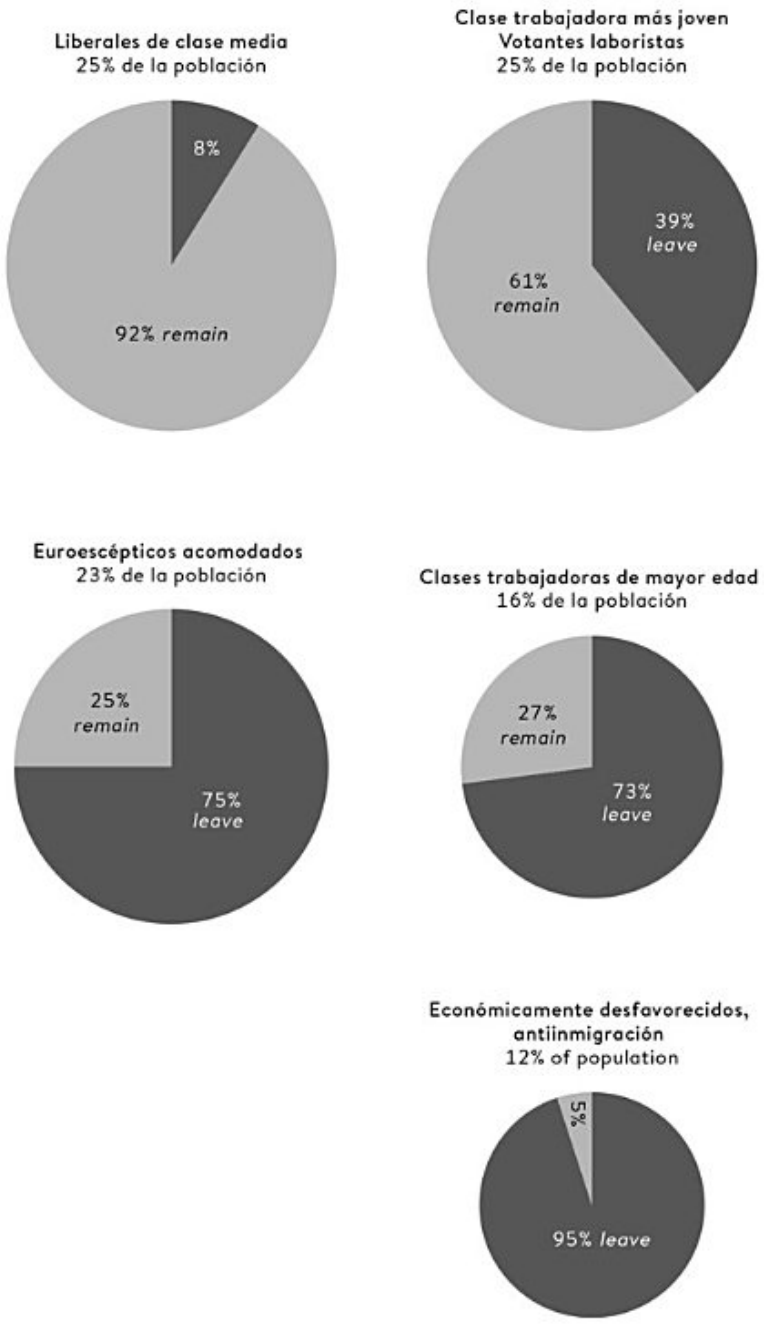
Asimismo, el *brexit* estuvo a cargo de un mosaico de grupos con valores compartidos. Al igual que en Estados Unidos, los ciudadanos se apresuraron a apartar los estereotipos simplistas. Los intentos por explicar el voto rápidamente se centraron en la clase trabajadora blanca. Si bien el 52 % de los votantes apoyaron el *brexit*, la cifra asciende al 60 % entre la clase trabajadora y al 70 % entre los jubilados de la clase trabajadora. Un tuit que se convirtió en viral tras el resultado presentaba a las personas favorables al *brexit* como casi exclusivamente blancas y ancianas. Uno de ellos fue un

hombre mayor quien, según se contó a los lectores, vivía en un municipio formado solo por blancos en el que nunca había habido inmigrantes. Otro caso fue el de una anciana que «falleció a causa de la edad dos días después de la votación».

Sin embargo, al igual que con Trump, había en realidad numerosos elementos que llevaron al *brexit*. No lo dictó un solo grupo, sino una alianza diversa formada por personas que compartían intensamente unas pocas inquietudes. Fueron tres los grupos principales. Los euroescépticos acomodados apoyaban al Partido Conservador y solían ser personas pudientes. Aproximadamente la mitad formaban parte de la clase trabajadora, pero menos de uno de cada ocho afirmaron tener problemas financieros. La clase trabajadora de más edad estaba compuesta por personas que también se inclinaban por el Partido Conservador. Se veían a sí mismos como una clase trabajadora más fuerte, eran ambiciosos, tenían firmes convicciones socialconservadoras, eran patrióticos y sin duda les habría gustado mucho Margaret Thatcher. No solían tener dificultades económicas; solo uno de cada cuatro declaró que le resultaba difícil arreglárselas. El tercer grupo, más pequeño, estaba formado por los económicamente desfavorecidos. Son personas que trataban de rechazar por completo la política convencional, que a menudo habían votado a Nigel Farage en el pasado, estaban considerados firmemente como clase trabajadora y tenían dificultades económicas. Estas personas también estaban preocupadas por el tema concreto de la inmigración, a pesar de que los tres grupos tenían opiniones semejantes sobre la cuestión, como veremos después.[17]

En lo que respecta a los nacionalpopulistas en Europa, el panorama es algo distinto. Trump y el *brexit* fueron campañas amplias y fructíferas que echaron sus redes de forma considerable en la sociedad. Los nacionalpopulistas en Europa han tenido, por lo general, menos éxito, a pesar de haber formado una coalición de simpatizantes por derecho propio que tiene mucho en común con el *brexit* y Trump.

Figura 1.2. VOTACIÓN DE LOS DISTINTOS GRUPOS EN EL REFERÉNDUM DE PERMANENCIA DEL REINO UNIDO EN LA UNIÓN EUROPEA.



Sobre todo desde finales de la década de 1990, partidos como el Frente Nacional en Francia y el Partido de la Libertad en Austria y los Países Bajos

han obtenido gran parte de su apoyo no de personas situadas en el nivel más bajo de la escala económica, sino de trabajadores semicualificados y cualificados, algunos de ellos con conocimientos especializados, como los mecánicos o los operarios en fábricas. Considerando que los desempleados y quienes dependen de la ayuda social a menudo evitan votar, los trabajadores manuales se insertan, por un lado, en la clase media, y, por otro, en la de los desempleados.[18] Son especialmente propensos a sentir que pierden respecto a los demás en la sociedad, o que algunos grupos están obteniendo ventajas injustas, y temen el futuro.

Al igual que los demócratas, que vieron cómo muchos de sus partidarios de la clase trabajadora tradicional se alejaron para irse con Trump en estados clave como Michigan, donde los demócratas habían ganado sistemáticamente desde 1992, en las últimas tres décadas en Europa los socialdemócratas de centroizquierda han visto cómo sus votantes de la clase trabajadora tradicional en bastiones históricos han derivado hacia el nacionalpopulismo (a pesar de que no todos ellos provenían de la izquierda). Este proceso llevó mucho tiempo.

En realidad, hay que remontarse hasta 1995, cuando los nacionalpopulistas como Jean-Marie Le Pen surgieron como la elección más popular entre los trabajadores, sobre todo en zonas controladas históricamente por los socialistas o los comunistas. Casi un cuarto de siglo después, en 2017, el único grupo en la sociedad francesa que apoyó mayoritariamente a su hija en el enfrentamiento con Macron en la ronda final fue la clase trabajadora. Y este firme llamamiento a la clase trabajadora es válido en buena parte de Europa. Incluso antes de la crisis financiera, el experto Daniel Oesch halló que los votantes de la clase trabajadora tenían el doble de probabilidades que sus homólogos de clase media de votar a los nacionalpopulistas en Austria, tres veces más en Bélgica y Francia y cuatro veces más en Noruega. A pesar de que más o menos la mitad de estos electorados estaba compuesto por trabajadores, unos dos tercios de los votos emitidos fueron para los nacionalpopulistas.

Mientras los trabajadores forman su núcleo, los movimientos populistas

europeos han adquirido el apoyo de los socialconservadores, que comparten muchos de sus valores tradicionales y sus firmes inquietudes sobre temas como la inmigración, la seguridad de las fronteras y el orden público. Algunos de los nacionalpopulistas de más éxito también han conquistado a los propietarios de pequeñas empresas, a los trabajadores por cuenta propia y a las personas de clase media baja. Pese a la existencia de otros factores locales y nacionales, entre ellos la corrupción del partido mayoritario y una reacción al separatismo catalán, estos grupos fueron importantes para la victoria de Vox, que obtuvo casi el 11 % de los votos, en las elecciones andaluzas de 2018. Pero, al igual que con el *brexit* y Trump, han luchado sistemáticamente con profesionales de clase media con estudios universitarios, sobre todo los de sectores como la educación, la salud, la ayuda social, la cultura y los medios de comunicación.

Las principales líneas de fractura

Esto nos lleva a una de las mayores líneas de fractura que atraviesan por la base el nacionalpopulismo en Occidente: la brecha educativa. Los debates sobre el tema acostumbran a centrarse en gran medida en los ingresos y los puestos de trabajo, pero la educación es en realidad mucho más importante.

Es asimismo una cuestión que se ha de tratar detenidamente. No es ni acertado ni justo representar a quienes apoyan el nacionalpopulismo como «incultos» y «estúpidos». Estos burdos estereotipos son engañosos y solo contribuirán a afianzar la polarización. Así pues, debemos empezar por aclarar que muchos finalizaron los estudios secundarios, y un número nada insignificante fue a la universidad, al igual que uno de cada cuatro votantes del *brexit*, que poseían un título universitario. En Estados Unidos, el Grupo de Estudio del Votante calcula que algo más de una tercera parte del apoyo a Trump durante las primarias y más de dos quintas partes durante las elecciones presidenciales del 2016 provenían de blancos con títulos universitarios. Evidentemente, Trump no hizo un firme llamamiento a los

titulados, pero no es correcto afirmar que Trump solo apeló a quienes carecían de estudios.

Los simpatizantes del nacionalpopulismo podrían asimismo haber decidido continuar sus estudios a través de otros canales, fuera del (cada vez más caro) sistema universitario, como una formación técnica, o bien mediante el aprendizaje personal. Y si bien muchos observadores interpretan la ausencia de un título universitario como una señal de fracaso, debería recordarse que muchos de estos simpatizantes tienen unos ingresos dignos, empleos a tiempo completo y disfrutan de un nivel de vida relativamente bueno. Solo una minoría de los defensores del libre mercado, partidarios de Trump, han ido a la universidad, pero ganaron en general mucho más que los demócratas. Trump obtuvo unos niveles de apoyo importantes de los estadounidenses que ganaban al menos 70.000 dólares anuales.

Sin embargo, es mucho más probable que quienes carecen de títulos universitarios voten por los populistas. Los electores blancos sin estudios superiores constituyeron unos dos tercios de la base de Trump en las primarias y unos tres quintos en su batalla electoral con Clinton. Si se observan los votantes más leales a Trump —los preservacionistas—, seis de cada diez dejaron de estudiar durante la enseñanza media o después de terminarla, mientras solo uno de cada ocho asistió a la universidad. Los votantes demócratas tenían el doble de probabilidades que este grupo de haberse graduado y unas cinco veces más de haber realizado estudios de posgrado.

Esta división fue crucial para Trump. En 2012, Obama perdió el voto de los blancos sin títulos universitarios por veinticinco puntos. Sin embargo, cuatro años después, a Clinton le fue aún peor, y se calcula que lo perdió por treinta y un puntos, mientras que el desplazamiento de los votos en su contra en este grupo en los estados del Rust Belt a menudo duplicó el promedio. Estas pérdidas hicieron que los estados clave quedaran fuera de su alcance. Fue tal su importancia que algunos sugirieron que, incluso si Clinton hubiese conseguido repetir los niveles de participación de Obama

entre los afroamericanos, aún podría haber perdido las elecciones.[19] Clinton y su equipo deberían haberlo previsto. El llamamiento de Trump a quienes carecían de un título universitario se ha visto desde el principio. Durante las primarias, ganó en casi la totalidad de los más de 150 condados en que al menos ocho de cada diez personas eran blancos sin un título universitario.

Clinton y sus estrategas podrían asimismo haber sacado más del *brexit*, que tan solo cinco meses antes había mostrado claramente el firme llamamiento al populismo para quienes carecían de estudios universitarios. Sorprendentemente, el apoyo al *brexit* entre las personas sin formación académica alcanzó una media del 74 %. Es importante destacar que esta brecha educativa fue también mayor que las diferencias por clase social, nivel de ingresos o edad, lo que demuestra que suele ser la educación la que desempeña un papel preponderante.

Observemos la interacción entre la edad y la educación. Mientras que el 80 % de los británicos menores de treinta y cuatro años y con un título universitario votaron para que el Reino Unido permaneciese en el Unión Europea, solo un 37 % de sus homólogos sin titulación hicieron lo mismo.[20] En cualquier otro lugar de Europa, el nacionalpopulismo hace un llamamiento similar no a quienes carecen de estudios, sino a aquellos que tienen un nivel de instrucción medio, personas que han finalizado la enseñanza secundaria y en ocasiones han seguido estudiando, aunque en general no se han graduado en la universidad. En las elecciones presidenciales de Francia en 2017, si bien las personas con un nivel de estudios más alto se posicionaron a favor de Macron en lugar de por Marine Le Pen por una sorprendente proporción de 83:17, su margen de victoria entre los menos instruidos fue solo de 54:46.[21]

La brecha educativa es asimismo un motivo por el que pocas personas vieron venir a Trump. Los blancos sin títulos universitarios estaban escasamente representados en las encuestas de opinión, al igual que en los sondeos del Reino Unido. Esto era cierto sobre todo en los estados clave del Rust Belt como Míchigan, Ohio, Pensilvania y Wisconsin, donde los

blancos sin estudios superiores superan fácilmente en número a los titulados universitarios. Esta es la razón por la que una respuesta obvia al revuelo del *brexit* y Trump consiste en garantizar que el muestreo de la votación capta este grupo crítico.[22]

La brecha educativa es además fundamental porque ha mostrado que influye enormemente en nuestros valores y en el modo en que interpretamos el mundo que nos rodea. Quienes han ido a la universidad tienden a tener una mentalidad liberal cultural que da importancia a la tolerancia de las diferencias, tiene poco tiempo para las jerarquías sociales y da prioridad a los derechos individuales por encima de las identidades de grupo. En cambio, quienes carecen de estudios superiores se inclinan hacia una perspectiva socialconservadora que valora más conservar las jerarquías sociales, la estabilidad, el mantenimiento del orden y la tradición y se asegura de que las personas se adaptan al grupo más amplio.

Los expertos siguen debatiendo sobre la existencia de este vínculo, pero muchos han demostrado que lo que realmente importa es la experiencia de la enseñanza universitaria. Abandonar el hogar familiar e ir a la universidad tiene lugar en un momento formativo de nuestras vidas, cuando solemos ser adultos jóvenes e influenciables que aún estamos decidiendo cómo ver el mundo. Socializar, debatir y compartir experiencias vitales en un ambiente lleno de estudiantes liberales y profesores de distintos orígenes alienta a muchos jóvenes a asimilar un panorama general liberal cultural, que sigue influyendo en su modo de pensar mucho después de haber dejado la universidad.[23]

Claro está, la enseñanza universitaria no lo explica todo. Algunas personas pasan por los estudios superiores mientras se aferran a sus valores socialconservadores. Otros crecieron en una época en que la enseñanza universitaria aún estaba limitada a unos pocos privilegiados. Pero este panorama general explica por qué algunos ciudadanos son más receptivos por instinto al nacionalpopulismo que otros. Debido a su nivel de instrucción y a sus valores estrechamente relacionados, comparten inquietudes básicas sobre cómo están cambiando sus comunidades, países y,

a grandes rasgos, Occidente. Como veremos en este capítulo y en los siguientes, piensan de modos completamente distintos de los electores graduados y de mentalidad más liberal en toda una serie de cuestiones, como quién pertenece realmente a la comunidad nacional, cómo está cambiando la inmigración su país, si el islam es o no compatible con Occidente, la postura de su grupo más amplio con respecto a otros grupos en la sociedad, hasta qué punto se puede confiar en las instituciones políticas y económicas y si sienten que tienen algo que decir.

Ahondar en las principales inquietudes

A lo largo de este libro analizaremos estas inquietudes, pero podemos empezar por desentrañarlas teniendo en cuenta otro mito popular, como es que quienes apoyan a Trump, el *brexit* o a personajes como Le Pen están votando en contra del sistema antes que por los nacionalpopulistas.

Esta «teoría de protesta» es popular, porque muchos autores, sobre todo los de la izquierda liberal, luchan contra la idea de que las personas podrían en realidad desear cosas como una menor inmigración, unas fronteras reforzadas, menos prestaciones sociales para los inmigrantes recién llegados que no han pagado impuestos durante años y más devolución de competencias por parte de las instituciones transnacionales lejanas al Estado nación. Sin embargo, cuando ocho de cada diez votantes de Trump apoyaron su idea de construir un muro en la frontera de Estados Unidos con México, o cuando tres de cada cuatro personas en el Reino Unido, preocupados por cómo iba a cambiar la inmigración a su país, votaron por la oferta del *brexit* de «recuperar el control», es difícil aceptar que no sabían lo que estaban votando o que tan solo estaban protestando contra la clase dirigente. Claro está, muchos despreciaron a los dirigentes políticos, pero también apoyaron el mensaje: votan porque lo quieren.

Esto nos lleva a otra cuestión, en que justamente quienes hacen campaña en contra de los nacionalpopulistas suelen equivocarse. Sus

partidarios no se mueven simplemente por un interés personal, como tampoco su voto se basa en especial en inquietudes económicas objetivas. Sin embargo, los demócratas en Estados Unidos, la campaña de los *remain* en el Reino Unido y muchos socialdemócratas en Europa a menudo solo hablan a estos votantes, y de manera muy rigurosa, sobre sus puestos de trabajo e ingresos, como quedó patente en 2016 en el Reino Unido cuando se advirtió que si los ciudadanos votaban por el *brexit*, la situación de su unidad familiar empeoraría cada año en 4.300 libras esterlinas. Los nacionalpopulistas han superado este mensaje destinado al interés económico personal, cuyo llamamiento a los votantes se basa en las cuatro palabras clave.

La primera es una firme desconfianza hacia los dirigentes políticos y las élites económicas, así como la creencia de que los ciudadanos de a pie ya no tienen una opinión válida. A diferencia de las declaraciones histéricas que surgieron con posterioridad al *brexit* y a Trump, la mayoría de los ciudadanos en Occidente no están en realidad renunciando a la democracia, a pesar de que son muchos quienes están abiertos a formas de democracia más «directas» que darían a las personas un mayor poder de decisión que afectaría a sus vidas cotidianas.

No obstante, existen pruebas claras y contundentes de una creciente corriente de desconfianza y una firme creencia entre numerosos electores de que ellos ya ni siquiera forman parte de la conversación. Si bien los grupos principales del electorado de Trump convinieron con numerosos demócratas en que el sistema económico de Estados Unidos está más bien orientado a los ricos, sus simpatizantes más fieles tenían más probabilidades que los demócratas de sentir que «la gente como yo no tiene ni voz ni voto en lo que hace el Gobierno»; así lo sentían siete de cada diez ciudadanos. Estos votantes tendrían mucho más en común con los *leavers* en el Reino Unido, que llegaron a la misma conclusión: ellos ya no pueden hacer oír su voz. Entre los británicos que sentían que se los estaba escuchando, el voto a favor del *brexit* fue solo del 37 %, pero entre quienes pensaban que los políticos «no escuchan a personas como yo», aumentó vertiginosamente a

un 58 %. Muchos de estos partidarios de Trump y del *brexit* vieron una oportunidad para volver al debate nacional del que se habían sentido excluidos tiempo atrás, y lo tomaron con ambas manos.[24]

Por otra parte, ambas campañas aprovecharon una segunda inquietud sobre una privación relativa, es decir, la sensación de que el grupo más amplio, ya sean los estadounidenses blancos o los británicos nativos, se está quedando atrás con respecto al resto de la sociedad, mientras que los políticos culturalmente liberales, los medios de comunicación y los famosos conceden más atención y tiempo a los inmigrantes, las minorías étnicas y otras personas recién llegadas.

Trump hizo un firme llamamiento a aquellos que estaban plenamente convencidos de que los estadounidenses blancos salen perdiendo en comparación con los demás: el 90 % de sus partidarios más incondicionales creían que la discriminación contra los blancos es actualmente un problema fundamental en Estados Unidos, mientras que el 10 % de los demócratas compartían este punto de vista. De hecho, los estadounidenses blancos que sentían que existía mucha discriminación contra su grupo tendían a apoyar a Trump en casi cuarenta puntos más que quienes no veían esta discriminación. De modo similar, quienes creían que los blancos ya no podían conseguir empleos porque las empresas se los daban a las minorías tenían cincuenta puntos de mayor probabilidad de secundar a Trump. Teniendo en cuenta estas opiniones, no sorprende encontrar que buena parte de ellos también se opusieron con firmeza a los programas de discriminación positiva y mostraron una gran preocupación por lo políticamente correcto, opiniones que examinaremos más adelante en este libro.[25]

En el Reino Unido, muchos *leavers* compartieron esta ira intensa sobre el modo en que, en su opinión, se trataba a este grupo más amplio en comparación con el resto. El *brexit* exhortó no solo a las clases económicas más bajas, sino también a quienes trabajaban a tiempo completo y que aún creían que tanto ellos como su grupo estaban siendo relegados. Los ciudadanos que habían empezado a votar a Nigel Farage y al UKIP antes de

apoyar posteriormente el *brexit* tenían una probabilidad de veinte puntos más que la media de creer que las autoridades gubernamentales permiten a los inmigrantes saltarse la cola para conseguir viviendas sociales (casi ocho de cada diez pensaban así). Cuando llegó el momento decisivo del referéndum, el promedio del apoyo al *brexit* fue solo de un 25 % entre quienes sentían que las cosas para ellos eran «mucho mejores en comparación con otras personas». Pero entre los ciudadanos que pensaban que las cosas habían «empeorado mucho con respecto a los demás», la cifra aumentó al 76 %.[26]

Esta sensación de privación relativa es absolutamente fundamental para el nacionalpopulismo. Actúa como un nexo entre la cultura y la economía. Va íntimamente ligada a las inquietudes de los ciudadanos sobre la postura social y económica más general de su grupo más amplio y cómo se contrasta con los demás en la sociedad. Pero también está estrechamente relacionada con las inquietudes concretas de los ciudadanos acerca de cómo creen que los inmigrantes, las minorías étnicas y el rápido cambio étnico amenazan a su grupo, no solo económicamente, sino también social y culturalmente. Estos sentimientos de pérdida y preocupación relativos al cambio étnico alimentan una hostilidad hacia los dirigentes políticos, que no lograron evitar que esto ocurriera —o, peor aún, lo alentaron activamente—, y cuyas consecuencias fueron un gran temor por el futuro. ¿Se quedarán aún más rezagados su grupo nacional, su identidad y sus modos de vida y tal vez con el tiempo se destruyan para siempre? Esta es la tercera inquietud, que se centra en la destrucción.

Tales temores no siempre se basan en una realidad objetiva, aunque siguen siendo importantes. Esto es particularmente cierto en Estados Unidos, donde se prevé que la mayoría de los niños del país en 2020 no serán blancos, mientras que gran parte de Europa también está siendo testigo de importantes cambios, como se describe en el capítulo 4. Para quienes apoyan a los nacionalpopulistas, estas tendencias son muy alarmantes y alimentan graves preocupaciones sobre qué clase de futuro les espera a ellos y a sus hijos.

Trump recurrió directamente a estos temores de desplazamiento cultural, que constituían el aspecto central de su voto: los estadounidenses blancos que afirmaban sentirse a menudo como extranjeros en su propio país y que opinaban que Estados Unidos necesita protegerse frente a la influencia extranjera eran casi cuatro veces más propensos a apoyar a Trump que aquellos que no compartían estas preocupaciones. Otro estudio demostró que cuando les recordó a los estadounidenses blancos muy identificados con su grupo que la población no blanca superaría a la blanca en Estados Unidos en 2042, esto no solo contribuyó a que se preocuparan mucho más por el grado del declive y la influencia de los estadounidenses blancos, sino también a que apoyaran más a Trump y fueran más contrarios a lo políticamente correcto. De hecho, un número cada vez mayor de estudios muestran ahora que Trump se benefició mucho más de los temores públicos sobre la inmigración, el cambio étnico y los musulmanes que los candidatos republicanos anteriores, como John McCain y Mitt Romney.[27]

Muchos de los votantes más leales a Trump compartían una profunda preocupación por el cambio étnico y sus repercusiones en los estadounidenses blancos. Aparte de considerar que la discriminación contra los blancos es un problema fundamental, eran mucho más propensos que otros estadounidenses a expresar una firme oposición a los inmigrantes ilegales, a endurecer la entrada en Estados Unidos de los extranjeros y los musulmanes, a ver la inmigración como un problema importante, a respaldar la prohibición de viajar de Trump, a creer que el islam fomenta el terrorismo y a admitir abiertamente que tienen una visión negativa de los musulmanes. En el seno de estas actitudes se encontraba un temor intenso sobre el modo en que la constante inmigración y el cambio étnico en Estados Unidos afectarán a los estadounidenses blancos. Del casi 40 % de los votantes republicanos que consideraban que es malo para Estados Unidos que las minorías étnicas se conviertan en mayoría en los próximos veinticinco a treinta años, muchos de ellos sostenían a Trump.[28]

Esta inquietud sobre el cambio étnico y cultural también ayuda a explicar por qué algunos de los partidarios de Obama lo abandonaron para

irse con Trump. Hillary Clinton se aferró a casi todos los votantes blancos de Obama que consideraban la inmigración como algo positivo, pero perdió a uno de cada tres que estaban preocupados por ello. Tampoco era un grupo pequeño. Acechando en el electorado de Obama se encontraban votantes blancos que opinaban que los inmigrantes ilegales representan una carga para Estados Unidos y que querían poner trabas a los extranjeros para emigrar a su país; muchos de ellos pasaron a apoyar a Trump. Al igual que los nacionalpopulistas en Europa están atrayendo a trabajadores blancos de los socialdemócratas de centroizquierda, Trump atrajo a algunos demócratas blancos preocupados por la radical transformación étnica de Estados Unidos, a pesar de que esta tendencia comenzó mucho antes de que él y su mujer bajaran por las escaleras mecánicas de la torre Trump, como veremos después.

La sorprendente victoria de Trump, pues, fue en parte un síntoma de diferencias mucho más profundas sobre la transformación étnica de Estados Unidos. Como señalan el experto John Sides y sus colegas:

> Mientras Estados Unidos cambia demográfica, social y culturalmente, las identidades políticas de los estadounidenses responden cada vez más a concepciones encontradas de lo que es y debería ser su país: una sociedad multicultural que recibe a los recién llegados y acepta su creciente diversidad, o un lugar más provincial que recuerda a una época anterior, con roles de género tradicionales y un dominio de los cristianos blancos en la vida económica y cultural.[29]

Pero estas brechas no se limitan en modo alguno a Estados Unidos.

En el Reino Unido, muchos *leavers* vieron análogamente en el referéndum del *brexit* una oportunidad excepcional para expresar su profunda preocupación por el modo en que la inmigración estaba cambiando el país, inquietudes que han ido en aumento desde principios del siglo XXI con corrientes inmigratorias sin precedentes en la historia. Nigel Farage se metió en este ambiente tóxico al reclamar que los inmigrantes que se establecen en el Reino Unido, procedentes de cualquier otro lugar de Europa, les quitaban empleos a los trabajadores británicos, y mostró empatía hacia personas que ya no oían hablar inglés en los medios de

transporte públicos y alegaban que el Reino Unido había llegado a un «punto crítico». Muchos *leavers* compartían estas inquietudes. El 64 % consideraba que la inmigración había sido negativa para la economía, el 72 % pensaba que había menoscabado la cultura británica y el 80 % lo vio como una carga para la ayuda social. Si los ciudadanos mostraban inquietud por la inmigración al Reino Unido, no solo era más probable que apoyasen abandonar la Unión Europa, sino también que se preocupasen por secundar la propuesta y votasen, además de rechazar la idea de que el *brexit* era un riesgo. Quienes querían permanecer en Europa hablaban sin cesar de los riesgos económicos, mientras que los que deseaban salir se centraban esencialmente en las supuestas amenazas a su identidad y al grupo nacional.

Tan grande era el deseo de los *leavers* de trazar un vía distinta que seis de cada diez afirmaron que los importantes daños a la economía británica serían «un precio que valdría la pena pagar por el *brexit*», mientras que cuatro de cada diez estaban dispuestos a ver que sus propios familiares perdían sus puestos de trabajo si eso significaba que se cumpliera el *brexit*. [30] Los estrategas en contra del *brexit* no lo gestionaron muy bien. Al decidir que evitarían por completo el tema de la inmigración, enviaron una señal a los votantes de que «la élite» no tenía verdadero interés en tomarse en serio sus preocupaciones.

El mismo cóctel explosivo se encuentra en Europa, donde el nacionalpopulismo se ha visto impulsado por un gran nerviosismo en cuanto a la inmigración y el cambio étnico. Un importante estudio sobre cinco democracias mostró que los trabajadores que votaron por Marine Le Pen en Francia o por Geert Wilders en los Países Bajos actuaban movidos por un deseo: reducir la influencia de la inmigración en su cultura y expresar su desaprobación por los dirigentes políticos. Los trabajadores preocupados por la inmigración tenían siete veces más probabilidades de pasarse al bando de los nacionalpopulistas que quienes no estaban inquietos por este asunto. Otros estudios semejantes muestran cómo estos electores se movían no por la protesta, sino por la creencia de que su grupo más amplio estaba amenazado por la inmigración y los musulmanes, y que no se podía

confiar en que los políticos ortodoxos abordaran este problema.[31]

Veamos el caso de Suecia, que siempre se pensó que era inmune al nacionalpopulismo debido al alto grado de tolerancia de su cultura, la estrecha relación entre los trabajadores y los principales partidos, y el hecho de que la inmigración no era una prioridad en el programa. No obstante, si bien los nacionalpopulistas han estado activos durante años, en la última década han logrado un gran avance al revestir su oposición a la inmigración y al islam de pretensiones apocalípticas sobre la destrucción de los suecos nativos y su modo de vida. El vídeo de la campaña del partido nacionalpopulista Demócratas de Suecia, prohibido en la televisión, mostraba a una anciana cojeando hacia su pensión mientras una muchedumbre de mujeres cubiertas con burkas la adelantaban (tuvo más de un millón de visualizaciones en YouTube). Antes de los comicios de 2018, su líder dijo a los votantes:

> Habéis creado una Suecia donde las familias se ven forzadas a mudarse porque ya no se sienten seguras en sus propios barrios. Una Suecia donde la ayuda social se viene abajo, donde los amigos y familiares mueren mientras esperan atención médica. Una Suecia donde las mujeres son víctimas de agresiones sexuales y violaciones en grupo, donde se mutila a las niñas y se las obliga a contraer matrimonio contra su voluntad.

El discurso nacionalpopulista presta menos atención a los pormenores de la política y mucha más a las reclamaciones sobre el declive y la destrucción del país, que no solo vinculan a la inmigración y al cambio étnico, sino también a lo que ellos ven como musulmanes y refugiados culturalmente incompatibles. Esto también se achaca a la clase dirigente política, que se confabula con los capitalistas para anteponer los beneficios a las personas y fomentar así un flujo interminable de trabajadores poco cualificados o sin ningún tipo de formación con objeto de satisfacer el sistema económico neoliberal y «traicionar» al país (en Europa del Este, movimientos más extremos vinculan estos cambios a los judíos). Es ante todo un discurso basado en el miedo a la destrucción. En Hungría, Viktor Orbán presenta a los refugiados como «una fuerza invasora musulmana»;

en Francia, Marine Le Pen advierte que «toda Francia se convertirá en una gigantesca zona de exclusión»; en Austria, Heinz-Christian Strache les dice a los votantes que, a menos que pongan fin a la política de «islamización», los europeos «tendrán un final repentino»; en los Países Bajos, Geert Wilders señala que Europa «dejará de existir» si no se pone freno al crecimiento del islam, y en Italia, el líder de la Liga, Matteo Salvini, advierte que siglos de la historia de Europa están en peligro de desaparecer «si la islamización, que hasta ahora se ha subestimado, gana la partida».

Por lo general, si aún estuviéramos en una época en la que sus lazos con las personas siguieran siendo firmes y sólidos, los partidos tradicionales podrían haber sido capaces de evitar estos problemas. Pero la época clásica de principios a mediados del siglo XX, cuando las lealtades políticas eran más estables y se habían establecido las líneas divisorias políticas, ha llegado a su fin. Los antiguos vínculos entre los ciudadanos y los partidos tradicionales han comenzado a romperse, un proceso que denominamos desalineamiento. Dado que cada vez hay más personas, entre ellas muchos jóvenes, que ahora están menos dispuestas que antes a profesar lealtad a los partidos tradicionales, el camino para los nacionalpopulistas se ha despejado todavía más. Muchos sistemas políticos en Occidente hoy se caracterizan por una inestabilidad sin precedentes, por lo que los ciudadanos no solo confían menos que antes en los políticos, sino que están más dispuestos a cambiar sus votos de unas elecciones a las siguientes. Esto ha sido un aspecto fundamental en el derrumbe de los movimientos que han desempeñado un papel clave en la evolución de la Europa de la posguerra, como la socialdemocracia, y ha consentido una mayor apertura al nacionalpopulismo, que analizaremos en el capítulo 6.

Trump, el *brexit* y los nacionalpopulistas en Europa no son en absoluto idénticos. Siempre existirán diferencias entre países, como sucede en todas las «familias políticas». Pero en este capítulo hemos dado un paso atrás para examinar el panorama general, señalar algunos de los mitos engañosos que se han afianzado en debates más amplios e identificar varios aspectos comunes que unen estas rebeliones nacionalpopulistas. Hemos visto cómo

han obtenido más apoyo de una alianza bastante considerable de personas sin titulaciones universitarias y socialconservadores que comparten valores tradicionales y una serie de inquietudes básicas sobre su falta de representación, la postura de su grupo respecto a los demás y, en concreto, la inmigración y el cambio étnico.

Un aspecto que se ha venido repitiendo de forma recurrente es que quienes apoyan el nacionalpopulismo no solo están protestando, sino que optan por refrendar puntos de vista que les resultan atractivos. Así pues, necesitamos analizar más de cerca las promesas que hacen estos políticos y ver si, contrariamente a la opinión popular de que es una nueva forma de fascismo, el nacionalpopulismo aspira a una nueva forma de democracia en la que se presta una atención mucho mayor a los intereses y los pareceres de los ciudadanos de a pie.

2

PROMESAS

¿Qué queremos decir con «populismo»? ¿Y hasta qué punto es justo, si lo es, agrupar a los populistas con los fascistas o la extrema derecha?

El populismo se presenta habitualmente como un bastión para los nacionalistas extremos, un paso a menudo peligroso en el terreno resbaladizo hacia el fascismo. Durante una reciente gira mundial, la estrella del pop Madonna proyectó una imagen de Marine Le Pen con una cruz gamada superpuesta. El filósofo holandés Rob Riemen publicó un ensayo para todos los miembros del Parlamento en el que advertía que el auge de Geert Wilders y su Partido de la Libertad representaba el regreso al fascismo histórico.

En Estados Unidos, el escritor neoconservador Robert Kagan captó el clima reinante cuando afirmó que la campaña de Trump para llegar a la Casa Blanca mostró:

> Un halo de fuerza bruta y machismo, un alarde de falta de respeto por las sutilezas de la cultura democrática que, según denuncia, y sus simpatizantes creen, ha dado lugar a la debilidad e incompetencia del país [...] Así es como llega el fascismo a Estados Unidos, no con botas militares y saludos [...], sino con un charlatán televisivo, un multimillonario farsante, un ególatra

de manual que «recurre» a los resentimientos y a las inseguridades populares.[1]

Un año más tarde, el economista Joseph Stiglitz, ganador del premio Nobel, declaró que Trump tenía «sin duda» tendencias «fascistas». Poco después, el eminente teórico social Henry Giroux, canadiense-estadounidense, escribió en su blog: «El pensamiento fascista está en aumento en todo el mundo, pero su manifestación más flagrante y peligrosa ha surgido en la Administración de Trump».[2]

Estos argumentos reflejan cuántas personas se apresuran a agrupar el nacionalpopulismo con ideologías extremas como el nazismo. Por su parte, es un indicio de un serio problema sobre el modo en que pensamos acerca del populismo.

El estilo populista

La ecuación populismo-fascismo suele prestar más atención al estilo que al contenido. Muchos críticos rechazan la idea de que el populismo es una ideología seria que comprende una serie de políticas y pareceres sobre la política y la sociedad. Mejor dicho, se ve como una forma de competir por el poder, un modo de hacer política.[3]

Los líderes nacionalpopulistas acostumbran a presentarse como carentes de programa, más allá de las diatribas contra los inmigrantes, las minorías, los dirigentes políticos, los medios de comunicación y otros «enemigos del pueblo» diversos. Sus críticas se centran principalmente en la imagen que presentan al mundo, al tiempo que restan importancia a las ideas y los valores que los unen y las promesas que hacen al pueblo. El populismo se ve como un movimiento definido generalmente por un líder carismático o demagogo que dice hablar en nombre de las masas. Los líderes populistas suelen utilizar un lenguaje corriente e incluso vulgar para demostrar su afinidad con las personas «verdaderas», «puras» o «auténticas»; tratan de consolidar los lazos con ellas y reforzar su condición de ajenos al grupo a

través de la terminología «nosotros contra ellos» o «el bien contra el mal».

Otra inquietud habitual entre los críticos es que el populismo está ligado a una creencia en teorías de conspiración sobre las fuerzas ocultas que, al parecer, actúan en la sociedad, organizaciones oscuras que se confabulan detrás de las puertas cerradas para atentar contra «el pueblo» y desmantelar el país. Donald Trump ataca periódicamente al «pantano de Washington», que abarca el «Estado profundo», una supuesta red de burócratas del Gobierno e intereses relacionados que conspira en secreto para menoscabar las medidas presidenciales y, por ende, la voluntad del pueblo. Algunos de los que rodean a Trump vinculan esto a lo que ven como una amenaza más general de los «marxistas culturales» a Occidente, una alianza amorfa inspirada en el pensador marxista Antonio Gramsci, que pretende difundir los valores liberales y de izquierdas a través de los medios de comunicación, las universidades y otras instituciones civiles.[4]

En el Reino Unido se han expresado ideas similares. Nigel Farage, aliado de Trump, satiriza lo que él llama «élites mundiales», quienes, sostiene, no solo han fracasado en escuchar al pueblo antes del referéndum del *brexit*, sino que desde entonces han intentado invalidarlo. Otros también hacen un guiño a la tesis del «Estado profundo» y alegan que los funcionarios de la «clase dirigente» en Westminster están intentando suavizar, incluso revertir, el *brexit*, mientras los expertos y los grupos de estudio al parecer están convirtiendo a los estudiantes universitarios en autómatas a favor de la Unión Europea.

En cualquier otro lugar de Europa, los nacionalpopulistas como Viktor Orbán en Hungría señalan que los políticos liberales en la Unión Europea, junto con el multimillonario financiero judeohúngaro George Soros, participan en un complot para inundar Hungría y la Europa «cristiana» con refugiados e inmigrantes musulmanes, a quienes ven como parte de una misión para desmantelar los países occidentales y dar paso a un mundo sin fronteras al servicio del capitalismo. Sobre todo en Europa del Este, tanto la teoría de la conspiración como el prejuicio antisemíticos están vivitos y coleando.

Este énfasis en la teoría de la conspiración no es algo nuevo. Ya en la década de 1960, el historiador Richard Hofstadter escribió de manera influyente sobre el «estilo paranoico» del populismo y destacó los rasgos que caracterizaban a todos los movimientos populistas.

> El portavoz paranoico —escribió Hofstadter— ve el destino de la conspiración en términos apocalípticos; trafica con el nacimiento y la muerte de mundos enteros, todos los ordenamientos políticos, todos los sistemas de valores humanos... Como milenaristas religiosos, expresa la preocupación de quienes viven los últimos días y a veces está dispuesto a fijar una fecha para el apocalipsis.[5]

Hoy en día, los nacionalpopulistas comparten estas ideas, pero cabe destacar que algunas de sus alegaciones no carecen por completo de credibilidad. Por ejemplo, Soros invierte mucho en campañas de la sociedad civil que tienden a estar a favor de la Unión Europea y en contra del *brexit*, mientras que los financieros en la City de Londres se unieron para sufragar las campañas en contra del *brexit* e hicieron pronósticos económicos discutibles sobre las repercusiones a corto plazo de la votación del *brexit*, muchas de las cuales estaban lejos de la realidad. Los ataques de Trump a los complots en su contra por el «Estado profundo» reflejan en parte la existencia de importantes filtraciones procedentes de Inteligencia y otras agencias, como las escuchas telefónicas que provocaron la dimisión del asesor de Seguridad Nacional Michael Flynn.

Además, la gran atención que se presta a los líderes nacionalpopulistas y a su estilo pasa por alto la medida en que están unidos por valores fundamentales. En los últimos años, un número cada vez mayor de expertos se han propuesto ver el populismo como una «ideología vaga», aunque precisa combinarse con otra ideología si pretende desarrollar toda una serie de políticas, sobre todo en el ámbito económico.[6] Esto supone que la «familia partidista» populista puede adoptar formas de izquierdas y de derechas.

Tanto los populistas de izquierdas como los de derechas prometen dar voz a los ciudadanos de a pie y poner freno a las élites poderosas que

amenazan sus intereses. Pero considerando que las promesas de los populistas de izquierdas, como Bernie Sanders en Estados Unidos o Podemos en España, se centran en limitar las desigualdades socioeconómicas, los populistas de derechas destacan la necesidad de restringir la inmigración y mantener la identidad nacional. Sin embargo, como veremos más adelante, no siempre es fácil etiquetar claramente a los populistas «de derechas», quienes comparten cada vez más sus inquietudes acerca de las desigualdades socioeconómicas, pero sobre todo cómo se aplican a los blancos. Los críticos suelen pasar por alto este aspecto y solo ponen énfasis en la voluntad del populismo de excluir a los inmigrantes más que de incluir a quienes ellos consideran los desamparados y las personas sin voz.[7]

Muchos ven asimismo el fascismo más como un estilo que como una ideología y se concentran en su gusto por los líderes racistas y autoritarios, el paramilitarismo y los mítines orquestados. A pesar de todo, un número creciente de expertos ha admitido que también puede considerarse que el fascismo ofrece una «ideología» potencialmente atractiva por derecho propio que la distingue de otros «ismos».[8]

Estos debates sobre etiquetas no son solo un juego de especialistas. El mensaje que transmite el término *fascismo* es inaceptable para determinadas personas. Para los populistas, quienes los condenan como «fascistas» trabajan en un programa «políticamente correcto» que suprime cuestiones legítimas sobre temas como la inmigración, el islam y las élites indiferentes.[9] Los críticos que los etiquetan erróneamente están añadiendo más leña al fuego populista.

No vemos a líderes como Trump, Le Pen o Wilders como fascistas; más bien sostenemos que son «nacionalpopulistas» que representan una tradición de ideas distintas en Occidente. Y creemos que se debe tomar en serio esta corriente de pensamiento. El nacionalpopulismo es una ideología que da prioridad a la cultura y los intereses de la nación y que promete dar voz a quienes sientan que las élites, a menudo corruptas y distantes, los han dejado de lado e incluso despreciado.

Lejos de ser antidemocrático, el populismo, como sostienen expertos como Margaret Canovan, es una respuesta a las contradicciones en el seno de la democracia liberal, que, por una parte, promete un Gobierno «redentor» popular, pero que en la práctica se basa cada vez más en élites rivales «pragmáticas» y tecnocráticas cuyos valores son fundamentalmente distintos de los de muchos de aquellos a quienes representan, como veremos en el siguiente capítulo. Mientras la visión «pragmática» ve la democracia como un sistema elitista de instituciones y gobierna para afrontar los conflictos de forma pacífica, el enfoque «redentor» ve la democracia como un modo de «salvar» mediante formas directas de política e identifica al pueblo como la única fuente de autoridad legítima. Es por este motivo que, para Canovan, mientras tengamos democracia liberal, tendremos populismo, que seguirá observando de cerca «como una sombra» nuestros sistemas democráticos.[10]

Las bases ideológicas del populismo

Aunque había «populares» (del latín *populus*), senadores de la antigua Roma que trataban de congraciarse con el pueblo, para muchos historiadores el origen de los movimientos populistas se remonta al siglo XIX. Muchos ven el primero de ellos en los «naródniks» rusos, proselitistas instruidos que intentaron «llegar al pueblo» en las zonas rurales. Hicieron campaña por la liberalización del régimen zarista autocrático y enaltecieron la vida rural simple y los valores auténticos. Pero no lograron muchos avances con las personas analfabetas ni con el supersticioso campesinado, por lo que muchos de ellos regresaron al socialismo revolucionario.

El auge del populismo se comprende mejor como respuesta a la expansión de la democracia liberal durante el siglo XIX. Fue un periodo caracterizado por una creciente alfabetización en Occidente, la ampliación del sufragio y la introducción del voto secreto. Además, la política en esta

época estaba cada vez más influida por nuevas formas de comunicación, sobre todo la prensa popular, que transmitía mensajes directamente a los votantes. Términos como *pueblo* y *soberanía popular* eran instrumentos retóricos que podían ser muy poderosos y cuestionar el modo en que el poder político y económico permanecía en manos de las élites.

A pesar de que los enemigos elitistas de los primeros populistas eran diversos y a menudo deliberadamente imprecisos, comprendían los partidos que dominaban cada vez más el poder político y una nueva clase económica capitalista, que en países como Estados Unidos se caracterizó por poseer una inmensa fortuna y se separó de las preocupaciones y los estilos de vida de la gente corriente. Estas élites fueron representadas como una fuerza pequeña pero interconectada, dominante y muy poderosa en la toma de decisiones a nivel nacional. Los medios de comunicación (y posteriormente las universidades y los «expertos») también formaban parte de la élite cuando los populistas intentaron señalar a quienes influían en la opinión pública o se consideraban parte de conspiraciones secretas contra el país. A pesar de todo, los populistas no estaban necesariamente en contra de todas las élites; sus objetivos eran los líderes y los poderes que supuestamente desatendían los intereses y las opiniones del pueblo. Podemos desenmarañar estos temas examinando algunos de los movimientos populistas más importantes de Estados Unidos y Francia.

Estados Unidos cuenta con una larga y consolidada tradición de populismo. Haciéndose eco del «derecho del pueblo» a gobernar que se consagró en la Declaración de Independencia de 1776, desde entonces una serie de movimientos populistas han declarado hablar en nombre del pueblo y en contra de las élites corruptas, autocomplacientes y alejadas de la realidad. Un precursor estadounidense esencial fue el esclavista de origen humilde y héroe militar nacional Andrew Jackson (presidente entre 1829 y 1837), cuyo retrato está colgado en el despacho oval de Trump. Jackson elogió las virtudes del productivo hombre blanco corriente y las contrapuso a las de los ricos ociosos, entre ellos los banqueros, y presentó a Estados Unidos como una república autónoma única. Otro ejemplo importante y

temprano fue el Partido Americano de la década de 1850, anteriormente una sociedad secreta a cuyos miembros se los denominaba comúnmente «Know Nothings» porque cuando se les preguntaba por el movimiento respondían «no sé nada». Intentaron defender la ascendencia histórica protestante de Estados Unidos de los nuevos inmigrantes católicos, que temían que fueran parte de una conspiración papista para gobernar Estados Unidos.

Luego llegó una serie de movimientos que también contribuyeron a formar la tradición populista. El Partido Popular de la década de 1890, al que muchos ven como el primer «gran» partido populista, atrajo fugazmente a un número considerable de adeptos. El padre Coughlin, el «cura de la radio», y el movimiento «Compartir Nuestra Riqueza» del senador Huey Long en la década de 1930, así como las campañas anticomunistas lideradas por el senador Joseph McCarthy en los años cincuenta, a pesar de ser muy distintas, atrajeron asimismo a numerosos simpatizantes. Les siguieron otros, como el gobernador George Wallace, abiertamente racista, quien, después de una derrota inicial en Alabama, anunció a bombo y platillo que nunca más volvería a ser «blando con los negros». Wallace se presentó como candidato a la presidencia por el Partido Independiente Americano en 1968 y atacó a los intelectuales «sabiondos» y a los «burócratas barbudos *beatnik*»[*] de Washington. En los años noventa, Pat Buchanan se presentó a la presidencia con una mezcla de hostilidad hacia las élites económicas y simpatía por la gente corriente trabajadora, junto con un nacionalismo del tipo «Estados Unidos primero» que estaba claramente en contradicción con el globalismo republicano, a pesar de que sus puntos de vista sociales estaban más en consonancia con la derecha conservadora. El multimillonario Ross Perot se presentó a las elecciones presidenciales como tercer candidato y obtuvo casi el 19 % de los votos en 1992. Luchó contra la corrupción en Washington, la iniciativa sobre la Zona de Libre Comercio de América del Norte y otras políticas que precedieron a Trump. Más recientemente, el Tea Party, que inició una campaña contra los rescates del «gran Gobierno» que siguieron a los intereses de la quiebra financiera de 2008, se convirtió en una revuelta

ecléctica contra Barack Obama y la inmigración y a favor de los valores sociales tradicionales, a menudo ligados al cristianismo evangélico.

El populismo también se extendió a otros países, sobre todo a Francia, donde la «soberanía del pueblo» había sido un llamamiento a los revolucionarios durante el siglo XVIII. El movimiento inicial más importante era conocido como «boulangismo», que recibe su nombre del general Georges Boulanger, antiguo ministro de Guerra. Durante la década de 1880, los boulangistas combinaron ataques contra las élites parlamentarias condescendientes y corruptas con llamamientos a una guerra de venganza contra Alemania, que derrotó de forma humillante a Francia en 1870. No obstante, el boulangismo se desmoronó cuando su líder huyó después de haber sido acusado de traición; más tarde, se suicidó en la tumba de su amante.

Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, momento en que se suponía que el populismo europeo había desaparecido por completo, en la Francia de mediados del siglo XX surgió de repente el poujadismo. Su nombre proviene de un comerciante llamado Pierre Poujade, quien fundó un movimiento para los artesanos y los propietarios de pequeñas empresas que protestaban contra un sistema tributario injusto. Pero pronto se transformó en un ataque nacionalista a las élites parlamentarias y a la defensa de «*l'Algérie française*» (Argelia francesa, una colonia cuyos nacionalistas árabes obtendrían la independencia en 1962). Uno de estos activistas era Jean-Marie Le Pen, un paracaidista que había luchado en Argelia y quien, como sabemos, acabaría liderando el Frente Nacional, uno de los movimientos nacionalpopulistas más importantes de Europa. Se fundó en 1972 y estuvo dirigido por Le Pen hasta 2011, año en que le sucedió su hija Marine. En esa misma época también participó su nieta, Marion Maréchal-Le Pen, y los Le Pen acabarían estableciendo vínculos con aliados de Trump.

Pero ¿qué une exactamente a estos líderes y movimientos dispares? En opinión de sus críticos, la breve respuesta está en el nacionalismo, el racismo e incluso el fascismo, que, según se nos cuenta, los propugnan

demagogos inestables que aprovechan las tensiones sociales y anhelan todo aquello a lo que dan prioridad las personas con valores tradicionales, como la estabilidad, el respeto por la autoridad y la conformidad con el grupo más amplio. Además, la concepción de estos movimientos del «pueblo» que ellos representan es vista como limitada, excluyente y basada en un rechazo absoluto de la legitimidad de opiniones y grupos sociales distintos.

Existe en verdad un lado oscuro del nacionalpopulismo, pero prestar una excesiva atención a este aspecto nos aparta de la forma en que los populistas también plantean cuestiones, a veces incómodas pero legítimas, que de otro modo seguirían sin abordarse. En la actualidad, y a menudo por razones justificadas, los populistas atentan contra la naturaleza elitista de la política liberal democrática, la magnitud y el ritmo del cambio étnico y el acuerdo económico cada vez más desigual, tres problemas generales que analizaremos más adelante.

Los populistas también atacan a los miembros de la sociedad que no han abordado estos desafíos o, peor aún, los fomentaron en primer lugar. Si bien los populistas plantean cuestiones sobre cómo revisar o reformar radicalmente el acuerdo existente, al mismo tiempo afirman que los dirigentes políticos y otras personas influyentes, como periodistas, expertos y financieros, son excesivamente poco críticos con la situación actual. Los populistas critican de forma rutinaria a los políticos y creadores de opinión culturalmente liberales, pues consideran que han descuidado o se han opuesto a los intereses públicos del país o de la identidad nacional.

Estos aspectos se pueden ver claramente al investigar los tres temas principales que sustentaron al importante Partido Popular en Estados Unidos, el primer movimiento en autodenominarse «populista». Se trataba de una coalición de trabajadores agrícolas en el sur y en los estados de las llanuras y de trabajadores industriales urbanos, que alcanzó su punto máximo a finales del siglo XIX. De manera reveladora, algunos críticos liberales contemporáneos del populismo se niegan a calificar de «populista» al Partido Popular porque no encaja perfectamente en su modelo hostil, que ve el populismo como una forma de política «antipluralista» que

homogeneiza de forma peligrosa al «pueblo» y fomenta un liderazgo carismático y antidemocrático.[11] Pero al prometer reformar la democracia en torno a la idea de *voluntad popular*, defender al *pueblo llano* y sustituir a lo que se consideraban *élites corruptas y distantes*, el Partido Popular fue un ejemplo clásico y temprano de lo que aparecería posteriormente en muchas democracias occidentales. Fundamentalmente, y al igual que muchos movimientos populistas posteriores, se aceptó que la sociedad está legítimamente compuesta por distintos grupos. Su objetivo fue restablecer el equilibrio del debate hacia los «sin voz», no instaurar una dictadura de estilo protofascista.

1. *La voluntad popular*

   Promesas populistas para reformar la democracia de modo que se escuche la voluntad popular y se actúe en consecuencia.

La Plataforma Omaha del Partido Popular de 1892 proclamó: «Pretendemos restituir el Gobierno de la República a las manos del "pueblo llano"». Creó varias iniciativas para situar de nuevo a los ciudadanos de a pie en el centro del proceso de toma de decisiones. Entre ellas estaban el sufragio directo del presidente (en lugar de un colegio electoral de «personalidades»), la introducción del sufragio directo en el Senado, el uso regular de referéndums y el voto secreto.[12] Lejos de menospreciar el conocimiento (algo de lo que se ha acusado con frecuencia a los populistas), el partido contaba con una sección educativa sólida, y estaba previsto que al frente del Gobierno estuvieran expertos en lugar de partidos mayoritarios corruptos.

Como resultado, el partido estaba dividido ante la cuestión de si colaborar o no con otros. Su candidato James B. Weaver, que contaba con pocos recursos, ganó en cuatro estados en las elecciones presidenciales de 1892. Pero, sin esperanzas de hacerse con la presidencia, el Partido Popular respaldó al candidato demócrata William Jennings Bryan en 1896. El vencedor, William McKinley, empleó un consultor profesional para dirigir

su campaña. Fue el inicio de una tendencia consistente en contratar a un equipo de expertos, que introducía a su vez otro impedimento para los partidos insurgentes pobres, los cuales ya se veían obstaculizados en distritos en los que se utilizaba el sistema electoral por mayoría simple.[13] Por otra parte, el Partido Popular tenía otro problema que seguiría afectando a los partidos populistas, es decir, demócratas y republicanos «progresistas» que adoptan y adaptan aspectos de su lucha en aras de la democratización, como la guerra contra la codicia personal y corporativa; una estrategia que resultaría familiar a los políticos contemporáneos de centroderecha, sobre todo en Europa, que suelen intentar usar las políticas «nacionalpopulistas ligeras» para aplacar a sus nuevos rivales, un tema sobre el que hablaremos al final del capítulo.

2. *El pueblo llano*

> Los populistas prometen defenderlo y presentar siempre a las élites distantes como enemigos, pero también arremeten contra otros, como los inmigrantes.

Uno de los nacionalpopulistas más importantes que surgieron en la Europa de la posguerra fue Jean-Marie Le Pen, quien solía afirmar que decía «en voz alta lo que todo el mundo pensaba en voz baja». En Austria, Jörg Haider acostumbraba a decir algo parecido: «Me odian porque estoy con vosotros». Estos dos nacionalpopulistas habrían tenido mucho en común con el Partido Popular.

El Partido Popular identificaba a menudo al pueblo con un «feudo», una cultura que se considera auténtica, trabajadora y dotada de sentido común.[14] A pesar de que esto puede favorecer a un grupo concreto, la Plataforma de Omaha alegó que «los intereses del trabajo cívico y rural son los mismos», y el partido tenía vínculos tanto con sectores del movimiento obrero industrial como con su sólida base rural. El Partido Popular, por tanto, intentó un importante reequilibrio de poder en pro de un pueblo

estadounidense proteico amplio, y no retornar a un pasado rural idealizado ante un rápido proceso de industrialización. Tampoco muchos de sus líderes defienden el patriarcado, y a menudo respaldaron ampliar el derecho a voto a las mujeres, muchas de las cuales participaron activamente en el movimiento.

Mientras el Partido Popular intentó vetar a los inmigrantes asiáticos que, en su opinión, reducían los salarios y carecían de una cultura democrática, es importante señalar que dichas opiniones eran generalizadas en esa época. El partido desde luego no vio al pueblo en términos de una estirpe nativista como los primeros Know Nothings. De hecho, muchos católicos y otros inmigrantes recién llegados participaron activamente en el partido, y los líderes prestaron su apoyo a alianzas con afroamericanos sin recursos. No obstante, sus rivales demócratas del sur jugaron la baza del racismo, y, en 1900, la directiva dio la espalda a las comunidades afroamericanas y judías con la esperanza de restituir las menguantes fortunas del partido. Esto adelantó el modo en que los populistas usarían posteriormente las nociones raciales y étnicas, vinculadas a la identidad nacional y a la democracia, como un medio para conseguir apoyo.

3. *Las élites corruptas y distantes*

Los populistas prometen sustituir a las élites autocomplacientes, a pesar de que su programa es moralista y no un llamamiento físico a las armas.

Anticipando los argumentos contemporáneos sobre el papel que juega el «dinero negro» en la política, había un cierto grado de verdad en la afirmación del Partido Popular de que los intereses lucrativos sobornaron a los políticos demócratas y republicanos, a buena parte de la prensa e incluso a los jueces. Su fuego moralista iba dirigido sobre todo a una nueva élite plutocrática, a la que se describió como «sin precedentes en la historia de la humanidad». Una de las líderes del Partido Popular, Mary Lease, resumió un sentimiento generalizado cuando adaptó el discurso de Gettysburg

(1863) de Abraham Lincoln para afirmar que, tras la fachada, la «democracia» estadounidense era el Gobierno «de Wall Street, por Wall Street y para Wall Street».

Estos primeros populistas se mostraron especialmente hostiles con los propietarios de bancos que se negaron a sacar del apuro a los agricultores en los tiempos difíciles después de la «Gran Depresión» de 1870. También estaban en el punto de mira los ferrocarriles, que aumentaron los precios para los pequeños productores, transportistas con fines lucrativos que habían prosperado gracias a la ayuda masiva del Gobierno mientras conducían hacia el oeste hasta el Pacífico, y cuyos propietarios vivían en grandes mansiones y no en chabolas. El Partido Popular sostenía que al Estado debería dársele el control de los monopolios, para tratar de vincular la convertibilidad del dólar a la plata, así como al oro, mucho más escaso (a fin de permitir acuñar más dinero para poder reactivar la economía), y un impuesto gradual sobre la renta. No eran socialistas, pues defendían con firmeza la empresa privada honesta y la iniciativa individual, pero querían el Estado para restablecer unas condiciones equitativas para los productores independientes, a quienes veían como el pilar de la nación.

Las bases ideológicas del fascismo

¿Qué relación guardan estos temas fundamentales del populismo, tal y como se plasman en el Partido Popular, con los del fascismo? A pesar de que podemos determinar el origen de aspectos de la ideología fascista hasta antes de la Primera Guerra Mundial, no fue hasta después de esos años traumáticos, que incluyen la Revolución rusa que cambió las reglas del juego, cuando adoptó una forma definida en un contexto de división e inestabilidad económica y política en casi toda Europa.[15]

Benito Mussolini, antiguo líder socialista italiano, fundó el primer movimiento autoproclamado «fascista» en 1919. El concepto de *fasci*, que significa ‘unión’ en un contexto político, había sido utilizado anteriormente

tanto por la izquierda como por la derecha, y las antiguas *fasces* romanas — un hacha rodeada de un haz de varas que simboliza la unidad y la autoridad — se convirtieron en el símbolo del movimiento. El nacionalismo extremo constituye el núcleo del fascismo, pero su primer programa incluía asimismo políticas que se superponían con las de la izquierda, como la jornada laboral de ocho horas, una tributación progresiva sobre el capital y la incautación de las posesiones de la Iglesia.

El Partido Nacionalsocialista alemán de Adolf Hitler se considera el otro gran movimiento «fascista», a pesar de que jamás utilizó el término para referirse a sí mismo. Muchos movimientos «fascistas» de entreguerras, como la Cruz Flechada en Hungría, la Falange en España y la Guardia de Hierro en Rumanía, reafirmaban sus raíces nacionales y tenían sus propias idiosincrasias. En efecto, algunos historiadores sostenían que el nazismo fue exclusivo de Alemania, y destacaron un concepto de «sangre» del país y un odio visceral hacia los judíos, ambos integrados en una larga tradición de nacionalismo alemán.

Así pues, ¿qué une exactamente a los «fascistas»? El historiador Richard Bessel tacha a los nazis de «banda de gánsteres políticos inspirados en una cruda ideología racista».[16] Pero el hecho de que los críticos se centren en el racismo y la violencia paramilitar hace que sea difícil comprender por qué atrajo a grandes intelectuales, como el sociólogo Robert Michels, especializado en las élites; el filósofo del Estado «ético» Giovanni Gentile; su colega filósofo Martin Heidegger, cuyas ideas se centraron en el «ser» auténtico, y el filósofo político legal Carl Schmitt, que afirmó que el liberalismo generaba disensión y que la dictadura era necesaria tanto en épocas de crisis como para lograr un cambio radical. A pesar de que algunos intelectuales solo se convirtieron al fascismo después de su llegada al poder, unos pocos se guiaban por mero oportunismo. Para apreciar su llamamiento intelectual, necesitamos identificar tres temas fundamentales.

1. *La nación holística*

Los fascistas prometen forjar una comunidad espiritual que exige una lealtad y una devoción total a sus intereses.

Muchos piensan en el nacionalismo como una ideología omnímoda, pero en realidad hay corrientes completamente distintas. El «nacionalismo cívico» liberal es compatible con la democracia y una concepción abierta de la ciudadanía. Pero el «nacionalismo holístico» normalmente sostiene que la nación tiene una base cerrada y étnicamente pura. Este nacionalismo holístico también estaba arropado por políticas «autoritarias», como una postura firme con respecto al orden público, una estabilidad y una conformidad de grupo, que se usarían para defender los intereses de toda la nación. Este enfoque atrajo a numerosas personas de diferentes clases sociales que vivían en sociedades con una gran división y que en los años de entreguerras tenían únicamente una escasa tradición de régimen democrático.

Los nazis sostenían que la nación germana tenía raíces profundas y una visión concreta del definido étnicamente como grupo nacional. Estaba relacionado con la tipología racial caucásica-mongoloide-negroide, descrita por primera vez por el pensador francés Arthur de Gobineau en el siglo XIX, según la cual los caucásicos nórdicos eran los «más puros entre los puros», un punto de vista reforzado por la «ciencia racial» (la que en Estados Unidos legitimó los cupos de inmigración y políticas como la esterilización obligatoria) que llegaría más tarde.[17]

El nacionalismo en Italia se basó más en un sentido de cultura e historia común, aunque los fascistas alegaron que se habían debilitado debido a siglos de divisiones. De hecho, el escritor protofascista Giovanni Papini escribió en vísperas de la Primera Guerra Mundial que Italia estaba «compuesta de mierda, arrastrada a gritos y patadas a un nuevo Estado por una élite audaz, y la mierda ha permanecido durante los últimos cincuenta años». Algunos de sus partidarios eran judíos —el propio Mussolini tenía como amante a una intelectual judía—, aunque el fascismo pasó a ser

antisemita cuando Mussolini cayó bajo la influencia de Hitler. No obstante, esto no quiere decir que los fascistas italianos no fueran racistas: creían que tenían el derecho a conquistar el *spazio vitale* (espacio vital) en lugares del mundo poblados por lo que ellos consideraban razas inferiores, como los eslavos y los africanos, lo que llevó a un expansionismo brutal.

Este nuevo imperialismo se sustentaba en el crecimiento del pensamiento geopolítico, que presentaba el mundo como algo dividido en espacios naturales que era necesario controlar y explotar por medio de grandes poderes. La concepción de Hitler del *Lebensraum*[*] sostenía que el Volga era «nuestro Misisipi», aunque trató de esclavizar a los eslavos, racialmente inferiores, en lugar de exterminarlos, la suerte del «maquinador» «judío eterno».[18] Para los nazis, la conquista de la Unión Soviética se vinculó además a una cruzada contra el bolchevismo «judío», que se consideró una cara del doble ataque a la salud de las naciones (la otra fue el capitalismo «judío»). La nación holística fue, por tanto, una comunidad de destino, una fuerza que transformaría el mundo en grandes feudos de poder.

2. *Un hombre nuevo*

Los fascistas prometen crear un «hombre nuevo» comunitario y espiritual bajo las órdenes de líderes nuevos y dinámicos.

Tras la Primera Guerra Mundial, Mussolini, quien al igual que Hitler había estado en servicio activo, recurrió a una joven y dinámica *trenchocracy*[**] para sustituir a las que él consideraba como divisivas y débiles élites liberales y conservadoras en los principales partidos y que eran incapaces de unificar la nación. Los fascistas de entreguerras intentaron crear movimientos masivos, pero no creyeron que el pueblo fuera capaz de gobernar. Solo una vanguardia, con un gran líder, podría impulsar la nación y crear un nuevo orden social.

Hitler escribió en *Mein Kampf* (1925) que las «masas» necesitaban un

líder resuelto para hacerles entender una gran «idea» alternativa a las promesas divisivas y materialistas del marxismo. Tras el fracaso del violento *Putsch* de Múnich por parte de los nazis en 1923, Hitler decidió que el Estado moderno era demasiado fuerte para atacarlo de frente y, en su lugar, depositó su fe en su capacidad para movilizar el apoyo generalizado mediante las urnas. Se autoproclamó el tan ansiado *Führer* (líder), una figura mesiánica enviada por el destino para unificar y restablecer la gran nación alemana. Esta imagen se cultivó durante las campañas electorales, orquestadas por Joseph Goebbels, que vieron a Hitler atravesar el país en aviones, de modo que no solo parecía moderno, sino que también podía descender desde el cielo hacia las masas que vitoreaban abajo. Los nazis crearon su organización y dirigieron actos de violencia contra sus adversarios en lugar de hacerlo contra el Estado, una táctica que alentó la simpatía de determinados miembros de la clase dirigente alemana, que sentían pavor ante el auge de la izquierda comunista.

Fue fundamental para el pensamiento fascista del hombre nuevo centrarse en la «decadencia», una firme convicción de que la sociedad se desintegraba desde dentro a causa de un individualismo materialista. Era una perspectiva incluida en la reivindicación protofascista francesa, que sostiene que en la lápida del «hombre burgués» debería grabarse el epitafio «Nació un hombre, murió un tendero». Un sentido del hombre nuevo holístico e idealizado se puede obtener a partir de la afirmación de Mussolini: «es político, es económico, es religioso, es santo, es guerrero». El feminismo estaba condenado y se aplaudían los roles tradicionales como la maternidad y las tareas domésticas, pero a las mujeres se les concedió un espacio para participar en sus propias organizaciones fascistas (una fórmula que ayuda a explicar por qué más de la mitad del voto nazi en 1932 procedía de las mujeres).[19]

3. *Una tercera vía autoritaria*

El fascismo promete crear una tercera vía socioeconómica entre el

capitalismo y el socialismo, autoritaria e impulsada por el Estado.

Entre los dirigentes fascistas existía un claro deseo de crear un nuevo orden que aunara la unidad social y el desarrollo económico, y que evitara los desplomes periódicos del capitalismo, como el que aplastó a Alemania después de 1929. El ala «socialista» de los nazis, junto con los hermanos Strasser, tuvo una importancia marginal, ya que la mayoría de los principales nazis intentaron congraciarse con los industriales y las grandes empresas antes de la llegada al poder y tenían en gran estima a los emprendedores. No obstante, se esperaba que trabajaran en interés de la nación, y el Estado nazi supervisó la creación de pleno empleo, programas de bienestar social y beneficios como, por ejemplo, unas vacaciones baratas.[20] Los fascistas también rechazaron las supuestas ventajas del libre comercio internacional. En lugar de ello, intentaron una economía autosuficiente en un marco geopolítico «autárquico». Los planificadores nazis desarrollaron incluso la idea de una economía europea coordinada; a pesar de que la realidad en los tiempos de guerra fue la explotación alemana, los fascistas en países como Francia y Hungría acogieron con agrado esta visión de futuro.

El fascismo se suele calificar de «totalitario», un término acuñado por primera vez por sus adversarios (y popularizado más tarde por los académicos liberales para destacar las similitudes entre el comunismo soviético y el nazismo, como el culto a un líder, la policía de Estado y la destrucción de la sociedad civil). Algunos intelectuales fascistas como Giovanni Gentile recogieron el término, aduciendo que un «Estado ético» monopartidista podría lograr unos objetivos que las democracias liberales, divididas por una política partidista, no alcanzarían. De hecho, la Iglesia católica ejercía una influencia considerable en Italia, mientras que la oposición del partido, el ejército y las empresas llevaron a la detención de Mussolini en 1943 (a pesar de que fue liberado por comandos de las SS e instalado en la República de Saló, el Gobierno títere). El fascismo, por tanto, es un «régimen autoritario» híbrido que destruyó la democracia

liberal, pero cuya omnipresencia fue menor que la del «modelo totalitario». [21]

Aunque los nazis no hablaban de «totalitarismo», intentaron romper radicalmente con el sector privado y patearon la disidencia sin piedad. No obstante, se había exagerado el papel que jugaba el terror: muchos alemanes estaban más que dispuestos a denunciar a los enemigos de la nación, y Hitler recibió mucho apoyo tras los logros obtenidos a finales de los años treinta, como el pleno empleo y la nueva ocupación de la desmilitarizada Renania en 1936.[22] Así pues, si bien el Estado nazi era totalitario, no debe verse en términos de un control jerárquico. También era muy distinto de lo que algunos ven como el tercer gran ejemplo de régimen fascista: la dictadura franquista. No obstante, aunque esta adoptó aspectos del estilo fascista, convirtió a la Falange —un grupo fascista reducido— en el único partido legal, y aunque reprimió brutalmente a la oposición, su programa socioeconómico era sumamente conservador. El franquismo intentó restablecer los valores tradicionales y católicos, más que crear un «hombre nuevo» secular y una tercera vía radical.

Figura 2.1. RESUMEN DE LOS TEMAS FUNDAMENTALES POPULISTAS Y FASCISTAS.

Populismo	Fascismo
Voluntad popular	La nación holística
El pueblo llano	Un hombre nuevo
Las élites corruptas y distantes	Una tercera vía autoritaria

¿Un nuevo fascismo o una extrema derecha?

Cuando se tienen en cuenta las bases del fascismo y del populismo, queda patente que los individuos como Trump, Le Pen y Wilders no indican un retorno al fascismo, sino que siguen en la tradición populista.

Esto los diferencia de, por ejemplo, el Movimiento Social Italiano, fundado en 1946 y cuyo símbolo era una llama tricolor que salía del féretro de Mussolini, o el grupo italiano actual CasaPound, que recibe su nombre del poeta modernista estadounidense y defensor del fascismo Ezra Pound, que reconoce haberse inspirado en el fascismo presuntamente de izquierdas de la República de Saló.

Las promesas de Trump, Le Pen y otros también difieren notablemente de esos valores. Salvo en Europa del Este, actúan en sistemas democráticos maduros, avanzados y bien establecidos que cuentan con un marco sólido y probado de equilibrio de poderes (sistemas que también cuentan con el apoyo de la mayoría de sus votantes, como veremos en el siguiente capítulo). No propugnan el fin de unas elecciones libres e imparciales, ni tampoco hablan de querer concentrar el poder en manos de un dictador. Más bien, muchos hablan positivamente sobre querer devolver más poder al pueblo a través de un modelo de democracia al «estilo suizo», un sistema de iniciativas populares y referéndums relacionados con un Gobierno representativo.

Existen otras diferencias importantes. Tras anunciar que se presentaría a la candidatura republicana en 2015, Trump, con su eslogan «*Make America Great Again*», reflejó el llamamiento nacionalista que constituye el núcleo de su campaña y la base del apoyo popular. Pero mientras sostenía que Estados Unidos estaba enfermo, es evidente que Trump no pretendió, ni pretende, forjar una «nación holística», y menos aún un «hombre nuevo» radical en un país cuya cultura se caracteriza por un individualismo fuerte y seguro de sí mismo. Aunque las declaraciones de Trump han ayudado a los racistas, sus opiniones no tienen nada que ver con un racismo fascista, por no mencionar el antisemitismo nazi.

El origen histórico del llamamiento de Trump es más bien el «excepcionalismo estadounidense», la idea de que Estados Unidos es un país único que se basa en valores democráticos y en personas que trabajan duro, unido al atractivo de una cultura contemporánea de las celebridades, en el sentido de que la gente corriente no se sentía ofendida por su inmensa fortuna personal. En el ámbito económico, la campaña de Trump fue crítica con la globalización, exigió la repatriación del empleo y la sustitución del seguro de salud «Obamacare» por un sistema alternativo, además de apoyar la necesidad de llevar a cabo amplias obras públicas. Si bien esto no es habitual en un partido republicano que respalda firmemente la economía neoliberal, no se parece en absoluto a una tercera vía fascista. De hecho, tras asumir el poder, algunos de los matices más radicalmente populistas del trumpismo, como las grandes obras públicas (aparte de su obsesión con la construcción de la valla fronteriza con México) y la reforma de la sanidad, desaparecieron de la escena, mientras que sus recortes fiscales favorecieron en gran medida a los ricos.

Es importante reconocer que Trump juega la baza del hombre fuerte y ha mostrado una gran simpatía por líderes autoritarios como Vladímir Putin. Además, ha criticado aspectos fundamentales de la democracia liberal, como los sistemas judiciales y los medios de comunicación libres de «noticias falsas», y se ha valido de decretos ejecutivos para poner freno a la inmigración, terminar el Acuerdo de Asociación Transpacífico e imponer aranceles y otras políticas. No obstante, pese a que sus medidas se consideran a menudo imprudentes, distan mucho de ser un intento de establecer un Estado autoritario en un país estable con unos valores democráticos sólidos.

O consideremos el Frente Nacional francés, que surgió en los años setenta de una alianza entre los neofascistas y los nacionalistas de la línea dura. Su veterano líder, Jean-Marie Le Pen, que provenía del ala nacionalista, fue acusado, con razón, de extremismo, especialmente tras una serie de comentarios despectivos sobre los judíos. Pero después de sustituir a su padre como líder en 2011, Marine Le Pen trató de lavar la imagen del

partido. Expulsó a su padre por su renovado extremismo; se acercó a las mujeres y al colectivo LGTB, a los que incluyó entre sus estrechos colaboradores; prometió referéndums, que se podrían activar mediante la recogida de al menos medio millón de firmas, entre ellos uno sobre la adhesión de Francia a la Unión Europea, y suprimió el nombre del partido en la publicidad de las elecciones presidenciales de 2017 y utilizó solo «Marine. *Présidente*»; su partido está volviendo a prestar más atención al país y a la inmigración. No hay pruebas fundadas de que la política del partido esté dirigida por neofascistas, incluso aunque algunos permanezcan al margen. De hecho, el cambio de nombre del partido, en 2018, a Agrupación Nacional tenía por objeto facilitar alianzas con la derecha tradicional. En España, tras los avances de Vox en 2018, miles de personas tomaron las calles en diversas ciudades al grito de «no es democracia, es fascismo». El líder de Vox, Santiago Abascal, ha hablado de «reconquista», [*] un término utilizado para referirse a la expulsión histórica de los moros de España, aunque también lo usaron los sublevados franquistas en sus batallas contra el Gobierno republicano. Sin embargo, Vox no comulga con la violencia ni pretende lograr una dictadura. Pese a que la eliminación del nacionalismo regional fue básica para el franquismo, la oposición de Vox a los recientes intentos ilegales de los catalanes en pro del separatismo —por ejemplo, mediante la convocatoria de un referéndum inconstitucional— es compartida por muchos españoles que no forman parte de esta tradición, pero que se han mostrado críticos con la debilidad del Gobierno, ya sea de centroizquierda o de derechas.

Nacionalpopulismo

Así pues, si no hay «fascistas», ¿cómo debería etiquetarse a esta «familia»? Un enfoque habitual es denominarlos «ultraderechistas», por considerar que el término abarca todos aquellos movimientos que ven en la inmigración y el cambio étnico una amenaza para el país. Pero la «ultraderecha» es muy

amplia. Incluye a fascistas violentos que quieren acabar con la democracia, y también a quienes se atienen a las normas democráticas. También comprende tanto a manifiestos racistas como a aquellos cuyos puntos de vista sobre la inmigración no difieren de forma significativa de la derecha tradicional.

El último punto de vista tiene especial importancia, habida cuenta de la medida en que muchas personalidades de la escena política mayoritaria adoptan el lenguaje de la «ultraderecha» en un intento por aplacarla, como es el caso del ministro alemán Horst Seehofer, quien, en 2018, sugirió: «El islam no tiene cabida en Alemania». El partido nacionalpopulista Alternativa para Alemania no podía haberlo expresado mejor.

Esto es en parte el motivo por el que muchos pensadores dividen la «ultraderecha» en dos grupos: la «extrema derecha» y la «derecha radical». Los partidos de la «derecha radical» pueden hacer efectivamente la misma distinción cuando se niegan a sumarse a los «extremistas». Muchos nacionalpopulistas en Europa se distancian de los movimientos abiertamente neonazis y extremistas, como el Amanecer Dorado en Grecia. En los Países Bajos, durante las elecciones presidenciales francesas de 2002, el nacionalpopulista y homosexual Pim Fortuyn criticó la capacidad del islam para adaptarse a las libertades liberales, al tiempo que tachó a Jean-Marie Le Pen de «racista». Los partidos mayoritarios también pueden hacer esta distinción y aceptar la derecha radical como miembros de coalición en países como Austria, Italia y Suiza, donde el Partido Popular helvético forma el mayor grupo. A pesar de que en países como Francia y Alemania las fuerzas políticas mayoritarias se han negado a colaborar con estos partidos, en Suecia, el centroderecha afirmó recientemente que está abierto a cooperar con los antaño extremistas Demócratas de Suecia.

Mediante este enfoque, la «extrema derecha» se caracteriza por un rechazo de la democracia, y está integrada por «autoritarios» que no toleran el «mercado de ideas», donde la gente negocia y se compromete: la esencia misma de la vida liberal democrática. En lugar de ello, los extremistas quieren clausurar el mercado y dividir al país en una situación de «nosotros

contra ellos».[23] Por este motivo algunas democracias como la alemana tratan activamente de prohibir organizaciones a las que consideran «extremistas».

La extrema derecha también incluye a terroristas como Anders Breivik, que en atentados y tiroteos en Noruega en 2011 asesinó a setenta y siete activistas, principalmente jóvenes de izquierdas, en lo que él consideró parte de una misión más amplia para evitar la «islamización» de Europa y luchar contra la influencia del «marxismo cultural».

La «derecha radical», por otro lado, se usa generalmente para describir a los grupos que se muestran críticos con determinados aspectos de la democracia liberal, pero que no pretenden acabar con la democracia y están abiertos a formas alternativas de «gobierno del pueblo», como veremos en el siguiente capítulo. La «derecha radical» abarca grandes movimientos, como el Frente Nacional en Francia, el Partido de la Libertad en Austria y los Países Bajos, la Liga italiana y la Alternativa para Alemania.

Estos partidos propugnan políticas sociales «autoritarias», como una postura firme sobre el orden público, pero al mismo tiempo reclaman un mayor uso de los referéndums a fin de fortalecer los lazos entre los gobernantes y los gobernados. También quieren reclamar la soberanía nacional a organizaciones transnacionales lejanas, como la Unión Europea. Este argumento suele estar relacionado con la inmigración al señalar al principio de «libre circulación» en la Unión Europea, que permite a los ciudadanos desplazarse y trabajar libremente en sus Estados miembro, que a su vez suele estar vinculado a cuestiones de seguridad. Los nacionalpopulistas a menudo sostienen que la Unión Europea no vigila adecuadamente sus fronteras externas e internas, una omisión que, sobre todo desde el comienzo de la crisis de los refugiados, ha permitido a los terroristas islamistas cruzar los confines y cometer atrocidades.

No obstante, el término *derecha radical* también resulta problemático. Paradójicamente, en Estados Unidos puede usarse para hacer referencia a diversos grupos, entre ellos conservadores en contra de los grandes Gobiernos y el variopinto grupo de racistas que componen la «derecha

alternativa», que apoyó a gritos a Trump en 2016. Además, resulta más difícil entender cómo han atraído a distintas «circunscripciones», como ciudadanos que solían votar a la izquierda, y a electores más jóvenes de zonas tradicionalmente de izquierdas. Llamarlos «derecha radical» también nos impide apreciar el modo en que estos movimientos están cambiando de manera importante.

Así pues, no hay ningún malentendido: no cuestionamos que estos políticos sean, a grandes rasgos, de derechas. Pero debemos reconocer asimismo que han adoptado políticas que no suelen encajar perfectamente en la división clásica de «izquierda frente a derecha». Esta surgió primero durante la Revolución francesa, que comenzó en 1789; la «derecha» hacía referencia a quienes apoyaban el derecho divino de los reyes y la «izquierda», a los defensores de ideas progresistas, como la igualdad de los «derechos políticos del hombre».[24] En el siglo XIX, la «izquierda» se asoció cada vez más a la consecución de una igualdad económica y política. Al propio tiempo, surgió un conocimiento sociológico del abanico izquierda-derecha, en el que la izquierda representaba a la clase trabajadora, y la derecha, a los intereses de los privilegiados y los ricos (pese a que, a finales del siglo XX, la derecha en algunos países, como el Reino Unido y Alemania, ofrecía programas de ayuda social para contribuir a aplacar el auge del socialismo).

A finales del siglo XX, muchos partidos mayoritarios, entre ellos los socialdemócratas, adoptaron aspectos fundamentales del acuerdo económico neoliberal, que dio lugar a un aumento de la desigualdad en Occidente, como veremos en el capítulo 5. Esto allanó el camino a partidos como el Frente Nacional en Francia, que adoptaron políticas «estatistas» que antes había ofrecido la izquierda, como la «reindustrialización» y el «proteccionismo inteligente». Mientras estos partidos ya habían empezado a flanquear a la izquierda en materia de inmigración, algunos de ellos comenzaron a su vez a satisfacer las exigencias de la izquierda para lograr una mayor protección de los trabajadores y actuar contra los efectos negativos de una globalización desmedida.

En 2017, Marine Le Pen hizo campaña con el eslogan «Ni derecha ni izquierda», y atacó a la globalización y declaró que «Nuestros líderes eligen la globalización, que querían que fuera algo alegre. Resultó ser algo horrible». Donde Le Pen se aparta de la izquierda histórica es en el modo en que esta crítica a la globalización está revestida de una marcada oposición a la inmigración. En sus palabras, «la globalización económica, que rechaza cualquier reglamento [...], establece las condiciones para otra forma de globalización: el fundamentalismo islamista».[25] Ella no es en absoluto la única política en hacer un llamamiento así.

El Partido Popular danés se autodenomina «socialdemócratas auténticos», y apuntan no solo a su sensibilidad por las inquietudes de la clase trabajadora acerca de la inmigración, sino también a su deseo de proteger las prestaciones sociales para el grupo nativo al tiempo que las limitan para los inmigrantes y los refugiados recién llegados. El líder de los Demócratas de Suecia ha dicho simplemente a los votantes: «Las elecciones son una opción entre la inmigración en masa y el bienestar social. Tú eliges». Incluso los partidos que comparten en buena medida el mercado libre, como el Partido de la Libertad austríaco y el holandés, han defendido firmemente un bienestar social generoso para los conciudadanos y observan con una creciente sospecha las repercusiones más generales de la globalización.[26]

Existen sin duda grandes variaciones en las políticas de la derecha radical hacia las normas culturales. Algunos, como Viktor Orbán, líder del Fidesz en Hungría, o el partido Ley y Justicia en Polonia, es obvio que son socialmente de derechas. Sostienen que los liberales incontrolados se han obsesionado con ampliar los derechos de los grupos minoritarios y fomentar el multiculturalismo, lo que amenaza los valores religiosos y la vida familiar tradicional del país. Dado que Orbán también ha atacado a los grupos principales, como la judicatura y los medios de comunicación libres, como parte de su intento por crear una «democracia iliberal», sorprende sobremanera que muchos observadores muestren preocupación por que esta forma de política pueda presagiar el desmoronamiento de las libertades y

los derechos liberal democráticos, sobre todo después de la legitimidad que le ha otorgado su nuevo mandato en 2018.[27]

En cambio, mientras los nacionalpopulistas de Europa occidental suelen compartir una abierta hostilidad hacia el islam y las comunidades musulmanas en rápida expansión, afianzan esto cada vez más en una defensa de los derechos de las mujeres y la comunidad LGTB, una perspectiva que comparten algunos de sus votantes. En Francia, Marine Le Pen se presentó activamente como madre soltera divorciada dos veces y que triunfó por derecho propio como abogada. Pero también afirmó que la influencia progresiva del «fundamentalismo islámico» está «haciendo retroceder los derechos de las mujeres», y manifestó su preocupación por que la crisis de los refugiados que ha afectado a Europa desde 2015 dé lugar a un «retroceso social» y que podría señalar «el principio del fin de los derechos de las mujeres», argumentos inspirados en Pim Fortuyn en los Países Bajos. No obstante, existen excepciones a esta tendencia, sobre todo en España, donde Vox defiende el rol tradicional de las mujeres y está en contra del aborto y de los matrimonios del mismo sexo, un reflejo de su herencia católica. Su líder andaluz, Francisco Serrano, ha escrito sobre la «dictadura de género» del feminismo moderno y se opone firmemente a las medidas de igualdad, entre ellas las últimas leyes que pretenden frenar la violencia doméstica.

Las ideas nacionalpopulistas también suelen estar relacionadas con la importancia de qué se representa como valores «europeos» que se remontan a la democracia griega clásica y se basan en la tradición judeocristiana. Aunque la Biblia nos enseña a «dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», el islam se presenta como la falta de una versión secularizada de sí mismo, que distingue entre las esferas religiosas públicas y privadas autónomas.

Sin embargo, esta argumentación no representa un intento de la mayoría de los nacionalpopulistas por fomentar las creencias religiosas: su principal objetivo consiste en atacar al islam como una forma muy represiva de lo que personas como Geert Wilders llaman «totalitarismo» o

«islamofascismo». Al mismo tiempo, hoy en día muchos líderes europeos de la derecha radical en Occidente consiguen votos de los judíos. Tanto Wilders en los Países Bajos como Heinz-Christian Strache en Austria apoyaron la decisión de Trump de trasladar a Jerusalén la embajada estadounidense en Israel. Si bien esto obedece en parte a una estrategia, no cabe duda de que los pareceres de estos partidos son en la actualidad muy diferentes de los que son abiertamente racistas y antisemitas, unos rasgos que han caracterizado por lo general los partidos de extrema derecha.

Estos puntos de vista son básicos para el debate sobre el nacionalpopulismo y el racismo, un término que, en los últimos años, ha sufrido la «expansión de la misión» debido a la creciente influencia de los grupos antirracistas. En gran parte de Occidente han desaparecido en general de la vida cotidiana expresiones inequívocas de racismo y prejuicio a la vieja usanza relacionadas con una descripción jerárquica y antagónica. Se han ido rechazando cada vez más desde el final de la Segunda Guerra Mundial, el desmantelamiento del imperio, la consecución de los derechos civiles en Estados Unidos, la apertura del acceso a la educación y la propagación de los valores liberales.

En su lugar, las últimas décadas han sido testigos de la aparición de lo que se ha denominado el «nuevo racismo», que se centra en las «amenazas culturales» a la identidad nacional, es decir, la idea de que la inmigración y el cambio étnico suponen un riesgo inminente a la singularidad cultural del grupo nacional, a los valores nacionales, a la identidad y a los modos de vida.[28] El islam se ha convertido en el objetivo principal de esta gran transformación, que ha pasado a ser un argumento cultural más que racial. Esto se debe en gran medida a que muchos de la derecha lo consideran incompatible culturalmente con Occidente debido a sus creencias religiosas y actitudes hacia aspectos fundamentales de la vida occidental (temores que se han visto reforzados a causa del terrorismo islamista y los asesinos autóctonos en países como el Reino Unido, Francia y Estados Unidos).

Muchos expertos identifican asimismo otras formas de nuevo racismo que no entrañan un etiquetado deliberado. El racismo institucional hace

referencia al fracaso de las organizaciones a la hora de ofrecer un trato justo a las minorías étnicas, como se ha visto en el mantenimiento del orden público. Los psicólogos también hablan de «sesgos implícitos», es decir, el modo en que incluso las personas que verdaderamente se consideran a sí mismas no racistas pueden tener prejuicios que desconocen.

No obstante, aplicados con torpeza, estos enfoques pueden señalar a numerosas personas blancas e instituciones sociales como «racistas», una acusación que ofende e incluso enfurece a la gente. Ver el racismo como algo generalizado en un país, más que como un problema más limitado, se considera un desafío al papel positivo que desempeña el sentimiento nacional, que puede englobar tanto la solidaridad horizontal como la exclusión. Asimismo, dichos planteamientos pueden acallar importantes debates en torno a la inmigración y el islam. Por ejemplo, ¿debería estar la inmigración económica estrechamente ligada a las necesidades económicas del país receptor o deberían dichos inmigrantes tener acceso inmediato a las prestaciones en los mismos términos que la gente nativa? Volviendo al islam, ¿deberían prohibirse en público lo que muchos ven como símbolos de la opresión de las mujeres, como el *niqab*, y debería esperarse que en las escuelas musulmanas se enseñaran los valores occidentales de forma abierta y justa?

Utilizamos «racismo» para referirnos a la creencia equivocada y peligrosa de que el mundo está dividido en razas ordenadas jerárquicamente, al antisemitismo que juega más con la teoría de la conspiración y a los actos de violencia y actitudes agresivas hacia los demás en función de su etnicidad. Donde el menosprecio y el temor de diferentes grupos culturales no va unido a esta forma de reflexión sistemática, preferimos el término *xenofobia*, que denota una desconfianza y un rechazo de lo que se percibe como extranjero y amenazador. No pensamos que el término *racismo* deba aplicarse exclusivamente, puesto que las personas intentan conservar los parámetros generales de la base étnica de un país y su identidad nacional, incluso si esto puede implicar discriminar a los grupos foráneos (véase también el capítulo 4).

A este respecto, estamos plenamente de acuerdo con el filósofo de Oxford David Miller, que ha defendido el derecho de los Estados a controlar sus fronteras y excluir a los inmigrantes según las metas y las preferencias de la comunidad. Los críticos alegan que los controles de inmigración refuerzan las desigualdades en el mundo, mientras que políticas como las vallas y las fronteras militarizadas conducen a una exclusión inhumana y a la muerte de quienes tratan de eludirlas. Sin duda, es imposible que la gente sensata no sienta una profunda tristeza ante acontecimientos como los ocurridos en el Mediterráneo, cuando perecen ahogadas numerosas personas a bordo de maltrechas embarcaciones durante su travesía a Europa. No obstante, Miller sostiene que la responsabilidad fundamental del Gobierno es aprovechar al máximo el bienestar social de sus ciudadanos y atender a sus deseos. Añade que los Estados tienen la obligación de hacer lo que les corresponde para proteger a los refugiados, pero afirma que las razones valederas para rechazar la inmigración comprenden el coste de integrar grupos de una gran diversidad y la amenaza a las culturas nacionales en caso de que no se consiga. Añade que los inmigrantes admitidos tienen la responsabilidad de integrarse en sus países de adopción.[29]

Mediante este enfoque, la mayoría de los líderes nacionalpopulistas y los partidos actuales no son verdaderamente «racistas», aunque sin duda existen excepciones. Roberto Calderoli, de la Liga italiana, tomó el ejemplo de los textos racistas clásicos cuando afirmó en 2013 que la primera ministra negra del Gobierno del país parecía un orangután. Muchos también proclaman que Trump es racista, entre ellos el observador Ta-Nehisi Coates, que lo ha descrito como «el primer presidente blanco», en referencia a lo que él ve como opiniones manifiestas y arraigadas de supremacía blanca; un ejemplo son sus ataques «racistas», que afirmaban que Barack Obama no nació en Estados Unidos y, por tanto, no tenía derecho a ser presidente, a diferencia del antiguo racismo ya existente en las élites republicanas.[30] No obstante, si bien estamos de acuerdo en que Trump propugnó políticas de inmigración discriminatorias y es sumamente xenófobo, como quedó

demostrado en una serie de declaraciones provocadoras sobre los «violadores» mexicanos, los «terroristas» musulmanes y los países «de mierda», no se ajusta al molde sistemáticamente racista, a pesar de que su lenguaje no es precisamente el de la postura moralista presidencial en un país que sigue preocupado por divisiones raciales. Aunque, en su primer aniversario, tuiteó sobre la concentración de nacionalistas blancos en Charlottesville en 2017 y dijo: «Condeno todos los actos de racismo y violencia», los críticos respondieron que, anteriormente, Trump había culpado de la violencia tanto a los contramanifestantes racistas como antirracistas, en lugar de hacer un llamamiento a ella.

En parte para evitar el lastre en torno a la palabra *racismo*, algunos expertos prefieren llamar a los nacionalpopulistas *nativistas*, un término que hace referencia a la creencia de que un país debería estar poblado exclusivamente por miembros de un grupo nativo, y que los demás constituyen una amenaza.[31] Sin embargo, unos pocos son nativistas en el sentido de los Know Nothings de Estados Unidos en el siglo XIX, que, como hemos visto, definían al pueblo sobre una base étnica protestante limitada. Aunque existe un deseo generalizado de reducir la inmigración, y sobre todo detener las principales corrientes de refugiados e inmigrantes económicos, pocos abogan por una concepción completamente cerrada del país, ya sea en términos étnicos o de una nueva inmigración.

El partido polaco Ley y Justicia trata de buscar, sin duda, mantener el nivel excepcionalmente alto de homogeneidad étnica del país, donde el 97 % de la población es polaca. Junto con Hungría, Polonia ha encabezado la oposición a una redistribución de los refugiados en la Unión Europea a partir de 2015. Viktor Orbán incluso mandó construir una valla en la frontera entre Hungría y Serbia para detener el flujo, a pesar de que muchos se dirigían a Alemania. Matteo Salvini y la Liga italiana también han mostrado una fuerte oposición al tratamiento que da la Unión Europea a la crisis actual de los refugiados. En 2018, Salvini amenazó con echar a 500.000 inmigrantes recién llegados que habían entrado en Italia por mar desde el norte de África. Tras convertirse en vice primer ministro y ministro

de Interior, Salvini anunció, no sin polémica, que realizaría un censo de los romaníes en Italia con la intención de deportar a los ilegales, poner un mayor freno a los derechos de los migrantes y prohibir el desembarco de las embarcaciones que rescatan a los migrantes en el Mediterráneo (a algunas de ellas se las autorizó posteriormente a entrar en España).

Por otra parte, el Partido Popular suizo admite que su país necesita muchos trabajadores inmigrantes, a pesar de que trata de limitar su número y de la dificultad de obtener la ciudadanía. Para el Partido Popular holandés, la cuestión fundamental es excluir a los musulmanes y a los inmigrantes que, en su opinión, no pueden asimilarse y que apenas cuentan, si es que tienen algunas, con aptitudes deseables. Mientras Geert Wilders mantiene unas opiniones xenófobas sobre la nueva inmigración musulmana, su partido nunca ha hecho campaña contra las minorías chinas o vietnamitas, o quienes proceden de las antiguas colonias de Surinam e Indonesia. El Partido de la Libertad austríaco tiene una visión parecida sobre la nueva inmigración, pero su programa señala que las minorías étnicas históricas del país «enriquecen la nación y forman parte integrante de ella». Y si bien Nigel Farage y el UKIP se oponen firmemente a la llegada al Reino Unido de trabajadores poco cualificados procedentes de Europa del Este y Europa central, Farage apareció en escena acompañado de partidarios pertenecientes a minorías étnicas para proclamar que su partido «no era racista» y ensalzar las aportaciones de los inmigrantes procedentes de países de la Commonwealth.

Un hilo conductor en este libro es que necesitamos comprender mejor a los votantes nacionalpopulistas, no tan solo denunciarlos. Pero mientras unos pocos partidarios del nacionalpopulismo llevan con orgullo el distintivo de «racista», la amplia mayoría se ofenden e incluso se enfadan cuando los acusan de ello. Cuando examinamos atentamente lo que proponen los nacionalpopulistas, resulta mucho más sencillo observar por qué muchos de ellos no se ven a sí mismos como racistas.

Debido a los problemas que existen con otros términos, las dos etiquetas más adecuadas para los partidos y los líderes como Donald Trump, Marine

Le Pen y Geert Wilders son «nacionalpopulistas» o «populistas nacionalistas», que combinan los «ismos» que mejor describen las promesas que hacen.

A pesar de que se suele considerar el populismo tan solo un estilo, hemos sostenido que se trata de una ideología vaga por derecho propio que se basa en tres valores fundamentales: 1) un intento por hacer que se oiga la voluntad popular y actuar en consecuencia; 2) el llamamiento para defender los intereses de los ciudadanos de a pie, y 3) el deseo de sustituir a las élites corruptas y distantes. Debido a que estos se pueden encontrar en distintas formas de populismo —por ejemplo, la campaña de izquierdas de Bernie Sanders por la presidencia de Estados Unidos en 2016—, necesitamos añadir el término *nacionalismo* para precisar qué tipo de populistas son en realidad personas como Trump o Le Pen.

Entendemos por nacionalismo un modo de pensar que va más allá de un amor por la patria o la delimitación nativista. El nacionalismo hace referencia a la creencia de que uno es parte de un grupo de personas que comparten un sentimiento común de historia e identidad y que están unidos por un sentido de misión o proyecto. Muchas personas en Occidente manifiestan abiertamente ideas nacionalistas, como veremos en el capítulo 4.[32] Esto no se basa necesariamente en la etnicidad, como muestran algunas naciones multiétnicas como Estados Unidos, pero está limitado territorialmente, lo que diferencia una nación de los grupos étnicos o religiosos, como los musulmanes o los blancos, que a menudo se extienden por todos los países. A pesar de que el nacionalismo es compatible con tener identidades distintas, como las de clase, región u orientación sexual, implica un fuerte deseo de preservar la identidad nacional del cambio radical y de fomentar el interés nacional.

El «nacionalismo populista» hace hincapié en el nacionalismo, que es, sin lugar a dudas, una perspectiva importante de estos partidos. No obstante, en general no son cerrados, ya que aceptan formas diversas de obligaciones y relaciones internacionales, que comprenden en muchos casos la adhesión a la Unión Europea, incluso aunque se opongan a una mayor

integración. Como declaró Trump en el Foro Económico Mundial de Davos en 2018, «Estados Unidos primero no es sinónimo de Estados Unidos solo». El objetivo de Trump, en términos comerciales, es promover lo que él considera un «comercio justo», y no hacer de Estados Unidos una fortaleza, atacar las políticas, como el modo en que las subvenciones de Gobiernos extranjeros pueden debilitar el sector empresarial en Estados Unidos, o prácticas laborales como el trabajo infantil y una falta de medidas de seguridad adecuadas. Cree que los aspectos importantes de la economía neoliberal no han servido a los intereses de Estados Unidos y han cuestionado la idea de que el libre comercio es siempre positivo para los trabajadores nacionales. Si bien una guerra comercial perjudicaría indudablemente a Estados Unidos, destaca, y con razón, aspectos que la mayoría de los políticos y los economistas pasan por alto (véase el capítulo 5).

El nacionalismo, además, puede englobar una gran variedad de políticas. El «nacionalismo populista» podría, en teoría, incluir movimientos como el Partido Nacional Escocés, cuyas políticas en general son de izquierda o de centro, y que en 2014 luchó sin éxito para conseguir la independencia, a través de un referéndum, de lo que, en su opinión, es un Reino Unido dominado por ingleses distantes y explotadores. Por tanto, los nacionalistas escoceses se encontrarían a sí mismos en la misma facción que el movimiento húngaro Jobbik, muy hostil con las minorías y que incluso contó durante un tiempo con un ala de estilo paramilitar, que finalmente se prohibió (aunque últimamente ha moderado sus políticas con el fin de atacar al partido nacionalpopulista Fidesz, actualmente en el poder, por corrupción y otros crímenes contra el pueblo). Así pues, el «nacionalismo populista» va desde la izquierda a la derecha y comprende tanto a demócratas liberales como a los partidarios de un Gobierno autoritario.

El «nacionalpopulismo» es la mejor forma abreviada de referencia. No debemos ignorar la posibilidad de que los líderes y los partidos oculten sus verdaderas ideas a los votantes; necesitamos tener más pruebas acerca de lo

que hacen los populistas cuando están en el cargo a fin de ayudar a evaluar esta posibilidad. No obstante, no hay duda de que su programa es en definitiva populista, y que incluso el especial hincapié que hace en la inmigración y el cambio étnico se ha de entender desde esta perspectiva.

Como veremos, las grandes preocupaciones que manifiestan los votantes nacionalpopulistas sobre el modo en que están cambiando sus países son tan reales como legítimas. No se trata únicamente de los resultados de otras fuerzas. Pero estas inquietudes también incluyen una serie de preocupaciones sobre las élites cosmopolitas e indiferentes que permitieron la entrada de inmigrantes y otras minorías a su país en primer lugar, así como sentimientos más generales de pérdida social y cultural que también están ligados en parte al cambio étnico. Al poner más el acento en el populismo, destacamos el modo en que el pueblo quiere que lo escuchen, en lugar de ignorarlo o tratarlo con desprecio.

3

DESCONFIANZA

La democracia liberal solo ha existido en forma plenamente desarrollada durante unos 100 años; la civilización humana tal y como la conocemos lleva existiendo desde hace unos 6.000. En ocasiones olvidamos lo jóvenes que son nuestras democracias.

La democracia liberal es un sistema en el que todos participamos votando por un representante, que suele pertenecer a un partido político, y donde el alcance del Gobierno está limitado por libertades liberales y el Estado de derecho. No fue hasta las últimas décadas del siglo XX cuando una gran oleada de optimismo liberal democrático se extendió por todo Occidente. Este optimismo coincidió con la «tercera oleada» de democratización, que vio a decenas de países en todo el mundo liberarse de sus cadenas autoritarias; el caso más drástico fue el de la Unión Soviética, a principios de la década de 1990. La afirmación tantas veces citada de Francis Fukuyama de que el mundo se acercaba al «fin de la historia» captó el *Zeitgeist*.[1]

Fukuyama, que en esa época era analista en el Departamento de Estado de Estados Unidos, sostenía que la democracia liberal y su sistema

económico capitalista asociado pasaría a ser dominante debido a dos factores. El primero era «la lucha por el reconocimiento»: los seres humanos quieren vivir en un sistema que les permita elegir libremente sus ideas y su forma de vida. El segundo era el dinamismo y la eficacia del capitalismo, que había otorgado a Occidente una ventaja ganadora en la Guerra Fría, tanto en el nivel de vida como en el armamento de alta tecnología. A causa de ellos, Fukuyama fue célebre por predecir «el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano». La idea de que la democracia liberal era la única alternativa se extendió por todo Occidente.

Sin embargo, la historia no había leído el guion. El continuo poder del nacionalismo étnico se reflejó en la guerra y el genocidio de los Balcanes, mientras que pensadores influyentes como Fareed Zakaria apuntaron enseguida al crecimiento de las «democracias iliberales». Estas comprendían muchos antiguos Estados comunistas, en los que el poder estaba en manos de hombres poderosos que afirmaban hablar en nombre de todo el país, donde se designaban Gobiernos de compinches y no se seguía ningún tipo de control. En el siglo XXI, incluso en las democracias evolucionadas, expertos como Colin Crouch afirmaron que había llegado la edad de la «posdemocracia», en la que el poder ha pasado a manos de pequeños círculos de élites que actúan tras una fachada democrática.[2]

Actualmente, aún se cuestiona la democracia liberal. Según la Freedom House, un organismo de control independiente, 2018 fue el duodécimo año consecutivo en que el número de democracias que sufrieron retrocesos superó al de las que lograron avances gracias al aumento de las libertades y al fortalecimiento del Estado de derecho. Especialmente preocupante fue el aumento del nacionalpopulismo en Europa, la presidencia de Trump y la controvertida afirmación de que los jóvenes «podrían estar perdiendo la fe y el interés en el proyecto democrático».[3]

Para comprender plenamente esta cuestión, necesitamos dar un paso atrás y analizar la evolución del pensamiento político y la práctica

democrática en Occidente a largo plazo. Si observamos las democracias actuales desde una perspectiva más amplia, podemos plantear diversas cuestiones que arrojen luz sobre las bases del nacionalpopulismo.

Incluso desde los tiempos de la «democracia directa» en la antigua Grecia, muchos pensadores en Occidente se han mostrado cautelosos con el poder popular, una visión que ha continuado después del siglo XVII, cuando volvieron a surgir los grandes debates sobre la democracia y existía una voluntad clara de marginar a las masas. Esta larga tradición de una concepción más «elitista» de la democracia ha dejado margen, desde hace muchas décadas, a los populistas, que prometen hablar en nombre de un pueblo al que se ha dejado de lado, incluso despreciado, mediante una política cada vez más distante y tecnocrática y unas élites económicas.

En los últimos años, esta tensión se ha visto agravada por una creciente desconexión entre los gobernantes y los gobernados. En Occidente, las democracias liberales están cada vez más dominadas por élites liberales y con un alto nivel educativo, cuya formación y perspectiva difieren fundamentalmente de las del ciudadano medio. Esta evolución se ha agudizado con la aparición de una nueva «élite gobernante», conectada por medio de redes formales e informales que trascienden los Gobiernos nacionales electos. En relación con esto se encuentra el aumento de programas «políticamente correctos», dirigidos por liberales con títulos universitarios y por jóvenes, que se concentran sobre todo en temas de identidad. Estas cuestiones conducen a nuestro argumento principal de que el nacionalpopulismo obedece en parte a una profunda desconfianza hacia las élites, que se remonta a muchos años atrás, y que ahora se refleja entre la población en una creciente oleada de descontento con el actual acuerdo político.

No es cierto que el pueblo esté renunciando a la democracia. Las grandes mayorías siguen apoyando la democracia como sistema de gobierno de sus sociedades. Pero numerosos ciudadanos sienten una profunda preocupación por el funcionamiento de sus formas de gobierno y están abiertos a un concepto de democracia distinto y «directo». Son

muchos quienes ya no creen que «las personas como ellos» tengan voz, y rechazan la idea de que los representantes que han elegido compartan sus inquietudes sobre las nuevas cuestiones que han pasado a ocupar un lugar preponderante en su programa. Esta desconfianza se ha acentuado en los últimos años y seguirá siendo patente durante muchos más.

Democracia directa y liberal

Los críticos del nacionalpopulismo afirman que amenaza el enaltecimiento de la diversidad de la democracia liberal y su capacidad para alcanzar un compromiso entre distintos grupos. Los populistas combativos como Trump al parecer están atrayendo a personas que buscan un hombre poderoso con un estilo fascista en lugar de una nueva forma de democracia. Sin embargo, atacar a los populistas por ser la causa del problema al que se enfrenta la democracia liberal es empezar la casa por el tejado: numerosos ciudadanos se sintieron decepcionados políticamente mucho antes de que los populistas hicieran su aparición.

Para poder comprender cómo hemos llegado hasta aquí, recordemos los inicios y la evolución de la democracia. Pese a que algunos ven prácticas democráticas en bastantes civilizaciones tempranas, el término *democracia* deriva de las palabras griegas *demos* y *kratos*, que significan 'gobierno del pueblo', y fue en la antigua Grecia donde se produjo la primera reflexión seria sobre el poder popular.

Democracia directa

La democracia ateniense clásica era mucho más «directa» que las democracias actuales. Se basaba en tres principios fundamentales. El primero tenía que ver con el derecho de todos los «ciudadanos» varones adultos y nacidos libres a participar en la asamblea. Quedaban excluidos las

mujeres, los esclavos y los extranjeros. Su participación tenía la finalidad de desarrollar su educación política y alentarlos a que prestaran su apoyo en las decisiones, a menudo difíciles, que se tomaban sobre la vida pública. El segundo pretendía que esta participación fomentara una igualdad política. Para conseguirlo y evitar que surgiera una élite permanente, muchos puestos oficiales en la política se designaban por sorteo y rotaban de forma periódica. Y el tercero, el sistema requería una «forma de Gobierno» ciudad Estado relativamente pequeña que permitiera un nivel de participación directa suficiente. Aunque en la práctica solía ser desigual, ya que los más instruidos y ricos tendían a ser más elocuentes y disponían de más tiempo para debatir sobre política, el sistema fomentaba un sentido del respeto y la valía entre todos, algo que, como veremos, desde luego no es el caso actualmente.

Con todo, muchos pensadores griegos también desconfiaban de este modelo de democracia «directa» que otorgó un poder importante al pueblo. El filósofo Platón creía que «Una buena decisión se basa en el conocimiento y no en los números». Temía que la mayoría tomase decisiones equivocadas y pudiera dejarse convencer fácilmente por demagogos. En *La República* (360 a. C.) afirmó que la tiranía «surge de forma natural de la democracia», y la contrastó con el Gobierno de una élite ascética de «reyes filósofos» que estaban capacitados para promover el bien común. Era una forma de pensar que el filósofo Karl Popper identificaría posteriormente, no sin controversias, como el origen del elitismo autoritario comunista y fascista y su amenaza a la «sociedad abierta», donde se permite que prosperen las libertades políticas, los derechos humanos y una pluralidad de ideas distintas.[4]

Aristóteles, que fue discípulo de Platón, creía que los problemas existían en todas las formas de Gobierno. La monarquía, regida por una única persona, solía ser sinónimo de autocracia; la aristocracia, gobernada por los mejores, se convirtió en una oligarquía de los más ricos, y la democracia, regentada por el pueblo, quería decir que los más pobres podían vengarse de los ricos. En cambio, Aristóteles abogó por un sistema

mixto que aunase el liderazgo con la participación de las masas y que protegiese contra los peligros de una mayoría irracional o vengativa. Para lograrlo, también creía que sería necesario un nivel relativamente alto de igualdad económica a fin de crear consenso y estabilidad, una cuestión sobre la que volveremos cuando analicemos las desmedidas desigualdades actuales en el capítulo 5.

Democracia liberal

¿Cómo ha evolucionado nuestra forma de pensar desde la antigua Grecia? Aunque algunos vislumbran aspectos de la democracia en lugares como las ciudades Estado italianas de la Edad Media, hasta el siglo XVII permanece latente una profunda reflexión sobre las nuevas formas de un régimen democrático. A pesar de que se consideró una precursora temprana de la democracia moderna, la Carta Magna inglesa de 1215 fue un intento de resolver un litigio entre el rey Juan y sus barones. De forma similar, el auge del Parlamento se debió menos a un gran proyecto que a las circunstancias, pese a que la introducción de representantes locales sería posteriormente la clave para adaptar la democracia a los grandes Estados.

Mucho más importante fue la guerra civil inglesa (1642-1651), un desafío directo a la doctrina del derecho divino de los reyes. Si bien se rechazaron las propuestas más radicales, como el sufragio universal de los hombres adultos, en la época de la Declaración de Derechos en 1689, Inglaterra se convirtió en una monarquía constitucional con una judicatura independiente, libertad de expresión y unas elecciones libres y periódicas al Parlamento, a pesar de que solo podían participar quienes poseían propiedades.

John Locke, considerado en general el padre del liberalismo, expuso en sus *Dos ensayos sobre el gobierno civil* (1689) el caso de las libertades generalizadas basadas en los «derechos naturales». Locke, al igual que otros pensadores de la Ilustración que por aquel entonces se extendía por Europa,

desarrolló una noción de la naturaleza humana muy distinta del «hombre político», que había caracterizado el pensamiento en la antigua Grecia. Afirmó que los individuos tenían expectativas personales y se sentían realizados cuando perseguían libremente sus propios intereses y el derecho de propiedad. Esto exigía una esfera privada que escapaba al alcance del Gobierno, un argumento del que se hizo eco un siglo más tarde el gran profeta de la economía de libre mercado Adam Smith. Una idea similar en un Gobierno limitado y representativo fue asimismo fundamental para el pensamiento de los Padres Fundadores de Estados Unidos sobre la nueva «república».

La Declaración de Independencia de 1776 afirmaba que «todos los hombres son creados iguales» y que los Gobiernos ejercen sus «poderes legítimos con el consentimiento de los gobernados». Pero Thomas Jefferson, su autor principal, sostenía que había una «aristocracia natural» de hombres con mentalidad pública elegidos para el cargo por un electorado compuesto principalmente por varones blancos que poseen propiedades. La Constitución de 1789 estableció una cámara de representantes, elegida en los distritos; un Senado, en representación de los estados, y un presidente, que, al igual que el Senado, sería elegido en los colegios electorales y no por sufragio directo, lo que en un principio acrecentaría el poder de las «personalidades». Por otra parte, el hecho de que el presidente no fuera miembro del Congreso formaba parte de un complejo sistema de equilibrio de poderes que trataba de limitar las competencias tanto de los dirigentes como del pueblo. El federalismo, que atribuye las principales responsabilidades a un nivel gubernamental inferior, limitó aún más el poder central. Esta nueva república se sustentaba en el Estado de derecho, que comprendía una Declaración de Derechos (1791), y en una Corte Suprema, que podía derogar leyes aprobadas por el presidente y el Congreso.

Si bien los Padres Fundadores no calificaron a Estados Unidos de «democracia», el término se extendió rápidamente por Occidente durante el siglo XIX. Esto reflejó parcialmente la influencia de *La democracia en*

América (1835), de Alexis de Tocqueville. El precursor científico social, nacido en Francia, sostenía que la Constitución de Estados Unidos había resuelto el problema de la «tiranía de la mayoría», que había obsesionado al pensamiento occidental desde que Platón expresó sus temores sobre un Gobierno mayoritario. Además, De Tocqueville pensaba que lo que él consideraba una sociedad igualitaria estadounidense, que abarcaba varias Iglesias y otros organismos independientes, servía a la vez de foro de participación igualitaria y para tener un mayor control del Gobierno. Desatendió en gran medida el racismo que sufría la población no blanca (estuvo sobre todo en el norte) y la situación de inferioridad de las mujeres, a pesar de que consideró influyentes a las mujeres estadounidenses en comparación con las europeas.

Pese a que los sistemas británico y estadounidense difieren en gran medida, constituyen la base de un modelo que se conoció como «democracia liberal». Se caracteriza por cuatro elementos relacionados entre sí. En primer lugar, admite la soberanía popular, por la que solo el pueblo puede autorizar legítimamente a los Gobiernos. La segunda es la disposición para que los ciudadanos iguales elijan libre y periódicamente a sus representantes en el Gobierno, por lo general miembros de un partido político. La tercera es la idea de un Gobierno limitado, restringido por un equilibrio de poderes y respaldado por el Estado de derecho con objeto de proteger las libertades liberales, como la libertad de expresión o de culto; la democracia liberal rechaza concretamente la idea de que la mayoría tiene necesariamente razón. La cuarta es la necesidad de una sociedad «pluralista» y dinámica formada por grupos independientes que contribuirían al desarrollo de distintos puntos de vista. En el mercado de las ideas —el núcleo de la democracia liberal—, diversas personas con exigencias contrapuestas manifiestan sus opiniones, llegan a un compromiso y alcanzan un consenso. La democracia liberal, así pues, facilita la resolución pacífica de las diferencias de opinión en el pueblo.

Esta fue la forma de Gobierno que proclamó Fukuyama en la última década del siglo XX. Sin embargo, su omnipresente optimismo no tuvo en

cuenta dos hipótesis sobre el funcionamiento de la democracia liberal. La primera era que precisaba que numerosas personas creyeran que el sistema es justo y representa a todos por igual. La segunda es que da por sentado que la sociedad es relativamente igualitaria o, al menos, la mayoría acepta desigualdades económicas y políticas considerables. Pero, como veremos, en las últimas décadas se han examinado cada vez más estas hipótesis, y así seguirá siendo en los próximos años.

El temor a las masas

La democracia directa no llegó a su fin en la antigua Grecia. Más tarde se convirtió en el centro de las revueltas políticas y sociales en Francia durante el siglo XVIII.

Jean-Jacques Rousseau, el gran profeta de la democracia directa en la Ilustración, nació en un país, Suiza, que ha practicado una forma limitada de poder popular desde la Edad Media. En obras como *El contrato social* (1762), Rousseau describió el Estado ideal como uno igualitario y pequeño, que, según él, permitiría que surgiera una forma de «voluntad general», que implicaba un alto nivel de acuerdo entre las personas (a diferencia del liberalismo, que ensalza las diferencias). Rousseau pronunció célebremente que «el hombre nace libre», pero «en todos lados está encadenado», en referencia a influencias sociales perniciosas como la religión. Como es lógico, Karl Popper incluyó a Rousseau, así como a Platón, en su lista de enemigos de la «sociedad abierta», por considerar que sus opiniones eran fundamentales para el reclamo comunista y fascista que necesitaba el hombre para ser «obligado a ser libre».

A pesar de que muchos liberales participaron activamente en las primeras etapas de la Revolución francesa, los discípulos de Rousseau pasaron a desempeñar un papel importante. El más infame fue Maximilien Robespierre, que trató de acabar con el poder de la aristocracia y la Iglesia y sostenía que «el gobierno de la Revolución es el despotismo de la libertad

contra la tiranía». Robespierre presidió un «reino del Terror» durante el que los «enemigos del pueblo», entre los que se encontraban el rey y la reina, morían en la guillotina. Menos conocido es que, en los «matrimonios revolucionarios», ataban juntos a un sacerdote y una monja, desnudos, antes de ahogarlos, una forma habitual de ejecución colectiva para miles de católicos comunes.

Robespierre acabó más tarde en la guillotina, y tras un interregno, Napoleón Bonaparte, un apuesto y joven general, llegó al poder. Los sucesos turbulentos de la Revolución, y el ascenso al trono como emperador mediante sufragio popular directo en un referéndum, lo pusieron en una situación difícil. Aparte de sus repercusiones en la historia de Europa, estos acontecimientos fueron también importantes porque reavivaron los temores generalizados sobre el atractivo que despertaban los demagogos carismáticos para las masas.

Estos temores volvieron con fuerza después de la Primera Guerra Mundial, cuando una multitud de personas se acercaron en masa a los fascistas Benito Mussolini y Adolf Hitler. Pero también surgieron en otros lugares, como en Estados Unidos, donde, como hemos visto, existe una larga tradición de populismo, que sigue presente a través de personajes como el padre Coughlin, el sacerdote católico que se hizo famoso en todo el país, en la década de 1930, gracias a sus locuciones radiofónicas que escuchaban de treinta a cuarenta millones de oyentes todas las semanas. Afirmó hablar para el pueblo llano y denunció a las personas instruidas del Este y al «lujo de Park Avenue», defendió las políticas fascistas de bienestar social y lanzó ataques mal disimulados contra los judíos adinerados y abiertamente en contra de los comunistas.

Más o menos en la misma época surgió otro personaje populista en Estados Unidos: Huey Long, un defensor de los pobres contra las grandes empresas, que primero fue elegido gobernador y posteriormente senador por Luisiana, donde atrajo a un importante grupo de adeptos. En 1934, Long lanzó la campaña «Compartir Nuestra Riqueza», en la que prometía una redistribución importante de los ingresos y las fortunas. Recordando los

ataques populistas del Partido Popular a la plutocracia, Long preguntó a los estadounidenses de a pie si les parecía bien que gran parte de la riqueza del país estuviera en manos de doce personas y no en las de los 120 millones restantes, y prometió unos ingresos familiares mínimos de 5.000 dólares (unos 90.000 de hoy en día). Estaba creando un gran movimiento, hasta que la bala de su asesino se interpuso en su camino.

El auge del fascismo en Europa y una reactivación simultánea de la tradición populista en Estados Unidos aumentaron las sospechas sobre el poder del pueblo. Esto se vio reflejado en una escuela de eruditos elitistas y liberales democráticos como Joseph Schumpeter, de Harvard, quien afirmó que la esencia de una democracia estable no era la participación masiva, sino un Gobierno a cargo de élites del partido rivales y progresistas. Los políticos deberían evitar campañas condescendientes con la pasión y el prejuicio popular y que empiezan a considerar la apatía un logro positivo, porque es probable que eliminen a los votantes menos instruidos y más radicales del mercado de las ideas. Al mismo tiempo, especialistas en la presidencia de Estados Unidos ensalzaron a hombres poderosos como Franklin Delano Roosevelt y Harry Truman por encabezar la opinión pública en vez de seguirla.[5]

Dicho elitismo se vio reforzado por los primeros estudios sobre los electores estadounidenses. Durante la década de 1950, los estudiosos Philip Converse y Paul Lazarsfeld constataron que la mayoría de las convicciones políticas del pueblo carecían de coherencia y estabilidad y que había algunos «buenos ciudadanos» informados.[6] Tal es el caso del intelectual demócrata Adlai Stevenson —se presentó sin éxito a la presidencia de Estados Unidos en los años cincuenta—, quien respondió a la afirmación de un partidario de que «toda persona pensante» seguramente votaría por él: «Eso no es suficiente. Necesito una mayoría».

En ese tiempo, los liberales estadounidenses también tenían otro motivo de preocupación. Existía un «enemigo interno» poderoso en forma de agitadas campañas anticomunistas, encabezadas por el senador republicano Joe McCarthy. El senador demócrata J. William Fulbright sintetizó estas

preocupaciones y argumentó que McCarthy «se ha aprovechado tanto de los temores y rencores y de los prejuicios de los estadounidenses que ha iniciado un incendio forestal que ni él ni nadie puede controlar». La caza de brujas despiadada y a menudo infundada contra sospechosos de comunismo fue un marco importante para la célebre declaración de Richard Hofstadter de que el populismo era un «estilo paranoico», una frase que, en su opinión, captaba el «sentido de fuerte exageración, suspicacia y fantasía conspirativa» que no solo caracterizó la campaña de McCarthy, sino que podía remontarse hasta una larga lista de movimientos en la historia de Estados Unidos, como el Partido Popular y los anticatólicos Know Nothings del siglo XIX. Hofstadter sostenía que, a diferencia de los líderes que consideraban esos primeros movimientos fundamentales para su país y se defendían de las amenazas a un modo de vida asentado, los populistas modernos «se sienten despojados: Estados Unidos les ha sido arrebatado en gran medida a ellos y a los de su clase, aunque están decididos a intentar recuperarlo y evitar el acto destructivo final de subversión».[7]

McCarthy y otras figuras posteriores, como el conservador Barry Goldwater, que presentaron su candidatura a la presidencia de Estados Unidos en 1964, también influyeron en el modo de pensar de sociólogos como Daniel Bell y Seymour Lipset, que rastrearon las raíces del populismo hasta personas poco cualificadas, que vivían fuera de las grandes ciudades y que habían sufrido «tensiones de estatus» como resultado de un rápido proceso de modernización. Si bien finalmente los valientes liberales se enfrentaron sin vacilar al estilo intimidatorio y deshonesto de McCarthy, sus altos índices de aprobación previos impulsaron aún más los temores ante las masas a ambos lados del Atlántico.

En la Europa de la posguerra, mientras tanto, la preocupación por el apoyo masivo al resurgimiento del fascismo seguía siendo importante. Esto fue especialmente cierto en Europa occidental —a diferencia del Este, no estaba bajo el control de los comunistas—, donde tales temores se avivaron al constatar, en 1949, que casi el 60 % de los alemanes occidentales creían que el nazismo había sido una buena idea, aunque se había hecho mal.

En la investigación realizada en los años cincuenta por los sociólogos estadounidenses Gabriel Almond y Sidney Verba se reflejaba asimismo una gran ansiedad por la capacidad de renacer de las democracias. Observaron que en Italia y en Alemania Occidental, las raíces de la democracia liberal eran poco profundas.[8] En Alemania Occidental, el aumento del apoyo a la democracia se vio en gran medida como el resultado de un rápido crecimiento económico, mientras que, a pesar de que las condiciones en Italia eran parecidas, muy pocos confiaron en los conciudadanos y su sistema político, que contaba con un Partido Democristiano corrupto, un importante partido comunista y el neofascista Movimiento Social Italiano, que siguió activo hasta mediados de la década de 1990 (para los especialistas, el acrónimo del partido, MSI, significa 'Mussolini vive para siempre'). Otro tema de preocupación fue el repentino ascenso y la caída, a mediados del siglo XX, de los poujadistas en Francia, que reavivaron aún más las inquietudes sobre la capacidad de los líderes carismáticos de atraer a los grupos marginados.

El poder de las élites de «gobierno» internacionales

Después de la Segunda Guerra Mundial, estos temores contribuyeron al crecimiento de lo que los expertos denominarían estructuras de «gobierno» nacionales. La época de la posguerra fue testigo de una difusión gradual del poder, que va desde los Gobiernos nacionales elegidos democráticamente hasta las organizaciones transnacionales, desde políticos a nivel nacional elegidos por los ciudadanos hasta grupos de presión y responsables políticos «expertos» no electos que actuaban en la esfera internacional, más allá del ámbito de la política democráticamente responsable.

Este cambio se manifestó en la creación del FMI en 1944, las Naciones Unidas en 1945 y el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio en 1948, que se transformó en la Organización Mundial del Comercio en los años noventa. Estos organismos se designaron para

fomentar el orden internacional, promover una mayor estabilidad económica e impulsar el crecimiento en Occidente mediante la reducción o la eliminación de barreras comerciales entre los Estados. Los partidarios de la gestión de los asuntos públicos afirmaban que era necesario traspasar el poder a organismos transnacionales más remotos, porque algunas cuestiones, como gestionar la globalización económica o hacer frente a las grandes corrientes de refugiados, exigían tomar decisiones por encima del nivel del Estado nación.

Sin embargo, los críticos de derechas consideraron que estas estructuras amorfas y lejanas eran el fomento de programas liberales y cosmopolitas que no habían sido sancionados por los Gobiernos nacionales o el pueblo, y que también conferían poderes a grupos como las Naciones Unidas en detrimento del poder estadounidense. A ellos se les unieron críticos de la izquierda, que los veían en cambio como vehículos para ampliar el poder económico de Estados Unidos y difundir el capitalismo, como veremos en el capítulo 5.

Un ejemplo importante de este paso hacia una gobernanza internacional de múltiples niveles llegó a Europa en 1958, cuando seis países —Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo, los Países Bajos y Alemania Occidental— formaron la Comunidad Económica Europea. Es un aspecto que merece la pena analizar, ya que el proceso de integración europea ha sido, desde entonces, fundamental para la inestabilidad política de finales del siglo XX, de la que forman parte no solo el *brexit*, sino también el auge del nacionalpopulismo.

El núcleo de este proceso se encuentra en lo que en el Tratado de Roma de 1957 se denominó «unión cada vez más estrecha», la idea de que los países europeos se integrarían paulatinamente cada vez más, no solo a nivel económico, sino también, en años posteriores, a nivel político y social (para muchos, la respuesta obvia a dos grandes guerras que han destrozado Europa).

De forma decisiva, durante los primeros años, la presión a favor de una integración europea evitó educar a la población en lo que estaba ocurriendo

o movilizar su apoyo en masa, aparte de declaraciones generales sobre la necesidad de unir Europa para impedir futuras guerras fratricidas. En su lugar, un consenso de la élite insistió en la integración mediante la elaboración de una legislación compleja concebida en interés del pueblo, pero no por el pueblo.

Un problema era que, debido a que las decisiones sobre cuestiones fundamentales se trasladaban al nivel europeo, la responsabilidad de quienes tomaban las determinaciones se vio reducida por la existencia de unas cadenas de delegación más largas y menos transparentes. Esto también dificultó, por no decir imposibilitó, que los políticos elegidos a nivel nacional respondieran ante sus conciudadanos, además de tener que hacer frente al creciente número de tratados, exigencias, interlocutores y procesos que ahora los rodeaban.[9]

En años precedentes, ha sido un problema menor. Al menos hasta los años noventa ha existido lo que los expertos llaman un «consenso permisivo», por el que los ciudadanos parecían alegrarse de dejar atrás debates complicados sobre la integración con sus políticos y burócratas. Sin embargo, cuando se anunció que el Reino Unido celebraría en 1975 un referéndum nacional sobre si permanecer en el club o abandonarlo, muchas élites liberales se sintieron incómodas y utilizaron argumentos en contra de dar voz al pueblo, muy parecidos a los que usaron los conservadores en el siglo XIX para oponerse a dar el voto a los ciudadanos. Esto quedó bien patente en las observaciones de Jean Rey, expresidente de la Comisión Europea, sobre el voto del Reino Unido en 1974: «Un referéndum sobre este tema consiste en consultar a los ciudadanos que desconocen los problemas, en lugar de consultar a quienes sí los conocen. Lamentaría una situación en que la política de este gran país debiera dejarse en manos de las amas de casa. Deberían decidirlo, en cambio, personas formadas e informadas». Muchos líderes europeos parecían cada vez más elitistas y reprendían a sus conciudadanos tan solo por ejercer su derecho a expresar una opinión, algo que volvería a aparecer tras la votación del *brexit* en 2016.[10]

La realidad es que, en el Reino Unido, nunca había existido un apoyo masivo a la integración europea. Si bien en el referéndum de 1975 los británicos votaron permanecer en Europa por un claro margen de dos a uno, el resultado escondía una notable falta de entusiasmo. Como señalaron dos especialistas por aquel entonces, aunque los británicos habían votado quedarse, con la esperanza de que impulsaría la estancada economía del Reino Unido, «no se apretaron los machos para la gran aventura europea». [11] El apoyo fue amplio, pero nunca profundo.

Con el paso de los años, la integración europea fue cogiendo velocidad. Otro gran paso fue el Tratado de Maastricht en 1992. Introdujo el concepto de «Unión Europea», que promovió la integración no solo económica, sino también política, estableció la idea de «ciudadanía» europea y sentó las bases de una moneda única: el euro. A estas alturas, era evidente que los ciudadanos europeos querían tener más voz y que no pocos estaban descontentos con el rumbo que estaba tomando. Pero solo tres países celebraron referéndums sobre el Tratado de Maastricht. Mientras que en Irlanda fue aprobado cómodamente, en Francia solo lo hizo con un estrecho margen de 51:49, y en Dinamarca fue necesario votar dos veces para obtener la decisión «correcta» —primero se rechazó y después se aprobó por un estrecho margen—, lo que provocó los disturbios más graves en la historia del país. En el Reino Unido, a pesar de una gran rebelión parlamentaria, se aprobó. Pero, en esta ocasión, el pueblo no pudo opinar.

A pesar de que algunos electores utilizaron los referéndums para dar rienda suelta a su frustración con los políticos del país, a finales del siglo XX era evidente que la indiferencia y la oposición al proyecto europeo iban en aumento. Entre 1979 y 2014, el promedio de participación en las elecciones que decidieron los representantes de los ciudadanos en el Parlamento Europeo se desplomó en veinte puntos, hasta alcanzar un nivel sin precedentes del 43 %. En muchos países, solo una de cada tres personas se molestó en ir a votar, mientras que en otros acudieron menos de una de cada dos.

Esta particular falta de entusiasmo hacia un Parlamento Europeo que no

podía iniciar la legislación, unido a los temores sobre un programa dirigido por una élite, distaba mucho de ser irracional. Como presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker explicó en una ocasión durante una entrevista a finales del siglo XX: «Decretamos algo, después lo proponemos y esperamos un tiempo a ver qué sucede. Si no se produce ningún clamor ni va seguido de un gran escándalo, porque muchos ciudadanos no entienden lo que se ha decidido, continuamos paso a paso hasta alcanzar el punto de no retorno».[12]

Uno de estos pasos llegó cuando se presentó el euro, la moneda única, en 1999. Una vez más, se le negó el voto al pueblo. Cuando no fue así, como en Dinamarca en el año 2000 y en Suecia en el 2003, la mayoría lo rechazó. Incluso en Alemania, donde el marco alemán era un símbolo del milagro económico del país durante la posguerra, hubo una fuerte oposición. Las encuestas sugerían que solo una minoría consideraba el euro una buena decisión, una opinión que el partido nacionalpopulista Alternativa para Alemania explotaría a partir de 2013.[13]

También existían pruebas de que se estaba abriendo una gran brecha. Cuando se presentó la moneda única, los investigadores constataron que si bien más de siete de cada diez políticos en Europa se sentían orgullosos de su identidad «europea», entre la población la cifra fue solo de uno de cada dos. Esto llevó a los autores a observar: «Uno podría preguntarse si los Gobiernos y los políticos responsables del Tratado de Maastricht vivían en el mismo mundo europeo que los ciudadanos a los que se suponía que estaban representando».[14]

De manera decisiva, en los primeros años del siglo XXI, la preocupación de la opinión pública por la integración europea se sumó también a la creciente inquietud sobre la inmigración y la identidad nacional, cuestiones que se fusionaron en la mente de muchas personas.

Uno de los pilares principales de la Unión Europea es la libre circulación de trabajadores, que permite a los ciudadanos de los Estados miembro trabajar e instalarse en otros países pertenecientes a la Unión. Como resultado, se produjeron grandes corrientes de trabajadores que

cruzaban las fronteras, ya que las personas de países europeos con salarios bajos iban a trabajar a otros con economías más sólidas que ofrecían remuneraciones más altas y unas condiciones mejores. Muchos ciudadanos europeos apoyaron la iniciativa, pero también fueron muchos los que la vieron como una amenaza a su soberanía nacional, su cultura y su forma de vida. En el Reino Unido, sobre todo, cientos de miles de trabajadores poco cualificados llegaron al país procedentes de naciones más pobres, como Polonia, Bulgaria y Rumanía. Poco antes del *brexit*, aproximadamente uno de cada dos británicos consideraba que la adhesión a la Unión Europea estaba debilitando en la actualidad su identidad cultural nacional. Muchos piensan ahora que la Unión Europea se estaba convirtiendo en algo muy distinto de la zona de comercio económico que les habían prometido al principio. Estas inquietudes serían fundamentales en la votación del *brexit*.

En 2005 aparecieron otras pruebas de que el «consenso permisivo» había llegado a su fin cuando un 54 % de los franceses y un 61 % de los holandeses rechazaron la propuesta de una Constitución europea, que habría ampliado el alcance de la Unión Europea a ámbitos como la justicia y la inmigración. El mismo año, un sondeo anual determinó que solo la mitad de los ciudadanos de la Unión Europea veían su adhesión a la Unión como «algo bueno». La oposición fue especialmente mayor entre quienes carecían de títulos universitarios y los trabajadores, que no solo tuvieron dificultades para identificarse con las instituciones distantes, sino que también compartían una gran desconfianza hacia sus representantes políticos y creían que esta integración estaba ahora amenazando a su grupo nacional. [15]

A pesar de todo, la Unión Europea siguió adelante. En 2008, muchos de los cambios propuestos en el Tratado Constitucional acabaron figurando en el Tratado de Lisboa, aunque, una vez más, no se consultó al pueblo. Únicamente los irlandeses celebraron un referéndum, y cuando dijeron «no», el Gobierno convocó otro después de obtener concesiones limitadas. Este se aprobó, pero en el resto de los países, incluso en aquellos que habían celebrado referéndums anteriormente, la ratificación del Tratado de

Lisboa se puso en las manos «seguras» de las élites parlamentarias y se dejó al margen a los ciudadanos de a pie.

La desconexión fue incluso más acusada cuando la crisis financiera, la Gran Recesión y la crisis de la deuda soberana asolaron Europa (véase el capítulo 5). Cuando la magnitud de la agitación se hizo evidente, el presidente de la Comisión Europea, José Manuel Barroso, habló sobre la necesidad de adoptar «medidas excepcionales para tiempos excepcionales». A cambio de rescatar las economías en crisis, la «Troika» de la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el FMI exigieron que diversos países europeos impusieran duras medidas de austeridad, como recortes masivos al gasto público y subidas de impuestos. Los mercados financieros internacionales presionaron aún más a los Gobiernos para que aceptaran los términos de los rescates y aplicaran las medidas de austeridad.

Esto trajo consigo importantes consecuencias políticas. En 2011 en Italia, la presión y los temores de que la tercera potencia económica de la eurozona estuviera a punto de desmoronarse y llevarse consigo la moneda única dieron lugar al nombramiento de un Gobierno tecnocrático y no partidista presidido por el excomisario europeo Mario Monti. Solo la Liga nacionalpopulista votó en contra. La presidencia de Monti se caracterizó por una gran austeridad, una subida de los impuestos y la edad de jubilación y por facilitar el despido de los trabajadores. Una de sus ministras se echó a llorar al anunciar recortes de los ingresos para los jubilados. Monti fue muy impopular, y los acontecimientos propiciaron cambios importantes. A pesar de que en las siguientes elecciones de 2013 ganó el centroizquierda, un nuevo partido populista denominado Movimiento 5 Estrellas se abrió paso recurriendo a la indignación del pueblo con la clase dirigente política y la corrupción endémica. Al frente se hallaba Beppe Grillo, un antiguo cómico que, unos años antes, había iniciado un «*Vaffanculo Day*» nacional en contra de los políticos corruptos (traducido como ‘día de vete al carajo’).

La Gran Recesión también afectó gravemente a España, y se vio reforzada por la decisión del Banco Central Europeo de elevar los tipos de interés, que empeoró la caída del mercado inmobiliario y provocó la

adopción generalizada de medidas de austeridad. El desempleo, sobre todo entre los jóvenes, aumentó considerablemente. Estos acontecimientos contribuyeron a la aparición de un nuevo partido populista de izquierdas, Podemos, que obtuvo el tercer puesto, con un 21 % de los votos, en las elecciones de 2015. No obstante, las escisiones en la extrema derecha y el recuerdo constante de la dictadura franquista (acentuado por las crecientes críticas al «pacto del olvido» sobre los crímenes del pasado) hacían que no existiera un avance nacionalpopulista inmediato.

La situación fue incluso más grave en Grecia, donde, incluso antes de la crisis, los ciudadanos se sentían frustrados por la corrupción endémica y el mal funcionamiento de sus instituciones. Mientras negociaba los rescates, el ministro de Finanzas alemán, Wolfgang Schäuble, llegó a sugerir que, debido a la vacilación de Grecia sobre las medidas de austeridad propuestas, el país debería aplazar las elecciones nacionales e instaurar un Gobierno tecnocrático parecido al de Italia. En 2015, un nuevo Gobierno populista de izquierda y defensor de la antiausteridad en Grecia convocó un referéndum anticipado sobre la imposición de nuevas medidas de austeridad, que los griegos rechazaron por un margen del 61 % frente al 39 %. A pesar de todo, bajo una gran presión externa, el Gobierno aceptó un paquete de rescate que incluía mayores recortes en las pensiones y una subida de impuestos que las medidas que el pueblo acababa de rechazar. Como era de esperar, en esa época el 79 % de los italianos y el 86 % de los griegos llegaron a la misma conclusión: su voz ya no contaba en la Unión Europea.

Resulta tentador localizar esta reacción solo en países que se vieron gravemente afectados por la crisis, pero es engañoso. Las diferencias fueron mucho más generales y dimanaban del hecho de que el pueblo y las élites dirigentes pensaban de modos sumamente distintos. El grupo de estudio internacional Chatham House preguntó a una amplia muestra de élites políticas, civiles y empresariales europeas y también al público en general si consideraban que las «personas como ellos» se beneficiaban o no de formar parte de la Unión Europea, y si a los políticos les preocupaba o les

resultaba indiferente «lo que pensaran los ciudadanos como usted». Si bien el 71 % de las élites europeas pensaban que era ventajoso para ellos, la cifra cayó hasta el 34 % entre la población; y mientras incluso el 50 % de las élites creían que a los políticos no les importaba lo que pensara el pueblo, el valor aumentó casi hasta el 75 % entre el público en general.

Algunos líderes europeos reconocieron también que había surgido una patente desconexión. Poco antes de que el Reino Unido se convirtiera en el primer país en decidir abandonar de forma voluntaria la Unión Europea en 2016, el presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk, admitió que: «Obsesionados con la idea de una integración inmediata y total, no nos percatamos de que la gente corriente, los ciudadanos de Europa, no comparten nuestro euroentusiasmo». Con todo, esto no impediría que Tusk instara a los votantes del *brexit* a que cambiaran de opinión, o a que Jean-Claude Juncker los describiera como «desertores», o a que su jefe de Gabinete desestimara el resultado por considerarlo «estúpido».

Muchos políticos del Reino Unido tampoco ocultaron su deseo de realizar un segundo referéndum mientras instaban al pueblo a reflexionar. Como es lógico, no había que esforzarse mucho para descubrir la frustración reinante en la ciudadanía al ver que quienes estaban en el poder aún no se tomaban en serio sus opiniones: «Lo que de verdad quieren hacer», dijo un votante en una ciudad industrial del norte, «es cargarse la democracia. No les gustó la respuesta que obtuvieron antes, por lo que tan solo seguirán preguntando hasta que la gente esté de acuerdo. Como si todos fuéramos unos idiotas descerebrados».[16]

Por lo general, seguramente se esperaba que la Unión Europea iniciara un periodo de autorreflexión para pensar en serio sobre el origen de este creciente descontento y dar con una respuesta. Pero en lugar de eso, un año después de la votación del *brexit*, Jean-Claude Juncker proclamó que «vuelve a soplar el viento en las velas de Europa» y expuso las medidas para una mayor integración, como reforzar las competencias en materia presupuestaria de la Unión Europea, ampliar la zona euro y reducir aún más el derecho de los Estados nación a vetar las políticas comunitarias. En este

punto, la reacción violenta de los ciudadanos fue mucho más evidente.

En una serie de comicios celebrados durante 2017 y 2018, el antieuropeísta Geert Wilders obtuvo el segundo puesto en los Países Bajos, casi la mitad de los franceses apoyaron a los candidatos euroescépticos en la primera vuelta de las elecciones presidenciales, el partido antieuropeísta Alternativa para Alemania se abrió paso por primera vez y, poco después, Italia dio un marcado giro a la derecha: se pidió al Movimiento 5 Estrellas, abiertamente populista, y a la Liga —ambos han criticado la austeridad impuesta por la Unión Europea y la moneda única— que formaran un Gobierno de coalición.

La élite cerrada

El aumento de la desconfianza política en Occidente se ha visto agravada por el modo en que los políticos se parecen cada vez más y representan menos a muchos de los ciudadanos que votaron por ellos.

Sin duda, se ha producido una mejora en algunos aspectos fundamentales. Los órganos legislativos en las principales democracias, como Estados Unidos, el Reino Unido y Francia, son hoy en día mucho más representativos de los grupos tradicionalmente marginados. En estos tres países, la proporción de legisladoras y pertenecientes a minorías étnicas ha alcanzado recientemente niveles sin precedentes. El 115.º Congreso de Estados Unidos en 2017-2019 fue el de mayor diversidad étnica en la historia del país. En enero de 2019, una cifra récord de mujeres, entre ellas las dos primeras musulmanas, tomaron posesión de sus cargos como parte integrante del 116.º Congreso. Esto se debió en parte al movimiento anti-Trump, que comenzó con la marcha masiva de mujeres tras su investidura y que se considera el mayor día de protesta en la historia de Estados Unidos. Estos cambios son dignos de elogio. Pero cuando se trata de grupos que prestan un apoyo básico al nacionalpopulismo —la clase trabajadora y menos instruida—, es harina de otro costal.

En la actualidad, cuando estos grupos observan a sus representantes, suelen ver a personas que han tenido una educación totalmente distinta, llevan vidas básicamente diferentes y tienen valores muy diversos. La educación se encuentra en el núcleo de estas diferencias. Mientras la tendencia general en Occidente es la existencia de un número creciente de ciudadanos con estudios universitarios, en muchas democracias siguen constituyendo una parte considerable de la población quienes no han seguido estudiando después de la enseñanza secundaria. De acuerdo con la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), en el año del *brexit* y Trump, las personas que tenían entre veinticinco y sesenta y cuatro años y carecían de estudios de posgrado suponían en promedio el 66 % de la población en la Unión Europea (más del 80 % en Italia) y un 55 % en Estados Unidos.[17]

Esto es particularmente cierto en los estados clave del Rust Belt que impulsaron a Trump a la Casa Blanca. No todos los votantes de Trump carecían de un título universitario, pero conviene reflexionar sobre el hecho de que los blancos sin títulos universitarios superaron fácilmente en número a sus homólogos titulados en una proporción de 62:31 % en Iowa, 54:28 % en Míchigan, 55:29 % en Ohio, 51:31 % en Pensilvania y 58:32 % en Wisconsin. Estas cifras, y la medida en que los votantes se inclinaron por Trump, ha llevado a algunos a sostener que los demócratas «deben hacer la parte más difícil: encontrar un modo de llegar a los corazones y las mentes de los votantes blancos sin estudios universitarios».[18]

Una forma de proceder consiste en hacer que nuestros sistemas políticos representen más a los grupos que, a pesar de su gran tamaño, están prácticamente ausentes de los órganos legislativos y los pasillos del poder. Esto también vale para los votantes de la clase trabajadora. En el Reino Unido, por ejemplo, en 2017, el porcentaje de parlamentarios que habían trabajado como obreros alcanzó un nuevo mínimo histórico de solo el 3 %, la mitad de quienes habían sido anteriormente abogados.[19] El panorama distaba mucho del pasado, cuando los trabajadores y los no titulados no solo constituían un mayor porcentaje de la población, sino que ocupaban un

lugar más destacado en sus sistemas políticos. Mientras que la mitad del gabinete en el famoso y pionero Gobierno laborista de 1945 había tenido empleos como obreros, en el gabinete de Tony Blair a finales de los años noventa solo había uno. Pese a que los órganos legislativos nunca han sido algo así como socialmente representativos, en el pasado, sobre todo los partidos de izquierdas, como el Partido Laborista en el Reino Unido o los comunistas en Francia e Italia, tenían una «fachada» mucho más de clase trabajadora.

Actualmente, esto ha supuesto un problema mucho mayor debido a que la función pública está cada vez más dominada por quienes tienen un alto nivel educativo, un número creciente de los cuales han pasado toda su vida adulta en la política. En Estados Unidos, por ejemplo, en 2014 salió a la luz que mientras las prestaciones por desempleo habían prescrito para más de un millón de estadounidenses, por primera vez en la historia más de la mitad de quienes habían sido elegidos para el Congreso eran millonarios, a partes iguales entre los demócratas y los republicanos. Todos ellos formaban parte del 1 % más rico en cuanto a la distribución de los ingresos de Estados Unidos, un grupo que también se ha alejado más y más del ciudadano medio, como veremos en el capítulo 5. En 2018, el patrimonio neto medio de un senador fue de 3,2 millones de dólares, y de un representante, 900.000 dólares.[20]

En los últimos años, las élites con un alto nivel educativo también han llegado a ser más dominantes. En tiempos del presidente John F. Kennedy, el 71 % de los miembros de la Cámara y el 76 % de los senadores tenían una licenciatura. Durante el segundo mandato de Barack Obama, estas cifras han aumentado al 93 % y al 99 %, respectivamente, en comparación con una media nacional de solo el 32 %.

En Europa occidental la historia es parecida. De los quince ministros del tercer gabinete de Angela Merkel, catorce tenían títulos universitarios, nueve un doctorado, siete habían trabajado en universidades y dos habían sido catedráticos. En Francia, muchos miembros de la élite política y de los medios de comunicación aún provienen de las *Grandes Écoles* (escuelas de

prestigio), entre ellos el presidente Emmanuel Macron. Como han demostrado los especialistas Mark Bovens y Anchrit Wille, desde la década de 1980, el número de ministros del gabinete que poseen títulos universitarios en Europa occidental ha aumentado considerablemente, y muchos de ellos tienen másteres y doctorados. Otros apuntan a la misma brecha y concluyen que las personas elegidas para representar a los ciudadanos son «casi siempre más ricas, más instruidas, y es más probable que procedan de trabajos administrativos que los ciudadanos que los han elegido».[21]

No se trata solamente de política. Muchos están hoy escudriñando los pasillos del poder y ven a menos personas que se parezcan a ellos y hablen como ellos. No es difícil entender por qué la mayoría de los medios de comunicación británicos no detectaron la ira que se iba gestando en la clase trabajadora de toda la Inglaterra no londinense, cuando cerca de la mitad de los principales columnistas del país estudiaron en escuelas privadas, más de uno de cada dos tenían títulos de Oxford o Cambridge y solo uno de cada diez pertenecía a la clase trabajadora.[22]

Por este motivo, expertos como Bovens y Wille aducen, y con razón, que el sueño de Platón de una forma de gobierno meritocrática, dirigida por «reyes filósofos», más o menos se ha logrado. No obstante, aunque la clase dirigente idealizada por Platón era una hermandad ascética que trabajaba por el bien común en ciudades Estado pequeñas, las élites actuales son cosmopolitas, distantes y, en ocasiones, autocomplacientes.

En efecto, las acusaciones de corrupción suelen ayudar a la causa populista. En 2016, Donald Trump utilizó el dicho «drenar el pantano» para atacar a los políticos y a otras personas, en especial a Hillary Clinton, que se consideraba que estaban al servicio de intereses personales (una acusación que más tarde se volvió en su contra cuando llenó la Administración de ricos). En España, las acusaciones por malversación, fraude fiscal y otros delitos ayudaron a acabar con el Gobierno del Partido Popular en 2018, aunque en el posterior ascenso de Vox en Andalucía probablemente fue más importante la corrupción en el Partido Socialista

regional, que había gobernado durante más de una generación.

E. E. Schattschneider, un eminente politólogo estadounidense, dijo una vez que uno de los principales riesgos en las democracias es que acaban siendo dominadas por grupos de presión y empresas que representan a los privilegiados al tiempo que ignoran a los menos pudientes: «El fallo en el paraíso pluralista es que los coros celestiales cantan con un fuerte acento de clase alta».[23] Quienes critican a los nacionalpopulistas por ser antipluralistas harían bien en reflexionar sobre esto.

La brecha en la representación importaría menos si los gobernantes y los gobernados tuvieran, a grandes rasgos, opiniones similares sobre cuestiones fundamentales, sobre todo aquellos que las han puesto en primer término en el programa, como la inmigración, la integración europea, los refugiados y el islam. Pero no lo han hecho. En Estados Unidos y en Europa, los investigadores han puesto de manifiesto cómo la creciente brecha entre los políticos y el pueblo ha sesgado el proceso de elaboración de políticas hacia los «ricos» en lugar de hacia los «pobres». Esto se conoce como «sesgo de exclusión», que hace referencia al modo en que se silencia eficazmente a determinados grupos y no se les da prioridad cuando se trata de política pública.

Una persona que ha influido de forma especial en este sentido ha sido el politólogo Larry Bartels, que ha demostrado que si bien un principio básico de la democracia es que la opinión de todos debe contar por igual, en Estados Unidos los políticos se han vuelto mucho más sensibles a los ricos y a las empresas, a pesar de que los estudios han sugerido posteriormente que esto ha sido especialmente cierto en los políticos republicanos. Por el contrario, sobre una serie de cuestiones fundamentales, como el aumento del salario mínimo, las opiniones de los votantes olvidados y con bajos ingresos «eran totalmente irrelevantes», mientras que otros analistas han puesto de relieve cómo a menudo se ha escuchado más a los grupos de presión que a la opinión pública.

El experto Nicholas Carnes también ha descrito esta desigualdad política. En su libro *White-Collar Government* concluye:

> Los efectos sobre el bienestar de los estadounidenses de la clase trabajadora son asombrosos. Las reglamentaciones mercantiles son más relajadas, las políticas fiscales son más ventajosas para los ricos, los programas de la red de seguridad social son más parcos y las protecciones a los trabajadores son más débiles de lo que lo serían si nuestros responsables políticos provinieran de la misma mezcla de clases que la gente a la que representan.[24]

No sorprende que muchos se acercaran a Trump, quien prometió empujar el carro en su dirección.

Es probable también que esta fisura entre las élites y los votantes aumente aún más, ya que problemas más controvertidos como la inmigración siguen estando al frente de nuestros debates políticos. Es en estas cuestiones identitarias donde hallamos las mayores diferencias entre las élites y los votantes. En un sondeo realizado por Chatham House, por poner un ejemplo, mientras que un 57 % de las élites pensaban que la inmigración había sido positiva para su país, solo un 25 % de la ciudadanía creía lo mismo; y mientras que el 58 % de las élites opinaba que la inmigración mejoraba la vida cultural del país, solamente el 32 % de los ciudadanos de a pie compartía este punto de vista.

Pero tampoco terminaban aquí las diferencias. Las élites tenían más del doble de probabilidades que los ciudadanos de rechazar la idea de que la inmigración agrava la delincuencia y supone una carga añadida al Estado de bienestar. En cambio, los ciudadanos eran mucho más propensos a querer ver la devolución de las competencias de la Unión Europea a su Estado nación; a pensar que otros países abandonarán la Unión en el futuro; a querer prohibir que el Estado de Turquía, mayoritariamente musulmán, se una a la Unión Europea; a sentir que su país no debería tener que aceptar a ningún refugiado, y a querer detener las ulteriores inmigraciones procedentes de los Estados musulmanes, a quienes más de la mitad de la población apoyaba. Conformados por su educación y valores distintos, quienes están en el poder suelen ser mucho más liberales que los ciudadanos que los han llevado ahí.

Con este trasfondo, algunos han señalado lo que consideran desarrollos

positivos, entre ellos la llegada de una nueva «política de participación» como una réplica potencialmente poderosa contra el aumento de las élites que gobiernan a nivel internacional y el papel cada vez mayor de los intereses creados y el «dinero negro» en la política partidista.[25] Benjamin Barber y James Fishkin escribieron con entusiasmo sobre la aparición de una democracia «fuerte» y «deliberativa» en Occidente, una posible reactivación del compromiso ateniense clásico de un debate informado y racional entre ciudadanos iguales.[26] A menudo suele estar ligado a puntos de vista optimistas sobre internet y las redes sociales, que se consideran un lugar para los foros de debate, organizar reuniones, peticiones y recaudar fondos. Estos recursos están a disposición incluso de los más pobres y pueden llegar a un público muy amplio.

No obstante, si bien esta «brecha digital» significó en un primer momento que los grupos como los pobres quedaban excluidos en gran medida de internet, los problemas de un acceso igualitario (sin mencionar el uso político) continúan; por ejemplo, recientemente en Estados Unidos, una cuarta parte de los hogares no disponía de acceso de banda ancha, sobre todo en zonas rurales donde la gente suele estar más alejada de las élites urbanas e instruidas.[27] Además, el jurista Cass Sunstein ha demostrado que las redes sociales desempeñan una función en la polarización de los votantes al dirigir mensajes a personas con ideas afines. Los datos empíricos indican que muchas personas a ambos lados del espectro político son muy selectivas en lo que leen y tienden a considerar engañosas las posturas opuestas, incluso cuando la información procede de fuentes de expertos.[28]

Estos problemas están íntimamente ligados con la corrección política, que es el objetivo de los nacionalpopulistas, quienes sostienen que el cierre del debate sobre cuestiones complejas como la inmigración se ha visto alentado por élites políticas, académicas y urbanas distantes y culturalmente más liberales. En 2015, Trump declaró: «Pienso que el gran problema que tiene este país es ser políticamente correcto». Sus adversarios en los medios de comunicación respondieron atacando su fanfarronería, xenofobia y

sexismo, lo que dio lugar a sus reiteradas quejas sobre las «noticias falsas». Sin embargo, los nacionalpopulistas tienen algo de razón.

Incluso expertos de tendencia izquierdista como Mark Lilla relacionan la creciente polarización de Estados Unidos con el aumento de un «liberalismo identitario», una creciente fijación u obsesión casi absoluta entre los demócratas y la izquierda liberal con la raza, el género y la «diversidad» y no con las inquietudes de izquierda tradicionales, como la forma de mejorar las condiciones de todos los trabajadores y abordar la desigualdad.[29] La magnitud de esta polarización se refleja en una tendencia que va en aumento, que consiste en considerar estas cuestiones desde una perspectiva partidista. En 2017, por ejemplo, el Pew Research Center constató que mientras el 95 % de los demócratas afroamericanos y el 73 % de los demócratas blancos coincidieron en que «los blancos disfrutan de ventajas en la sociedad que no tienen los negros», solo el 23 % de los republicanos estaba de acuerdo.[30]

Si bien estas opiniones son en parte una reacción al racismo y la discriminación actuales, Lilla señala con acierto que ha surgido una nueva generación de liberales que «ignoran de forma narcisista las condiciones existentes fuera de sus autodefinidos grupos, y son indiferentes a la tarea de acercarse a los estadounidenses de cualquier condición social». Hillary Clinton habló mucho sobre los afroamericanos, los latinos, las comunidades LGTB y las mujeres, pero mucho menos sobre los blancos de la clase trabajadora que carecían de títulos universitarios. Cuando numerosas personas, en cambio, optaron por Trump, se las presentó como «hombres blancos enfadados», una engañosa caricatura que, en opinión de Lilla, exime a los liberales de reconocer cómo su obsesión con la diversidad alentó a estos votantes a pensar en sí mismos como un grupo desfavorecido al que se ignoraba y cuya identidad se veía amenazada. Estaban reaccionando contra la creciente retórica de la diversidad, o lo que ellos consideraban como «políticamente correcto».

Y esto tampoco fue un debate al margen entre los especialistas. Un sondeo realizado por Gallup en 2016 determinó que el 73 % de los

estadounidenses consideraban que la corrección política se había convertido en un serio problema en su país. Está claro que ha consolidado el apoyo al nacionalpopulismo entre quienes sienten que no solo han sido expulsados de la conversación, sino que cuando intentan expresar sus inquietudes se los estigmatiza como racistas.

También alimentó el resentimiento cuando los liberales adoptaron un enfoque de «democracia militante» similar al que se introdujo en Alemania Occidental tras la derrota del nazismo. Esto permitió la prohibición de la propaganda y los movimientos que se consideraban una seria amenaza a la democracia liberal. La Primera Enmienda de los Estados Unidos recoge el compromiso a la libertad de expresión, pero ha existido una tendencia creciente a prohibir a los oradores polémicos en los campus universitarios, que deberían ser un paraíso para el derecho a la libertad de expresión. Pese a que las encuestas indican que muchos estudiantes *millennials* están abiertos a verse expuestos a la libertad de expresión, en los últimos años las prohibiciones se han ampliado a pensadores conservadores como Charles Murray.

En la década de 1980, Murray afirmó que el bienestar social daba lugar a una «cultura de dependencia» de la que era difícil salir. Los críticos consideraron que este argumento iba especialmente dirigido a los afroamericanos, el cual se vio reforzado por las obras sumamente controvertidas de Murray en referencia a las diferencias raciales en cuanto a inteligencia, que prácticamente todos los expertos rechazaron. Últimamente, ha apuntado a problemas entre una «nueva clase baja» blanca, que, en su opinión, se caracteriza no solo por una falta de ética profesional, sino también por unos lazos familiares, comunitarios y religiosos débiles.[31] Esto fue asimismo muy criticado, a pesar de que Murray estaba en lo cierto al señalar los problemas causados por la desintegración de la comunidad y los valores tradicionales, como la ética profesional «produccionista».

No obstante, dichas prohibiciones y la publicidad que atraen han jugado un papel a la hora de avivar no solo la polarización, sino también un mayor

recelo en la enseñanza universitaria. Una vez más, existen importantes diferencias partidistas. Mientras el 83 % de los votantes de Trump pensaban que «en estos tiempos, demasiadas personas se ofenden fácilmente por el lenguaje», solo un 39 % de los electores de Hillary Clinton opinaban lo mismo. Pero si bien el 59 % de los votantes de Clinton creían que «el pueblo necesita prestar más atención al lenguaje para evitar ofender a las personas», la cifra cayó hasta solo el 16 % entre los votantes de Trump.

Desde la campaña presidencial de 2016 también han surgido diferencias partidistas más acusadas en actitudes hacia la enseñanza universitaria, algo que para los nacionalpopulistas es corresponsable del cultivo de la corrección política. En Estados Unidos, señalan que, entre los profesores numerarios, los demócratas registrados superan en número a los republicanos en una proporción de al menos 12:1, mientras que en algunas instituciones la cifra es de 60:1.[32] Este desequilibrio ha llevado a algunos especialistas a exigir una mayor diversidad ideológica en el campus, pero, sin lugar a dudas, ha contribuido al aumento del pesimismo republicano sobre las repercusiones de la enseñanza universitaria. En 2017, solo el 36 % consideraba que sus efectos eran positivos, en comparación con el 71 % entre los demócratas.[33]

Esto es muy importante, porque el programa de la corrección política está incrementando el apoyo al nacionalpopulismo. Las normas culturales, como la tendencia a mezclar los intereses legítimos acerca de la inmigración con el racismo, pueden ser contraproducentes. Durante las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 2016, un equipo de psicólogos analizó los efectos de exponer a los estadounidenses moderados a lo que denominaban «normas de comunicación restrictivas». Hallaron que preparar a las personas para que piensen sobre la corrección política —existen normas en la sociedad que les impiden decir cualquier cosa que sea ofensiva para determinados grupos— las llevó a apoyar más a Trump.[34] Claro está, las expresiones de racismo son inaceptables, pero para muchos votantes es evidente que los intentos de controlar los debates en torno a «programas de diversidad» ha ido demasiado lejos y, en todo caso, está

empeorando las cosas.

Demócratas desconfiados

Estas tendencias generales ayudaron a dejar espacio a los nacionalpopulistas, que sostienen que la política liberal democrática ya no representa a los ciudadanos de a pie y que no se puede confiar en los políticos ni en otras élites. Este mensaje resuena en un gran número de ciudadanos en Occidente.

El pueblo no está renunciando a la democracia. A la sombra del *brexit* y de Trump, muchos autores fácilmente excitables afirman que los ciudadanos en Occidente, en especial los jóvenes, están perdiendo la fe en la democracia y están virando hacia un gobierno autoritario. Esto es muy engañoso. Muchas personas se sienten frustradas por el modo en que funcionan sus democracias, pero la mayor parte de ellas siguen comprometidas firmemente con el sistema democrático, al igual que los jóvenes. En 2017, el Pew Research Center constató que, en Estados Unidos y en Europa, un promedio de uno de cada diez rechazó la democracia (desde un 5 % en Alemania hasta un 17 % en España). Si se tiene en cuenta que muchos de estos Estados contaban con una historia de régimen democrático breve, lidiaban con la prolongada Gran Recesión, sufrían una gran crisis de refugiados y el auge de los movimientos populistas, estos datos son en realidad muy reducidos. O pensemos en la Encuesta Mundial de Valores. Una mayoría aplastante de personas —por lo general, ocho de cada diez— no solo valoran positivamente la democracia, sino que también piensan que es importante vivir en un país democrático.

Veamos asimismo el caso de Estados Unidos. A pesar de las reacciones alarmistas ante la presidencia de Trump, en 2017, el Voter Study Group constató que una abrumadora mayoría de los estadounidenses (86 %) consideraba que la democracia era positiva, mientras que para más de ocho de cada diez era importante vivir en un régimen democrático.

Aproximadamente la misma proporción creía que la democracia era preferible a cualquier otro tipo de gobierno. Tampoco encontraron pruebas de que el apoyo a la democracia hubiese descendido o sea especialmente bajo entre los estadounidenses jóvenes. En realidad, los jóvenes eran menos propensos que los mayores a expresar su apoyo a alternativas no democráticas. Además, entre quienes expresaron opiniones negativas sobre la democracia, la mayoría se oponía a ser gobernada por un «líder poderoso» o un «régimen militar», y destacaban que el descontento con la democracia no se traducía necesariamente en dar apoyo a un régimen autoritario.[35]

Algunos datos sugieren que un número importante de personas parecen estar abiertas a ser gobernadas por un «líder poderoso»; según el Pew Research Center, un 29 % en Italia, un 26 % en el Reino Unido, un 24 % en Hungría y un 22 % en Estados Unidos. Aunque si bien estas cifras son aún bastante bajas, ¿qué pretende decir exactamente esta pregunta? ¿Fue Tony Blair un líder poderoso? ¿Ronald Reagan? ¿Margaret Thatcher? El quid de la cuestión está en que los aspectos fundamentales son claros: una abrumadora mayoría de ciudadanos coinciden en que la democracia es una buena forma de gobernar sus sociedades (véase la figura 3.1).[36] De entre las principales democracias, España es la que presenta el mayor porcentaje de desacuerdo, con un 22 % de respuestas negativas.

Y gran parte de esto es válido cuando se observan los votantes nacionalpopulistas. En general, no son antidemócratas que quieren echar por tierra nuestras instituciones políticas. Desde la década de 1980, los nacionalpopulistas en general (a diferencia de los neofascistas) han evitado el racismo, el antisemitismo y los llamamientos antidemocráticos. Oponerse a la democracia ya no es un medio para obtener votos. Ni tampoco sus votantes quieren acabar con el sistema democrático. En la figura 3.2 se comparan los niveles de apoyo a una democracia representativa entre quienes están a favor del nacionalpopulismo y entre quienes no lo están. En muchas de estas democracias, los votantes nacionalpopulistas en realidad apoyan más la democracia representativa que la población en general. En el

Reino Unido, Polonia, Italia, los Países Bajos, Hungría y Alemania, ocho o casi nueve de cada diez de estos votantes consideran que la democracia representativa es una buena forma de gobernar sus países. Las diferencias entre estos votantes, la población en general y quienes se oponen al nacionalpopulismo son pequeñas o inexistentes.

Figura 3.1. PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN QUE CREE QUE LA DEMOCRACIA REPRESENTATIVA ES:

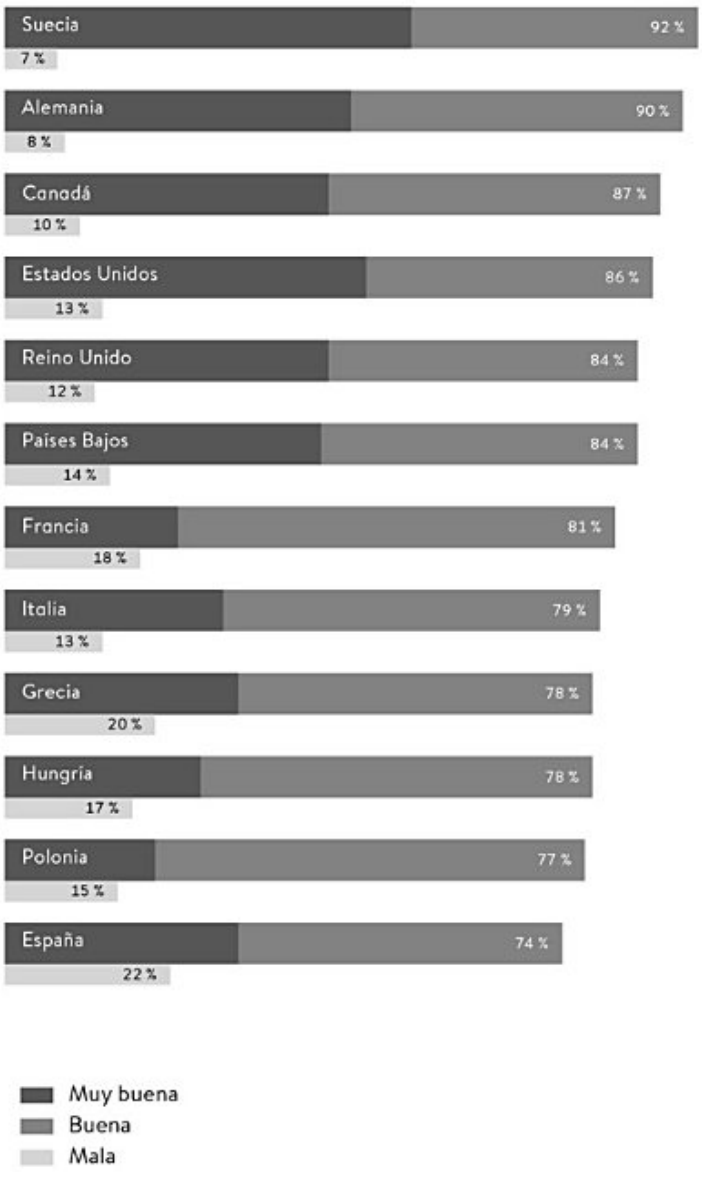
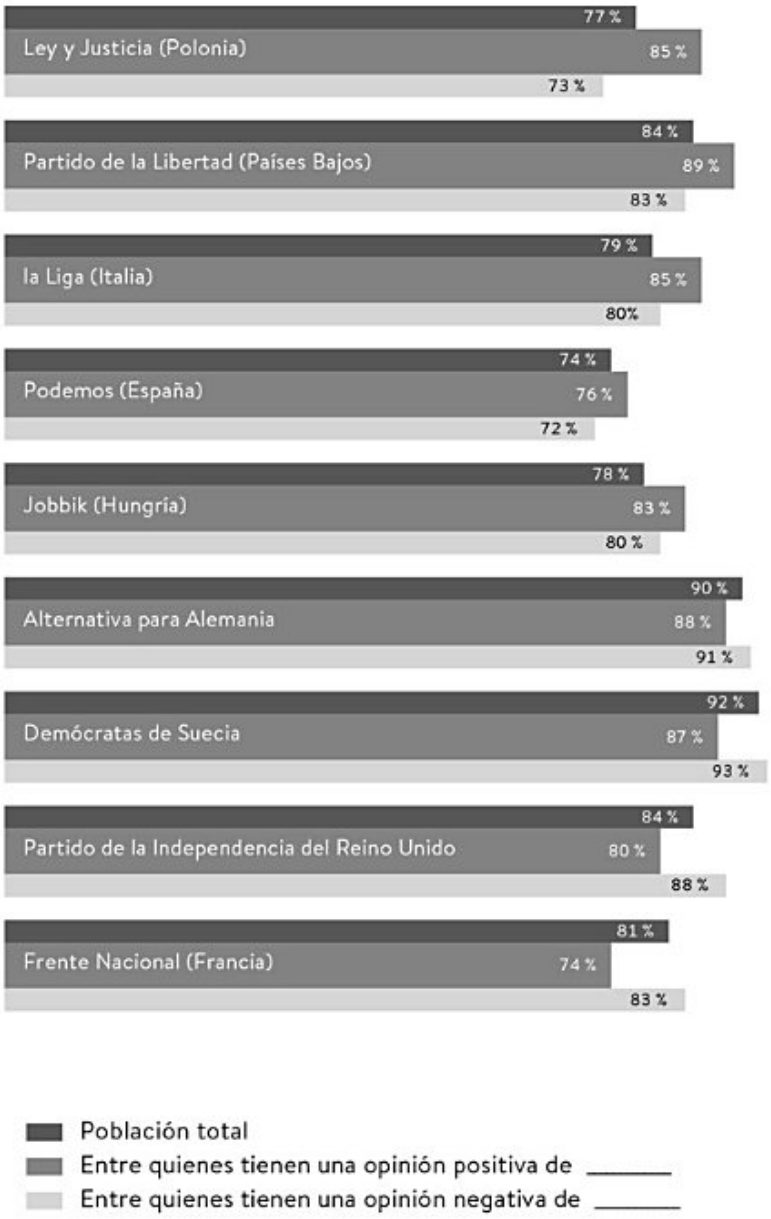


Figura 3.2. PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN QUE CREE QUE LA DEMOCRACIA REPRESENTATIVA ES UNA BUENA FORMA DE GOBIERNO DEL PAÍS.



Merece destacar asimismo que un número considerable de personas siempre se han sentido descontentas con el modo en que funcionan sus democracias, aunque esto no ha desatado grandes revueltas. Incluso en 1944, mientras Winston Churchill conducía al Reino Unido hacia la

victoria, Gallup constató que los británicos estaban divididos por igual entre quienes creían que sus políticos querían ayudar al país y quienes pensaban que estaban ahí únicamente por ellos mismos. Así pues, deberíamos ser cautelosos antes de caer en la trampa y pensar que el mundo va de mal en peor.

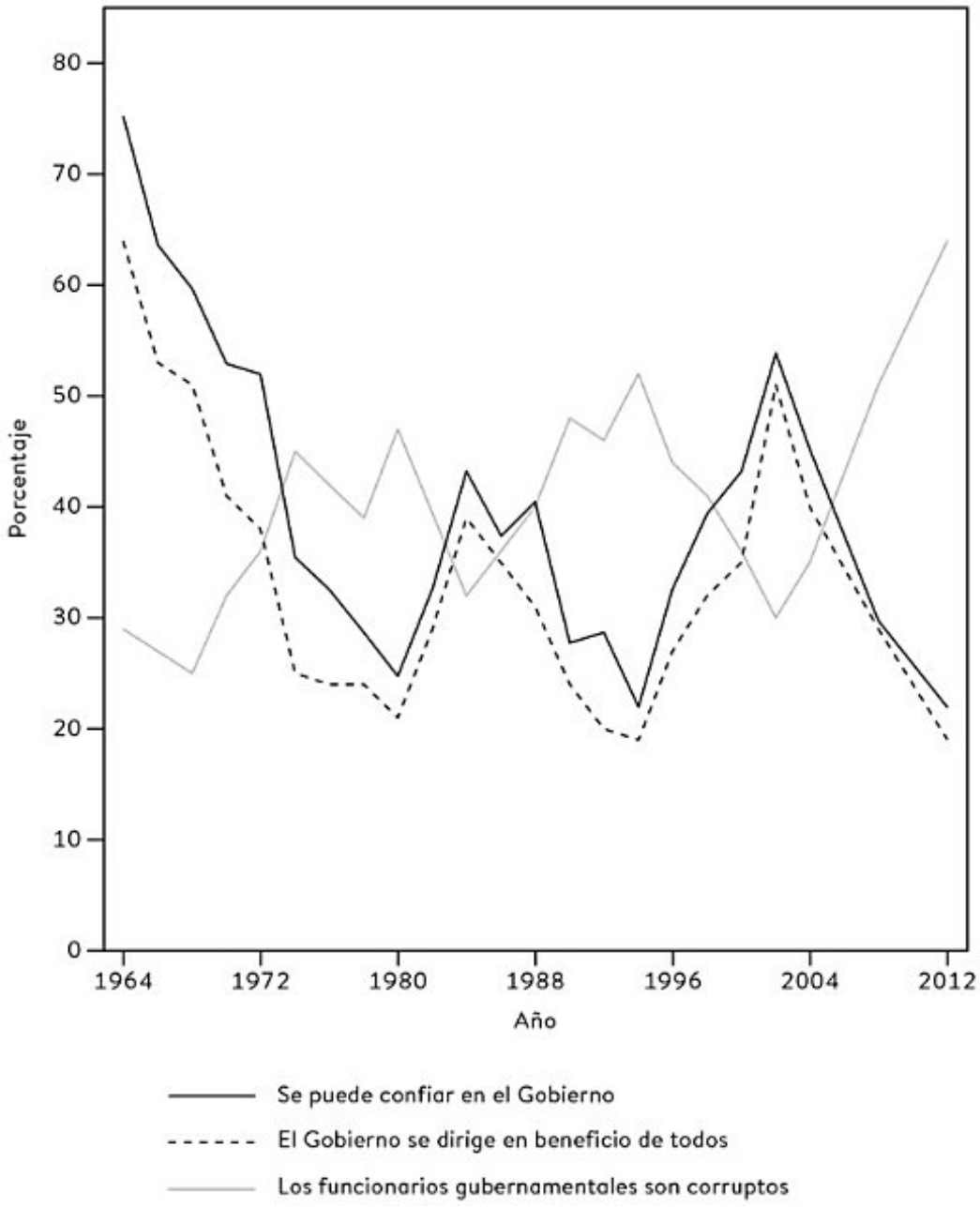
Pero, al mismo tiempo, existen dificultades; la más acuciante es una creciente oleada de desconfianza política en gran parte de Occidente. En el Reino Unido, desde los tiempos de Churchill, el nivel medio de disconformidad de la ciudadanía con el Gobierno del momento ha aumentado en unos veinte puntos, hasta superar el 60 %, mientras que el descontento general con el primer ministro de la época también se ha disparado.[37] Al propio tiempo, el número de personas que consideraban que los políticos ponían por delante los intereses nacionales a los de su propio partido ha caído.

En todas partes, los ciudadanos también se han vuelto más desconfiados. En democracias consolidadas como las de Francia, Alemania y Estados Unidos, incluso antes de la Gran Recesión, menos de cuatro de cada diez personas manifestaron tener confianza en sus órganos legislativos.[38] Esto también valía para democracias más recientes en Europa del Este, donde en países como Bulgaria y Hungría la «luna de miel» que siguió a la transición hacia la democracia se desvaneció enseguida.

En Estados Unidos, la llegada de un clima mucho más favorable para los populistas se apreció mucho antes de Trump. En la década de 1960 se produjo una llamativa caída de la confianza del pueblo en los políticos y el Gobierno, que se ha intensificado en los últimos años debido al retroceso del bipartidismo demócrata-republicano y al estancamiento del Congreso, provocado en parte por un aumento de las diferencias ideológicas que ha implicado que ambas partes estén menos dispuestas a retroceder. Aunque ha habido excepciones, como el crecimiento económico de la era Reagan a principios de los ochenta y después de las atrocidades terroristas del 11 de septiembre de 2001, en la última mitad de siglo, los estadounidenses confían mucho menos en Washington (véase la figura 3.3).

Veamos cómo han cambiado las cosas desde los años sesenta. En 1964, el 76 % de los estadounidenses confiaban en su Gobierno «la mayoría de las veces» o «casi siempre». Sin embargo, cuando Barack Obama fue reelegido en 2012, este valor cayó hasta solo el 22 %. En el proceso, los estadounidenses también se han convencido cada vez más de que sus instituciones ya no funcionan para todos. Entre Lyndon Johnson en 1964 y Barack Obama en 2012, el porcentaje de personas que consideraban que el Gobierno se dirigía en beneficio de todos cayó de un 64 % a un 19 %, mientras que el de quienes sospechaban que se dirigía para unos cuantos grandes intereses aumentó del 29 % al 79 %. Estas tendencias a largo plazo hacen que aún sea más notorio que solo unos pocos vieran venir a Trump, quien percibió acertadamente que una «mayoría silenciosa» de votantes en Estados Unidos consideraban que se los había abandonado a su suerte.

Figura 3.3. PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN
ESTADOUNIDENSE QUE CREE QUE:



Para muchas personas, esta desconfianza se basa en la sensación de que ya no tienen voz. En 1964, el 70 % de los estadounidenses rechazaron la idea de que el pueblo no tenía nada que decir sobre lo que hacía el Gobierno; pero, en 2012, casi una de cada dos personas consideraba que ya no se la escuchaba. Esta sensación de ser excluido es especialmente acusada entre los olvidados. En 2012, mientras el 41 % de los titulados

universitarios sentían que no tenían voz, la cifra aumentó vertiginosamente hasta el 64 % entre quienes carecían de un título de bachillerato. Si bien solo uno de cada tres profesionales de clase media consideraba que no podía opinar, más de la mitad de los obreros sí lo pensaba.

Estados Unidos no constituye en absoluto una excepción. En 2017, Ipsos MORI analizó si los ciudadanos creían que los políticos convencionales «no se preocupaban de personas como yo». Las cifras de quienes estaban de acuerdo fueron sorprendentes: 45 % en Suecia, 52 % en Alemania, 58 % en el Reino Unido, 67 % en Estados Unidos, 71 % en Polonia, 72 % en Italia, 75 % en España y 78 % en Francia.[39] La media mundial fue del 63 %.

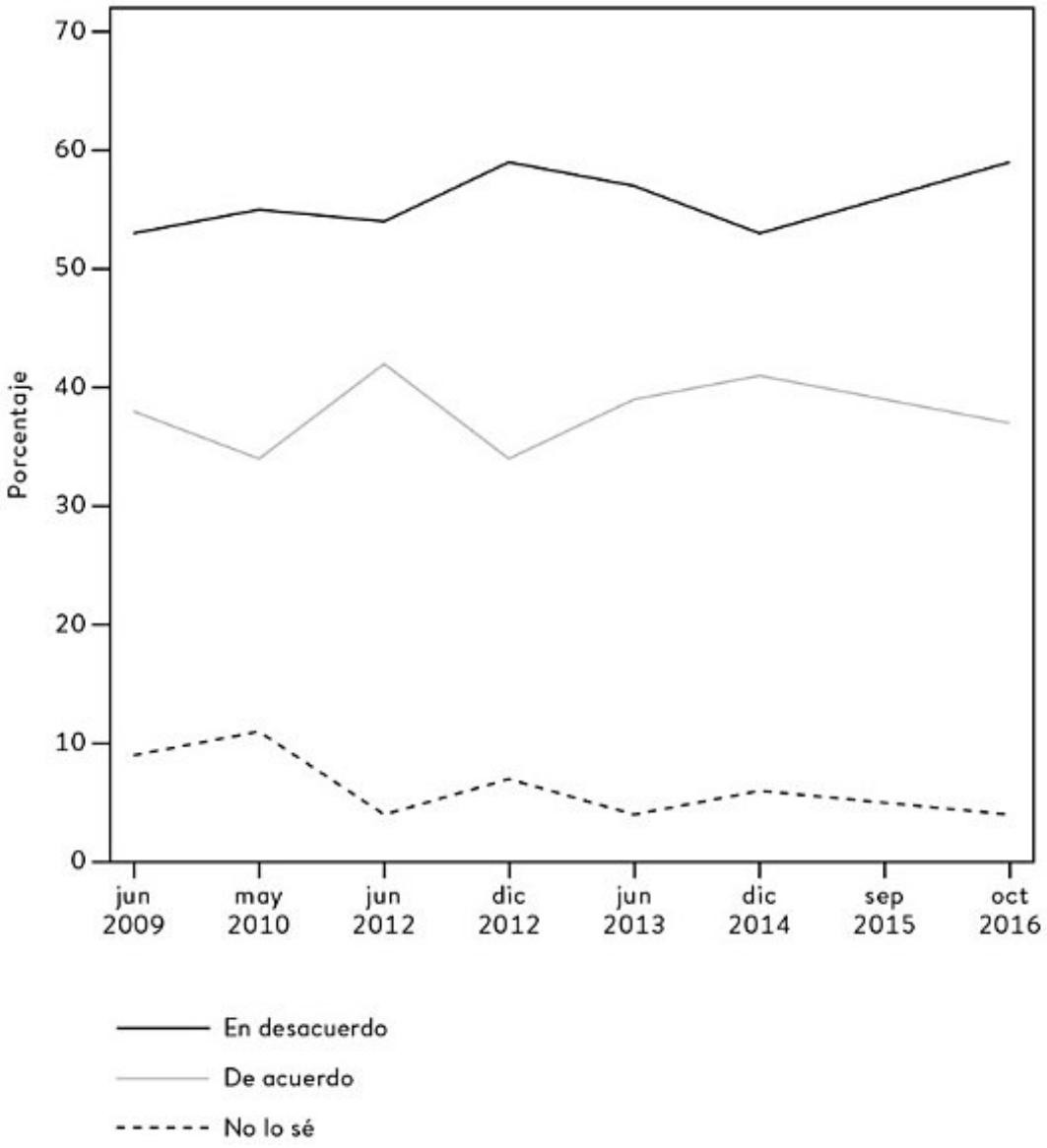
Si se hubieran observado las tendencias a largo plazo en el Reino Unido, el *brexit* se habría visto venir. Entre el mandato de Margaret Thatcher en 1986 y el de David Cameron en 2012, la clase trabajadora y quienes carecían de formación académica tenían el doble de probabilidades que los profesionales de clase media y los titulados de estar totalmente de acuerdo en que las personas como ellos no podían opinar en el Gobierno; solo unos cuantos años antes del *brexit*, los datos para la clase trabajadora se situaban alrededor del 40 %. El valor equivalente para la clase media era de tan solo el 16 %.

O echemos un vistazo a la Unión Europea. Durante la década anterior, entre el 37 % y el 50 % de personas, por término medio, consideraban que su opinión ya no se tenía en cuenta, a pesar de que en países como Grecia e Italia las cifras han sido mucho más altas (véase la figura 3.4). Una vez más, estos puntos de vista eran más notorios entre los olvidados. Los sin voz no solo son audibles, sino que hoy en día incluyen a gran parte de la población en prácticamente todos los Estados occidentales, un grupo que va mucho más allá de los olvidados.

Estos sentimientos de privación de voz ayudan a explicar por qué numerosos ciudadanos se muestran ahora instintivamente abiertos al modelo de «democracia directa», que tratamos al principio de este capítulo, que comprende un mayor uso de los referéndums. Recientemente, el Pew

Research Center consultó a los ciudadanos si sería bueno o malo votar «directamente sobre las principales cuestiones para decidir lo que se convierte en ley». La mayoría de los alemanes, 74 frente al 23 %, respondieron que sería «bueno»; los franceses, 74 frente al 25 %; los estadounidenses, 67 frente al 31 %, y los británicos, 56 frente al 38 %.[40] El valor fue aún más alto para los partidarios del nacionalpopulismo, un dato que recalca nuestra opinión de que si bien muchos no quieren sustituir la democracia, quieren tener mayor voz en la forma de gobernar las sociedades.

Figura 3.4. RESPUESTAS A LA AFIRMACIÓN «MI VOZ CUENTA EN LA UNIÓN EUROPEA».



Algunos, lógicamente, se muestran nerviosos ante este modelo. Los críticos de los referéndums enumeran diversos ámbitos en los que debería evitarse, por ejemplo: los emotivos, como la pena de muerte; los que hacen ilegales lo que algunos ven como derechos humanos, como la elección de un estilo de vida sexual, o los que contienen argumentos complejos o posibles cambios drásticos en la política pública, como el referéndum del *brexit*. Los críticos apuntan asimismo a que la llamada «ignorancia» de los votantes y la capacidad de los grupos de presión poderosos y los ricos, que comprenden los propietarios de medios de comunicación tradicionales e

incluso los Estados extranjeros, influyen en la opinión pública.

Claro está, uno de los motivos por el cual los ciudadanos se están apartando de la corriente dominante es porque creen que la solución actual no les da suficiente voz. Esto plantea la cuestión de qué se puede hacer a cambio. Un paso pragmático sería crear más espacio a las aportaciones de los ciudadanos por medio de referéndums, pero restringirlos a nivel local y regional. Otro podría ser delegar más competencias a los ciudadanos, por ejemplo, de la Unión Europea a los Estados nación o de organismos a nivel nacional y estatal a otros a nivel local y regional.

La votación del *brexit*, por citar un caso, podría haberse empleado en impulsar un debate nacional significativo sobre la reforma política: si los referéndums deberían usarse con mayor frecuencia; cómo lograr que más personas de la clase trabajadora accedan a los pasillos del poder; si las instituciones obsoletas y en parte no electas, como la Cámara de los Lores, deberían sustituirse por una segunda cámara más responsable y transparente, tal vez compuesta por ciudadanos, y qué instituciones económicas y políticas británicas deberían trasladarse desde Londres a zonas que han sido abandonadas a su suerte. Otro modo de proceder podría ser elegir por sorteo a los representantes locales o regionales, o seleccionar al azar a numerosas personas para que se unan a «asambleas de ciudadanos» donde la gente discute y debate sobre política. Se han expresado opiniones análogas sobre la reforma de la democracia estadounidense, entre ellas la del experto John P. McCormick, cuyas sugerencias radicales comprenden un umbral de riqueza en los criterios de selección para las elecciones al Congreso.[41] Dichas intervenciones podrían contribuir en cierto modo a hacer frente a la acusación populista de que el pueblo no tiene voz.

Es posible que estas iniciativas no sirvan para detener el nacionalpopulismo, como queda patente en un país como Suiza, con su larga tradición de democracia directa y un partido populista de gran éxito. Pero aplicar un conjunto de cambios ayudaría a abordar de algún modo el profundo sentimiento, compartido por muchos en Occidente, de que una

élite cada vez más cerrada y distante ya no los escucha.

No obstante, el auge del nacionalpopulismo solo se basa en parte en estas inquietudes, por lo que a continuación analizaremos la segunda palabra clave, es decir, los temores del pueblo sobre la posible destrucción de su grupo nacional, sus valores y sus modos de vida.

4

DESTRUCCIÓN

En la mayoría de los debates sobre el nacionalpopulismo se menciona la inmigración; esto se debe a que resulta crucial analizar con exactitud cómo este tema y la enorme transformación étnica de Occidente están propiciando el escenario para revueltas como el *brexit*, Trump y los populistas en Europa. De nuevo, es necesario detenernos para tener una perspectiva más amplia.

Aunque muchas naciones occidentales, también Estados Unidos, han experimentado la inmigración en los últimos siglos, los flujos migratorios más recientes han tenido un volumen sin precedentes, con diferentes tipos de migrantes, que han marcado cada vez más el inicio de una era que denominamos el «hipercambio étnico». Este cambio está provocando temores y resentimientos entre un gran número de votantes, lo que probablemente acelerará los acontecimientos.

Sin embargo, rechazamos la queja popular de que el nacionalpopulismo es simplemente un refugio de racistas y gente que se deja llevar por un miedo irracional a «lo diferente». Aunque los racistas, sin duda alguna, se sienten atraídos por los nacionalpopulistas, eso no significa que todos los

que los votan lo sean. Es más, los nacionalpopulistas suelen plantear cuestiones legítimas, como qué número de inmigrantes puede acogerse, qué conjunto de capacidades deben tener y si los recién llegados deben tener acceso a los mismos beneficios que los ciudadanos que lo son desde hace tiempo.

Las preocupaciones relacionadas con la magnitud y el ritmo del cambio étnico no solo se basan en los aspectos económicos y la disponibilidad de puestos de trabajo. A pesar de lo que gran parte de la izquierda liberal asegura y como han demostrado casi veinte años de investigación, lo que es igual de importante o incluso más, los ciudadanos temen a la inmigración y al cambio étnico, a los que consideran una amenaza a su identidad nacional. Nuestro argumento general es que el nacionalpopulismo refleja en parte los miedos profundos de la gente ante el modo en que esta nueva era de inmigración e hipercambio étnico podría llevar a la destrucción de su grupo más amplio y su forma de vida.

No creemos que nuestras sociedades se estén volviendo más racistas. Si nos basamos en los hechos, en muchos países el racismo declarado está en declive. Pero muchas personas siguen sintiendo una gran ansiedad por cómo están cambiando, tal vez para siempre, sus comunidades y naciones. Los nacionalpopulistas atraen con gran fuerza a quienes comparten creencias distintas y legítimas sobre la forma en que este cambio rápido supone un riesgo cultural y demográfico. Sin embargo, antes de examinar estas ideas, tenemos que analizar la transformación étnica de Occidente y la llegada del hipercambio étnico.

Hipercambio étnico

Estamos totalmente en desacuerdo con el historiador Noah Yuval Harari, que escribió en su libro superventas *Sapiens* que el nacionalismo estaba perdiendo terreno: «Cada vez más personas piensan que toda la humanidad es el origen legítimo de la autoridad política [...] y que salvaguardar los

derechos humanos y proteger los intereses de la especie humana en su totalidad debe ser la luz guía de la política».[1] Este tipo de argumentos suelen centrarse en el cambio generacional y exageran la magnitud y el ritmo con el que la juventud tolerante sustituye a sus mayores menos tolerantes.

Existen buenas razones para suponer que los sentimientos de apego de los ciudadanos al Estado nación seguirán siendo fuertes en los próximos años. Uno de los motivos es sencillamente que muchas naciones están experimentando ahora cambios muy rápidos y profundos. Tanto los ciudadanos como los Gobiernos están intentando, a menudo con poco éxito, adaptarse a esta nueva era de elevada inmigración y mezcla étnica, que altera las normas, los valores y las formas de vida tradicionales y aviva un rechazo en aquellos ciudadanos que lo viven como un riesgo demográfico y cultural. El análisis de este amplio proceso nos permite ver que, a lo largo de la historia de la humanidad, la inmigración se ha encontrado con frecuencia con un rechazo en el país de acogida. Además, nos permite comparar el cambio étnico reciente con una época anterior, lo que, a su vez, nos ayuda a comprender mejor los acontecimientos trascendentales de nuestros días.

Históricamente, la inmigración ha fortalecido a las naciones; hoy en día, la población de muchos de los principales países puede determinar el origen de sus ancestros inmigrantes retrocediendo mucho más allá de un siglo. Lo que se conocería como Reino Unido, por ejemplo, floreció tras una oleada de inmigración proveniente de Irlanda que ayudó a impulsar la Revolución Industrial en el siglo XVIII. Estados Unidos surgió de las colonias fundadas por los protestantes, que solían ser víctimas de persecuciones, y de los grandes flujos migratorios del siglo XIX formados por católicos, eslavos, judíos, chinos y japoneses, que contribuyeron, gracias a su trabajo duro y a sus habilidades, a hacer de Estados Unidos el país más rico del mundo. En el pedestal de la icónica Estatua de la Libertad están grabadas las palabras: «Dadme a vuestros rendidos, a vuestros pobres, vuestras masas hacinadas anhelando respirar en libertad, el desamparado desecho de vuestras

rebosantes playas».

Pero es importante no subestimar las tensiones que produjo esta inmigración, especialmente cuando el número de migrantes que llegaban era alto y el ritmo de cambio rápido. Incluso en Estados Unidos, la tierra del «crisol de culturas», el epicentro de la inmigración multicultural, las sucesivas oleadas de inmigrantes, incluso los cristianos europeos, se han tenido que enfrentar a una acogida hostil y hasta peligrosa.

Alarmados por la incesante inmigración a gran escala proveniente de la Europa no protestante, a principios del siglo XX el Congreso designó una comisión para redactar un informe sobre las razas «deseables». Su autor fue un representante cuyo consejero eugenista, Madison Grant, había escrito en 1916 el libro superventas *La desaparición de la gran raza*, que dividía el mundo en tres clases: caucásicos, mongoloides y negroides (Hitler consideraba el libro como su biblia).[2] Con la influencia de este informe, el Congreso aprobó una ley de inmigración en 1924 basada en cuotas nacionales, relacionadas con la inmigración del pasado, y que daba prioridad a los norteuropeos (blancos).

El aumento del «segundo» Ku Klux Klan (KKK) en los años veinte reflejaba la generalización de esta visión racializada del mundo. El primer KKK, formado tras la guerra civil, aterrorizó a los afroamericanos recién liberados y a los blancos que celebraban el fin de la esclavitud. La reaparición del KKK la desencadenó la película *El nacimiento de una nación* (1915), que los retrató como defensores heroicos de los blancos sureños oprimidos (quienes en realidad impusieron la segregación de los esclavos «liberados» y les arrebataron su derecho al voto). En su punto álgido, el KKK contaba con cinco millones de miembros, principalmente protestantes preocupados por el aumento de los «negros engreídos» y la inmigración. El Klan desapareció de la escena, pero el racismo blanco siguió siendo generalizado, sobre todo en el sur. Durante los años treinta, la hostilidad continua hacia los posibles inmigrantes se vio reflejada en cómo se mantuvo al margen a los refugiados de la Alemania nazi con el pretexto de que podrían convertirse en una «carga pública», pese a que 200.000

refugiados judíos finalmente consiguieron entrar.

No fue hasta después de 1945 cuando los inmigrantes, como los irlandeses y los italianos, comenzaron a perder su condición de ciudadanos de segunda clase. Sin embargo, la hostilidad pública hacia los migrantes y las minorías siguió siendo generalizada. A finales de los cincuenta, solo el 38 % de los estadounidenses manifestaron a Gallup que estarían dispuestos a votar a un candidato a presidente, bien cualificado, que resultara ser negro. Hubo incluso dudas, en 1960, sobre si John F. Kennedy, un acaudalado héroe de guerra que provenía de una familia católica, podría presentarse a la presidencia.

Fue entonces cuando la historia de la inmigración de Estados Unidos se transformó. La Ley de Inmigración y Nacionalidad de 1965, firmada por Lyndon Johnson a los pies de la Estatua de la Libertad, cambió por completo el flujo de migrantes que llegaba a Estados Unidos. El antiguo sistema de cuotas que favorecía a las personas procedentes de Europa se sustituyó por uno nuevo que consentía la entrada a miembros de la familia de ciudadanos estadounidenses, trabajadores cualificados y refugiados políticos. En los siguientes cincuenta años, Estados Unidos vivió un gran cambio en cuanto al número y el origen de sus inmigrantes: aumentó considerablemente el número de inmigrantes provenientes de Asia, Oriente Medio y África. El porcentaje de población «nacida en el extranjero» alcanzó en Estados Unidos su cota máxima, casi un 15 %, entre 1880 y 1920, pero después descendió a menos del 5 % en 1970. Sin embargo, en 1990 había ascendido al 8 % y en 2015 ya superaba el 13 %; el Pew Research Center calcula que, si siguen las tendencias actuales, será del 18 % en 2065. Al igual que antes de los años veinte, la mayoría de los que llegaban y los inmigrantes ilegales (que representaban una cuarta parte, según el Pew) no tenían cualificación.[3]

Estos cambios en la historia de la inmigración se vieron reflejados en las cifras. En 1900, las dos poblaciones extranjeras de mayor tamaño en Estados Unidos eran los alemanes (2,7 millones) y los irlandeses (1,6 millones). Cincuenta años más tarde, eran los italianos (1,5 millones) y

los rusos (1,1 millones). Pero a partir de los años ochenta, México se convierte en la principal fuente de inmigración. En 2013, tres años antes de la presidencia de Trump, los mexicanos eran con mucho el grupo más numeroso (casi 12 millones), seguido de los chinos (2,4 millones) y los indios (2 millones). Mientras que en 1960 alrededor del 84 % de todos los inmigrantes a Estados Unidos habían llegado desde Europa o Canadá, en 2014 esta cifra había descendido a menos del 14 %.[4]

Además, muchos ciudadanos de Estados Unidos asiáticos, latinoamericanos y otros no europeos utilizaron las nuevas leyes para reagrupar a sus extensas familias, que a su vez trajeron a las suyas, y dio inicio a lo que Trump denominaría más tarde «migración en cadena» (aproximadamente el 65 % de los visados de inmigrantes se basaban en lazos familiares y solo el 15 % en el empleo).[5] En el momento de la victoria de Trump en 2016, la diversidad étnica y cultural de Estados Unidos era mucho mayor: según la Oficina del Censo de Estados Unidos, los grupos principales estaban formados por un 61 % de blancos (no hispanos), un 18 % de hispanos y un 13 % de afroamericanos, mientras que el Pew estimó que poco más del 1 % de los estadounidenses eran musulmanes (la Oficina del Censo no hace preguntas sobre religión).[6]

Estos cambios han ido a la par con los del perfil religioso de la población. En los años setenta, el 81 % de los estadounidenses se identificaban como cristianos blancos, pero en 2017 ese número era casi de la mitad, un 43 %. Hoy en día, este descenso se basa en una clara división generacional: mientras que cerca de la mitad de los pensionistas demócratas se definen como cristianos blancos, la cifra se desploma a solo un 14 % en aquellos con edades comprendidas entre los dieciocho y los veintinueve años.

Algunos aplauden este creciente laicismo como parte de un proceso mayor de liberalización, que se amplía a cuestiones como el aborto y los derechos de la mujer; sin embargo, otros lo rechazan. Los cristianos blancos siguen votando en un porcentaje relativamente alto, en parte como un intento de mantener los valores tradicionales en la familia patriarcal y el

«derecho a la vida». Y apoyan cada vez más a los republicanos: el 73 % de los votantes cristianos son republicanos y solo el 29 % son demócratas. A pesar de los divorcios de Trump, de sus declaraciones despectivas y ofensivas sobre las mujeres y su apoyo al aborto en el pasado, muchos cristianos evangélicos le dieron su voto en 2016, en lugar de a Mitt Romney en 2012, al considerar que podría ofrecer políticas clave, como designar jueces conservadores para invertir el liberalismo secular.

Estados Unidos no es el único país que está pasando por este proceso. Muchas zonas de Europa occidental también han vivido un cambio étnico radical y vertiginoso. Cuando el Reino Unido salió victorioso de la Segunda Guerra Mundial, su población era mayoritariamente blanca, pero el pleno empleo atrajo a inmigrantes de las Indias Occidentales, India y Pakistán, países pertenecientes a la Commonwealth que no estaban sujetos a controles hasta la nueva legislación en los años sesenta. Esto generó malestar entre los votantes. En 1968 se produjo un momento decisivo; el político conservador Enoch Powell rompió el pacto de silencio de la élite política y planteó directamente las preocupaciones del pueblo usando un lenguaje incendiario. El antiguo catedrático de Literatura Clásica advirtió de manera desafortunada: «Como el romano, veo el Tíber rebosante de sangre». El que se conocería como el discurso de los «ríos de sangre» defendía la repatriación de todos los inmigrantes no blancos para detener lo que, en opinión de Powell, sería una espiral de violencia. Powell cayó en el ostracismo y su carrera no llegó a recuperarse; sin embargo, las encuestas de esa época demostraron que su visión contaba con un amplio apoyo: nada menos que el 74 % de la clase trabajadora, según Gallup, estaba de acuerdo con él. La mayoría de los ciudadanos británicos apoyaron la reducción de la inmigración desde entonces.

El *boom* económico de la posguerra en Francia también atrajo una gran oleada de inmigrantes, entre ellos argelinos musulmanes que formaban parte de la Francia metropolitana hasta 1962 (aunque ya se había producido una importante inmigración musulmana tras la Primera Guerra Mundial para compensar en parte el elevado número de franceses fallecidos y

heridos). Las malas relaciones entre la nación receptora y los inmigrantes de sus colonias alcanzaron su punto crítico en 1961, cuando la policía francesa masacró a los argelinos que se manifestaban en favor de la independencia.

El principal problema al que se enfrentaban los migrantes musulmanes era el planteamiento asimilacionista de Francia frente a la integración de los recién llegados, que les exigía que adoptaran la cultura e identidad francesas. Aunque eso había funcionado bien en el pasado para los migrantes belgas blancos y los italianos católicos, a los musulmanes los dejó cada vez más aislados en áreas urbanas, en guetos reforzados por el miedo al racismo y a las políticas de vivienda que fomentaban su segregación. La separación histórica entre Iglesia y Estado causó más problemas relacionados con aspectos como el uso del hiyab en los colegios, algo que aprovechó alegremente el prometedor nacionalpopulista Jean-Marie Le Pen (a pesar de que no ponía ninguna objeción al uso de crucifijos ni a utilizar como símbolo del partido a la heroína nacionalcatólica Juana de Arco, a la que los ingleses quemaron en la hoguera).

Los cambios también se produjeron en Alemania Occidental, donde el auge económico de la posguerra también se vio impulsado en parte por el elevado número de refugiados que huían del comunismo. A los últimos inmigrantes procedentes de la antigua Yugoslavia y de Turquía se los llamó «trabajadores invitados» (*Gastarbeiter*), ya que se asumía que volverían a su hogar cuando hubieran conseguido algo de dinero. Salvo excepciones, se evitaron las demostraciones públicas de políticas antiinmigración, no solo por la fortaleza de la economía, sino también por la herencia del nazismo, que hizo que estos puntos de vista fueran inaceptables.

No obstante, todo cambió en la década de los noventa con la llegada de una nueva oleada de inmigrantes procedentes de los antiguos Estados comunistas y de Oriente Medio, muchos de los cuales llegaron atraídos por el derecho incondicional de asilo que se había incluido en la «ley básica» (Constitución) de Alemania Occidental como una forma de desagravio por el nazismo. En 1992, casi medio millón de personas solicitaron asilo. Esto

favoreció un incremento de los ataques a los inmigrantes, en algunos casos con asesinatos, y el auge del Partido Nacionaldemócrata, de ideología neonazi, mucho más fuerte en Alemania Oriental. El Gobierno alemán respondió a los dos problemas —la integración de los recién llegados y hacer frente al aumento del extremismo— adaptando las normas de asilo a los estándares internacionales para reducir el número de inmigrantes, todo ello acompañado de políticas locales en pro de la integración.

Por tanto, al final del siglo XX, Estados Unidos y gran parte de Europa occidental presenciaron enormes oleadas de inmigración sin precedentes, por lo general más visibles y diversas culturalmente que las anteriores, y que se aceleraron hasta nuestros días a medida que la transformación étnica de Occidente alcanzaba nuevas cotas.

Este fenómeno ha sido especialmente visible en Estados Unidos, donde, en 2011, la población de más de la mitad de las metrópolis estaba formada por no blancos. Ciudades como Austin, Tucson, Charlotte, Phoenix y Las Vegas se convirtieron en lugares de «mayoría-minoría»: las personas pertenecientes a minorías conformaban la parte mayoritaria de la población. En 2016, los blancos eran también minoría en los estados de Nevada, Texas, Nuevo México, California y el distrito de Columbia, mientras que, por primera vez en la historia, los niños blancos no hispanos menores de diez años constituían una minoría en todo el país.

Entretanto, en 2015, el porcentaje de población nacida en el extranjero en algunos países de Europa occidental era superior al de Estados Unidos. Oscilaba entre el 11 % y el 17 % en Austria, Suecia, el Reino Unido, Alemania, Francia y los Países Bajos.[7] En la década anterior a la votación del *brexit*, el Reino Unido también vivió cambios étnicos históricos con el crecimiento de la migración neta (más inmigrantes que emigrantes). A medida que los trabajadores, generalmente poco cualificados, de otros Estados miembro de la Unión Europea como Polonia, Bulgaria y Rumanía se trasladaron al Reino Unido, la migración neta aumentó de 50.000 al año a finales de la década de 1990 hasta alcanzar máximos históricos superiores a los 300.000 en el momento de la votación del *brexit*.

En algunas zonas de Occidente, estos tremendos cambios han sido especialmente visibles en las ciudades; como señalan los sociólogos, una población compuesta por más de ciento setenta nacionalidades es actualmente la regla más que la excepción.[8] Si bien las ciudades de América del Norte como Nueva York, Los Ángeles y Toronto han carecido desde hace tiempo de un grupo mayoritario dominante, ahora también las ciudades europeas están viviendo una profunda transformación. Bruselas, Ginebra, Fráncfort y Ámsterdam ya son mayoría-minoría. Por primera vez en la historia, en 2011 los británicos blancos en Londres eran minoría, y lo mismo ocurría en Birmingham, Leicester, Luton y Slough. Si visita la popular cadena de comida rápida Pret a Manger de Londres, lo atenderá alguien perteneciente a una de las más de 105 nacionalidades diferentes que trabajan allí.

Todo apunta a que esta tendencia de rápido cambio étnico seguirá acelerándose. Por ejemplo, solo uno de cada tres escolares en ciudades como Ámsterdam tiene padres holandeses, mientras que en países como el Reino Unido, los estudiantes de minorías étnicas representaban más del 70 % del aumento del alumnado en las escuelas de primaria.

El panorama es muy diferente en Europa central y Europa del Este, donde en países como Hungría y Polonia la población nacida en el extranjero se mantiene por debajo del 5 %. Pero esto no ha detenido el enorme éxito de los nacionalpopulistas, en parte debido a que la preocupación pública por la inmigración no viene determinada solo por el número real de inmigrantes o refugiados que entran en un país ni por la proporción de las minorías, sino que tiene una naturaleza subjetiva.

Los habitantes de países ultraconservadores que cuentan con nacionalpopulistas fuertes pero con una baja inmigración suelen observar lo que está sucediendo en Occidente con horror y alarma. De hecho, las marcadas diferencias en la historia de la inmigración en gran parte de Europa del Este explican en cierta medida por qué se opusieron con tanta virulencia a la crisis de los refugiados que estalló en Europa. Países como Bulgaria, Polonia y Rumanía experimentaron la emigración neta tras unirse

a la Unión Europea, ya que muchos jóvenes se trasladaron a países occidentales con mayores salarios; pero, a su vez, tenían fuertes corrientes nacionalistas, lo que explica que vieran la llegada de refugiados cultural y étnicamente distintos, además de las minorías nacionales como la romaní, como una amenaza a su identidad y comunidad. Muchos líderes y ciudadanos en Europa central y Europa del Este detestaban lo que consideraban la Europa cosmopolita y liberal de Occidente.

Al no haber en Europa un equivalente protestante a los poderosos evangélicos de Estados Unidos, la cuestión del cambio demográfico religioso tampoco debe pasarse por alto. La mayoría de los votantes nacionalpopulistas no son religiosos, pero hay que tener en cuenta algunos matices. Mientras que en Europa es menos probable que las personas activas religiosamente apoyen al nacionalpopulismo (porque votan a partidos cristianos, donde existen), los creyentes ortodoxos de algunos países como Bélgica, Noruega y Suiza se sienten más amenazados por estos cambios étnicos y parece más probable que apoyen a los nacionalpopulistas.[9]

El catolicismo también ha tenido una gran influencia en los partidos Fidesz en Hungría y Ley y Justicia en Polonia. Ambos quieren preservar las creencias religiosas y tradicionales en lo que ellos ven como un mundo cada vez más liberal y laico. También consideran que la Iglesia católica en otras zonas de Europa, como Alemania e Italia, está perdiendo la influencia de antaño en la política, mientras el número de musulmanes aumenta. En 1963, por ejemplo, se ordenaron 400 nuevos sacerdotes en Alemania Occidental, pero en 2015 el número había descendido a solo 58 en toda Alemania. En la primera década del siglo XXI, 525 iglesias católicas y 340 evangélicas cerraron sus puertas para siempre.[10] El resto de los cristianos de Alemania hablan del aumento de una «sociedad sin Dios», un miedo del que se aprovechan los populistas.

Fuera de Estados Unidos y Europa del Este, la conexión entre el nacionalpopulismo y la religión es más débil. Aunque los nacionalpopulistas como Marine Le Pen y Geert Wilders hablan sobre la

defensa de la «tradición judeocristiana», no hay ningún intento evangélico de convertir, volver a conectar con Dios ni volver a llenar los bancos de las iglesias. En lugar de eso, se centran en el creciente número de musulmanes en Europa y alegan que quieren defender las tradiciones liberales, las raíces cristianas de Europa o conectar con los judíos como respuesta a la acusación de que son «fascistas».

Estos argumentos empezaron a tener más peso en la crisis de los refugiados que comenzó a finales de 2014 y que acabó con más de dos millones de refugiados y migrantes pidiendo asilo en Europa. Con la excepción del conflicto previo de los Balcanes, esta crisis marcó un cambio notable en los flujos de refugiados del pasado, sobre todo porque muchos de ellos, procedentes de países como Siria, Afganistán o Somalia, eran musulmanes.[11] La crisis reavivó con rapidez los miedos a la inmigración musulmana en Europa, lo que numerosos nacionalpopulistas habían presentado durante mucho tiempo como una amenaza cultural y demográfica específica para Occidente. En países como Francia, donde se prevé que la proporción de musulmanes aumente del 9 % al 17 % en 2050, Marine Le Pen comparó a los islamitas rezando en las calles con la ocupación nazi: «Es una ocupación de parte del territorio, de barrios en los que se aplica la ley religiosa [...] por supuesto que no hay tanques ni soldados, pero es una ocupación a fin de cuentas y pesa sobre los ciudadanos».[12]

Algunas afirmaciones están muy vinculadas a la idea de «Eurabia», desarrollada por el escritor Bat Ye'or y cuyas líneas generales apoyan periodistas como Oriana Fallaci en Italia, Douglas Murray en el Reino Unido y Daniel Pipes en Estados Unidos. Los expertos como Bernard Lewis también se muestran de acuerdo con algunos de sus aspectos, como el «choque de civilizaciones», del que han hablado mucho antes de que la frase se popularizara en los años noventa de la mano de Samuel Huntington, en parte como una respuesta a la tesis del «final de la historia» de Francis Fukuyama.[13] Bat Ye'or argumentaba que el movimiento hacia Eurabia surgió por primera vez durante los setenta como resultado del mayor

acercamiento entre la anteriormente conocida como Comunidad Económica Europea y las potencias petroleras árabes, en el contexto de la tercera guerra árabe-israelí. En relación con esta situación se produjo un replanteamiento de cómo Europa podía construir una identidad europea, que ya había insistido en la necesidad de compartir la cultura cristiana y la amenaza del islam desde la época de las cruzadas.

La tesis de Eurabia sostiene que, a medida que bajaban las defensas europeas frente a los Estados islámicos, la inmigración musulmana a Europa aumentaba, cuya población se caracterizaba por tener unas tasas de natalidad superiores a la media. Algunos informes conspiratorios postulan que hay un complot deliberado, y citan declaraciones como la del presidente turco Recep Tayyip Erdoğan en 2017, que instó a las familias turcas en Europa a tener cinco hijos y no tres en venganza por lo que consideraba las «injusticias» de Occidente. La tesis de Eurabia está muy extendida entre los nacionalpopulistas.

La visión de pesadilla de pensadores como Bruce Bawer es la introducción de la *sharía*: «ladrones que tendrían los brazos amputados [...] mujeres adúlteras que serían lapidadas hasta la muerte, al igual que los homosexuales».[14] En poco tiempo se acusa a los musulmanes de crear «zonas prohibidas», áreas dominadas por interpretaciones muy conservadoras del islam que excluyen a los no musulmanes y frenan la disidencia y la desviación, un argumento popular entre los miembros de la derecha alternativa en Estados Unidos, que señalan al crecimiento de las poblaciones musulmanas en Europa. La tesis, sin embargo, incluye proyecciones demográficas que los analistas más serios califican de exageradas (véase a continuación). Es más, no hay ninguna prueba fundada de que exista una trama islámica para «colonizar» Europa, cuando incluso grupos como el ISIS consideran que es útil tener refugiados musulmanes en el continente. Dicho esto, la idea también utiliza el sentimiento antimusulmán, muy desarrollado en Occidente, y que es probable que encuentre un público receptivo en los años próximos.

Es evidente que no todo el mundo se alarmará por estos cambios

demográficos; pero para muchos, como veremos, esta elevada inmigración y cambio étnico aumentan la posibilidad real de que el grupo antaño dominante pronto se convierta en una minoría a medida que sus países crezcan en diversidad étnica y cultural. Los observadores liberales y de izquierdas señalan con acierto que este tipo de avances no implicaría necesariamente que los blancos pierdan su poder político y económico, un temor reforzado por los supremacistas y la derecha alternativa durante la campaña de Trump.[15] Pero estas tendencias avivan de forma considerable las preocupaciones del pueblo que, a su vez, seguirán alimentando al nacionalpopulismo.

Miedo a la destrucción

Nosotros tenemos un punto de vista muy diferente de quienes argumentan que Occidente está entrando en una era que se caracterizará por el declive del Estado nación, la expansión de las identidades transnacionales y un desplazamiento hacia un orden mundial cosmopolita y liberal en el que las fronteras serán cada vez más innecesarias.

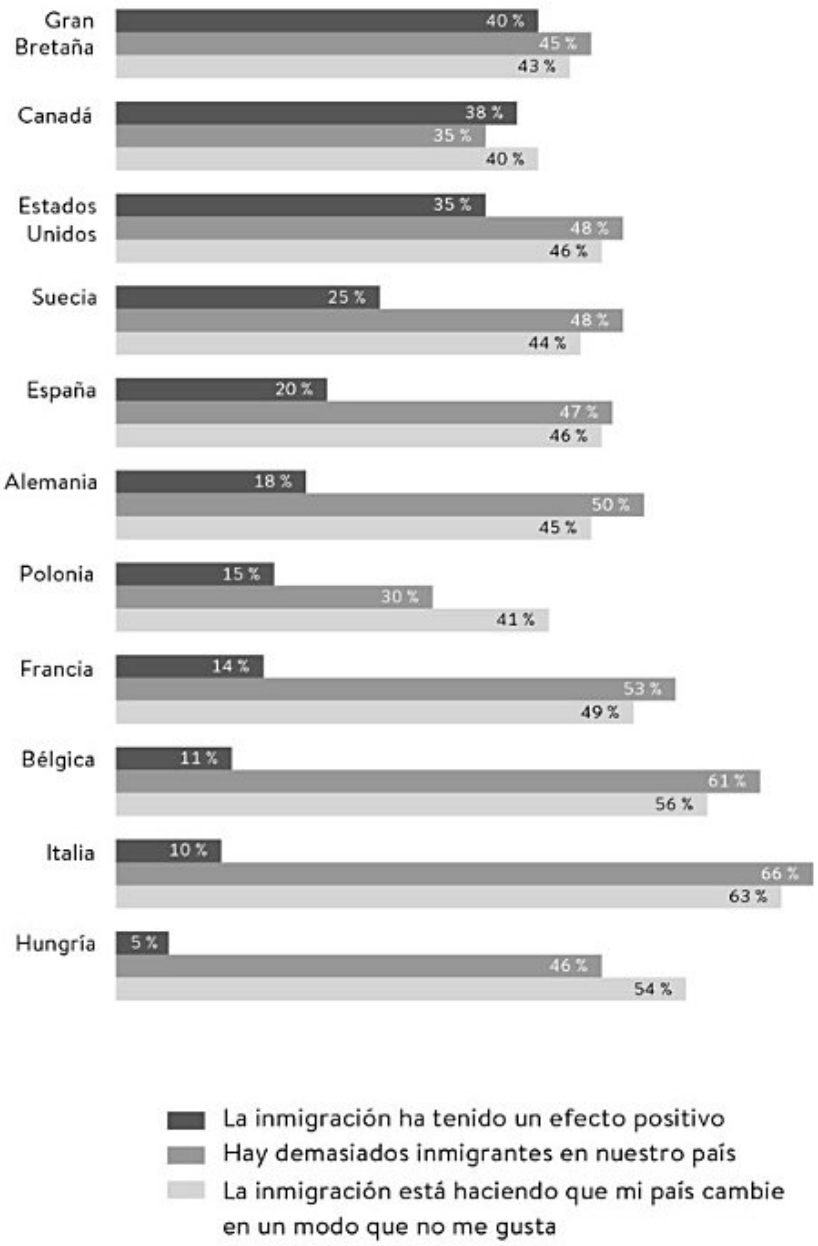
La verdad es que muchas personas aún se sienten muy comprometidas con su Estado nación. Según la prestigiosa Encuesta Mundial de Valores, la inmensa mayoría de las personas de Estados Unidos y Europa afirman sentirse muy vinculadas a su nación (un promedio del 82 %), se consideran parte de su nación (93 %) y estarían dispuestas a luchar por su país (90 %).[16] A pesar de que algunos analistas hablan de la debilitación de los vínculos nacionales, la realidad demuestra que siguen siendo fuertes.

A la vez, muchas personas perciben negativamente y de forma instintiva la transformación de sus países, no solo en los aspectos económicos, sino también en los culturales y demográficos. Antes de examinar estos cambios, es importante refutar la afirmación de que todos seremos más racistas. Durante los últimos cincuenta años, en muchas naciones se ha vivido un descenso continuado del apoyo al racismo declarado descrito en el capítulo

2. No se trata de decir que el racismo ha desaparecido, porque es evidente que no es así, sino que las actitudes generales han cambiado de forma importante en muchos países occidentales.

Planteémonos la siguiente pregunta: ¿se sentiría bien si uno de sus familiares se casara con alguien de un grupo étnico diferente? Este es un marcador clásico de racismo tradicional, y en gran parte de Occidente el número de personas que se sentirían mal por esto ha descendido. Fijémonos en Estados Unidos, donde en la actualidad uno de cada seis recién casados contrae matrimonio con alguien de un grupo diferente. En 1958, más del 90 % de los estadounidenses desaprobaba los matrimonios mixtos. En la actualidad, el 90 % los aprueba. En el Reino Unido, más de la mitad de la población se oponía a las relaciones entre grupos muy recientemente, en los años ochenta. Sin embargo, hoy en día está en contra menos de uno de cada cuatro.[17]

Figura 4.1. PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN QUE ESTÁ DE ACUERDO EN QUE:



Estas tendencias ayudan a explicar por qué los movimientos abiertamente racistas han tenido menos éxito que aquellos que reemplazaron los argumentos sobre la raza con reclamaciones centradas en la cultura y los valores.[18] Trump toleró los estereotipos xenófobos sobre los mexicanos y otros pueblos, pero aun así suena muy diferente del racista George Wallace, que declaró en su discurso inaugural como gobernador de Alabama en 1963: «Segregación ahora, segregación mañana, segregación

siempre».

Los miedos culturales surgen de las preocupaciones, que muchos comparten, por los inmigrantes que no pueden hablar el idioma del país, las minorías que no respetan los derechos de las mujeres, la práctica de la mutilación genital femenina y otras tradiciones culturales que parecen desvirtuar o cuestionar la comunidad establecida, o bien los grupos étnicos y religiosos que aparentemente no se integran en la sociedad en general. Los miedos demográficos provienen de la creencia de que la magnitud y el ritmo de la inmigración pueden poner en riesgo, a la larga, la supervivencia de un grupo nacional, lo que contribuye a intensificar la preocupación acerca de una posible destrucción; estos temores no se basan necesariamente en la realidad, pero no por ello son menos fuertes. Mucha gente considera que actualmente los cambios étnicos están completamente fuera de control y que sus preciadas formas de vida se hallan bajo una amenaza inminente.

La inmigración se ha convertido, sin ninguna duda, en una preocupación más acuciante, y ha acaparado la agenda política en gran parte de Occidente. Además, es un asunto que suele interferir en otros, como la seguridad de las fronteras o las presiones en los servicios públicos. En Estados Unidos, por ejemplo, si bien en 2001 solo el 2 % de la población consideraba la inmigración como un problema prioritario, en 2006 la cifra había aumentado hasta el 19 %, en medio de los enfrentamientos en el Congreso y las protestas masivas en las principales ciudades del país; y aunque posteriormente descendió, en 2014 volvió a situarse en el 17 %, lo cual refleja cómo afectan los nuevos debates sobre los refugiados de América Central. A principios de 2018 era todavía del 15 %, y pasó a ser la segunda preocupación (por detrás del descontento con el Gobierno).

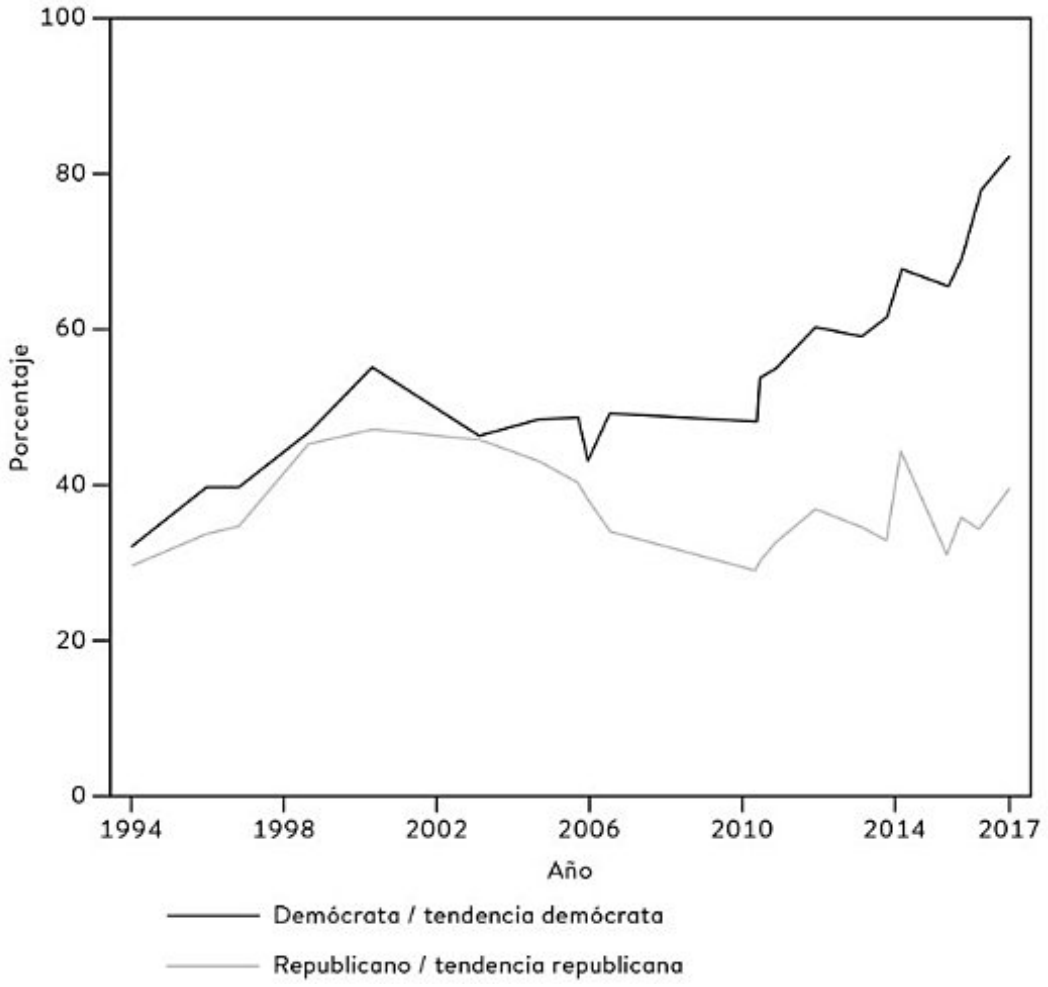
La situación había sido similar en Europa: mientras que en 2005 solo el 14 % consideraba la inmigración como un problema fundamental, en 2016 esta cifra se había duplicado, un 28 %, y se convirtió en la segunda prioridad (detrás del desempleo). En la primavera de 2018 se destacó

asimismo el aumento de la ansiedad pública en relación con la inmigración, cuando las encuestas de YouGov constataron que esta y el terrorismo eran las dos principales preocupaciones en una gran variedad de democracias europeas, lo que reflejaba la inquietud generalizada por el terrorismo islamista y la crisis de los refugiados. En el Reino Unido, entre el año 2000 y la votación del *brexit* en 2016, el porcentaje de personas que consideraban la inmigración un problema grave subió del 7 % al 48 %, y pasó a convertirse en la preocupación principal del país.

Muchos ciudadanos de Occidente también se muestran pesimistas, instintivamente, con las consecuencias de este cambio. En 2017, por ejemplo, Ipsos MORI llevó a cabo una encuesta global que reveló que las grandes mayorías no solo consideraban que había demasiados inmigrantes en su país, sino que la inmigración estaba «haciendo que mi país cambie en un modo que no me gusta» (véase la figura 4.1).

Estas tendencias generales ocultan, por supuesto, diferencias. No todo el mundo piensa así. En países como Estados Unidos existe una gran polarización. A mediados de los noventa no había mucha diferencia entre demócratas y republicanos en la medida en que sentían que «los inmigrantes fortalecen Estados Unidos con su talento y trabajo duro»: el 32 % de los demócratas pensaba así y el 30 % de los republicanos estaba de acuerdo. Los dos grupos estaban separados por solo dos puntos. Pero, en 2017, tras años de debates tóxicos —la presidencia de Obama y la campaña divisoria de Trump— ha aumentado vertiginosamente a una diferencia de cuarenta y dos puntos, a medida que los demócratas se inclinaban con más fuerza hacia una postura a favor de la inmigración y los republicanos se tornaban más pesimistas.

Figura 4.2. PORCENTAJE DE POBLACIÓN ESTADOUNIDENSE QUE CONSIDERA QUE LOS INMIGRANTES FORTALECEN EL PAÍS CON SU TALENTO Y TRABAJO DURO.



La pregunta clave es: ¿por qué algunas personas están tan preocupadas? Investigaciones en ciencias sociales sugieren que las preocupaciones por el cambio cultural son tan importantes como las económicas, si no más. Ya en 2008, los expertos analizaron diecinueve naciones de Europa y descubrieron que, dejando a un lado la brecha educativa, apoyar la afirmación «Es mejor para un país que casi todos sus habitantes compartan las mismas costumbres y tradiciones» era un indicador clave de la oposición a la inmigración. Estas inquietudes culturales son absolutamente indispensables. Un examen exhaustivo de cien estudios que analizaron qué opinaba la gente de Occidente sobre la inmigración concluyó que, mientras los argumentos que se centraban en el propio interés económico lograron «escasos resultados», las personas estaban mucho más preocupadas por los

efectos de la inmigración en su nación y su cultura.[19]

Las preocupaciones por la incompatibilidad cultural —por ejemplo, si los musulmanes comparten el compromiso de Occidente con la igualdad de género o si los inmigrantes respetarán y mantendrán las tradiciones culturales locales— influyen en el tipo de inmigración que la población respalda. Los estadounidenses aprueban en su mayoría a los inmigrantes con títulos universitarios, buenas competencias lingüísticas, una experiencia profesional adecuada y que hayan visitado legalmente Estados Unidos en el pasado. Sin embargo, son mucho más hostiles a los inmigrantes que no tienen intención de trabajar y provienen de algún Estado musulmán mucho más diferente culturalmente, como Iraq, Somalia o Sudán. En el Reino Unido, la ciudadanía también se opone más a los inmigrantes procedentes de África y del sur de Asia.[20] Estos conflictos culturales son claves porque cuestionan la asentada creencia de que, para superar la ansiedad y el nacionalpopulismo, lo único que se necesita es crear puestos de trabajo y crecimiento. Mejor dicho, es muy probable que las tensiones sobre las diferencias percibidas en la cultura y los valores se mantengan.

Este rechazo ha sido especialmente acentuado en países de Europa central y Europa del Este como Polonia y Hungría. En este último, el primer ministro nacionalpopulista Viktor Orbán construyó una valla para cerrar la denominada «ruta de los Balcanes» y calificó a los refugiados, mayoritariamente musulmanes, de «invasores». Junto con el partido nacionalpopulista Ley y Justicia, al frente del Gobierno en Polonia, y también con políticos del Gobierno checo, Hungría rehusó participar en el programa de cuotas respaldado por la Unión Europea, que asignaba un número proporcionado de refugiados a cada uno de los Estados miembro. Orbán incluso mandó celebrar un referéndum sobre este tema, que ganó con facilidad, a pesar de que los opositores al Gobierno lo boicotearon como parte de una protesta mayor contra su movimiento, que Orbán denominó abiertamente democracia iliberal.

Durante la campaña electoral de 2018, Orbán volvió al ataque y acusó a los partidos de la oposición «de estar al servicio de los extranjeros» que

querían llegar al poder «para demoler la valla y aceptar el acuerdo de Bruselas de establecer una cuota [de inmigrantes] obligatoria». A pesar de que los países de Europa del Este eran reacios a provocar una ruptura con la Unión Europea, ya que son los principales beneficiarios netos de los fondos europeos, esta crisis abierta puso de manifiesto las grandes diferencias de opinión respecto a los poderes de los Estados nación y el deseo de limitar la inmigración.

La crisis de los refugiados también ha tenido un gran impacto en Alemania. La canciller Angela Merkel tomó la decisión ejecutiva de abrir Alemania a los refugiados por razones humanitarias, aunque el envejecimiento de la población alemana ha podido ser otro factor. Llegaron más de un millón, entre ellos numerosos menores no acompañados. El partido nacionalpopulista Alternativa para Alemania ya había aumentado el número de adeptos gracias a sus críticas a los rescates financiados por los contribuyentes a países con problemas de la eurozona, pero con la crisis de los refugiados pasó a centrarse en las amenazas a la seguridad y la identidad. En 2017, el partido llegó al Parlamento al obtener casi el 13 % de los votos y 94 escaños.

Fundamentalmente, las preocupaciones actuales por la inmigración y los refugiados se entrelazan también con miedos más generales relacionados con la seguridad. Tras los ataques del 11S en Estados Unidos, Europa sufrió varios atentados terroristas graves, de Londres a Madrid. La crisis de los refugiados coincidió con más de sesenta actos de «terrorismo yihadista» en Europa y América del Norte entre 2014 y 2017, que dejaron 424 muertos y 2.000 heridos. No sorprende que, en consecuencia, la crisis de los refugiados empezara a avivar los miedos de que no todos los que entraban en Europa fueran auténticos refugiados y de que algunos de ellos pudieran ser incompatibles con la cultura occidental. Algunas de las últimas alegaciones incluían imágenes de los denominados «asaltos sexuales masivos» en Alemania durante las celebraciones de Año Nuevo en 2016, así como el hecho de que algunos refugiados estaban implicados en los ataques terroristas de París, Estocolmo y Berlín.

El terrorismo, por supuesto, también ha procedido de la extrema derecha, como hemos visto en el caso de Anders Breivik en Noruega. Estados Unidos también ha sufrido ataques, como el tiroteo indiscriminado en 2015 en una iglesia afroamericana de Charleston, perpetrado por Dylann Roof, quien asesinó a nueve personas e hirió a una en su intento de iniciar la «guerra racial» (una táctica que ya ha circulado mucho entre los supremacistas blancos durante décadas, desde la publicación, en 1978, de *Los diarios de Turner*, de William Pierce, un dirigente neonazi de Estados Unidos). Incluso entre los ciudadanos, la crisis de los refugiados ha desatado principalmente los temores al terrorismo islamista.

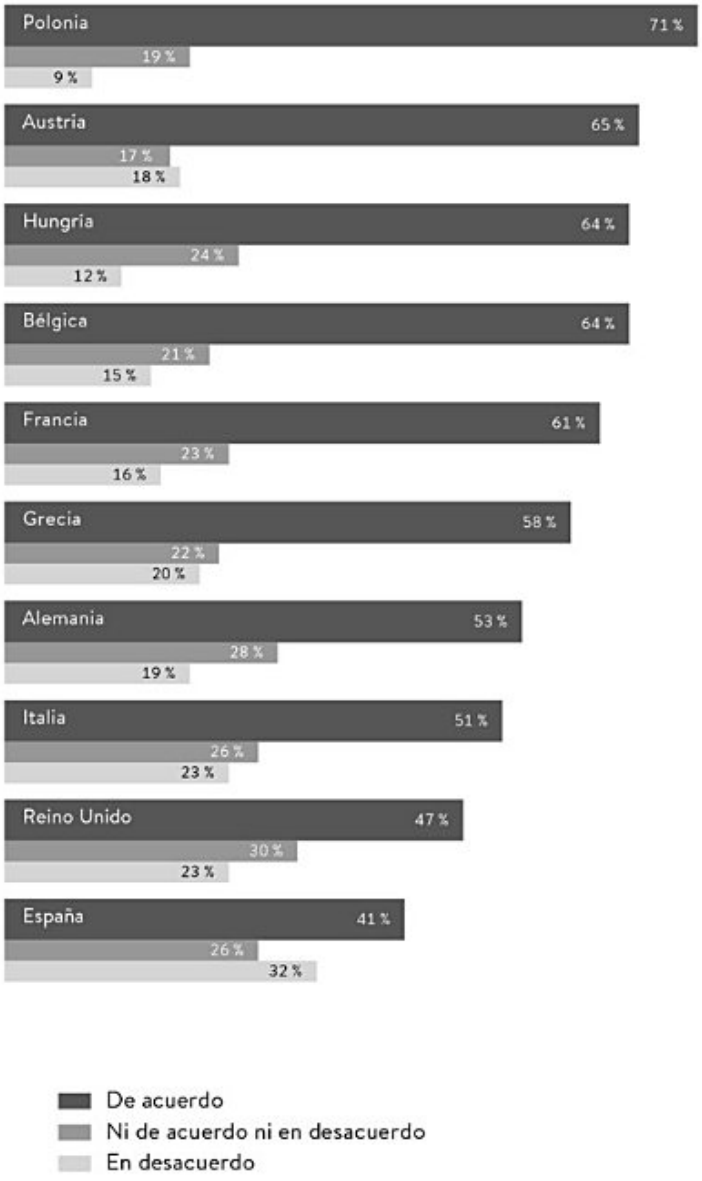
Sobre todo en Europa, donde las poblaciones musulmanas son mucho más numerosas que en Estados Unidos, el riesgo de terrorismo autóctono parece elevado, mientras un número reducido, pero no insignificante, de islamistas europeos han luchado con el ISIS en Oriente Medio. Los musulmanes conforman más del 60 % de la población encarcelada en Francia, un campo de reclutamiento para el extremismo; entretanto, los responsables de la lucha antiterrorista han calculado que, en Francia, hay 11.400 extremistas radicalizados. Es difícil verificar estas cifras, aunque la investigación en el Reino Unido del fallo de los servicios de seguridad para evitar atentados terroristas en Londres y Manchester forzó a los responsables a reconocer que había 23.000 yihadistas extremistas en el Reino Unido, 3.000 de los cuales estaban siendo investigados o tenían vigilancia activa.

Lo que es evidente es que mucha gente ha aceptado la idea de que los refugiados aumentarán el riesgo terrorista; según el Pew Research Center, más del 70 % de los polacos y los húngaros, el 60 % o más de los italianos, los holandeses y los alemanes, y más de la mitad de los británicos, los griegos y los suecos. En promedio, más del 60 % de los europeos sentían lo mismo.[21]

Existe, además, un apoyo bastante generalizado a una respuesta política mucho más restrictiva. A pesar de que Trump fue muy criticado por imponer, en 2017, a los Estados de mayoría musulmana la prohibición de

viajar, una encuesta llevada a cabo por Chatham House determinó que el 55 % de los ciudadanos de diez países europeos estaban de acuerdo en que debía detenerse cualquier nueva inmigración procedente de los Estados musulmanes, una cifra que fue bastante más alta en Austria, Hungría y Polonia, donde la población está especialmente preocupada por los refugiados (véase la figura 4.3). En 2018, otra encuesta reveló que el 63 % de los alemanes quería que su país tomara medidas más duras ante la crisis de los refugiados.[22]

Figura 4.3. DEBE DETENERSE CUALQUIER NUEVA MIGRACIÓN PROCEDENTE PRINCIPALMENTE DE LOS PAÍSES MUSULMANES:



Estos grandes cambios étnicos y amenazas a la seguridad ya están teniendo importantes repercusiones políticas y aún pueden seguir reduciendo la confianza en los grupos étnicos, dificultar la reforma del bienestar social y favorecer la polarización con arreglo a criterios étnicos. Los expertos de Harvard Steven Levitsky y Daniel Ziblatt afirmaron que no hay ningún ejemplo en la historia de una democracia multirracial que haya tenido éxito en la que el grupo que era mayoritario pasa a ser minoritario. [23]

La corriente dominante no ha podido responder de forma eficaz a esta preocupación, en gran medida porque los valores de muchos en la política y en los medios de comunicación indican que aceptan o ensalzan estos cambios étnicos. A pesar de que hay signos crecientes de que parte de la derecha tradicional está virando hacia políticas ligeramente nacionalpopulistas para detener la tendencia, la incapacidad en general al responder a los miedos de la gente ha otorgado a los nacionalpopulistas el espacio político para que sus promesas sean distintivas.

¿Son racistas los votantes nacionalpopulistas?

El nacionalpopulismo se ha aprovechado directamente de estas preocupaciones por la inmigración, pero, como hemos visto, esto no implica que la mayoría de sus seguidores sean racistas. Se trata de un aspecto importante, porque un diagnóstico erróneo de la naturaleza de estas inquietudes podría empeorar fácilmente las cosas.

Veamos qué piensan los nacionalpopulistas sobre su comunidad nacional en general. En los tiempos del *brexit* y de Trump, el Pew Research Center preguntó a los ciudadanos qué pensaban que era lo más importante para ser considerados parte de la nación: que alguien hablara o no el idioma, que compartiera las costumbres y tradiciones y, la más restrictiva, que hubiera nacido en ese país. La inmensa mayoría de los encuestados en Occidente, independientemente de sus creencias políticas, opinan que hablar el idioma es muy o bastante importante. Al menos el 95 % de los holandeses, los británicos, los húngaros, los alemanes, los franceses, los griegos y los polacos piensan así, al igual que más del 90 % de los estadounidenses, los suecos, los españoles y los italianos; en promedio, los que se sitúan ideológicamente a la derecha son veinte puntos más propensos.

¿Y en cuanto a compartir las costumbres y tradiciones? La situación empieza a cambiar. Aunque hay un amplio apoyo, es menos intenso. Más

del 90 % de los húngaros, los griegos y los polacos; más del 80 % de los estadounidenses, los británicos, los holandeses, los italianos y los franceses; más del 70 % de los alemanes y los españoles, y más del 60 % de los suecos piensan que compartir la herencia cultural del país es importante para formar parte de la comunidad nacional. Sin embargo, los de derechas, incluidos los nacionalpopulistas, son más propensos a pensar así: mientras que para el 66 % de los votantes de Le Pen en Francia es muy importante, solo el 39 % de los socialistas franceses piensa igual; mientras que el 81 % de los partidarios de Nigel Farage apoya esta visión, solo el 44 % de los simpatizantes laboristas está de acuerdo. Así pues, aunque muchas personas en todo Occidente creen que compartir las costumbres y tradiciones es importante, los nacionalpopulistas son especialmente proclives a pensar así. Estas opiniones también son más acusadas entre las generaciones más mayores y los menos instruidos, que señalan las diferencias fundamentales subyacentes: mientras que el 54 % de los estadounidenses con solo educación secundaria consideran la compatibilidad cultural algo primordial, solo el 33 % de los titulados piensan lo mismo; mientras que el 28 % de los que tienen entre dieciocho y treinta y cuatro años comparten esta opinión, la cifra alcanza el 55 % entre los mayores de cincuenta.

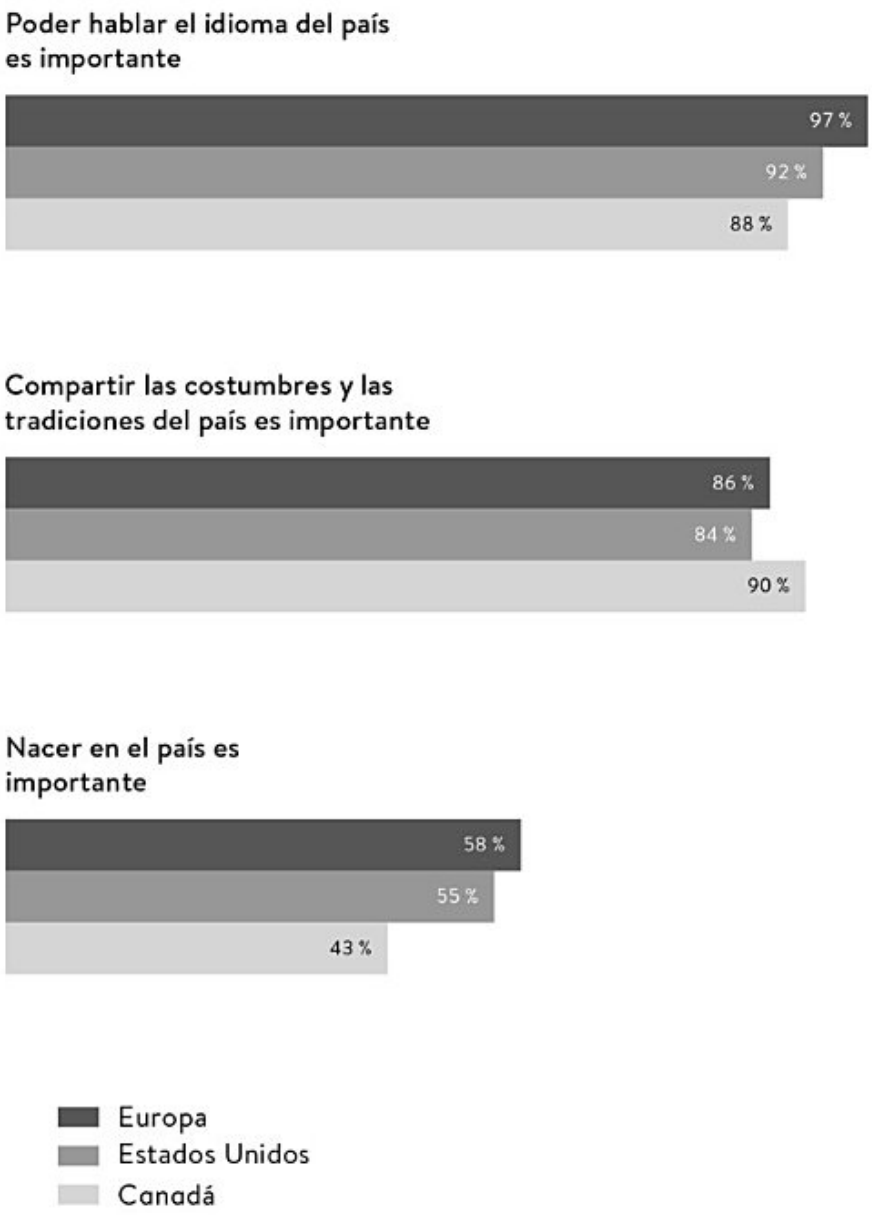
¿Y en cuanto a nacer o no en el país como marcador importante de pertenencia a la nación? El apoyo al vínculo étnico es mucho menor entre los ciudadanos en general: mientras que el 73 % de las personas en Estados Unidos y Europa piensa que hablar el idioma es muy importante y el 47 % opina lo mismo sobre compartir costumbres, solo el 31 % considera muy importante haber nacido en el país. Estos datos, sin embargo, enmascaran algunas variaciones. Mientras el 52 % de los húngaros valora el vínculo étnico, solo están de acuerdo el 32 % de los estadounidenses y el 13 % de los alemanes.

De nuevo, los nacionalpopulistas son los más propensos a suscribir esa opinión. Por ejemplo, el 57 % de los partidarios de Farage y el 41 % de los de Le Pen opinaban que nacer en el país era un prerrequisito importante para formar parte de la nación. Más que resaltar los lazos «cívicos», como

el respeto a las instituciones o el Estado de derecho, algunos votantes nacionalpopulistas ponen mucho más énfasis en vínculos étnicos como la ascendencia, así como si los grupos se consideran o no compatibles con la cultura de su nación. A pesar de ello, es cierto que muchos de los que se sienten atraídos por los movimientos nacionalpopulistas no ven el mundo de esa forma o no están obsesionados por la etnicidad o la ascendencia. Esto es importante, ya que sugiere que rechazar indiscriminadamente a los partidarios del nacionalpopulismo por intolerantes ignorantes está en verdad lejos de la realidad.[24]

Esta perspectiva más general nos ayuda a entender por qué los nacionalpopulistas son más proclives a considerar a los inmigrantes, los refugiados, las minorías y los musulmanes culturalmente distintos como una amenaza a su identidad nacional y su forma de vida. Esto además arroja luz sobre los motivos por los que desconfían de los políticos y las instituciones transnacionales como la Unión Europea, que, según su opinión, no son capaces de detener las amenazas que se ciernen sobre su adorada nación o, en el peor de los casos, que fomentan su destrucción.

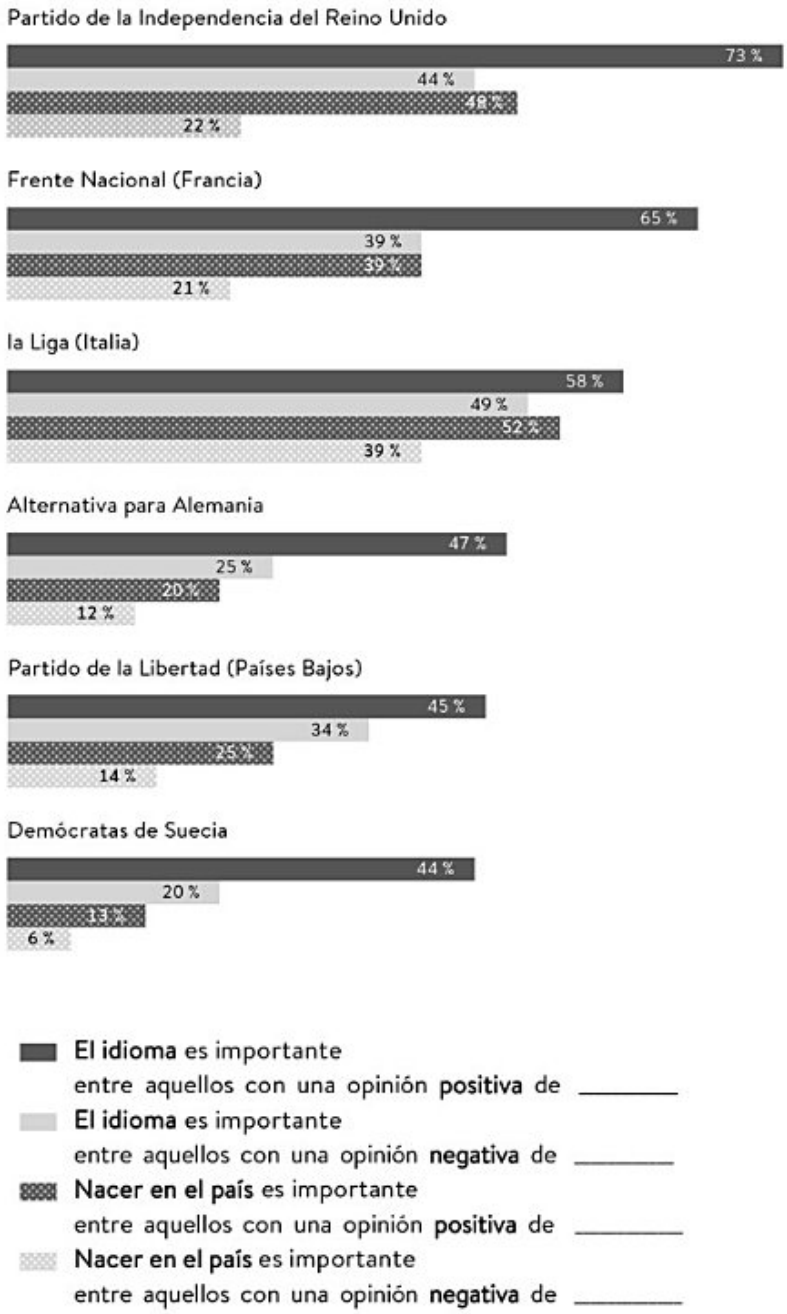
Figura 4.4. PORCENTAJE DE POBLACIÓN QUE CREE QUE EL IDIOMA, LAS COSTUMBRES Y LA ASCENDENCIA SON IMPORTANTES.



Ese nacionalpopulismo no es simplemente un refugio para los racistas acérrimos como algunos han mostrado. Por ejemplo, de las personas que se sintieron atraídas por Nigel Farage en el Reino Unido, solo una de cada cinco pensaba que los negros eran menos inteligentes que los blancos (una medida clásica del racismo), pero casi dos tercios consideraban el islam como un peligro para Occidente.[25] Tras analizar qué motivaba el apoyo al nacionalpopulismo en seis democracias europeas, el experto Jens Rydgren ha demostrado de forma similar que la principal preocupación de estos

votantes no era expresar un odio irracional o miedo a «lo diferente», sino dar voz a su escepticismo acerca de la inmigración, su deseo de reducir los niveles de inmigrantes y ralentizar el ritmo del cambio. Las cuestiones que recurrían al racismo declarado —por ejemplo, si la gente se oponía o no a tener un emigrante como jefe o que uno de sus familiares se casara con un inmigrante— eran menos esclarecedoras que preguntarles si lo único que querían es que hubiese menos inmigrantes en el país, aunque no necesariamente por ser racistas.[26]

Figura 4.5. PORCENTAJE DE POBLACIÓN QUE CREE QUE:



Este tipo de conclusiones evidencian los problemas y los riesgos que conlleva etiquetar a todos los partidarios nacionalpopulistas como «racistas», por no decir «fascistas». Veamos un ejemplo de lo contraproducente que puede ser esto. Antes de las elecciones al Parlamento Europeo en 2014, los políticos y los periodistas británicos acusaron al UKIP de racismo después de que el partido pusiera carteles que sugerían que los

inmigrantes poco cualificados estaban mermando las oportunidades de empleo de los trabajadores británicos del país. El ataque tuvo muy buena acogida entre los titulados, los liberales de clase media y las minorías étnicas, algunos de los cuales apoyaban al UKIP. Sin embargo, alejó más a los trabajadores y a los socialconservadores que compartían preocupaciones legítimas por las repercusiones de unas tasas de inmigración sin precedentes históricamente. Además, corrieron el riesgo de alejar al 70 %, un porcentaje mucho mayor, de todos los ciudadanos del Reino Unido que compartían la creencia de que no se debía permitir estar en el país a los trabajadores poco cualificados que buscaban empleos mal pagados. Al jugar la carta del racismo, reforzaron la sensación de que una clase dirigente elitista tenía menos tiempo para quienes pensaban de forma diferente sobre estas cuestiones. Cuando se hizo el recuento de todos los votos, el UKIP se convirtió en el primer partido, aparte de los conservadores y laboristas tradicionales, que ganaba unas elecciones nacionales desde 1906, aunque con menos del 27 % de los votos.

Querer una política de inmigración más estricta o que haya menos inmigrantes no es por sí mismo racista. En lugar de verse impulsados por el odio racial, la mayoría de los nacionalpopulistas consideran que tratar de reducir la inmigración o ralentizar el cambio étnico es un intento de detener la disminución de tamaño de su grupo, promover sus intereses y (en su opinión) evitar la destrucción de su cultura y de su identidad.

¿Enclaves blancos amenazados?

Otro mito es que las inquietudes de los ciudadanos por la inmigración están alejadas del mundo real, que el nacionalpopulismo solo atrae a personas que no tienen experiencia con los inmigrantes o las minorías y que se atrincheran en enclaves blancos amenazados. Esto está estrechamente vinculado al concepto de que, a la larga, el contacto inevitable entre los diferentes grupos étnicos, raciales y religiosos pondrá freno a los prejuicios,

una idea que las ciencias sociales denominan «teoría del contacto». Se inspira en trabajos anteriores, realizados durante la Segunda Guerra Mundial, que demostraron que cuantas más travesías realizaban los blancos en barcos de la Marina Mercante estadounidense que llevaban afroamericanos, menores eran sus prejuicios.[27]

Pero hay buenas razones para cuestionar esta línea de pensamiento. En primer lugar, no encaja fácilmente con el hecho de que quienes votan a los nacionalpopulistas suelen vivir muy cerca de barrios con diversidad étnica o en comunidades que están experimentando un rápido cambio étnico. Algunos expertos, como Robert Putnam, han argumentado que, en el segundo caso, los ciudadanos —al menos a corto plazo— confiarán cada vez menos en los demás, estarán menos dispuestos a cooperar, establecerán menos vínculos con otras personas y se apartarán del resto del mundo (pensadores como Paul Collier también han expresado la idea de que la inmigración puede producir una disminución de la confianza y el respeto mutuos).[28]

Otros afirman que lo que realmente importa es la calidad del contacto entre los diferentes grupos y que la mayoría de las personas solo experimentan contactos breves o «pasajeros» que pueden reforzar estereotipos negativos y afianzar la hostilidad. Pero también podemos analizar ejemplos del mundo real como los de Estados Unidos. A pesar de contar con un largo y rico historial de inmigración y una historia nacional construida alrededor del «crisol de culturas», en 2016, no obstante, más de 62 millones de estadounidenses eligieron a un presidente que había prometido tomar medidas drásticas contra varias formas de inmigración.

Hacía mucho que lo había predicho el experto Samuel Huntington, quien había sostenido, más de una década antes de la llegada de Trump, que los profundos cambios que se estaban produciendo probablemente generarían «un movimiento de estadounidenses blancos nativos que revivirían los conceptos raciales y étnicos, descartados y desacreditados, de la identidad estadounidense y crearían unos Estados Unidos que excluirían, expulsarían o reprimirían a las personas de otros grupos raciales, étnicos y

culturales». Apuntaba a la experiencia histórica para argumentar que esta era una reacción muy probable «de un grupo étnico-racial, antaño dominante, que se siente amenazado por el crecimiento de otros grupos». [29] De hecho, mucho antes de Trump, los expertos ya habían constatado que los blancos que vivían en comunidades que habían sufrido un cambio étnico rápido eran más proclives a sentirse amenazados y estaban más dispuestos a apoyar una política de inmigración más restrictiva. Por ejemplo, un rápido incremento en la proporción relativa de latinos o hispanos en algunos condados de Estados Unidos se asoció positivamente con una reacción hostil hacia estos grupos entre los estadounidenses blancos.[30]

No hay ninguna duda de que algunos estadounidenses que viven en condados que más tarde pasaron a apoyar a Trump habían vivido cambios étnicos importantes. Muchas áreas en las que caló el mensaje de Trump habían sido blancas históricamente, pero, durante los primeros años del siglo XXI, fueron testigos de una rápida entrada de nuevas poblaciones no blancas y sobre todo latinas. Durante las primarias de Estados Unidos, Trump ganó en la inmensa mayoría de los condados donde el índice de cambio étnico se había, como mínimo, duplicado entre el año 2000 y el 2015, impulsado en gran parte por la llegada de trabajadores latinos; en lugares como el condado de Carroll en Iowa o el condado de Hendricks en Indiana, los latinos fueron a trabajar a las plantas de procesamiento de carne o a los aeropuertos.[31]

Un ejemplo de área de rápida diversificación que se inclinó a favor de Trump es Arcadia y las comunidades vecinas en el condado de Trempealeau, Wisconsin, antaño una ciudad ferroviaria en cuya construcción participaron principalmente inmigrantes europeos. Entre 2000 y 2014 pasó de estar formada por una población mayoritariamente blanca a tener más de un tercio de latinos gracias a la llegada masiva de trabajadores mexicanos, hondureños y salvadoreños a las explotaciones lecheras, las fábricas de muebles y las granjas avícolas. La iglesia local incorporó misas en español, una panadería latina abrió en la calle principal, el alumnado

pasó de estar compuesto solo por niños blancos a un 73 % de hispanos y las señales viales se tradujeron al español. A pesar de que el condado había votado a los demócratas en todas las elecciones presidenciales desde 1988, en 2016 Trump venció a Clinton por trece puntos.

Es importante destacar que en estas zonas el desempleo solía ser inferior a la media, aunque el llamamiento de Trump para construir un muro en la frontera mexicana y dar prioridad a los trabajadores estadounidenses tocó la fibra sensible de quienes se sentían incómodos con la velocidad a la que estaban cambiando sus comunidades y su país. Los estudios sobre el voto a Trump ya han demostrado que vivir en áreas en las que la proporción de latinos había aumentado considerablemente en la década anterior era un indicador clave de este apoyo, incluso teniendo en cuenta condiciones económicas como el número de empleos industriales. Así pues, el apoyo a Trump se debió, en parte, a una «reacción adversa» entre los estadounidenses que se sentían amenazados por la veloz expansión de las poblaciones latinas en sus propias comunidades.[32]

El rápido cambio étnico fue también fundamental para la victoria del *brexit*, donde los *leavers* temieron lo que estas repentinas transformaciones étnicas supondrían para su grupo nacional, sus valores y su modo de vida. Una idea que ganó terreno es que el *brexit* lo habían promovido los blancos de zonas habitadas solo por blancos y sin inmigrantes. Este planteamiento fue muy popular entre escritores que afirmaban que, al no haber inmigrantes, «los culpaban en parte de las dificultades económicas, muy reales y asentadas, que sufrían los locales».[33] Pero eso no era cierto. Este argumento podría parecer correcto si se hubiese considerado únicamente el nivel estático de la inmigración. Por ejemplo, en las veinte zonas con menor proporción de residentes no blancos, quince votaron a favor del *brexit*, mientras que en las que había una mayor proporción, dieciocho votaron *remain*. Pero si analizamos el índice de cambio étnico, la situación cambia.

Incluso cuando los investigadores tuvieron en cuenta la cifra total de inmigración, así como la edad y el perfil educativo de un área, el apoyo al *brexit* fue mayor en zonas que, durante la década anterior, habían registrado

una rápida inmigración, como la ciudad costera de Boston, en Lincolnshire. Entre 2001 y 2011, el porcentaje de personas de Boston que habían nacido fuera del Reino Unido se quintuplicó, hasta alcanzar más del 15 %. Mientras que en 2001 la comunidad de nacidos en el extranjero constaba de 250 alemanes, en 2011 había casi 65.000 trabajadores de países de la Unión Europea, como Polonia, Lituania y Rumanía. En muy poco tiempo, algunos colegios locales contaban con un 62 % de niños con origen inmigrante. Tres cuartas partes de la población de Boston votó a favor del *brexit*.

También podemos analizar los hechos en otros lugares de Europa. Durante las dos últimas décadas, numerosos estudios han demostrado que los partidarios del nacionalpopulismo suelen vivir en áreas muy cercanas a comunidades multiétnicas (es el denominado «efecto dónut») o que han sufrido un rápido cambio étnico en poco tiempo. Los logros de Vox en Andalucía estaban estrechamente relacionados con la presencia local de inmigrantes que no procedían de la Unión Europea: en los diez municipios con una proporción mayor, Vox consiguió, por término medio, el 20 % de los votos, casi el doble de su promedio en la región. Esto se produjo después de un año en el que llegaron más de 50.000 migrantes y refugiados a las costas del sur de España.

En Francia, cuanto mayor era la proporción de inmigrantes o minorías étnicas en una región, mayor era la probabilidad de que los ciudadanos votaran a Le Pen. En los Países Bajos, los nacionalpopulistas han obtenido más votos en zonas con un número elevado de inmigrantes y en las que la gente se mostraba preocupada por los efectos de la inmigración y la criminalidad, puesto que asociaban estos cambios étnicos con el deterioro de su barrio y con una amenaza a su forma de vida (este apoyo se redujo a medida que aumentaba la densidad étnica de las áreas).

En otras partes de Europa, como en Bélgica, el apoyo al nacionalpopulismo ha sido más importante en zonas con una mayor presencia de musulmanes, mientras que la proporción de inmigrantes no musulmanes no afectó en nada. En Alemania, el apoyo fue más notorio en regiones que registraron un repentino aumento, en poco tiempo, del número

de minorías. El apoyo en Suiza se vio impulsado por el sentimiento entre la población de que la inmigración suponía una amenaza a su comunidad, que a su vez era más fuerte en áreas que tenían cifras de inmigrantes, por encima de la media, procedentes de la antigua Yugoslavia y Albania. Y en Suecia, el apoyo ha sido mayor en zonas que no solo tenían problemas económicos, sino también un mayor número de inmigrantes o que lindaban con comunidades diversas.

Es importante destacar que estas conclusiones están respaldadas por estudios más amplios. Aunque los expertos siguen debatiendo y se muestran en desacuerdo respecto a cómo interactúan exactamente estos flujos de inmigración con las condiciones económicas predominantes, casi todos ellos concluyen que el apoyo a los nacionalpopulistas suele ser mayor en áreas que están viviendo un cambio étnico o que lindan con comunidades más diversas.[34]

¿Nacionalismo irracional?

Es inevitable que algunos lectores consideren este tipo de actitudes como un reflejo de los temores nacionalistas irracionales que fomentan la xenofobia y el racismo. Pero la forma en que reflexionamos sobre estas cuestiones la determinan nuestros propios políticos. Como ha argumentado el pensador británico David Goodhart: «Los liberales modernos tienden a creer que la preferencia por tu propio grupo étnico o incluso tu propia nación es una forma de racismo. Los conservadores lo consideran sentido común y les molesta que los tachen de racistas».[35]

En los debates acerca de la legitimidad filosófica del nacionalismo, los críticos liberales y de izquierdas señalan que los nacionalistas no son capaces de identificar un único aspecto clave que mantenga unida a la población. Si bien los países suelen tener un solo idioma, Suiza tiene varios. De igual manera, tener una religión nacional no es necesario: los Países Bajos han estado divididos históricamente en católicos y protestantes, y

Geert Wilders es agnóstico. Al reflexionar sobre este vacío, el historiador marxista Eric Hobsbawm afirmó: «Ningún historiador serio de naciones y nacionalismo puede ser un nacionalista político comprometido [...] El nacionalismo requiere demasiada fe en lo que claramente no es así».[36] Sin duda, el nacionalismo holístico ha demostrado a veces que tiene una fuerza muy peligrosa, como en el caso del nazismo.

Sin embargo, rechazar categóricamente la legitimidad de la nación imposibilita cualquier comprensión seria del nacionalpopulismo. De hecho, justo en el momento en que los nacionalpopulistas empezaron a conseguir un apoyo importante en Europa occidental, comenzó a surgir un nuevo pensamiento sobre la nación como grupo cultural, aunque no necesariamente étnico, caracterizado por una identidad y unos valores cívicos compartidos. Un buen ejemplo lo plantea David Miller, que ha pretendido mostrar el nacionalismo como una forma de «metaideología», relevante para numerosas políticas liberales y de izquierdas, y que va mucho más allá del amor por las características específicas del entorno de un país y una forma concreta de vida, que se suelen asociar con el «patriotismo», o las preocupaciones nativistas con la demarcación de fronteras.[37]

Su argumento se puede dividir en tres partes. Primero, que las personas pueden reclamar legítimamente una identidad nacional basándose en un sentimiento de historia y valores compartidos, lo que incluye un sentido de misión nacional, aunque esto no significa que no puedan tener otras identidades, como su clase social o género. En otras palabras, el deseo de pertenencia a una nación no debe verse como un tipo de perversión patológica o una prueba automática de estupidez intelectual.

Segundo, dado que los nacionalistas defienden los intereses de la nación, Miller sostiene que son «comunidades éticas», es decir, sus miembros tienen un mayor sentido del deber y las obligaciones hacia los demás en su comunidad nacional que el resto. Además, consideran que tienen un mayor derecho a recibir beneficios: pensemos en quienes lucharon por su país en la guerra o tributaron toda su vida frente a alguien

que acaba de llegar al país como inmigrante económico. Miller cree que este aspecto ético es importante para una serie de políticas deseables socialmente, como la redistribución de ingresos, que necesita no solo un Estado eficiente, sino también alguien que inspire una confianza generalizada. La redistribución significativa de recursos en toda la sociedad nos obliga a identificarnos plenamente con nuestros conciudadanos. Sin esa confianza y sin un mayor sentido de pertenencia común, este tipo de sistemas de redistribución de los recursos nacionales fracasaría.

Tercero, las personas que forman una comunidad nacional tienen derecho a la autodeterminación; en otras palabras, pueden elegir con qué forma de gobierno y Estado quieren vivir.

Como era de esperar, estas opiniones provocan una respuesta airada. Por ejemplo, un fuerte sentido del nacionalismo no siempre garantiza el apoyo a las políticas de redistribución: véase el caso de Estados Unidos, donde incluso los blancos se han opuesto a los amplios programas de redistribución y ayuda social. La doctrina dominante de autodeterminación también puede ser una vía a la fragmentación, que en la práctica podría hacer que los estados ricos y pequeños sean menos soberanos. De hecho, un argumento fundamental para la Unión Europea es que comparte la soberanía para conseguir mayor protección de organismos como las multinacionales, que buscan reducir los costes de producción y pagar los impuestos donde sean más bajos. Sin embargo, los teóricos como Miller no discuten si, por ejemplo, el Reino Unido estaría en una mejor situación dentro o fuera de la Unión Europea. La cuestión es que las personas tienen derecho a elegir proteger lo que consideran su independencia e identidad nacionales.

Un destacado defensor de puntos de vista similares es David Goodhart, que ha afirmado, en el contexto del Reino Unido, que el gran aumento de la inmigración pone en peligro el Estado de bienestar de la nación, ya que muchas personas consideran que los recién llegados no deberían tener, de manera inmediata, los mismos derechos sociales que los contribuyentes de toda la vida. La inmigración a gran escala también puede amenazar el pacto

no escrito entre diferentes generaciones, por el que las personas están dispuestas a pagar más impuestos en beneficio de los que las siguen. Esto guarda relación con la manera en que, como hemos visto, muchos ciudadanos en todo Occidente aún tienen un fuerte sentido de apego a sus comunidades asentadas, las normas comunes y el Estado nación. La izquierda liberal tiene una mentalidad mucho más individualista y, por lo general, no entiende este apego.

El psicólogo social Jonathan Haidt, que se describe a sí mismo como un estadounidense «centrista», ha planteado cuestiones relativamente similares. Haidt sostiene que el himno de los «globalistas» es la canción de John Lennon: «Imagina que no hay países. No es difícil hacerlo. Nada por lo que matar o morir...». Haidt rebate que el amor por el propio país no implica necesariamente ningún sentido de superioridad peligrosa, del mismo modo que el amor a la propia pareja no menosprecia a los demás. Tener un sentido de identidad, normas e historia compartidos fomenta la confianza, y las sociedades con una gran confianza «producen muchos resultados positivos para sus ciudadanos: índices de criminalidad más bajos, menores costes de transacción para las empresas, niveles más altos de prosperidad y una propensión a la generosidad, entre otros». Lo que a menudo se ve como racismo puede estar íntimamente ligado a las inquietudes morales de las personas, sobre todo para intentar proteger a su grupo o sociedad de lo que ven como una grave amenaza «normativa» a su identidad y valores (aunque Haidt deja claro que no utiliza el término *moral* para refrendar el racismo).[38]

Para Haidt, hay una diferencia moral crucial entre los liberales, que destacan la autonomía, y los conservadores, que hacen hincapié en la comunidad y, en algunos casos, la divinidad; entre quienes están más preocupados por la equidad y evitar daños y los que se centran en el cuidado, la reciprocidad y la defensa de una comunidad que, en su opinión, se está destruyendo. Aunque Haidt resta importancia a las inquietudes morales y comunales de algunos liberales que distan mucho de ser egoístas racionales, apunta acertadamente a la forma en que los nacionalpopulistas

consideran morales sus propios argumentos.

Los que critican a los nacionalpopulistas cuya respuesta automática es acusarlos de irracionales, básicamente nacionalistas sin estudios y racistas, deberían reconsiderar esos planteamientos.

Mirando al futuro

Las preocupaciones del pueblo por la inmigración y el cambio étnico, y los consiguientes debates intelectuales, parecen intensificarse en lugar de atenuarse. Esto se debe a que el hipercambio étnico no solo continuará, sino que se acelerará.

Una razón para ello es que mientras los países que tienden a enviar emigrantes están creciendo muy rápidamente, al igual que las comunidades de inmigrantes y minorías étnicas ya asentadas, gran parte de Europa y América del Norte en general tienen tasas de natalidad que están por debajo del denominado «nivel de sustitución», que es aquel en el que la población se reemplaza exactamente a sí misma de una generación a la siguiente. Veamos unas cuantas tendencias. Los fallecimientos superan a los nacimientos en Alemania desde 1972, en Italia desde 1993 y en gran parte de Europa del Este desde mediados de los años noventa. Esto implica que, sin inmigración a gran escala, muchas naciones de Occidente, en especial de Europa, se enfrentan ahora a un descenso de la población.

Según los datos de la Unión Europea, se calcula que en más de una docena de Estados se producirá un descenso de la población natural en las próximas décadas, entre ellos Grecia, Italia, Hungría y Portugal; paradójicamente, algunos de los países que se opusieron con más fuerza a la inmigración y los refugiados están a su vez abocados a tener las poblaciones que se reducen más rápidamente en el mundo. Se prevé que en 2050 las poblaciones de Estados de Europa central y Europa del Este, como Bulgaria, Hungría, Letonia, Lituania, Polonia y Rumanía, se reduzcan al menos un 15 % debido a las bajas tasas de natalidad, la alta tasa de

mortalidad y el hecho de que los jóvenes se trasladan a economías más florecientes.

Comparemos esto, por ejemplo, con la situación en África, de donde proviene la mayoría de los refugiados que entran en Europa. Se prevé que en las próximas décadas, la población de Nigeria, que ya ha aumentado más del triple desde 1960 a casi 190 millones de personas, llegue a más de 300 millones en 2050. Así, el país, que cuenta con pocos más musulmanes que cristianos, será el tercero más poblado del mundo y estará en vías de superar la población de la Unión Europea. Aunque se prevé que la población mundial alcance casi 10.000 millones de personas en 2050, se calcula que más de la mitad de este crecimiento se producirá en África, donde en la actualidad el 60 % de la población tiene menos de veinticinco años.[39] De hecho, algunas estimaciones indican que la población de África alcanzará los 4.500 millones de personas en 2100 y, en ese momento, la población de la Unión Europea habrá descendido a solo 465 millones. [40]

Incluso sin hambrunas, caídas de Gobiernos o guerras resulta difícil pensar que estos cambios demográficos no afectarán al número de personas que intentan entrar, legal o ilegalmente, en el próspero Occidente. Quizá los responsables políticos encuentren una forma de animar a estas poblaciones a que se queden en sus países, pero, si no pueden, lo que parece muy probable, las preguntas que ahora se plantean los nacionalpopulistas sobre la inmigración y sus problemas asociados serán todavía más importantes.

Las naciones occidentales, por lo tanto, van camino de vivir un importante y continuo cambio étnico y presiones demográficas. Cada vez más, la población autóctona será más consciente de la reducción de su propio grupo en relación con los inmigrantes y las comunidades minoritarias. En Estados Unidos, por ejemplo, la proporción de población inmigrante se duplicó con creces entre 1960 y 2016 hasta alcanzar casi el 14 %, mientras que, en ese mismo periodo, la tasa de fecundidad se redujo a la mitad. Esto es lo que subyace en el hecho de que mientras el 87 % de la población en 1950 estaba formada por blancos, se prevé que esa cifra

descienda hasta el 47 % en 2050. Se calcula que en el Reino Unido, a mediados del siglo XXI, el porcentaje de población formada por minorías étnicas y blancos no nativos aumentará hasta un 44 %, momento en que estos grupos también contabilizarán la mitad de todos los niños menores de cuatro años.[41] Se prevé que, en Europa occidental en 2050, la población nacida en el extranjero alcance entre el 15 % y el 32 % en varios Estados, mientras que en países como Suecia y los Países Bajos tendrán, con toda probabilidad, mayoría de población de origen extranjero al final del siglo. El Pew Research Center estima que, en 2050, incluso sin más inmigración, la proporción de población musulmana será más del doble en el Reino Unido, Dinamarca, Finlandia, Francia, Italia, Noruega, Portugal, España y Suecia. Con una inmigración continuada, podría alcanzar el 14 % en toda Europa —un aumento significativo, aunque no se acerca a las exageradas profecías de «toma del poder» de los agoreros de Eurabia—, aunque es probable que tenga consecuencias políticas.[42]

Algunos podrían argumentar que los efectos de estas tendencias serán mínimos a medida que la religión desaparece de la vista y las minorías se integran en la corriente dominante liberal. Claro está, no hay que obviar el número creciente de musulmanes que están cambiando determinados aspectos de sus valores. El Pew reveló que, en Estados Unidos, en 2017, el 52 % de los musulmanes aceptaban la homosexualidad, frente a un 27 % en 2007 (y más que los cristianos evangélicos, con un 34 %).[43] Pero también es cierto que los inmigrantes más jóvenes de fuera de Europa tienden a ser más religiosos que la comunidad receptora, y a menudo lo son tanto como sus mayores.[44] En países como el Reino Unido y los Países Bajos, este factor se ve agravado por una tendencia a vivir en comunidades relativamente cerradas que refuerzan los estilos de vida. A pesar de que se está produciendo un declive de la religiosidad, sobre todo en los Estados europeos católicos, las diferencias en las tasas de fecundidad, los flujos migratorios y las estructuras por grupos de edad indican que Europa occidental puede ser más religiosa a finales del siglo XXI que a su comienzo. Europa puede llegar a una fase de «desecularización» cuando el descenso

de confesiones religiosas se vea compensado por el aumento de poblaciones de creyentes (y más jóvenes) de origen inmigrante.[45]

Los nacionalpopulistas han puesto en el punto de mira a los musulmanes y el islam, a los que presentan como una amenaza cultural y demográfica para Occidente, mientras que muchos en la corriente dominante aprovechan la amenaza de unos pocos islamistas violentos, que incluyen a terroristas nacidos en el país. Existe desde luego una audiencia dispuesta a recibir estas campañas. En 2018, el Pew Research Center constató que gran parte de la ciudadanía apoyaba la idea de que «el islam es básicamente incompatible con la cultura y los valores de nuestro país», con porcentajes que van desde el 53 % en Italia hasta a más del 40 % en Dinamarca, Alemania, Países Bajos y Suiza. Las campañas de exclusión contra el islam pueden incitar a los musulmanes a buscar refugio en la religión o hacer que estén más dispuestos a participar en acciones políticas para defender el islam, lo que aumenta la probabilidad de un ciclo de movilización.[46]

Es evidente que estos cambios culturales actuales y los temores que generan influyen mucho en la revuelta nacionalpopulista. Sin embargo, esto no significa que debamos ignorar por completo las perspectivas económicas, tal como veremos en el siguiente capítulo.

5

PRIVACIÓN

El sistema económico que caracteriza a Occidente se conoce como capitalismo. Algunos de sus modelos han variado con el tiempo desde que inició su rápido aumento hace más de cuatrocientos años. El cambio más importante, en términos de sus repercusiones, posiblemente ha tenido lugar en los últimos cincuenta años y es otro de los factores del auge del nacionalpopulismo.

Tras la devastación causada por la Gran Depresión en los años de entreguerras, los Gobiernos en Occidente empezaron a asumir una mayor responsabilidad para garantizar el bienestar económico de sus ciudadanos. Esto implicaba un compromiso con objeto de lograr un alto nivel de empleo y aumentar el bienestar social, a pesar de que las normas variaban considerablemente, desde algunas poco consistentes en Estados Unidos hasta amplios sistemas «de principio a fin» en Europa, donde el Estado desempeñaba un papel fundamental.

Esto culminó, después de la Segunda Guerra Mundial, en la llamada «Edad de Oro», una nueva época de crecimiento, de aumentos salariales y una creciente igualdad de los ingresos y la riqueza. No obstante, duró poco

y, en la década de 1970, llegó a su fin a medida que resurgía la «estanflación» (inflación acompañada de un menor crecimiento). En estas circunstancias, el fundamentalismo de libre mercado retornó con mayor fuerza. En los años ochenta, este neoliberalismo, como se lo conoció, se extendió por todo el mundo.

En el siglo XXI, sin embargo, la historia del neoliberalismo ha sido objeto de crecientes ataques. Las tasas de crecimiento en Occidente han sido decepcionantes, mientras que la debacle financiera mundial que se produjo en 2008 e impulsó la Gran Recesión dio lugar a una oleada devastadora de políticas de austeridad fiscal —entre ellas recortes drásticos en el gasto gubernamental y en los servicios— en muchos países y llevó la miseria a millones de ciudadanos. Además, el neoliberalismo ha alterado de manera importante la distribución de los ingresos y la riqueza. El economista Thomas Piketty ha puesto de relieve que, en Occidente, las desigualdades han vuelto a los niveles de hace cien años,[1] en contraste con el 1 % de las élites, que se han enriquecido aún más, llevan vidas independientes y desconocen en gran medida los intereses que unen a los votantes «olvidados».

Para dar sentido al modo en que estos progresos económicos históricos han ayudado a disparar el nacionalpopulismo, necesitamos retroceder y tener en cuenta el aumento del capitalismo durante un periodo prolongado. Esto nos permite presentar diversos argumentos fundamentales. El primero es que el capitalismo occidental es una ética que ensalza la consecución del interés personal como un medio para aprovechar al máximo el crecimiento económico en beneficio de todos (el capitalismo asiático tiene un espíritu más colectivista). Como opinaba infamemente el financiero ficticio, aunque demasiado real, Gordon Gekko en la película *Wall Street* (1987), «La avaricia, a falta de un término mejor, es buena». La ausencia de controles eficaces de la codicia en el sector bancario contribuyó a desencadenar la Gran Recesión, aunque ni un solo director ejecutivo de Wall Street fue procesado.[2] Esto es lo que sin duda indujo a Gordon Gekko, en la segunda parte de *Wall Street* de 2010, a regodearse en que la avaricia no

solo era buena, sino que «ahora es legal».

Otro punto es que este estado de las cosas supone un cambio radical con respecto al pasado. Tradicionalmente, el capitalismo estaba legitimado por mucho más que su capacidad para generar ventajas materiales de forma generalizada. Al principio, se sustentaba en valores religiosos que ensalzaban el trabajo y una misma comunidad. El espíritu del capitalismo también se vio reforzado por el nacionalismo, que contrarrestaba los llamamientos socialistas para lograr una mayor igualdad. Además, sobre todo en la Europa de la posguerra, las economías se caracterizaban por una fiscalidad redistributiva, el pleno empleo y unas redes de bienestar social favorables. En la actualidad, los efectos de la religión en los valores sociales son mucho más débiles, mientras que el resurgimiento del nacionalismo cuestiona el aumento del capitalismo globalizado.

Estas cuestiones conducen a nuestro argumento principal de que la revuelta nacionalpopulista actual va ligada en parte al auge del neoliberalismo, sobre todo debido a una creciente sensación de privación relativa que une a numerosos ciudadanos. Esto no solo hace referencia a una privación objetiva, como puede ser vivir con unos ingresos bajos, perder el trabajo o sobrellevar un crecimiento económico lento. Más bien abarca grandes temores entre las personas que, tanto ellas como su grupo, salen perdiendo en comparación con los demás en la sociedad, para quienes un mundo de prosperidad en aumento y una movilidad social ascendente han llegado a su fin, y con ello no solo la esperanza, sino también el respeto.

Muchos expertos afirman que los aspectos culturales, sobre todo la inmigración, son primordiales cuando se explica la atracción que ejercen movimientos como el *brexit* o Trump, teniendo en cuenta la escasa correlación que existe entre la votación y las personas con salarios bajos. No obstante, lo realmente importante en el contexto económico es el estado de ánimo de los ciudadanos: sus percepciones subjetivas sobre el modo en que están cambiando su propia posición y la del grupo más amplio en comparación con los demás en la sociedad. Este sentimiento de privación

relativa afecta no solo a los más pobres en el último peldaño de la escala social, sino que se extiende a los trabajadores a tiempo completo, a parte de la clase media y también a los votantes jóvenes.

La legitimación del capitalismo incipiente

A pesar de que la propiedad privada ha existido desde tiempos inmemoriales en la mayoría de las sociedades, el capitalismo solo evolucionó rápidamente después del siglo XVII como consecuencia de la confluencia de distintos factores en Europa, entre ellos un nueva forma de pensar que acompañó a la Reforma y a la Ilustración.[3] Pero para entender el modo en que el capitalismo dejó espacio al nacionalpopulismo, debemos centrarnos en cómo se legitimó inicialmente a los ojos del pueblo.

El término *capitalismo* no fue de uso común hasta finales del siglo XIX, pero su manifiesto trascendental fue la obra *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776), de Adam Smith, quien declaró que es mejor que los ciudadanos se ocupen de perseguir sus intereses particulares. Lejos de verlo como una amenaza al orden social, Smith proclamó las virtudes del trabajo duro para las personas y sostenía que una «mano invisible» llevaría a una asignación de recursos en el mercado libre. Como resultado, propugnó lo que se conocería como la visión *laissez-faire* del Gobierno, cuya función debería reducirse al mínimo para no interferir en los derechos de las personas y el dinamismo que crearía el nuevo orden económico.

Smith lo escribió en una época en que la Revolución Industrial cobraba impulso y cambiaba drásticamente las sociedades occidentales. Creó lo que Karl Marx denominó una nueva «burguesía», una élite económica gobernante que controlaba tanto «los medios de producción», sobre todo fábricas y materias primas, y «los medios de coacción», como el ejército, la policía y los ordenamientos jurídicos. La élite supervisaba al «proletariado» o a los trabajadores que, al haber estado vinculados anteriormente a la

comunidad local y a la tierra mediante lazos medievales de feudalismo, ahora se sacrificaban en las fábricas y en las ciudades a cambio de unos salarios bajos.

Marx sostenía que esta situación nueva y desigual era insostenible porque las divisiones de clase alejaban al pueblo de su humanidad común, mientras que el incesante afán de lucro llevaría a la élite capitalista a sustituir a los trabajadores por máquinas. Esto, a su vez, provocaría el alzamiento de las masas empobrecidas, que marcaría el comienzo de la era comunista; al menos, esa era la teoría. No obstante, en Occidente, la violenta revolución liderada por los trabajadores, que Marx predijo en su *Manifiesto comunista* (1848), no apareció. Pese a los desplomes periódicos, como la Gran Depresión de la década de 1870, el sistema capitalista fue legitimado inicialmente por un crecimiento sin precedentes, que generó beneficios a un número cada vez mayor de personas. Aunque estas ganancias se distribuyeron de forma muy desigual, en los países más ricos surgió «una aristocracia del trabajo», trabajadores en una mejor situación económica que pensaban menos en fomentar la revolución que en lograr mejores salarios y condiciones laborales por medio de sindicatos, como los que fundó el Congreso de Sindicatos británico en 1868.

Tradicionalmente, el capitalismo se legitimó aún más de dos formas distintas: con la religión y el nacionalismo, que a menudo se superponen. Los primeros países claramente capitalistas que surgieron después del siglo XVI fueron Inglaterra y los Países Bajos, ambos marítimos, donde el protestantismo no solo proclamaba las bondades del trabajo duro y el ahorro, sino también la misión especial de cada nación para expandir el comercio y la prosperidad. Para muchos estadounidenses del siglo XIX, adoptó la forma de «destino manifiesto», la creencia de que el país se caracterizaba por unas instituciones y un pueblo singulares que tenían el destino que Dios les había dado para ir hacia el oeste (incluye la limpieza étnica de los indios norteamericanos). A principios del siglo XX, el enaltecimiento de la caridad cristiana —reforzada por los ataques populistas y progresistas a la avaricia de una élite empresarial y financiera emergente y

plutocrática— contribuyó a la creación de organismos bien dotados y muy difundidos, como la Fundación Rockefeller, que promovieron las buenas causas, tales como la educación y la salud pública (en 1913, la fortuna de John D. Rockefeller estaba valorada en unos 400.000 millones de dólares en dinero actual, en comparación con la del hombre más rico en 2018, Jeff Bezos, director general de Amazon, que es de apenas 150.000 millones).

El siglo XIX fue asimismo un periodo en que el nacionalismo se estaba propagando a gran velocidad. En Europa se vio fomentado por las élites políticas y económicas, que lo vieron como un modo de hacer frente al auge del socialismo, a pesar de que la necesidad de reclutar ejércitos de masas disciplinadas que se emplearon en inculcar valores nacionalistas constituyó otro motivo de preocupación. En las grandes potencias y en democracias de masas emergentes como las del Reino Unido y Alemania adoptó la forma de «imperialismo social», que consistía en que el Estado prestaba servicios básicos de bienestar social, como la asistencia sanitaria y las pensiones de jubilación, al tiempo que promovía el orgullo en el imperio y una floreciente riqueza nacional. En Estados Unidos, un espíritu produccionista protestante proclamó el país como el hogar de gente que trabaja duro y que quiere prosperar en la vida. Esta cultura también fue adoptada por oleadas sucesivas de inmigrantes que, a partir de la década de 1840, procedían del catolicismo y de otras religiones, principalmente como migrantes económicos en busca de una nueva vida en la «tierra de las oportunidades».

La legitimidad del capitalismo, no obstante, fue objeto de una gran presión tras el Crac del 29, que hundió a buena parte de Occidente en la depresión más grave del siglo XX. Entre 1929 y 1932, la producción de Estados Unidos cayó un 30 %, trece millones de trabajadores perdieron sus puestos de trabajo, el desempleo se disparó hasta el 25 % y se produjo una reducción del 40 % en las rentas anuales de las familias. A pesar de que el término *sueño americano* se popularizó en esa época para que el pueblo recordara que vivía en una tierra de grandes oportunidades, muchos vivían en la pobreza y estaban desesperados ante el futuro.

Mientras tanto en Europa, cuando Adolf Hitler llegó al poder en 1933,

la tasa de desempleo en Alemania había alcanzado el 30 %. Pese a que la mayoría de los votantes desempleados apoyaron a los comunistas, Hitler obtuvo mucho apoyo entre los «trabajadores pobres», personas con empleo, a menudo trabajadores por cuenta propia, pero que tenían dificultades todos los meses y temían a los comunistas.[4] En la Italia fascista, la depresión económica también afectó seriamente, a pesar de que el Gobierno respondió de manera efectiva aumentando las funciones del Estado. Los nazis hicieron lo mismo: copiar los programas de bienestar social fascistas, que incluían vacaciones subvencionadas. En 1939, los nazis construyeron el mayor hotel del mundo para los trabajadores en la isla de Rügen (con el nuevo milenio, su armazón se convirtió en pisos de lujo y en un hotel).

El capitalismo del bienestar y la Edad de Oro

La Gran Depresión contribuyó a crear una corriente de opinión favorable al aumento de la intervención del Gobierno en la economía. En democracias como la del Reino Unido, fueron los conservadores los encargados de ampliar la protección social, mientras que en Suecia los socialdemócratas fueron los primeros en implantar, durante la década de 1930, un importante Estado de bienestar, un modelo que atrajo a muchos admiradores en Estados Unidos.[5] La respuesta de Estados Unidos a la Gran Depresión es particularmente reveladora respecto a la creciente convicción de que había que poner freno al capitalismo desmedido, entre otras cosas para debilitar el posible llamamiento al fascismo y a un populismo que resucitó en Estados Unidos en la figura de Huey Long.

En 1932, Estados Unidos eligió presidente al demócrata Franklin Delano Roosevelt, que prometió un *New Deal*. Aunque Estados Unidos tenía unos niveles relativamente bajos de intervención estatal en la economía, más allá de ámbitos como los controles «antimonopolio» para poner freno a los monopolios y oligopolios que los populistas tanto odiaban, el *New Deal* apuntaba a un cambio de rumbo importante. Incluía

controles a la banca, que había sido la principal responsable del crac; enormes programas de infraestructura para proporcionar empleo de forma inmediata y crecimiento a largo plazo, y nuevas prestaciones para los jubilados, los desempleados y las madres toxicodependientes. Nuevas reformas reconocieron a la mayoría de los trabajadores el derecho de unirse a los sindicatos, lo que les otorgó un mayor poder de negociación para mejorar sus condiciones y salarios.

Aún había problemas. Las personas con empleo dependían de las empresas para obtener prestaciones como un seguro de salud, y muchas no ofrecían este tipo de beneficios, mientras que los más necesitados solían recurrir a la beneficencia y a las iglesias. Se excluyó a muchos negros, puesto que la seguridad social no cubría a los campesinos ni a los empleados domésticos. No obstante, los logros del *New Deal* son importantes, sobre todo porque se consiguieron con una férrea oposición de los defensores del libre mercado, que distaban mucho de haber sido silenciados por la Gran Depresión.

A finales de los años treinta, la influencia del economista liberal británico John Maynard Keynes potenció la idea de que el Gobierno tenía que desempeñar un papel fundamental en la administración de la economía y en garantizar el bienestar del pueblo.[6] En 1936, su libro *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* tuvo una influencia inmediata a nivel mundial. Mientras que el *New Deal* se centró en la microeconomía, Keynes se interesó más en la macrogestión del conjunto de la economía. Afirmó que era posible suavizar el ciclo periódico de alzas y desplomes del capitalismo mediante una política gubernamental. A medida que una economía entra en recesión, el gasto debe aumentar en lugar de recortarse a fin de equilibrar el presupuesto, tal y como dicta la sabiduría imperante. La clave para esto fue el «efecto multiplicador», la idea de que el gasto gubernamental no solo ayuda a aquellos a quienes afecta directamente, sino que tiene un efecto dominó más general en la sociedad y crea un círculo virtuoso (los trabajadores empleados en proyectos de nuevas infraestructuras gastan su sueldo en negocios locales, que a su vez contratan más trabajadores, que

compran más, y así sucesivamente).

Keynes encabezó la delegación británica en la Conferencia de Bretton Woods de 1944, que creó las instituciones y políticas económicas fundamentales que guiarían a Occidente en los tiempos de la posguerra. Entre ellas estaban los tipos de cambio fijos, gestionados por el FMI, que pretendían evitar las devaluaciones competitivas que se habían producido en los años treinta con el fin de abaratar los productos nacionales en el mercado de exportación. Un Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio intentó fomentar el libre comercio para contrarrestar el aumento del proteccionismo; por ejemplo, en 1930, la Ley Arancelaria Smoot-Hawley de Estados Unidos impuso aranceles en unos 20.000 productos, lo que dio lugar a que países como Canadá y Francia «empobrecieran al vecino» como represalia y a un descenso considerable y dañino del comercio. Además, la necesidad de reconstruir una Europa devastada por la guerra, unida a los temores de un comunismo en expansión, dieron lugar al Plan Marshall de 1948, con arreglo al cual Estados Unidos envió unos 100.000 millones en dólares de hoy para contribuir a restaurar la confianza de Europa en el futuro.

Los intereses estadounidenses, entre ellos la creencia de que el libre mercado supondría una ventaja para sus grandes empresas, impulsaron gran parte de esto. No obstante, Estados Unidos sabía que existirían diferencias en los regímenes económicos y de bienestar social de Occidente. El Reino Unido se incluyó en el Plan Marshall, pese al modo en que su Gobierno laborista socialdemócrata, posterior a 1945, estaba promulgando reformas drásticas, que comprendían unas tasas elevadas de los impuestos marginales (alrededor del 90 %), la nacionalización de sectores clave como el carbón y el acero y servicios como la electricidad y el gas, y la introducción de un Servicio Nacional de Salud en principio gratuito en el punto de atención. Esto contó con la implacable oposición de Winston Churchill y los conservadores, aunque, cuando regresaron al poder en los años cincuenta, aprobaron la mayoría de las reformas y aumentaron el gasto sanitario. El Gobierno laborista también tuvo que hacer frente al legado de las deudas de

la guerra, además de recurrir a empréstitos para sufragar sus funciones anticomunistas y coloniales en todo el mundo (el Reino Unido no devolvería el pago final a Estados Unidos hasta 2006).

A medida que Occidente entraba en la época de la posguerra, continuó la prosperidad económica estadounidense que había comenzado a finales de los años treinta. Tras unos inicios difíciles, también fue así en gran parte de Europa occidental, a pesar de que ningún país tenía un producto interior bruto (PIB) que fuera siquiera la mitad del de Estados Unidos. Si bien había una faceta intelectual e izquierdista de antiamericanismo en países como Francia, muchas personas en Occidente fueron a comprar al sueño americano, hedonista y optimista, simbolizado por una mayor posesión de bienes de consumo como coches, neveras y televisores.

Fue una época de rápido crecimiento, considerada actualmente la Edad de Oro del capitalismo, un periodo que va desde finales de los años cuarenta hasta principios de los setenta, cuando la prosperidad se disfrutó al máximo. Ese tiempo fue testigo del «milagro económico» de Alemania Occidental, cuando el país surgió de las cenizas tras la derrota y gozó del mayor PIB de Europa, y de *les trente glorieuses* de Francia, treinta años de excelentes resultados que convirtieron al país en la segunda potencia económica de Europa occidental, a la vez que prácticamente desaparecía el desempleo (un factor que atrajo a los inmigrantes, como sucedió en Alemania Occidental).

De forma ocasional, el apoyo público a personas ajenas a la política aumentó brevemente a raíz de diversos agravios. Como hemos indicado, en la Francia de mediados del siglo XX, el movimiento poujadista francés gozó de un efímero éxito, mientras que en los sesenta, el Partido Nacionaldemócrata de Alemania, de orientación neonazi, obtuvo algunos escaños en varios parlamentos estatales. Pero, en general, parecía que la política se había «pacificado» gracias al desarrollo, la prosperidad y los recuerdos persistentes de la guerra. En esa época, también los lazos entre el pueblo y los partidos mayoritarios eran sólidos, como veremos en el capítulo 6.

La Edad de Oro, no obstante, no deriva simplemente de las políticas keynesianas ni de las nuevas instituciones económicas internacionales. Incluso antes de la Segunda Guerra Mundial, el gasto militar registró un auge, al tiempo que se desarrollaban nuevas tecnologías para la innovación de productos inspirados en la guerra, como los aviones a reacción civiles. La Guerra Fría siguió estas tendencias, con unos Estados Unidos de libre mercado que gastaba enormes cantidades de dinero gubernamental en defensa y en prestigiosos proyectos, como el programa espacial (del mismo modo, las principales subvenciones destinadas a ferrocarriles privados fomentaron, en el siglo XIX, un rápido avance hacia el oeste). Esto contribuyó al desarrollo de grandes sectores y productos de nueva tecnología como internet, los ordenadores personales y los teléfonos inteligentes, entre ellos una incipiente Apple, que fue la beneficiaria de la Small Business Investment Company del Gobierno federal.[7] En el Reino Unido fue distinto, puesto que aquí el Estado inyectó dinero en las industrias nacionalizadas «fracasadas» y decadentes que carecían de inversiones, contaban con malos gestores y litigaban con sindicatos firmes.

El elevado gasto en defensa de Estados Unidos pronto se convirtió en una fuente importante de problemas económicos. En los años sesenta, el recrudecimiento de la guerra de Vietnam coincidió con los programas del presidente Lyndon B. Johnson sobre una «gran sociedad» y la «guerra contra la pobreza» —llegarían después de los movimientos por los derechos civiles—, que hacían mucho hincapié en las dificultades económicas de los afroamericanos. Junto con el elevado coste de la guerra, estos se añadieron al aumento de la deuda del Gobierno de Estados Unidos y a la inflación, que contribuyeron a una pérdida de confianza en el mecanismo de tipos de cambio fijos de Bretton Woods. Aunque al término de la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos había conservado más de la mitad de las reservas mundiales de oro, a finales de los años setenta, sus posesiones eran insuficientes para atender la posible demanda con objeto de «convertir el dólar» en oro, como solicitaba Bretton Woods, y, en 1971, Estados Unidos suspendió la convertibilidad.

El mundo pasó rápidamente a un sistema de tipos de cambio flotantes, en el que el valor de las divisas se determinaba por la oferta y la demanda. El resultado fue que algunos países vieron cómo se devaluaba su moneda, por lo que las importaciones se encarecieron sin que las exportaciones mejoraran necesariamente de forma significativa. Las crecientes presiones inflacionistas se intensificaron cuando los países productores de petróleo de Oriente Medio respondieron a la guerra árabe-israelí cuadruplicando el precio del crudo. A pesar de que el PIB en Occidente siguió aumentando, los precios disminuyeron y, en algunos países, se vislumbró el nuevo fantasma de la estanflación.

Entre los países más ricos, el Reino Unido se vio especialmente afectado: la inflación alcanzó su punto máximo, un sorprendente 26 %, en 1975. En comparación con el periodo relativamente estable de los años cincuenta, en 1982 el desempleo se había disparado más de seis veces hasta el 12 % (el valor real era más elevado, ya que, por razones políticas, cambiaron los modos de calcular el desempleo). Ante la caída de la libra, el Reino Unido solicitó un préstamo sin precedentes de 3.900 millones de dólares (equivalentes a unos 18.000 millones de 2018) al FMI, que a su vez exigió unos recortes drásticos en el gasto y un control gubernamental de la masa monetaria. Estos cambios desataron una oleada de huelgas de los trabajadores del sector público durante el gélido «invierno del descontento» en 1978-1979, que dio origen a noticias impactantes, como cuando los trabajadores de la Administración local dejaron a los muertos sin sepultar.

El escenario estaba preparado para el auge de una sabiduría económica bien distinta a ambos lados del Atlántico, que cambiaría la imagen de Occidente y ayudaría a allanar el camino a los nacionalpopulistas.

La Nueva Derecha y el neoliberalismo

El término *Nueva Derecha* se convirtió en moneda corriente tras la elección de Margaret Thatcher como primera ministra en 1979 y de Ronald Reagan

como presidente en 1980.[8] Ambos políticos compartían una firme oposición al comunismo, mientras que, a nivel nacional, pregonaron la necesidad de reducir más la presión fiscal, hacer retroceder al «gran» Estado y luchar contra la inflación. Otro aspecto que hay que añadir es la hostilidad de Thatcher hacia la idea de una Europa federal con un alto grado de integración, y advirtió, en su «discurso de Brujas», que el Reino Unido no había pasado buena parte de los años ochenta frenando el socialismo de Estado solo para ver a «un super-Estado europeo ejercer un nuevo dominio desde Bruselas». En cierto modo, el término *Nueva Derecha* es un nombre poco apropiado, porque muchos de sus argumentos no eran nuevos. Pero es una abreviatura útil para destacar la renovada confianza de los defensores del libre mercado y las soluciones que proponen, una cuestión sintetizada en la respuesta «TINA» de Thatcher a sus críticos de izquierdas: *There Is No Alternative*.[*]

La Nueva Derecha atrajo asimismo nuevos e importantes recursos financieros de las empresas y los ricos, sobre todo en Estados Unidos, que financió grupos de estudio influyentes, como la Heritage Foundation (1973), el Cato Institute (1977) y el Centre for Policy Studies en el Reino Unido (1974).[9] También financió campañas destinadas a los ciudadanos, entre ellas la nueva técnica de envíos de correos específicos, élites creadoras de opinión y responsables políticos, al tiempo que también apoyaba económicamente a políticos simpatizantes.

No necesitamos analizar en detalle el pensamiento de la Nueva Derecha, pero podemos identificar algunos aspectos fundamentales que ayudarán a explicar por qué sus ideas fueron tan poderosas después de los años setenta y por qué contribuyeron al auge del nacionalpopulismo. Si bien muchos nacionalpopulistas comparten algunos de estos argumentos, como la importancia del dinamismo empresarial, otros, como un libre comercio sin restricciones, les resultan inaceptables.

A grandes rasgos, existían dos alas principales de la Nueva Derecha: una radical y una tradicionalista. En la primera, el objetivo final de los «libertarios» extremos era defender una libertad «negativa»; los más

radicales consideraban que el Gobierno no debería proporcionar mucho más que la defensa y el mantenimiento del Estado de derecho para no interferir en la libertad individual. En el ala tradicionalista se encontraban fundamentalistas cristianos que se oponían a las políticas liberales, como la legalización del aborto y los derechos de las mujeres, así como neoconservadores, más preocupados por las supuestas y nefastas consecuencias culturales del «gran» Gobierno, sobre todo los sistemas de protección social, que, en su opinión, creaban personas y grupos disfuncionales que acababan dependiendo de las prestaciones. Esta acusación fue dirigida a menudo a las minorías étnicas de Estados Unidos después de los años sesenta.[10]

El principal gurú económico de la Nueva Derecha fue el austríaco Friedrich von Hayek, que publicó en 1944 *Camino de servidumbre*, su ataque solitario al auge del gran Estado. Tres años más tarde creó la Mont Pelerin Society, que atrajo cada vez más a discípulos del mundo académico, empresarial y periodístico. Hayek no aceptó la idea de Adam Smith sobre la existencia de una «mano invisible» que conduce hasta los mercados «perfectos», puesto que reconocía que podían producirse «fallos del mercado», como el dominio por parte de los monopolios. Pero respondió con una defensa «epistemológica» del mercado libre, donde afirmaba que la intervención del Estado no solo implicaba una pérdida de libertad, sino una ineficacia burocrática, ya que los planificadores carecían de la capacidad empresarial necesaria para actuar de forma eficaz en los innumerables fragmentos de información que los mercados transmiten sobre la oferta y la demanda.

Frente a una desaceleración económica, en los años ochenta las ideas de la Nueva Derecha se convirtieron en una nueva ortodoxia, sobre todo en Estados Unidos y el Reino Unido. Pese a que estas teorías económicas solían estar totalmente disociadas de la comprensión de la cultura, la sociedad y los valores de un país, también fueron cobrando importancia en los países en desarrollo, que se veían presionados por un «Consenso de Washington», encabezado por el Departamento del Tesoro de Estados

Unidos, así como por el FMI y el Banco Mundial, dominados por Estados Unidos.

Se trataba de un modelo muy diferente de los que habían contribuido al aumento de nuevos e importantes agentes económicos en los años posteriores a 1945 y que habían tenido en cuenta, de forma acertada, las prácticas y los valores locales. La aparición de Japón como una superpotencia comercial supuso unos esfuerzos de coordinación entre el Gobierno, los bancos, las empresas y los sindicatos, respaldados por barreras arancelarias y no arancelarias para proteger a las industrias (por ejemplo, normas que eran exclusivas para Japón). En los años setenta, nuevas y dinámicas potencias capitalistas saltaron a la palestra en forma de los llamados «tigres asiáticos», como Corea del Sur, donde el Estado desempeñó un papel importante en la orientación de la economía y en el cuidado de los ciudadanos.

En marcado contraste, los postulados principales del neoliberalismo o «globalización neoliberal» han sido: bajar los impuestos y reducir el Gobierno; privatizar los bienes del Estado y liberalizar las empresas y las finanzas; determinar la baja inflación en lugar del pleno empleo como objetivo prioritario, y globalizar aún más la economía abriendo los mercados nacionales al capital y al comercio internacional, así como a muchos más trabajadores inmigrantes.[11] Se estableció que el neoliberalismo era ventajoso tanto para los países en desarrollo como para los ricos.

El poderoso atractivo que ejercen algunas de estas panaceas neoliberales se refleja en el modo en que se vieron influenciados incluso muchos socialdemócratas de centroizquierda. En los años noventa, Bill Clinton y Tony Blair declararon estar trazando una tercera vía entre el capitalismo y la socialdemocracia tradicional. Blair aunó socialismo y pluralismo, aceptando una mezcla de mercados privados y estatales (ilustrado por la reforma británica de los Gobiernos laboristas en 1945-1951). A finales del siglo XX, los «nuevos Gobiernos laboristas» de Blair abandonaron sus viejas políticas emblemáticas —la nacionalización de las principales industrias, como los

suministros para el hogar y el transporte ferroviario, por ejemplo, y un mayor nivel impositivo para los ricos—, aunque las políticas redistributivas clásicas destinadas a los pobres siguieron siendo importantes, entre ellas la introducción de un salario mínimo, que frenó las crecientes desigualdades de la era Thatcher.

Mientras tanto, cuando Bill Clinton firmó el proyecto de ley sobre el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1993, que unía a Estados Unidos, Canadá y México, declaró que significaba «empleo americano, y empleo americano bien pagado». La mayoría de los economistas sostienen que el TLCAN ha sido, por lo general, ventajoso y ha fomentado el crecimiento en todo el mundo. Pero algunos ven, y con razón, que promueve un modelo económico que ha incrementado el atractivo de la promesa nacionalpopulista.

Veamos un ejemplo: México ha obtenido fábricas de automóviles estadounidenses, mientras que las empresas de Estados Unidos se han beneficiado de unos costes menores y los clientes han adquirido coches más baratos. Sin embargo, trasladar la producción implica que, en Estados Unidos, se han perdido puestos de trabajo estables y bien remunerados en el sector de la industria. Además, México empezó a importar maíz de empresas agrícolas estadounidenses, lo que hizo que la gente abandonara su tierra. Esto, junto con la eliminación por parte de México de controles estatales de los precios en algunos alimentos como parte de la liberalización del comercio, alentó aún más la inmigración, tanto legal como ilegal, a Estados Unidos. Si bien la mayoría de los economistas sostienen que la automatización y el comercio globalizado son los factores más importantes en la pérdida de puestos de trabajo en los países ricos, la inmigración parece haber dificultado que los trabajadores menos cualificados en Estados Unidos consigan aumentos salariales.[12]

El rechazo popular

Estos problemas no cayeron en saco roto para los ciudadanos estadounidenses corrientes. Mucho antes de la crisis financiera y de la Gran Recesión, numerosas personas ya se mostraban instintivamente escépticas sobre el libre comercio y estaban abiertas al argumento de que Estados Unidos necesitaba poner en primer lugar a los trabajadores estadounidenses.

Gallup suele preguntar a los estadounidenses si ven el comercio exterior como una oportunidad para crecer gracias a las exportaciones o como una amenaza a su economía a causa de las importaciones. Incluso en 1994, el año en que se presentó el TLCAN, el 40 % de los estadounidenses ya lo consideraba una amenaza, mientras que, desde entonces, aún persiste un considerable nerviosismo entre los ciudadanos. Entre 2000 y 2018, una media del 38-40 % de los republicanos, los independientes y los demócratas consideraban el comercio exterior una amenaza a la economía del país. Esto ilustra cómo, durante mucho tiempo, ha existido un público receptivo a personajes como Trump y Bernie Sanders, que criticaron el libre comercio.

Pero las preocupaciones por el libre comercio han sido particularmente intensas entre los grupos principales para los nacionalpopulistas, entre ellos los no titulados y los socialconservadores de más edad. En las últimas dos décadas, Gallup halló, por término medio, una brecha de casi veinte puntos entre la proporción de titulados universitarios que consideraban el comercio exterior una oportunidad (66 %) y la de no titulados (48 %) que opinaban lo mismo (véase la figura 5.1).[13] Otros han confirmado también esta situación.

Mientras Trump celebraba el final de su primer año en la Casa Blanca, el Pew Research Center constató que, teniendo en cuenta que uno de cada tres estadounidenses consideraba que el TLCAN había sido «perjudicial para Estados Unidos», estas cifras ocultaban importantes variaciones. Los autodenominados conservadores, con un menor nivel educativo y más mayores, tenían una opinión mucho más negativa sobre cómo había afectado el libre comercio al país: mientras casi un 70 % de los *millennials*

jóvenes consideraban que había sido positivo para Estados Unidos, solo el 48 % de las personas mayores de sesenta y cinco estaban de acuerdo; mientras un 70 % de los posgraduados pensaba que había sido bueno para el país, solo la mitad aproximadamente de los estadounidenses con un cierto nivel de enseñanza media o menos opinaban lo mismo, y mientras tres cuartas partes de los liberales creían que el libre comercio había fortalecido a Estados Unidos, menos de uno de cada tres conservadores pensaba igual. [14]

Trump fue al grano en estos asuntos y se centró en lo que él consideraba unas prácticas injustas que perjudicaban a los trabajadores estadounidenses. Como comentó en el Foro Económico Mundial de Davos en 2018, respaldaría el comercio siempre y cuando fuera «justo y recíproco», una mención no solo a la balanza comercial, sino también al modo en que los productores de los países en desarrollo acostumbran a infringir las normas occidentales.[15]

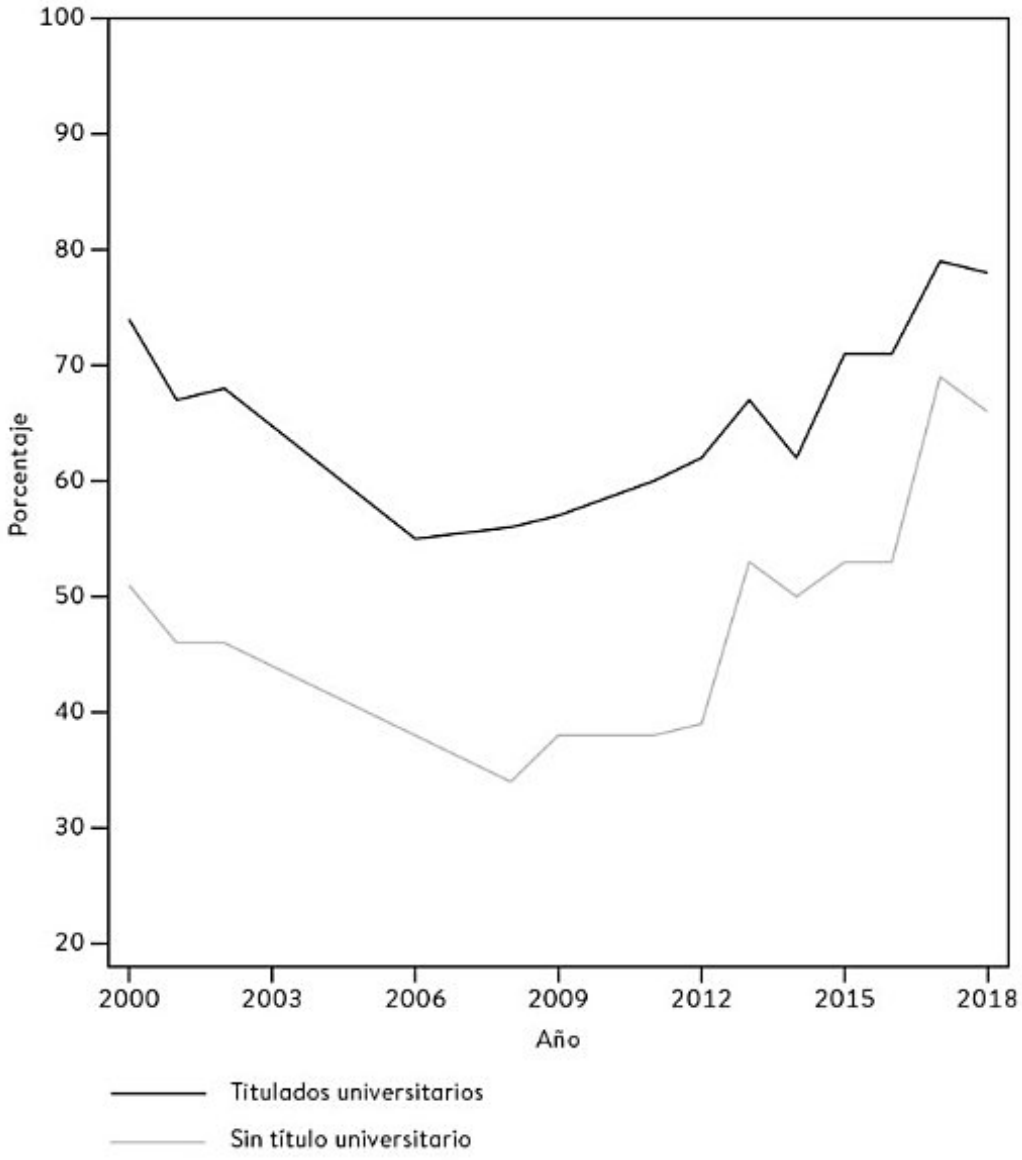
Esta ansiedad también ha sido bien patente en Europa, donde los nacionalpopulistas como Marine Le Pen hacen un llamamiento a la ciudadanía, preocupada por lo que ella denomina «globalización salvaje».

Incluso en 2017, a medida que la crisis financiera comenzó a retroceder, más de una de cada tres personas en el continente consideraban que la globalización amenazaba a los puestos de trabajo y a las empresas nacionales, a pesar de que en países como Francia y Grecia la proporción fue de más de uno de cada dos. Una vez más, esta inquietud ha sido visiblemente mayor en determinados grupos. Las personas de clase media-baja y la clase trabajadora tenían una mayor probabilidad (veinte puntos) que la clase media-alta de sentirse amenazados por la globalización.

Y tampoco se trata únicamente de economía. La convicción de que la globalización también incrementa la desigualdad social estaba incluso más extendida. Más de seis de cada diez personas en la Unión Europea y al menos siete de cada diez en Francia, Grecia y Hungría consideraban que la globalización alimenta la desigualdad social, y destacaban que resulta sumamente engañoso asociar el nerviosismo acerca de la globalización solo

con las repercusiones económicas.[16]

Figura 5.1. PORCENTAJE DE ADULTOS QUE CREEN QUE EL COMERCIO EXTERIOR ES UNA OPORTUNIDAD PARA EL CRECIMIENTO ECONÓMICO, ENTRE:



Volviendo al tema de la desregulación del neoliberalismo, un estudio excelente sobre sus problemas es la debacle bancaria que dio lugar a la Gran Recesión, cuyas consecuencias políticas fueron mucho más allá de sus

efectos económicos directos. Una causa importante fueron los cambios reglamentarios. Uno de ellos fue la derogación, en 1999, por parte de Bill Clinton de la legislación del *New Deal* que separaba las ramas comerciales y de inversión de los bancos, y, en el Reino Unido, la incapacidad de tres Gobiernos laboristas consecutivos de regular con la diligencia necesaria el sector de los servicios financieros. Estos avances subrayan la forma en que los socialdemócratas aceptaron aspectos de las políticas neoliberales sin haber analizado las posibles consecuencias, sobre todo para los trabajadores corrientes.

Los bancos vieron reforzada una mayor libertad gracias al auge, entre los economistas profesionales, de la «hipótesis de mercado eficiente», que hizo que los responsables políticos pensaran que los bancos podrían evaluar acertadamente los riesgos en distintos mercados. Muchos aclamaron la «Gran Moderación», con el argumento de que la independencia para los bancos centrales y otras entidades bancarias era sinónimo de que las economías se estaban tornando mucho menos inestables que en los turbulentos años setenta.[17] Pero se trataba de un error. Los bajos tipos de interés contribuyeron a que aumentaran las solicitudes de créditos, incluso de personas con una calificación crediticia baja en el floreciente mercado inmobiliario de Estados Unidos. Estos activos se englobaron y se comercializaron ampliamente al tiempo que agencias de calificación crediticia con intereses propios y en busca de nuevos negocios los calificaban de seguros, como se puso de manifiesto en la película *La gran apuesta* (2015), basada en el libro de Michael Lewis, cuando una *stripper* explica cómo se le permitió solicitar varios préstamos para adquirir cinco propiedades distintas. Esto se desmoronó de manera importante cuando estalló la burbuja inmobiliaria.

En países como Estados Unidos y el Reino Unido, los Gobiernos rescataron a los bancos porque eran demasiado grandes para quebrar y amenazaban con acabar con todo el sistema (un riesgo moral que podría haber incentivado unos préstamos arriesgados de forma más general). Si bien algunos altos directivos bancarios eran al menos culpables de la

codicia personal y corporativa, ninguno de ellos fue procesado en Estados Unidos, a pesar de que en el Reino Unido se ridiculizó en los medios de comunicación a sir Fred Goodwin —apodado el Triturador, director general del Banco Real de Escocia, que registró importantes pérdidas— y se lo despojó de su título de caballero. Los financieros estadounidenses pagaron multas por valor de unos 150.000 millones de dólares, pero solo se condenó a algunos peces pequeños.

El resultado, como era de esperar, fue un fuerte rechazo popular. En Estados Unidos, el Tea Party cobró importancia en 2009 y alcanzó su punto máximo al año siguiente, cuando obtuvo el respaldo de uno de cada tres estadounidenses. Aunque su motivo de preocupación inmediata fue una iniciativa del presidente Obama para rescatar de la bancarrota a los propietarios de viviendas, detrás se escondía un ataque al gran Gobierno y a las élites de Washington, que se vio reforzado por una creciente hostilidad hacia el propio Obama y otras cuestiones como la inmigración. La Ley de Estabilización Económica de Emergencia de 2008 del presidente George W. Bush autorizó al Departamento del Tesoro de Estados Unidos a gastar 700.000 millones de dólares en la adquisición de activos de alto riesgo y crear nuevos fondos, que se entregarían directamente al sistema financiero como parte de una política de «expansión cuantitativa» que tenía por objeto reactivar la economía. Aunque contó con el apoyo mayoritario de los demócratas en el Congreso, además de unos pocos republicanos, casi ocho de cada diez de los que acudieron en masa al Tea Party se opusieron a los rescates, en comparación con solo uno de cada diez de los votantes demócratas. Para muchos miembros del Tea Party, la oposición tenía que ver con la moralidad y con la extralimitación del gran Gobierno, una creencia de que se castigaba a los chicos buenos de la clase trabajadora, mientras que los malos no sufrían las verdaderas consecuencias.[18]

Los generosos rescates también impulsaron una revuelta importante contra Wall Street por parte del movimiento de izquierdas Occupy. Comenzó en Zuccotti Park, en el distrito financiero de la ciudad de Nueva York, y enseguida se transformó en protestas callejeras y sentadas en todo el

mundo. Se preocupaba por cuestiones como la codicia corporativa, la desigualdad social y el poder dominante de la banca y las élites empresariales. Pese a que los enfrentamientos con la policía, a los que se dio una gran difusión, dieron lugar a una disminución del apoyo, un sondeo realizado en 2011 determinó que las inquietudes de casi el 60 % de los estadounidenses coincidían con las de los manifestantes.[19]

En medio de la debacle también se produjo un gran derrumbe de la confianza. Mientras que a finales de los años setenta aproximadamente el 60 % de los estadounidenses habían confiado mucho o bastante en los bancos, en los siguientes treinta años la cifra descendió sistemáticamente y, en 2012, alcanzó un mínimo histórico del 21 %. Como se muestra en la figura 5.2, esto coincidió con una pérdida de confianza más general en el Congreso, la presidencia, las grandes empresas y la Corte Suprema. La confianza en estas instituciones clave alcanzó su punto más bajo en 2010.

La convicción de que los propios representantes —personas elegidas para velar por el pueblo y su bienestar— eran, en cambio, cómplices de la debacle aumentó esta rabia. Markus Wagner ha puesto de manifiesto que, en el Reino Unido, los ciudadanos que consideraban que la crisis era culpa de su propio Gobierno o de la Unión Europea se mostraban muy enfadados y eran más propensos que los demás a abandonar la corriente dominante. «Son instituciones que hemos ayudado a elegir —señaló Wagner— y que son responsables de nuestro bienestar social, por lo que tal vez la ira es una respuesta comprensible.»[20]

Figura 5.2. CONFIANZA DE LOS CIUDADANOS EN:

No obstante, esta rabia fue particularmente patente en el sur de Europa, donde, antes de la crisis, el respaldo de la Unión Europea y el FMI solía depender de los recortes severos del Gobierno en el gasto público y en reformas estructurales, como la liberalización de los mercados laborales, que, a su vez, se sentían alentados por mercados financieros que aumentaron los tipos de interés en los préstamos a países cuya deuda pública se consideraba excesiva. Esto provocó duras críticas en Estados

Unidos por parte de los economistas Paul Krugman y Joseph Stiglitz, ganadores del premio Nobel e influenciados por Keynes. En su opinión, estimular el crecimiento y contrarrestar la desigualdad debería desempeñar un papel más importante.[21]

Sin embargo, el Banco Central Europeo (acorde con la política alemana, que teme a una inflación que se remonta al surgimiento de los nazis, junto con un deseo de ortodoxia presupuestaria) no tuvo la menor consideración con la política nacional e impuso medidas de austeridad en las democracias del sur: Grecia, Italia y España. Esto dio lugar a un aumento del desempleo, sobre todo entre los jóvenes, un nivel de vida más bajo o estancado para muchas personas y una disminución de la confianza en la política convencional.

Italia fue testigo de cambios especialmente notables después de la crisis y durante su lenta recuperación de la recesión. Fácilmente, el principal partido en las elecciones de 2018 fue el Movimiento 5 Estrellas, fundado, como hemos visto, tan solo nueve años antes por un cómico. Su programa es una mezcla, ecléctica y populista, de hostilidad hacia los políticos ortodoxos, apoyo a la democracia directa y críticas a la austeridad impuesta por la Unión Europea. Otro movimiento de carácter nacionalpopulista, la Liga, surgió como el principal partido de la derecha y, por un estrecho margen, no logró hacerse con el segundo puesto y reemplazar al Partido Democrático de centroizquierda, después de adoptar una línea dura antieuropeísta, antiinmigración y antirrefugiados. Juntos, los dos movimientos populistas atrajeron a más de la mitad de todos los electores italianos y obtuvieron buenos resultados entre los jóvenes.

El aumento de la desigualdad

Aunque la Gran Recesión fue el acontecimiento más impresionante que golpeó al neoliberalismo en Occidente, otros factores económicos más generales también han contribuido a impulsar la revuelta nacionalpopulista.

En concreto, necesitamos explorar con más detalle las consecuencias destructivas del aumento de la desigualdad y las inquietudes sobre la privación relativa, ligadas a los temores acerca del futuro.

Los llamados «nuevos optimistas», como el neoliberal sueco Johan Norberg, afirman que, a grandes rasgos, los seres humanos de hoy en día vivimos en una época de gran optimismo y progreso.[22] Sin duda, los índices mundiales que controlan la calidad de vida de las personas están, por lo general, aumentando; 2016 ha sido el primer año en que menos del 10 % de la población mundial vivía en la «pobreza extrema», en comparación con el 72 % de 1950. Durante el mismo periodo, la media mundial de la renta per cápita real aumentó casi un 500 %. Pero estos marcos de referencia no son los que la mayoría de los ciudadanos de a pie reconocerían, ya que tienen poca relación con la vida cotidiana.

En cambio, muchas personas en Occidente sienten verdadera preocupación por el acuerdo económico, que consideran cada vez más desigual e injusto. Como señaló Thomas Piketty en su éxito de ventas *El capital en el siglo XXI* (2015), la tendencia hacia una mayor igualdad en la renta y la riqueza en Occidente, que comenzó en tiempos de la Primera Guerra Mundial y cobró impulso después de 1945, se ha invertido.

Aquí nos centraremos principalmente en los ingresos, pero no deberían olvidarse cuestiones como las crecientes discrepancias en la riqueza, sobre todo porque afectan a largo plazo a las desigualdades que, muy probablemente, intensificarán el descontento político. En Estados Unidos, por ejemplo, mientras que la parte de la renta nacional correspondiente al 1 % más rico había pasado de casi el 20 % en 1928 a estar por debajo del 8 % en 1973, en 2012 volvió a subir hasta casi el 19 %. Pese a que los cambios más importantes en Occidente tuvieron lugar en los países anglosajones, muchos otros fueron testigos del aumento de la desigualdad.

Una causa principal del regreso de esta desigualdad es el aumento de los salarios para quienes perciben remuneraciones altas. En Estados Unidos, en 1965, los directores generales de grandes empresas recibieron salarios veinte veces superiores a los de la media de sus empleados, pero, en 2012,

esta diferencia aumentó hasta más de 350 veces. En el Reino Unido, la relación entre los salarios de los directores generales de grandes empresas y los ingresos del trabajador medio pasaron de 45:1 a mediados de los noventa hasta 129:1 en 2016. En la Europa continental, el panorama es más complejo, pero un informe de la OCDE de 2017 señaló unas tendencias similares.[23] En los años ochenta, la renta media del 10 % de los asalariados más ricos de Europa fue de unas ocho veces con respecto al 10 % con menos ingresos. En 2016 aumentó a nueve veces y media, y sigue subiendo.

También necesitamos tener en cuenta los cambios en la imposición sobre los ingresos. En Estados Unidos, la banda federal más alta de tributación personal cayó del 70 % en los años setenta al 28 % durante la era Reagan. En 2017, Trump declaró que sus grandes recortes fiscales beneficiarían a los estadounidenses corrientes, pero las principales ganancias serán para los ricos y las empresas, lo que aumentará aún más la desigualdad. A pesar de que en países como Dinamarca y Suecia los tipos impositivos máximos siguen estando por encima del 50 %, también han descendido desde los años setenta.

Además, en muchos países occidentales existe una creciente tendencia a que contraigan matrimonio personas con una situación socioeconómica parecida, especialmente en lo que se refiere a la educación, los ingresos y el patrimonio.[24] En la parte superior de la escala social esto está creando una nueva aristocracia de la riqueza, por lo que es probable que los niños conserven su alto estatus socioeconómico. Además de beneficiarse de una educación universitaria y de unas redes familiares, la gran mayoría heredará numerosos bienes, entre ellos viviendas, algo que hoy en día está fuera del alcance de muchos *millennials*.

Por el contrario, existe un riesgo muy real de que los jóvenes menos preparados y con menos formación se queden fuera del mercado laboral de forma permanente, una marcada diferencia con el pleno empleo de la Edad de Oro. Por ejemplo, incluso cuando la eurozona dejó atrás la recesión en 2017, la proporción del desempleo juvenil seguía siendo del 19 %, mientras

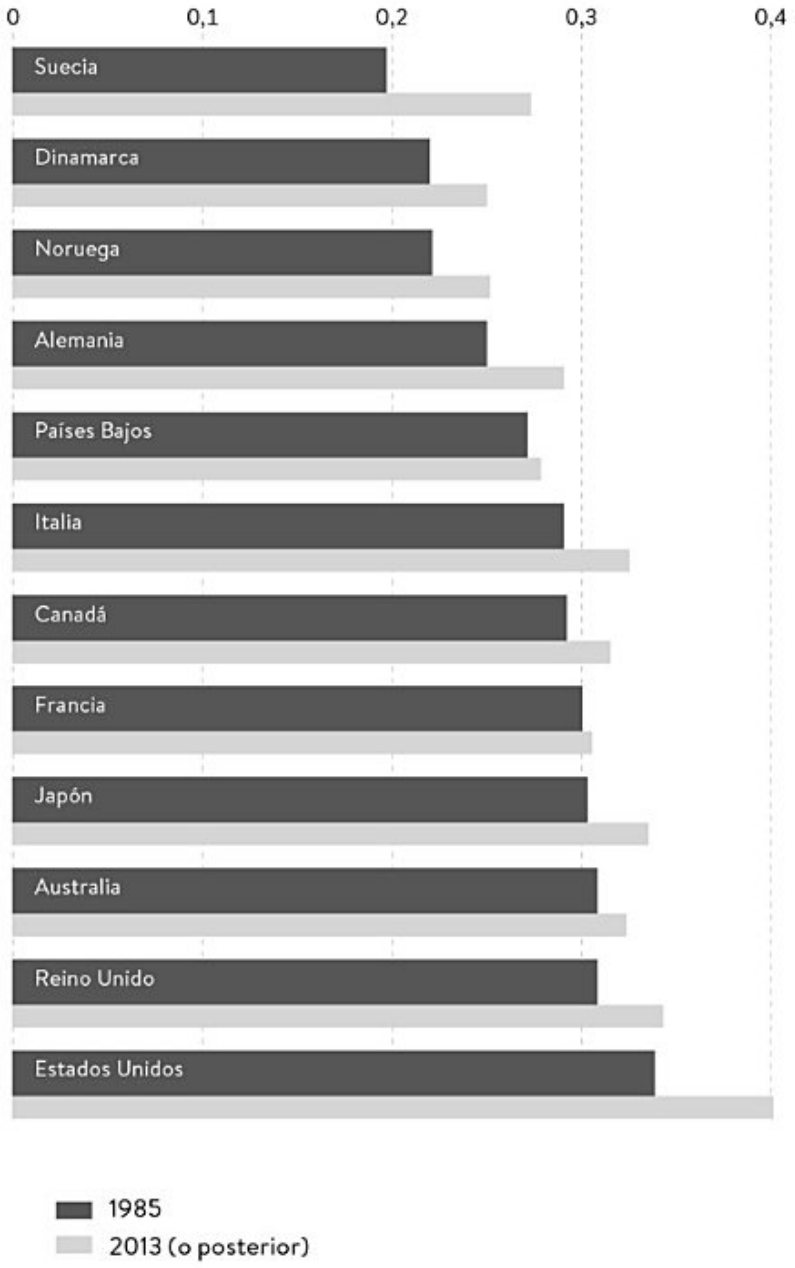
que en los países donde los nacionalpopulistas han hecho importantes avances es incluso más alta, como en el caso de Italia con un 31 % y el de Francia con un 23 %. Obviamente, no todo tiene que ver con un paro objetivo. En España, el desempleo juvenil superó el 50 % en 2013, pero en ese momento no había ningún avance nacionalpopulista (debido en parte a que Podemos, un partido de izquierdas, ascendió rápidamente después de la Gran Recesión). Por otra parte, el paro juvenil ha sido notablemente inferior en los Estados en los que los nacionalpopulistas también han obtenido buenos resultados entre los jóvenes, como sucede en Austria. Pero dichos datos fomentan una sensación de angustia más general entre determinadas personas, entre ellos los jóvenes, que se están quedando atrás en relación con los demás.

Esto también se refleja en las tendencias de desigualdad, que suelen examinarse observando los llamados «coeficientes de Gini». En relación con esta medida, 0 equivale a la perfecta igualdad y 1, a la perfecta desigualdad. Confirman que, en las últimas décadas, la desigualdad ha aumentado en todo Occidente y es mayor en Estados Unidos y el Reino Unido (véase la figura 5.3). También ha sido alta en España, donde se incluye a personas que corren el riesgo de caer en la pobreza o la exclusión social. Tal vez sorprende aún más que los coeficientes de Gini muestran cómo la desigualdad se ha agudizado en la última generación en la Suecia socialdemócrata clásica, que ha estado más influenciada por el neoliberalismo que otros países escandinavos vecinos, como Dinamarca y Noruega, y donde se ha producido un aumento espectacular del partido nacionalpopulista Demócratas de Suecia. En Alemania se puede observar una tendencia parecida, donde la influencia del neoliberalismo se refleja en la propagación de un nuevo idioma, el *denglish*,[*] que contiene palabras como *jobcenters*, y en las reformas Hartz del mercado laboral —emprendidas por un canciller socialdemócrata en 2002—, que limitaban la protección social e incluían sanciones para los desempleados que rechazaban ofertas razonables de trabajo.

Estas tendencias están estrechamente relacionadas con el aumento de la

inseguridad económica, que se refleja en la caída de los valores del empleo a tiempo completo, seguro y bien remunerado y que ofrece a los trabajadores una sensación de respeto, dignidad y estatus social, y que en Estados Unidos solía estar ligado a prestaciones como, por ejemplo, una asistencia sanitaria proporcionada por la empresa.[26] Allí, a casi el 60 % de la mano de obra se le paga por horas en lugar de percibir un salario anual. En Francia, el empleo en la fabricación de automóviles, antaño un sector industrial importante, prácticamente se redujo a la mitad entre los años 2000 y 2015. En Suecia, la producción de vehículos cayó desde un máximo de 366.000 en 2007 hasta 163.000 en 2012, y en el proceso perdió a Saab. Incluso cuando los datos oficiales de un país sobre el empleo parecen sólidos, como en el caso del Reino Unido y Estados Unidos, suelen ocultar el aumento de los puestos de trabajo temporales, a tiempo parcial, de los trabajadores por cuenta propia y los empleos precarios.

Figura 5.3. COEFICIENTE DE GINI (0 = PERFECTA IGUALDAD, 1 = PERFECTA DESIGUALDAD).[25]

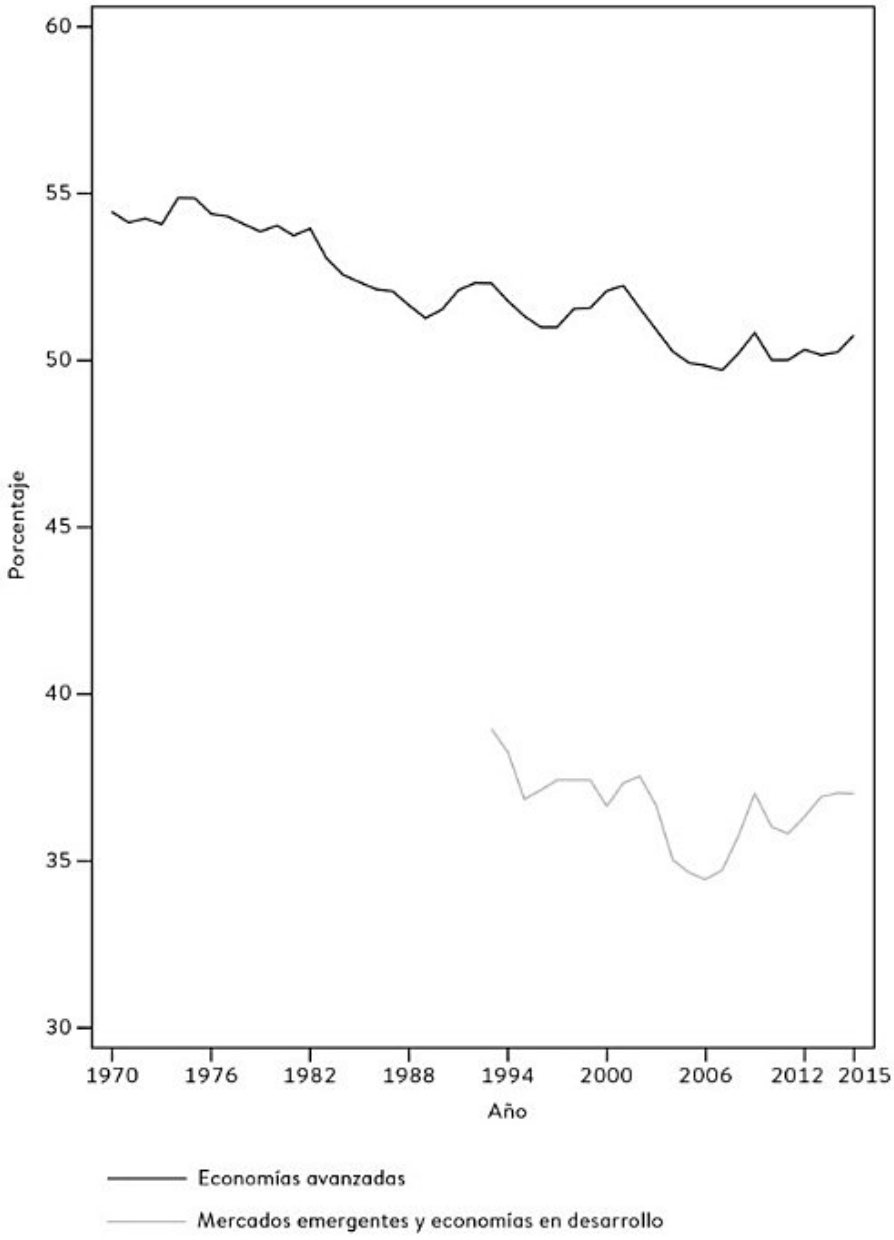


Algunos relacionan el aumento de la desigualdad y la inseguridad con la reducción del poder de los sindicatos, que en las primeras décadas ayudaron a dar a los trabajadores una mayor capacidad de negociación con el fin de mejorar sus salarios y condiciones laborales. Claro está, en gran parte de Occidente, la proporción de trabajadores afiliados a sindicatos ha descendido considerablemente. Entre 1990 y 2016, la cifra cayó del 38 % al 23 % en el Reino Unido (y solo hasta el 8 % entre las personas de dieciséis

a veinticuatro años), mientras que en Estados Unidos, entre 1983 y 2015, casi se redujo a la mitad, del 20 % al 11 %. En el sector minorista estadounidense, actualmente la principal fuente de empleo, el debilitamiento de los sindicatos ha sido, sin lugar a dudas, un factor importante que ha permitido a los propietarios reducir los costes de la mano de obra. En países como Alemania, donde la legislación laboral y los sindicatos son más fuertes, los trabajadores cuentan con mejores salarios y condiciones de trabajo.

Los trabajadores tienen buenos motivos para estar enfadados. En 2017, el porcentaje del PIB destinado a ellos en economías avanzadas fue un 4 % inferior al de 1970. No obstante, si bien el debilitamiento de los sindicatos ha acentuado la sensación entre los trabajadores de que ya no tienen voz, los datos del FMI muestran que más de la mitad de este descenso del PIB se puede explicar por la automatización, que ha reducido la demanda de mano de obra.[27] En Estados Unidos, por ejemplo, desde 1980, pero sobre todo durante el siglo XXI, una combinación de automatización, deslocalización y globalización acabaron con casi siete millones de empleos industriales, más de un tercio de todos los puestos de trabajo de producción. Estas cuestiones se agudizarán en el futuro, ya que la automatización se encarga cada vez más de empleos administrativos poco o medianamente especializados. De hecho, un estudio británico de 2017 señala que, en este sector, la automatización podría reducir drásticamente el 30 % de los puestos de trabajo en 2030. A pesar de que algunos economistas afirman que se crearán empleos gracias a la demanda de dispositivos como robots y al mayor gasto de los consumidores debido a la bajada de precios, existe un amplio consenso en que el proceso ha sido importante para controlar el aumento de los salarios de los trabajadores menos cualificados.[28]

Figura 5.4. PROPORCIÓN DE LA RENTA NACIONAL QUE SE PAGA A LOS TRABAJADORES EN:



Es poco probable que estas corrientes se debiliten a corto plazo. En 2017, incluso el FMI, otrora un bastión del neoliberalismo, señaló que «los niveles excesivos de desigualdad pueden menoscabar la cohesión social, dar lugar a una polarización política y, en última instancia, reducir el crecimiento económico». Proponía un «crecimiento inclusivo» y afirmó que había que considerar seriamente subir los impuestos a los ricos, una renta mínima universal y el papel positivo del gasto público en educación y salud.

[29]

A continuación, en 2018, Kristalina Georgieva, directora general del Banco Mundial, declaró que la creciente brecha salarial en la Unión Europea estaba «abonando el terreno al populismo». Un estudio del Banco Mundial señaló las fisuras existentes tanto dentro de los países como entre ellos. Por ejemplo, el PIB per cápita de Polonia aumentó desde la mitad de la media europea en el año 2000 hasta el 69 % en 2015, pero se acentuaron las divisiones internas. A grandes rasgos, los avances tecnológicos han impulsado el número de empleos creativos y analíticos en un 15 % en los últimos quince años, pero los empleos manuales han descendido en la misma proporción, con pérdidas especialmente altas en países como Austria, Grecia, Hungría e Italia. Junto con el informe del FMI, estos hechos destacan la legitimidad de las inquietudes acerca de las crecientes desigualdades, incluso en el ámbito profesional. Puede que los nacionalpopulistas no estén de acuerdo en lo que hay que prescribir, pero muchos de ellos no tendrían problemas en dar la razón a este diagnóstico de los males de sus países.

Privación relativa

El auge del nacionalpopulismo va claramente más allá de una escasez económica objetiva: algunos de estos movimientos han surgido en los países más acomodados y estables del planeta. Esto se puede explicar por el hecho de que las preocupaciones económicas de los ciudadanos no solo se basan en estrechos intereses sobre el dinero, sino que comprenden la comunidad, la dignidad y una fuerte ansiedad por su postura y la de su grupo con respecto a los demás. Como señalaron los expertos de Harvard Noam Gidron y Peter Hall, un motivo de por qué es importante la gran transformación del sistema capitalista para explicar el nacionalpopulismo —y por qué no se pueden ignorar sencillamente los factores económicos— es que ha tenido una considerable repercusión en los niveles de respeto,

reconocimiento y estatus que percibe la población en relación con otros en la sociedad.

En los últimos años, los trabajadores blancos poco cualificados y que, por tanto, no están bien preparados para navegar en las tormentas económicas se han vuelto especialmente propensos a sentir que su situación en la sociedad ha empeorado en relación con los demás y que ya no son miembros plenamente reconocidos y valorados de la sociedad en general. [30] Son personas que han soportado toda la fuerza de los vientos económicos: la disminución de empleos seguros, fijos y bien remunerados y una economía basada en el conocimiento que da importancia a unos títulos universitarios que no tienen. En Estados Unidos, algunos se han vuelto adictos a los opiáceos, que ciertos observadores describen como una epidemia. Muchos más se han rebelado contra la corriente política dominante, que a menudo solo promete más de lo mismo.

Esta sensación de privación relativa es de suma importancia. No solo tiene que ver con la autoestima de las personas, sino también con cómo piensan acerca del sistema político y la sociedad en su conjunto. Puede verse reflejada en la sensación de que el acuerdo económico ya no sirve para la gente corriente, que los políticos y el Gobierno están dando prioridad a los ricos y poderosos, o que se da un tratamiento especial a los inmigrantes y otros recién llegados en detrimento del grupo nacional. Si se considera que la política no responde a las preocupaciones del pueblo llano y es incapaz de obtener unos resultados equitativos y justos, alimentará un sentimiento de privación relativa que hará que cada vez más personas busquen soluciones políticas más radicales. Se acusa a los dirigentes políticos tanto por causar esta desigualdad como por no detenerla.

En efecto, los investigadores ya han demostrado las enormes repercusiones políticas de estas tendencias macroeconómicas. Durante los primeros años del siglo XXI, un estudio realizado en veinte democracias en Europa determinó que en aquellas que presentaban una mayor desigualdad, no solo era menos probable que los ciudadanos creyeran que su sistema político funcionaba bien, sino que también confiaban menos en sus

instituciones principales. Otros también han hallado que la desigualdad puede frenar el apoyo a la democracia liberal, sobre todo entre los ciudadanos olvidados, que carecen de las aptitudes y los conocimientos necesarios para mantener el ritmo.[31]

Existen pruebas asimismo que sugieren que la desigualdad está alimentando otros desafíos para la corriente dominante, entre ellos un aumento de la oposición de la opinión pública a la integración de las democracias europeas. Incluso antes del *brexit*, entre 1975 y 2009, ciudadanos de toda Europa solían responder al aumento de la desigualdad culpando a la Unión Europea por la brecha cada vez mayor entre los ricos y los pobres y, en consecuencia, retirando su apoyo a la posterior cohesión de las economías y sociedades europeas. De nuevo, esto fue particularmente cierto en el caso de los olvidados. Las repercusiones de la desigualdad en el impulso a oponerse a la Unión Europea fueron casi el doble en personas poco o nada cualificadas que en las más instruidas.[32]

De manera significativa, sin embargo, los sentimientos de privación relativa no solo tienen que ver con indicadores objetivos, como unos ingresos bajos, los parámetros de pobreza o el desempleo, que son en realidad insuficientes para predecir el apoyo al nacionalpopulismo, como se comentó en el capítulo 1. Conviene insistir en que los ciudadanos que se encuentran en lo más bajo tienden a apartarse por completo de la política, mientras que los movimientos de izquierdas que respaldan a los desempleados o los partidos populistas que no vinculan la economía a la inmigración, como el Movimiento 5 Estrellas de Italia, obtuvieron buenos resultados entre los parados italianos. Más bien esto se produce cuando todo el entorno económico origina un mayor sentimiento de privación relativa, que se extiende aún más hacia lo alto del sistema económico y social, y surge un político para dar voz a estas reivindicaciones, que se plasman en medidas políticas.

El papel decisivo de la privación relativa destaca en investigaciones a ambos lados del Atlántico. Como Justin Gest documenta de forma patente en su libro *The New Minority*, basado en cientos de entrevistas a

trabajadores de Estados Unidos y el Reino Unido, este intenso sentimiento de injusticia no es fruto únicamente de inquietudes acerca de los recursos económicos tangibles, como la pérdida de puestos de trabajo o la ausencia de bienestar social, sino que deriva más bien de una sensación más difusa de pérdida cultural, política y social.

Muchas de las personas que se sintieron atraídas por nacionalpopulistas como Donald Trump o Nigel Farage ya estaban acostumbradas a tener dificultades económicas e incluso se enorgullecían de su capacidad para «arreglárselas» en circunstancias difíciles, y se comparaban a sí mismas con una clase marginal blanca holgazana, inmoral y que depende de las ayudas sociales. Lo que las motivó fue la sensación de que, en comparación con los demás, ellas y su grupo habían salido perdiendo, ya sea ante ciudadanos más acomodados de clase media o ante los inmigrantes. No solo pasaron de estar en el centro de la conciencia de su país a estarlo en sus márgenes, sino que la discriminación positiva había dado aún más ventajas a las minorías al tiempo que las campañas contra el racismo habían acallado las críticas sobre estas transformaciones sociales rápidas y profundamente desestabilizadoras.[33]

De manera similar, el geógrafo social Christophe Guilluy ha escrito acerca del aumento de una «Francia periférica», que engloba a personas que se han visto obligadas a abandonar los núcleos urbanos debido a la desindustrialización y el aburguesamiento, que viven lejos de los centros de decisión y que han llegado a sentirse muy excluidos del debate nacional. Afirma que, entre 2004 y 2013, se gastaron aproximadamente 40.000 millones de euros en grandes obras de reacondicionamiento de bloques de viviendas en las ciudades (*banlieus*), donde residen principalmente minorías étnicas, pero no se hizo una inversión semejante en zonas deprimidas parecidas donde habitaban franceses. Esto no ha hecho más que alimentar el resentimiento contra lo que se considera un favoritismo hacia los inmigrantes. Se trata de ciudadanos que a menudo sostienen que la inmigración es un gran problema, pero que también están influenciados por preocupaciones más generales sobre la pérdida social y los temores acerca

del futuro; Guilluy ve que muchos de ellos se inclinan hacia Marine Le Pen y el Frente Nacional.

En la antigua Alemania Oriental, el proceso de cambio ha sido distinto, pero los intereses son parecidos. Si bien hubo una importante inversión extranjera del Gobierno, en la década posterior a la reunificación, más del 10 % de su población se trasladó a Alemania Occidental (a pesar de que algunos *Wessis*,[*] con la esperanza de hacer fortuna, se trasladaron en dirección contraria, una fuente añadida de resquemor). Quienes se quedaron tendían a ser más mayores y a tener una menor educación, y ahora soportan tasas de desempleo un 50 % más altas que en Alemania Occidental. Las zonas rurales y los pueblos son los que más han sufrido, al igual que en Estados Unidos. Pese a que muchos de los que se han quedado se sienten orgullosos de su lugar y tradiciones (*Heimat*), están resentidos debido a su situación económica y consideran que carecen de la capacidad necesaria para cambiar su estatus económico y social inferior. No sorprende que esto fuera el origen de los mayores avances de Alternativa para Alemania en las elecciones nacionales de 2017.

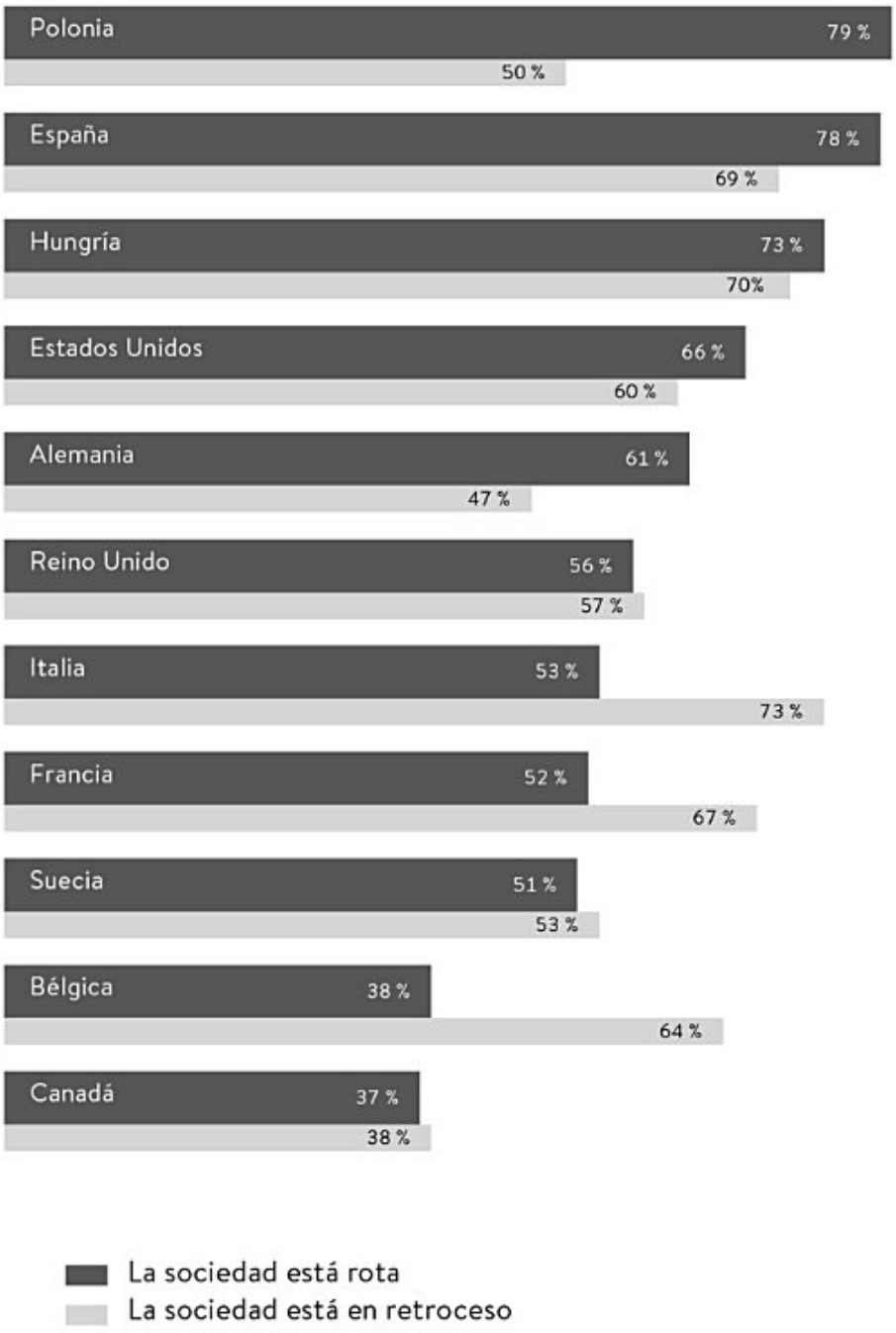
Estas poderosas inquietudes sobre la privación relativa no son marginales. Existe una sensación ampliamente compartida de que las economías occidentales se amañan en favor de los ricos y poderosos, junto con la convicción de que los partidos principales ya no se preocupan por el pueblo llano. Hoy en día es evidente que muchos ciudadanos están como mínimo abiertos a considerar alternativas más radicales. Esto se refleja en las conclusiones, en 2017, que afirmaban que al menos dos tercios de los ciudadanos del Reino Unido, Francia, Hungría, Italia, España y Bélgica coincidieron en que «se necesita un líder fuerte para recuperar el país de manos de los ricos y poderosos». Si bien estos votantes no van en busca de una dictadura de estilo fascista, parece que existe un claro apoyo a una vía nueva y más radical.

Hay otras pruebas inequívocas del gran descontento existente con el acuerdo económico actual. Por ejemplo, el 55 % de los estadounidenses, el 64 % de los británicos y el 77 % de los alemanes estaban de acuerdo con la

afirmación «Los pobres se empobrecen y los ricos se enriquecen en las economías capitalistas».[34] Y al preguntarles si «una comunidad y una vida familiar sólida es tan importante para el bienestar como lo es una economía fuerte», el 78 % de los estadounidenses, el 79 % de los británicos y el 83 % de los alemanes coincidieron, lo que sugiere que numerosas personas no quieren una sociedad que se organice únicamente en torno al afán de lucro y la búsqueda del crecimiento. Esto podría ayudar mucho a explicar por qué muchos votantes en el Reino Unido rechazaron el argumento de permanecer en la Unión Europea, que se basaba exclusiva y estrictamente en las previsiones económicas y los llamamientos al interés propio.

Dichas encuestas y sondeos demuestran que numerosos ciudadanos no solo creen que sus sociedades están rotas y en retroceso, sino que también parecen estar convencidos de que, en el futuro, la vida de sus hijos será más dura de lo que lo fue para ellos, como se muestra en las figuras 5.5 y 5.6. En 2016, el año de la elección de Trump, solo el 24 % de los estadounidenses pensaba que la vida de la generación de sus hijos sería mejor que la de ellos en la actualidad, un dato que cae al 11 % entre los partidarios de Trump. Sus votantes no solo tenían el doble de probabilidades que los de Clinton de sentir que sus finanzas personales estaban empeorando y cuatro veces más probabilidades de pensar que su economía iba cada vez peor, sino que también estaban unidos por una sensación de profundo pesimismo sobre el futuro: el 62 % de los votantes de Trump creían que la vida para gente como ellos era peor que cincuenta años atrás, en comparación con solo el 28 % entre los votantes de Clinton.[35]

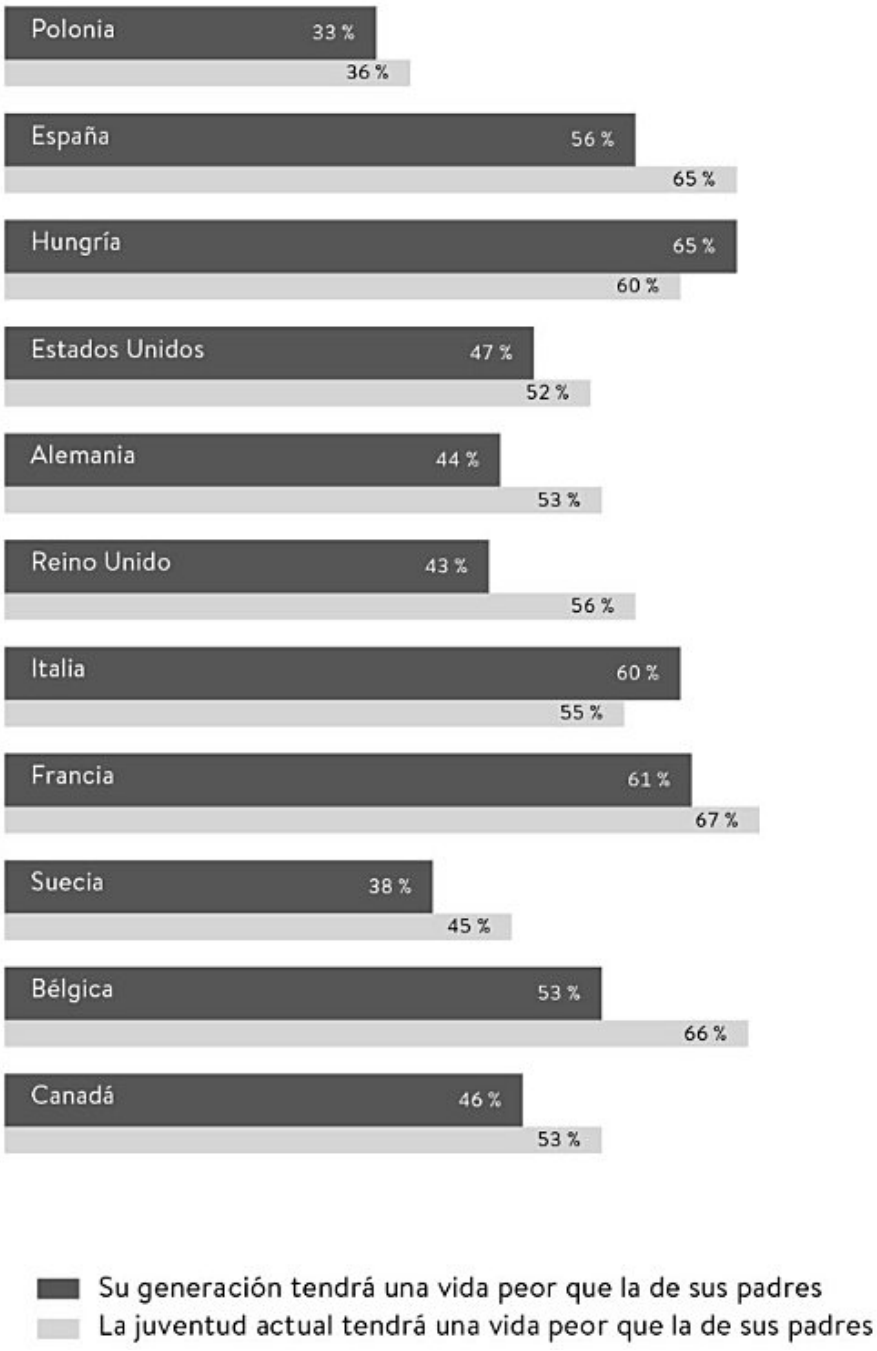
Figura 5.5. PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN QUE CREE QUE:



Tampoco se equivocan al pensar así. Mientras que el 90 % de los niños estadounidenses nacidos en 1940 llegaron a ganar más que sus padres en valores reales, solo el 40 % de la generación de los ochenta lo ha hecho. ¿De verdad sorprende tanto, pues, que muchas familias estadounidenses piensen que pagar la enseñanza universitaria de sus hijos es una apuesta

arriesgada, teniendo en cuenta los importantes cambios del mercado laboral y sus propios ingresos fijos?

Figura 5.6. PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN QUE CREE QUE:



Esta sensación de privación relativa también reviste importancia porque puede servir de puente entre la economía y la cultura. Pese a que algunos afirman que el impulso del nacionalpopulismo se debe únicamente a las preocupaciones por factores culturales como la inmigración, su auge no puede separarse del modo en que la transformación económica general de Occidente ha favorecido que muchas personas tengan una profunda sensación de pérdida.

Ya hemos comentado cómo el apoyo al *brexit* fue considerablemente mayor entre quienes creían que las cosas eran peores para ellos que para los demás. De modo parecido, en Estados Unidos, si bien existía escasa relación entre apoyar a Trump y los ingresos, resultó evidente si se observaba en cambio cómo la gente «piensa lo que están haciendo los grupos sociales más amplios; en definitiva, si los ricos se están enriqueciendo y los pobres, empobreciendo».[36] Trump obtuvo sobre todo un gran apoyo entre los ciudadanos que se sentían olvidados.

Esto dejó vía libre a los nacionalpopulistas, que prometieron eliminar, o al menos reducir, la influencia de los grupos rivales en la sociedad, castigar a los partidos tradicionales y conseguir un acuerdo económico que diera prioridad a los trabajadores nacionales.

Hace más de veinte años, un experto declaró que los nacionalpopulistas en Europa habían urdido una «fórmula ganadora», una mezcla de posturas duras de derechas sobre la inmigración y la criminalidad y de un *laissez-faire* en materia de economía.[37] Pero se sobrestimó la medida en que los nacionalpopulistas estaban satisfechos con el libre mercado, que solía estar ligado a sus objeciones sobre el modo en que los partidos tradicionales han utilizado el sector público en países como Austria, Italia y los Países Bajos para repartir los beneficios entre sus aliados y amigos.

Hoy en día, es una fórmula incluso más engañosa. Los nacionalpopulistas actuales discrepan sobremanera sobre la política económica y muchos subordinan la suya a su fuerte oposición a cuestiones culturales como la inmigración. Algunos nacionalpopulistas, como el Partido de la Libertad de Austria, parecen sentirse muy cómodos con el

libre mercado, a pesar de que intentan mantener amplias prestaciones sociales para los ciudadanos actuales. Otros, como Nigel Farage, afirman que un crecimiento menor es un precio que vale la pena pagar si eso implica que haya menos inmigrantes, más puestos de trabajo para los británicos y más comunidades unidas, ya que «esto es más importante que la pura economía de mercado».[38] Pero algunos, como Marine Le Pen en Francia y otros figuras en Europa del Este, van más allá y son partidarios de políticas económicas de izquierda, que incluyen más ayudas estatales para las industrias con dificultades y restricciones a la libre circulación de capitales y mercancías.

Podría pensarse que esto pone de manifiesto un mayor potencial para los populistas de izquierdas, y, en efecto, el auge de Podemos en España y la campaña de Bernie Sanders en 2016 coinciden con este argumento. No obstante, por lo general los populistas de izquierdas lo han hecho mucho peor que los nacionalpopulistas. Esto se debe a dos motivos.

El primero es que los nacionalpopulistas recurren en mayor medida a las «tres palabras clave»: desconfianza, destrucción y privación relativa. Los populistas de izquierdas son críticos con los dirigentes políticos y el acuerdo económico, pero olvidan los intereses igualmente profundos sobre el cambio étnico y la posible destrucción del grupo más amplio, la identidad y los modos de vida. Con demasiada frecuencia, la izquierda ve la angustia por la inmigración solo como una consecuencia de las reivindicaciones económicas objetivas, cuando en realidad es una preocupación legítima por derecho propio y que, como hemos visto, se basa en inquietudes subjetivas más generales sobre la pérdida y la privación relativa. Esto implica que la izquierda suele estar flanqueada por nacionalpopulistas que se dirigen al pueblo en los tres niveles.

El segundo motivo es que aunque los nacionalpopulistas suelen discrepar en cuestiones de economía, han intentado cada vez más presentar una alternativa a la situación actual, incluyendo la adopción de políticas que anteriormente defendió la izquierda, como reclamar más proyectos de infraestructura y mejorar los salarios. Estas posturas económicas no son tan

importantes a la hora de explicar su apoyo como lo es la oposición a la inmigración, pero desempeñan un papel importante al atenuar la singularidad de sus rivales de izquierdas y afianzar el atractivo que ejerce el nacionalpopulismo en los trabajadores, que concluyen que están «en el mismo bando».

Al igual que el resto de las tendencias que hemos analizado en el marco de la democracia y la nación, parece poco probable que estos vientos económicos se calmen a corto plazo. Si acaso, existen buenas razones para esperar que cobren incluso más fuerza, que servirá para mantener el posible apoyo a los populistas que claman contra la situación actual.

6

DESALINEAMIENTO

Las raíces políticas, demográficas y económicas del nacionalpopulismo han sido evidentes durante décadas y se han ido fortaleciendo sobre todo en los últimos años. Como hemos visto, se han unido diversas corrientes profundas y prolongadas para dejar espacio a figuras como Donald Trump, Marine Le Pen y Matteo Salvini.

Sin embargo, estas corrientes también han girado alrededor de una cuarta tendencia fundamental en Occidente, que ha abierto posteriormente la puerta a los nacionalpopulistas. Esto hace referencia al modo en que los lazos tradicionales entre el pueblo y los partidos convencionales se han debilitado sobremanera con el paso del tiempo y también a cómo han cambiado las líneas divisorias que subyacen en la política. Es lo que denominamos «desalineamiento».

Actualmente vivimos en una situación muy distinta de la que existía durante la «época clásica» de política de masas, que va de mediados a finales del siglo XX. A diferencia de entonces, cuando la lealtad del pueblo hacia los partidos tradicionales era mucho más fuerte y las batallas políticas se libraban principalmente por cuestiones sobre la redistribución económica

y el Estado, nuestros sistemas políticos actuales están haciendo frente a importantes cambios.

Entre ellos se encuentran unos mayores índices de inestabilidad en las elecciones; una creciente voluntad entre algunos ciudadanos de apoyar a nuevos partidos; el aumento de nuevos conflictos basados en valores; un mayor sentimiento de alienación y apatía, sobre todo entre la clase trabajadora, y un notable descenso del apoyo fundamental a movimientos que una vez fueron dominantes, como los partidos socialdemócratas en Europa. En medio de esta transformación, los nacionalpopulistas han obtenido un respaldo impresionante de los trabajadores, mientras otros apuntan a nuevas oportunidades para la vieja guardia. En Estados Unidos y Europa, algunos sostienen que, si bien los partidos de centroizquierda pueden tener dificultades para retener a los votantes de la clase trabajadora, podría estar abriéndose, no obstante, una nueva era hegemónica, respaldada por el creciente número de inmigrantes y minorías, la difusión de valores liberales y el aumento de una juventud culturalmente liberal.

Examinaremos estos grandes cambios en este capítulo. En los años sesenta, los expertos Philip Converse y Georges Dupeux afirmaron que los ciudadanos tendrían menos posibilidades de unirse a los populistas si se sentían leales a los partidos tradicionales.[1] Sin embargo, si bien fue así durante parte de la segunda mitad del siglo XX, en muchos países estos lazos se están desintegrando, algunas veces de forma dramática. Muchos de nosotros vivimos en un mundo político más inestable, fragmentario e impredecible que en cualquier otro momento desde el nacimiento de la democracia de masas. Y es poco probable que estos cambios se reviertan a corto plazo.

La «época clásica» del alineamiento

Los partidos políticos son fundamentales para la democracia moderna, pero no siempre ha sido así. Como vimos en el capítulo 3, el modelo de

democracia directa que prosperó en la antigua Grecia dejaba espacio a los ciudadanos de a pie. Esto podía funcionar en ciudades Estado pequeñas, pero los grandes pensadores como Aristóteles nunca imaginaron que la democracia podría practicarse en países mucho más grandes. Un ejemplo es Estados Unidos, que cuenta con una población de más de 325 millones de ciudadanos, o la Unión Europea, que agrupa a veintiocho países que, en su conjunto, suman más de 500 millones.

Los partidos tampoco eran esenciales para la creciente corriente de pensamiento que, después del siglo XVII, intentó adaptar la democracia a Estados más grandes y que dio lugar a la creación de lo que hoy llamamos democracia liberal. En cambio, se veía a los partidos con recelo, como un medio que probablemente dividiría a las sociedades y sería presa de intereses especiales. Thomas Jefferson declaró que «Si solo puedo ir al cielo acompañado de un partido, entonces no vale la pena llegar a él».[*]

Pero durante el siglo XIX, los partidos políticos surgieron en gran parte para desempeñar importantes funciones, ya que las sociedades, en medio de la Revolución Industrial, se volvieron más complejas a medida que aumentaban de tamaño. Por un lado, contribuyeron a simplificar las decisiones, «educar» a los ciudadanos y recabar sus votos. Por otro, fueron un óptimo entrenamiento para los nuevos líderes que gobernarían el país y ayudarían a alcanzar un compromiso entre las distintas élites y grupos de interés en la sociedad.

La población europea y estadounidense pronto desarrolló un fuerte sentido de pertenencia a estos partidos, y estos lazos duraderos y estables se convirtieron en un modo en el que muchos pensaban sobre la política, el mundo y en ellos mismos: el partido elegido estaba ligado a su trabajo, familia y clase social. Estas lealtades a menudo se «heredaban» durante la infancia, y las personas verían, desde esta perspectiva partidista, los grandes debates diarios a lo largo de sus vidas.

Mientras tanto, la rivalidad entre los partidos se creó gracias a aspectos como el tipo de sistema electoral que se utilizaba y los modos en que se dividían las sociedades. En las grandes democracias, como el Reino Unido

y Estados Unidos, un sistema electoral de mayoría simple favoreció la aparición de dos grandes partidos dominantes, mientras que en muchos Estados europeos los sistemas proporcionales dieron lugar a más partidos y también facilitaron que se abrieran camino otros nuevos.

Los primeros partidos creados en el siglo XIX tenían una base de clase media importante, que reflejaba cómo se impedía que la clase trabajadora (el hombre) votara en la mayoría de las democracias. Esto suponía que los partidos apoyaban principalmente los valores socialconservadores y económicamente liberales. No obstante, a medida que Occidente entraba en el siglo XX, y los obreros y un número cada vez mayor de mujeres obtuvieron el sufragio, numerosos trabajadores viraron hacia los partidos conservadores. Esto no fue debido únicamente a que tenían unos valores socialmente conservadores. En países como el Reino Unido y Alemania también se sentían atraídos por lo que los historiadores denominan «imperialismo social», es decir, una combinación de medidas de bienestar social para ayudar a los más pobres, como la introducción de pensiones de jubilación, y el enaltecimiento de la grandeza nacional y la expansión del imperio. Por ejemplo, la rivalidad naval que existía antes de la Primera Guerra Mundial entre el Reino Unido y Alemania puso de manifiesto un amplio jingoísmo en la clase media y trabajadora: «Queremos ocho y no esperaremos», este fue el llamamiento popular británico para construir más acorazados a fin de contrarrestar el desafío alemán.

En algunas partes de Europa, a finales del siglo XIX y principios del XX, también surgieron partidos religiosos, sobre todo católicos. La última doctrina «socialcatólica» se inspiró en la encíclica papal *Rerum Novarum* (1891) sobre las relaciones cambiantes del capital y el trabajo. Se mostró crítica con lo que consideraba aspectos controvertidos en la Revolución Industrial, tal como el pensamiento socialista entre los trabajadores, y afirmó que el Estado debería fomentar la justicia social y poner freno a los excesos del mercado libre. Esto ayudó a los democristianos de Alemania e Italia a ampliar su apoyo más allá de los límites de clases y atraer incluso a los conservadores no católicos. A medida que Occidente avanzaba a la

época posterior a 1945, algunos especialistas llegaron a describir estos partidos como «de masas» o «atrapatodo» debido a su capacidad para atraer a unas coaliciones numerosas, y bastante estables, de partidarios.

Había diversos rivales de izquierdas que eran contrarios a estos partidos de centroderecha. En algunos países, como Francia e Italia (y Alemania antes del nazismo), surgieron grandes partidos comunistas. Pero, con mayor frecuencia, los partidos socialdemócratas se convirtieron en los representantes principales de la clase trabajadora. En el Reino Unido, esto iba asociado al aumento de los sindicatos, íntimamente ligados al Partido Laborista, aunque también se guiaba por un profundo sentido de conciencia de clase, una convicción de que los laboristas estaban creando un nuevo Reino Unido más equitativo, que se vio reforzada por unas sólidas identidades de grupo de la clase trabajadora en poblaciones mineras solidarias o localidades con astilleros. Cuando los laboristas formaron su primer Gobierno de mayoría en 1945, muchos de sus votantes soñaban con crear una «Nueva Jerusalén», unidos por un sentido casi religioso de identidad y esperanza.

En Estados Unidos, las cosas fueron distintas. La creación de una división «izquierda-derecha», que caracterizó los países europeos, se vio obstaculizada por diversos factores. El espíritu produccionista y muy individualista del país, así como las divisiones étnicas entre las oleadas de inmigrantes en el siglo XIX, actuaron como barreras para aumentar la conciencia de clase y difundir el pensamiento socialista. Además, después de la guerra civil, el Partido Republicano procedió a «reconstruir» el sur para dar una participación en el poder a los recién liberados esclavos afroamericanos. El resultado fue que, durante el siglo XIX, el sur acabó dominado por un Partido Demócrata blanco que eliminó el derecho al voto a los afroamericanos, impuso la segregación racial y jugó sin piedad la «carta racial». Acusaron a sus adversarios, entre ellos el Partido Popular y los republicanos de finales del siglo XIX, de promover los intereses de los afroamericanos. No obstante, sobre todo en las ciudades del norte, los demócratas establecieron lazos cada vez mayores con los progresistas, los

grupos de trabajadores y los afroamericanos, quienes, en medio de la Gran Depresión, organizaron la coalición con los demócratas del sur que daría lugar a cuatro victorias consecutivas de Franklin Delano Roosevelt en las elecciones presidenciales y, a partir de 1933, al *New Deal*.

Mientras tanto, los republicanos hicieron su aparición como fervientes proteccionistas de la industria estadounidense, un factor fundamental en el auge de Estados Unidos como superpotencia económica. Muchos de los plutócratas del momento, como Andrew Carnegie y John D. Rockefeller, eran republicanos, pero el partido también contó con el apoyo de la clase trabajadora y de algunas zonas rurales. A pesar de que existía un realineamiento hacia los demócratas durante los años de entreguerras, la coalición republicana aún era lo suficientemente fuerte como para que Dwight Eisenhower obtuviera la presidencia en 1952 y 1956.

Por estos motivos, mientras los partidos presentaban diferencias entre países, en los años sesenta los expertos afirmaron que muchos de los sistemas de partidos occidentales se habían efectivamente «congelado».[2] Con esto querían decir que las líneas divisorias que subyacen en la política garantizaron que los partidos principales siguieran siendo, a grandes rasgos, los mismos, y que mientras los partidos cambiaban a veces de nombre, las «familias de partidos» básicas continuaban intactas. Por poner un ejemplo, aunque el centroderecha en Francia tuvo más de diez nombres en la posguerra, los fundamentos se mantuvieron bastante estables y solían proceder de los mismos grupos de la sociedad. A pesar de que el voto para los grandes partidos sufriera altibajos y los Gobiernos fueran y viniesen, la mayoría de los adeptos solían ser leales al partido elegido y no cambiaban su pertenencia entre las elecciones principales.

Sin embargo, a medida que Occidente atravesaba la segunda mitad del siglo XX, la situación actual de relativa estabilidad y un electorado fiel comenzó a cambiar, y de muchas maneras. Una de las manifestaciones más impresionantes de esto fue el desmoronamiento del sur demócrata de Estados Unidos con el trasfondo de la legislación sobre los derechos civiles, seguido del ascenso de la «coalición Reagan», que acogió en el seno

republicano, después de los años setenta, a muchos trabajadores blancos. Mientras tanto, Europa empezó a ser testigo del declive de los partidos socialdemócratas tradicionales, cuyos votantes viraron a veces hacia la nueva izquierda y los verdes, aunque fueron muchos los que se inclinaron por los conservadores y los nacionalpopulistas, una tendencia que ganaría impulso con el nuevo milenio.

El conflicto cultural

Estas transformaciones reflejaron el modo en que las líneas divisorias básicas de la política habían empezado a cambiar. La era industrial en la que surgió la democracia de masas dio lugar a la era posindustrial y la globalización. Las zonas rurales comenzaron a reducirse a medida que la población se trasladaba a las ciudades. Descendió el número de obreros y sindicados, en parte debido a que la producción industrial se estaba desplazando a regiones como Asia y el trabajo estaba pasando a ser más ocasional y estaba menos ligado a las fábricas reglamentadas. También cayó el número de personas que acudían a la iglesia, pese a que ir a misa siguió siendo una parte importante de la vida en Estados Unidos y Europa del Este, y también entre los inmigrantes. Por otra parte, el número de titulados universitarios y profesionales de clase media que contaban con una seguridad económica iba en aumento, animados por la Edad de Oro del capitalismo, que analizaremos en el último capítulo, y por un mayor acceso a la enseñanza universitaria. En años posteriores, a estos votantes se unirían nuevas generaciones, como los *millennials*, que se habían socializado en un mundo en el que las antiguas líneas divisorias eran incluso menos importantes para sus vidas. Pensaban de un modo muy diferente al de sus mayores sobre cuestiones fundamentales como la inmigración y, en general, se sentían menos leales, en términos tribales, a un partido concreto.[3]

Con el tiempo también cambiaron las cuestiones que se debatían. Durante buena parte de la época clásica, que se extendió hasta los años de la

posguerra, los debates han estado dominados por temas como la redistribución económica, los puestos de trabajo, la fiscalidad y el grado en que el Estado debe intervenir en la economía. Pero a medida que Occidente se adentraba en las últimas décadas del siglo XX y los primeros años del siglo XXI, otras preocupaciones nuevas pasaron a ocupar un lugar prioritario en el programa. Los cambios demográficos y políticos que hemos examinado dieron paso a nuevos debates, y mucho más controvertidos, sobre la inmigración, el cambio étnico, la integración europea, los refugiados y asuntos que abarcaban la seguridad y la identidad, como es el caso del islam y el terrorismo, que no habrían sido tan perjudiciales si todos hubieran tenido puntos de vista parecidos. En cambio, expusieron un «conflicto cultural» mucho más profundo en Occidente, que era más bien una batalla sobre un conjunto de valores contrapuestos.

Expertos como Ronald Inglehart fueron los primeros en observar, en los años setenta, la aparición de una nueva línea divisoria. El auge de una nueva clase media, próspera y con estudios universitarios, llevó al primer plano político nuevos valores y nuevas prioridades. Muchos de estos *baby boomers* nacieron después de la Segunda Guerra Mundial y crecieron en el apogeo de la posguerra. En Europa disfrutaron asimismo de amplias redes de bienestar social. Todo esto supuso que su educación fue básicamente distinta de la de las primeras generaciones, «más grandes» y «silenciosas», que alcanzaron la mayoría de edad mientras trataban de seguir vivos durante la Gran Depresión y las guerras mundiales. Para estas generaciones de más edad, la supervivencia nunca había estado garantizada: fueron testigos de la muerte de 18 millones de personas durante la Primera Guerra Mundial y algunos estuvieron en la más absoluta miseria. En cambio, los *baby boomers* parecían tener garantizado el pleno empleo, los derechos individuales, mayores oportunidades para un ascenso social y tiempo para invertir en la enseñanza superior (barata), al igual que una forma de vida acomodada.

Debido a que les preocupaba menos su seguridad física y sus necesidades económicas básicas y a que habían pasado por los efectos

liberalizadores de la educación superior, estas nuevas generaciones eran mucho más propensas a adoptar un conjunto de valores «posmateriales» distintos. A diferencia de las generaciones precedentes, preocupadas por sus problemas materiales sobre la seguridad física y económica, los posmaterialistas estaban mucho más interesados en la igualdad y en las metas de la vida, como la libertad de expresión, la autoexpresión y los derechos para todos. Por lo general adoptaban una perspectiva culturalmente mucho más liberal e internacionalista.

Durante los años sesenta y con posterioridad, muchos de estos votantes se lanzaron a causas radicales, encabezadas por la nueva izquierda, e intentaron traducir estos valores en resultados políticos. Comprendían las revoluciones sexual y estudiantil, las campañas en favor de los derechos civiles y de las mujeres, la oposición a las armas nucleares y a la guerra de Vietnam, el apoyo a la inmigración y el aumento de la diversidad étnica, campañas medioambientales y el fomento de las identidades y las organizaciones que iban más allá del Estado nación, como la Unión Europea y la idea de una «ciudadanía mundial». Algunos votantes optaron por abandonar los partidos tradicionales e ir en busca de esas metas a través de los partidos verdes o de la izquierda más radical. Otros permanecieron junto a los principales partidos socialdemócratas, que comenzaron a ser más liberales a fin de conquistar a esos nuevos votantes.

En los años sucesivos, los posmaterialistas se lanzaron a otras causas: la ampliación de derechos para el colectivo LGTB y las minorías, las campañas contra el racismo, el cambio climático, el multiculturalismo y el uso de las redes sociales para mostrar solidaridad con #TimesUp, #MeToo o #RefugeesWelcome. Animaron a Emmanuel Macron, centrista y liberal, pero se sorprendieron con Trump y el *brexit* y los rechazaron. Este cambio de valores en todo Occidente es lo que Ronald Inglehart denomina la «revolución silenciosa».[4]

Pero no todos se unieron a los revolucionarios. Incluso en los años setenta, era evidente que muchos en Occidente no apoyaban el cambio de rumbo. En medio de la rápida evolución cultural y social que propugnaba la

nueva izquierda, quienes no habían ido a la universidad, así como los socialconservadores tradicionales y los habitantes de las zonas rurales y los pueblos que no habían sufrido los cambios, manifestaron su preocupación, por no decir su miedo, al percibir un rápido desmoronamiento del orden, los valores y el modo de vida. Y a punto estuvieron de organizar un contraataque.

Presencian el uso, cada vez mayor entre los conservadores, del término *mayoría silenciosa*, acuñado por vez primera por el presidente Richard Nixon a finales de los años setenta. A pesar de que algunas actitudes frente a cuestiones como los derechos de las mujeres, la raza y la libertad sexual estaban cambiando rápidamente, el término plasmó, sin duda alguna, un sentimiento generalizado de que estos cambios estaban siendo impulsados por una minoría activa —y no por un feudo estadounidense— que respetaba las tradiciones, pagaba impuestos y estaba dispuesta a morir en guerras por su país.

La revolución silenciosa pronto generó un rechazo entre los votantes, que acudieron en masa a una serie de movimientos que afirmaban tener también derecho a defender sus comunidades y modos de vida frente al liberalismo cultural y sus nefastas consecuencias percibidas. En Estados Unidos se vio reflejado en el aumento de grupos como Mayoría Moral, que mantenía una opinión conservadora de la familia y la religión. Su separación del republicanismo dominante se reflejó en la campaña socialconservadora de Pat Buchanan en contra del republicano George H. W. Bush en las elecciones primarias republicanas de 1992, algo que muchos de sus seguidores vieron como un intento de luchar contra un ataque liberal a los valores tradicionales y a una creciente aceptación, o incluso enaltecimiento, de la inmigración de población no blanca y el cambio étnico. Buchanan obtuvo el 23 % de los votos, principalmente de los jóvenes y de los varones con menos formación, que se sentían privados de sus derechos y amenazados por estos cambios, entre ellos el aumento del dominio de los titulados liberales en la política y en los medios de comunicación.

En Europa, mientras tanto, otros cambios similares impulsaron el auge repentino de los nacionalpopulistas, como Jean-Marie Le Pen en Francia y Jörg Haider en Austria, síntomas asimismo de esta incipiente fractura entre los liberales y los tradicionalistas, y de una mayor brecha entre el pueblo y los partidos políticos más antiguos. Uno de los primeros en percibir esta reacción en contra fue el especialista italiano Piero Ignazi, que lo denominó *contrarrevolución silenciosa*. Ignazi sostenía que el rápido ascenso del neoconservadurismo después de los años setenta había contribuido a allanar el terreno al nacionalpopulismo al legitimar el enfoque de derechas en la defensa de las tradiciones e identidades comunitarias que antes habían sido ignoradas en gran medida anteriormente e incluso, de hecho, habían sido excluidas del debate. «Una creciente sensación de desastre —escribió Ignazi—, en contraste con el optimismo posmaterialista, se ha transformado en nuevas exigencias que los partidos conservadores tradicionales, sobre todo, no habían previsto.» Los llamamientos a un orden público riguroso, el control de la inmigración y la reafirmación de los valores tradicionales se hacían cada vez más fuertes.[5]

Como parte de su defensa de la tradición, la contrarrevolución silenciosa reivindicaba una visión patriarcal de las relaciones sexuales en respuesta al aumento de los derechos para las mujeres y su función cada vez mayor en el lugar de trabajo. Era una época de desindustrialización en la que los avances de las nuevas tecnologías empujaban a los hombres a lo que muchos veían como «empleos de mujeres», como la distribución y la venta al por menor, en lugar de a puestos de trabajo peligrosos pero «varoniles», como el trabajo manual en la industria pesada. Dado el carácter sexista de sus promesas, no sorprende que una característica fundamental del nacionalpopulismo sea el firme apoyo de los hombres, aun cuando algunos políticos como Marine Le Pen y Donald Trump han obtenido recientemente buenos resultados entre algunos grupos de mujeres.

Estos conflictos de valores se aceleraron todavía más, y por dos motivos. El primero fue que, a partir de los años ochenta y en adelante, las cuestiones polarizadas de la inmigración, la integración europea, el islam y

la crisis de los refugiados pasaron a ocupar un lugar destacado en el programa, como vimos en el capítulo 4.[6] El segundo fue que el aumento del nacionalpopulismo atrajo por sí solo incluso más atención a estos debates y brindó a sus simpatizantes una mayor sensación de organismo, la impresión de que ahora podrían movilizarse contra el nuevo *Zeitgeist* liberal.

Estos cambios ensancharon la brecha entre los liberales de clase media y con estudios universitarios, los herederos de la tradición de nueva izquierda y una amplia alianza de conservadores tradicionales y blancos, sin títulos universitarios, que acudieron en tropel a la contrarrevolución silenciosa. La aparición de nuevas cuestiones también tuvo importantes implicaciones en los partidos tradicionales, a pesar de que fueron pocos quienes las detectaron con rapidez. A medida que los pilares clásicos, como la clase y la religión, comenzaron a influir menos en los votantes, los nuevos conflictos de valores a menudo trascendían las líneas divisorias tradicionales. Esto debilitó todavía más los lazos que antes mantenían al pueblo muy vinculado a los partidos tradicionales e hizo, por ejemplo, que los obreros, que se sentían instintivamente nerviosos por la inmigración, se cuestionaran cada vez más su pertenencia a los partidos socialdemócratas que estaban a favor de ella.

Romper los lazos

Mientras Occidente entraba en las últimas décadas del siglo XX, la nueva era del desalineamiento pasó a ocupar un primer plano. Desde los años setenta, innumerables estudios mostraron cómo un número creciente de personas en Occidente estaban más abiertas que nunca a los nuevos movimientos.[7]

En Estados Unidos, en la década de 1950 y principios de la de 1960, un sólido porcentaje de la población, 70-75 %, se identificó con los demócratas o los republicanos. Pero después las cosas cambiaron radicalmente. En los

tiempos de la controvertida victoria de George Bush en el año 2000, este valor cayó hasta un 59 %, y en 2014, mientras Trump reflexionaba si presentarse o no a la presidencia, descendió a un nivel sin precedentes: un 56 %.

Había otros indicios de que Estados Unidos estaba listo para una persona ajena a la política como Trump, lo que hace que sea aún más sorprendente que solo unos pocos analistas lo vieran venir. Entre 2003 y 2017, la proporción de estadounidenses que consideraban que los partidos tradicionales estaban haciendo un «trabajo adecuado» cayó del 56 % al 34 %, mientras que quienes pensaban que era necesario contar con un tercer partido nuevo aumentaron del 40 % al 61 %.[8] Según la American Values Survey, más del 60 % de los encuestados indicaron que ninguno de los grandes partidos reflejaba sus opiniones, en comparación con menos de la mitad en 1990. Mientras tanto, la proporción de quienes se negaron a identificarse con los partidos principales y dijeron que eran «independientes» pasó de un 23 % a principios de los años cincuenta a un valor récord del 43 % en 2014. De hecho, durante cinco años consecutivos antes de que Trump derrotara a Clinton, al menos cuatro de cada diez estadounidenses se habían identificado como independientes, mientras que el número de quienes eran leales a los dos grandes partidos alcanzó su punto más bajo desde la instauración del sistema electoral moderno.[9]

Estas tendencias no llevaron a Trump a la presidencia, claro está, y algunos independientes se «inclinaron» hacia el partido. Pero, a grandes rasgos, el número cada vez mayor de personas que se sienten menos apegadas a la corriente dominante ha creado un clima mucho más variable e impredecible. Tal y como han señalado expertos como Russell Dalton, hoy en día los estadounidenses que manifiestan una pertenencia a los principales partidos son menos que nunca antes en la historia del país.[10] Algunos sostenían a menudo que esta desconexión derivaba de factores exclusivos de Estados Unidos: la guerra de Vietnam, Richard Nixon y el escándalo Watergate o la controvertida presidencia de Bill Clinton y la amenaza de su destitución. Pero estos debates pasan por alto que, en Occidente, se han

venido produciendo tendencias parecidas.

En Europa, en 2009, la proporción de personas que no se sentían cercanas a ningún partido político aumentó hasta alcanzar el 45 %. Bien es cierto que se han registrado variaciones. En Europa del Este, la mayoría de los partidos nuevos no se habían constituido firmemente tras el desmoronamiento del comunismo, a menos que se hubieran basado en redes y diferencias sociales previas, como la Iglesia católica en Polonia, que desempeñó un papel importante en la caída del comunismo. Pero cada vez menos votantes eran leales a los partidos establecidos.

Veamos el Reino Unido, donde ya estaba todo dicho mucho antes del referéndum del *brexit*. Mientras que, en los años sesenta, aproximadamente la mitad de la población coincidía en gran medida con uno de los partidos tradicionales, en 2015 solo lo hacía un ciudadano de cada ocho. El asunto del *brexit*, que estaba ligado a la inmigración, afectó directamente al electorado de los partidos tradicionales, en mayor medida al Partido Laborista, que se vio a sí mismo depender cada vez más de dos grupos irreconciliables: los liberales de clase media, que estaban a favor de la Unión Europea y de la inmigración, y los obreros, que estaban en contra de ambos.

En la mañana siguiente al referéndum del *brexit*, los laboristas, que habían hecho campaña oficialmente para la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea, se dieron cuenta de que controlaban tanto los distritos que defendían más fervientemente la permanencia en la Unión Europea —formados por profesionales acomodados de clase media y *millennials* titulados— como los distritos que mostraban más firmeza a favor del *brexit*, compuestos por votantes pesimistas de la clase trabajadora a quienes preocupaba sobremanera la inmigración, se sentían abandonados con respecto a los demás y despreciaban a la clase política dirigente.

Cuando las aguas se calmaron, dos tercios de los políticos laboristas se encontraron representando a los distritos a favor del *brexit*, pese a que solo un puñado había hecho campaña para salir de la Unión Europea. La votación incidió en el electorado laborista como un cuchillo caliente corta la

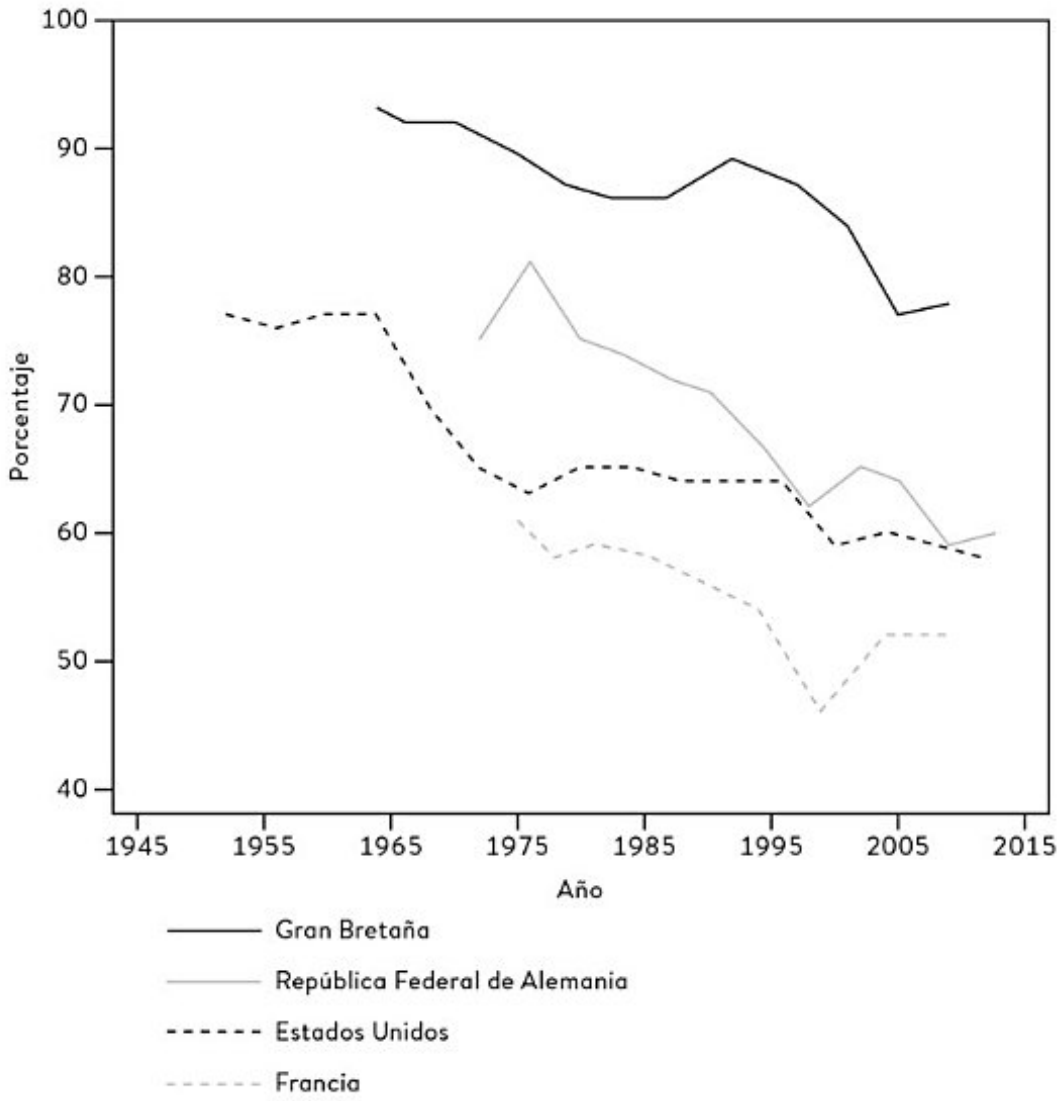
mantequilla. Esta tensión se vio reflejada en el distrito laborista y obrero de Doncaster, situado al norte, donde más de siete de cada diez personas votaron a favor del *brexit*, frente al distrito laborista de Hackney, con mayor diversidad étnica y formado por una población joven y hípster, y Stoke Newington en Londres, donde ocho de cada diez votaron permanecer en la Unión Europea. Las diferencias en los valores encontraron su máxima expresión en la votación del *brexit*.

A pesar de que otros Estados de Europa no han vivido un referéndum semejante, son bien patentes las mismas tendencias subyacentes. En Suecia, la proporción de personas leales a un partido concreto cayó desde los dos tercios a finales de los años sesenta hasta solo el 28 % en 2010, el mismo año en que los nacionalpopulistas entraron por vez primera en el Parlamento. En Alemania, el avance de Alternativa para Alemania en 2017 sorprendió al mundo; sin embargo, si se hubieran observado las tendencias a largo plazo, esto no habría asombrado a nadie. Si bien a principios de los años setenta más de la mitad de los alemanes occidentales sentían una fuerte lealtad a un partido, en 2009 esta cifra cayó por debajo de uno de cada tres. Mientras tanto, la proporción de quienes estaban poco o nada comprometidos con un partido se disparó en más de veinte puntos hasta alcanzar el 64 %. Estos lazos eran más débiles en Alemania Oriental, cuya historia de régimen democrático es más corta y donde se ve a los alemanes «occidentales» casi como colonizadores. Aquí, los nacionalpopulistas lograron el mayor apoyo y se convirtieron en la opción más popular para todos los hombres.[11]

Los partidos establecidos también se han debilitado en otros frentes. Desde los años setenta, la mayoría de los grandes partidos en Occidente han registrado un importante descenso en el número de afiliados que, a cambio, ha frenado su capacidad para crear contracampañas con objeto de hacer frente a los populistas. A principios del presente siglo, un importante estudio determinó que la afiliación a los partidos había descendido de forma sistemática en todas las democracias consolidadas de Europa. Esta espiral descendente fue especialmente notable en los países poscomunistas que

carecían de una sociedad civil dinámica y una tradición de políticas competitivas. De entre las nuevas democracias, solo España ha visto un continuo ascenso en la adhesión a un partido desde la transición, tras la muerte de Franco en 1975, e incluso aquí la afiliación ha estado por debajo de la media europea. Los autores concluyeron que los partidos políticos estaban «perdiendo rápidamente su capacidad para hacer partícipes a los ciudadanos». Cuando los autores regresaron, en 2012, para actualizar el estudio, hallaron no solo que el descenso se había acelerado, sino que la afiliación había alcanzado un nivel tan bajo «que tal vez ya no podría seguir siendo un indicador importante de la capacidad organizativa de los partidos».[12]

Figura 6.1. PORCENTAJE DE LOS IDENTIFICADORES DE LOS PARTIDOS:



Los especialistas también han creado nuevos términos para indicar el descenso de los partidos de masas y atrapatodo que se habían basado firmemente en la sociedad civil. En Europa, el «partido cartel» entró en la jerga de las ciencias políticas, en referencia a los partidos dirigidos por élites y financiados en gran parte por fondos públicos (normalmente, con base en las últimas votaciones, que supone otro obstáculo para los nuevos partidos).[13] Con el fin de afianzar su posición, los partidos tradicionales suelen servirse de tácticas, como el control estatal de parte de los medios de difusión y el apoyo al sector público, para virar hacia el Estado. En términos generales, los partidos ganaron profesionalidad en el modo de

organizar las campañas. En ellas solían participar grandes equipos, que incluían asesores de imagen y encuestadores, los cuales, en el marco de unos medios de comunicación cada vez más poderosos, destacaron las personalidades de los líderes o candidatos, unos avances que se remontan a Jack Kennedy en Estados Unidos y más allá.

Para esto se necesita mucho dinero, que, sobre todo en Estados Unidos, suele provenir de empresas y donantes acaudalados, lo que hace temer el «dinero negro». No obstante, el uso creciente de las elecciones primarias para elegir a los candidatos de entre un amplio abanico de cargos ha dado lugar a debates sobre si esta práctica ha fortalecido a los miembros de los partidos en comparación con la cúpula partidista. Claro está, la elección de Trump como candidato republicano, en contra de los deseos de la dirección del partido y con mucho menos dinero a su disposición que otros rivales como Jeb Bush, demuestra que el poder de las élites partidistas se ha debilitado. Sin embargo, aunque en algunos estados los votantes deben afiliarse para votar en las primarias, no tiene las mismas consecuencias que la adhesión a un partido en Europa, que normalmente implica el pago de una pequeña cuota anual y da derecho a participar periódicamente en las reuniones locales (a pesar de que solo unos pocos lo hacen en la actualidad). El socialdemócrata Bernie Sanders, que organizó un poderoso desafío a la candidatura demócrata a la presidencia en 2016, ni siquiera estaba afiliado, a pesar de que se reunió con los demócratas en el Senado. No obstante, si bien es imposible establecer comparaciones directas, la pauta general de descenso en la afiliación a un partido es la misma que en Europa.

Ha habido excepciones, por supuesto. Dos ejemplos de ello son la gran cantidad de franceses que acudieron en masa, en 2017, al nuevo movimiento de Emmanuel Macron o la aparición de nuevos miembros del Partido Laborista británico, liderado por Jeremy Corbyn desde 2015. Pero ambos han ido en contra de la norma, e incluso hoy el número de afiliados al Partido Laborista es solo la mitad de los que había a mediados del siglo XX. Además, tres cuartas partes de estos nuevos miembros son de clase

media y, por lo general, son profesionales con estudios universitarios; la mitad vive en Londres, bien lejos de los bastiones tradicionales de la clase trabajadora, donde una amplia mayoría ha respaldado el *brexit*.[14]

Esencialmente, estos cambios también se han producido entre los jóvenes: en Estados Unidos, el rechazo a alinearse con los principales partidos es veinticinco puntos mayor entre quienes hoy tienen menos de treinta años que en la generación equivalente de los años sesenta, un ejemplo de que este fenómeno es específico de la era moderna. De manera similar, antes del referéndum del *brexit*, solo el 66 % de los británicos veinteañeros y treintañeros se identificaron con los principales partidos, en comparación con el 85 % del mismo grupo de edad en 1983. En Alemania, mientras a mediados de los setenta un 20 % de los menores de treinta años no sentía un verdadero apego político, en 2009 esta cifra se disparó al 50 %. Sin duda, los jóvenes no están renunciando completamente a la política, pero son menos leales a los partidos tradicionales.

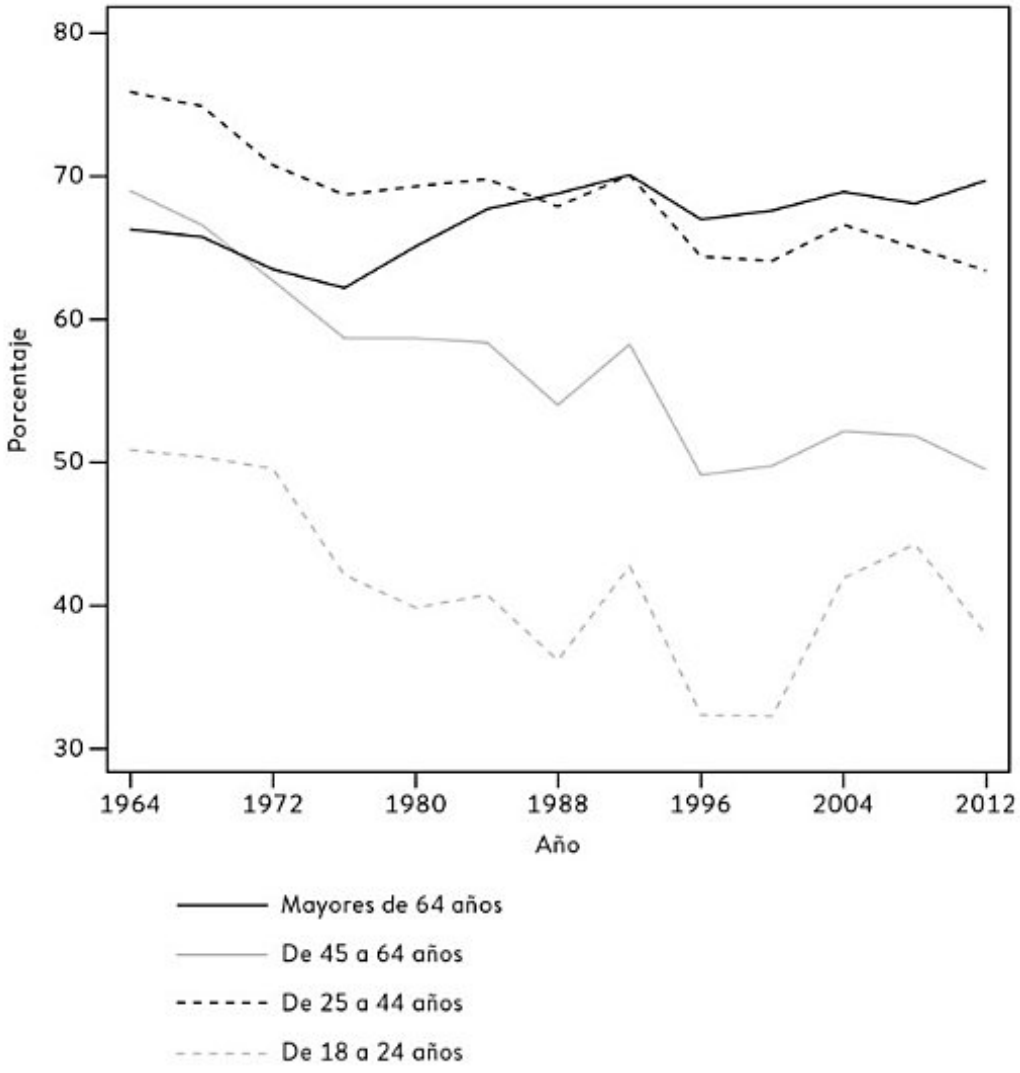
Teniendo en cuenta el *brexit* y Trump, también es cierto que, cuando se trata de votar, estos jóvenes normalmente más liberales no suponen un gran aporte. En Estados Unidos, en todas las elecciones presidenciales desde 1964, las personas entre dieciocho y veinticuatro años han votado sistemáticamente en menor grado que otras generaciones (véase la figura 6.2). Y parece que va a peor. Entre 1964 y 2012, el índice de participación entre los jóvenes descendió del 51 % al 38 %. Esto significa que, cuando Obama fue reelegido presidente en 2012, la brecha de participación entre quienes tenían dieciocho y veinticuatro años y los mayores de sesenta y cinco fue de treinta y un puntos porcentuales. Por este motivo, Hillary Clinton no debería haber esperado nunca una amplia mayoría de los *millennials*.

Existen paralelismos evidentes con el referéndum del *brexit* en el Reino Unido, cuando los *millennials* participaron mucho menos que los votantes de más edad y también eran más propensos a reivindicar que habían votado. El índice de participación estimado entre los jóvenes de dieciocho a veinticuatro años fue del 64 %, frente al 80 % entre los de sesenta y cinco a

setenta y cuatro años.[15] Así pues, resultó bastante irónico que una petición para anular la votación del *brexit* recibiera tal cantidad de firmas de jóvenes hípsters de distritos de Londres en los que los *millennials* no habían conseguido movilizarse cuando realmente importaba.

Esto no quiere decir, no obstante, que los ciudadanos estén renunciando por completo a la política. Si bien hoy sienten menos lealtad hacia los partidos tradicionales, en comparación con los años sesenta y ochenta, muchos parecen estar igual de interesados en la política, lo suficiente como para intentar influir en cómo deben votar otras personas, para ponerse en contacto con los Gobiernos, participar en manifestaciones y utilizar los medios de comunicación como forma de interacción política y social.[16] Mejor dicho, la cuestión es que actualmente hay mucha más gente que no muestra lealtad de forma habitual o tribal a la corriente dominante, lo que ha creado posibilidades para nuevos desafíos.

Figura 6.2. ÍNDICES DE VOTACIÓN EN ESTADOS UNIDOS
ENTRE PERSONAS DE:



El aumento de la inestabilidad

Una consecuencia inmediata de estos cambios más generales es una mayor inestabilidad, que se refiere al grado de transformación de unas elecciones a las siguientes y la medida en que los votantes están dispuestos a cambiar su lealtad de un partido a otro. Cuanto mayor es la inestabilidad, mayor es el número de personas que alternan entre partidos.

En Europa, después de que la política se asentara tras la Segunda Guerra Mundial, la situación era bastante estable. Pero desde los años setenta, los

sistemas políticos han ido ganando poco a poco en inestabilidad. Este proceso se aceleró en los años noventa y continuó en el siglo XXI.[17] Aunque no ocurrió en todas partes, la política en muchas democracias se ha vuelto cada vez más inestable, caótica y menos previsible en general.

Así pues, han surgido nuevos movimientos con mayor facilidad, ya sean populistas de la izquierda radical, verdes, partidos que hacen campaña sobre cuestiones separatistas o nacionalpopulistas. Entre 2004 y 2015, el porcentaje medio de votos que obtuvieron los partidos tradicionales en Europa descendió en catorce puntos hasta el 72 %, mientras que la proporción que fue a parar a los nuevos adversarios se duplicó con creces hasta el 23 %.[18] Estas tendencias generales también esconden algunos ejemplos fascinantes de cambios verdaderamente históricos.

En Alemania, los democristianos de centroderecha de Angela Merkel vieron cómo sus votos cayeron en 2017 hasta alcanzar su nivel más bajo desde 1949. En Francia, en las elecciones presidenciales del mismo año, ningún candidato de los principales partidos de centroderecha o centroizquierda llegó siquiera a la fase final. Mientras que, en 2007, el partido de centroderecha logró obtener el 39 % de los votos en la primera votación de las elecciones legislativas, diez años después solo obtuvo el 16 %. En Austria, las elecciones presidenciales de 2016 se convirtieron en una lucha entre un candidato nacionalpopulista y uno independiente, después de que los principales candidatos no lograran el suficiente apoyo.

La propia política determinará el modo de pensar sobre esto. Los optimistas podrían razonar que todos estos cambios contribuirán a que los viejos partidos estén atentos y respondan más a las exigencias del pueblo. Los pesimistas podrían replicar que esto solo haría que la política fuera más variable y caótica y que abriera las puertas a más cambios, más partidos, mayores desplazamientos de los votos en las elecciones, más coaliciones inestables y más tomas de decisiones políticas imprevisibles. Dichas tendencias harán que resulte más difícil, si no imposible, lograr la estabilidad que anhelan los mercados financieros, los inversores, los responsables políticos y muchos ciudadanos.

A este respecto, en Estados Unidos ha sido distinto, aunque también existen algunos paralelismos. El sistema electoral de mayoría simple favorece a los dos partidos principales, a pesar de que ha habido destacados candidatos de un tercer partido en las elecciones presidenciales, entre ellos George Wallace, que obtuvo más del 13 % de los votos en 1968, y Ross Perot, que logró casi el 19 % en 1992. El éxito del racista Wallace reflejaba la forma en que el poder de los demócratas sobre los blancos en el sur estaba disminuyendo rápidamente, mientras que los resultados de Perot plasmaron el número creciente de independientes.

Detrás de los votos de estos terceros partidos estaban unas tendencias más generales. En especial a partir de los años setenta, los obreros, antaño el pilar de la coalición del *New Deal*, se realinearon con los republicanos. Durante el giro de Bill Clinton hacia el centro en los años noventa, si bien los demócratas despertaron una mayor atención entre las mujeres y quienes tenían estudios universitarios, los obreros y los estadounidenses sin educación superior comenzaron a darles la espalda.[19] Su número podría haber sido incluso mayor si no se hubiese producido una desaceleración económica, que permitió a Clinton hacer campaña con el eslogan «Es la economía, imbécil», mientras que atacar a los republicanos por apoyar los recortes fiscales habría ayudado principalmente a los ricos.

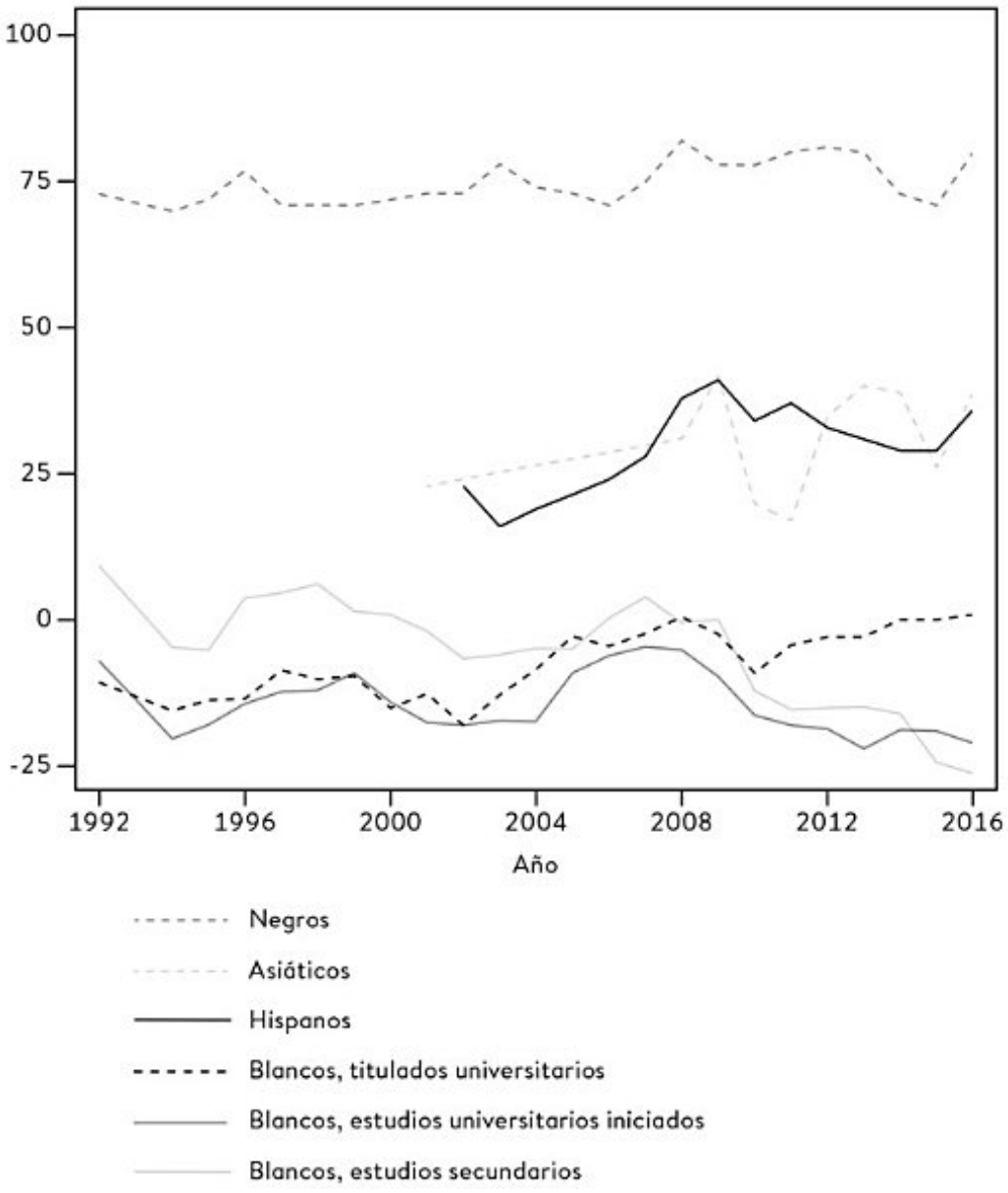
Sin embargo, en las elecciones presidenciales de 2016 el panorama de cambio era bien patente. Según el American National Election Study, Hillary Clinton solo obtuvo el 4 % de su apoyo de los ciudadanos que habían votado anteriormente, en 2012, al candidato republicano Mitt Romney, pese a la manifiesta aversión a Donald Trump de los republicanos tradicionales. Trump conservó la aplastante mayoría de los votantes republicanos, pero hizo asimismo una gran incursión en el electorado demócrata y obtuvo el 13 % de los votantes de Obama en 2012. Esto parece indicar que mientras dos millones y medio de simpatizantes de Romney pasaron a apoyar a Clinton, más de ocho millones de votantes de Obama se inclinaron por Trump, lo que le permitió ganar en cuatro estados en los que había triunfado Obama en 2008 y 2012.[20] Los principales chaqueteros

fueron los blancos sin títulos universitarios.

Si bien su preocupación por la inmigración y el cambio étnico fueron factores de «empuje» importantes para estos votantes, también lo fue su sensación de que las élites urbanas liberales no entendían a los ciudadanos como ellos. Fue asimismo clave en los estados indecisos como Míchigan, donde la pérdida de influencia de los sindicatos era ya más que evidente. Esto propició la posibilidad de apartarse de los demócratas.

Pero estas variaciones no deben atribuirse únicamente a Trump, sino que también tardaron en llegar. El cambio de bando de los estadounidenses blancos, que se alejaron de los demócratas y se realinearon con los republicanos, comenzó muchos años atrás. Como ha demostrado el especialista John Sides (véase la figura 6.3), fue en realidad en la presidencia de Obama, entre 2009 y 2015, cuando los demócratas mostraron un claro debilitamiento entre los estadounidenses blancos poco instruidos.[21] Mientras que el liderazgo de los demócratas sobre los republicanos ha aumentado considerablemente entre los hispanos, los asiáticos y los afroamericanos en los últimos años, han sido los republicanos quienes han establecido una creciente ventaja entre los blancos —ha pasado de doce puntos en 2010 a quince puntos en 2016—, que se produjo casi por completo entre los blancos sin títulos universitarios. Además, esta ventaja ya existía antes de que Trump empezara a hacer campaña.

Figura 6.3. VENTAJA DEMÓCRATA EN EL PARTIDISMO ENTRE:



Volviendo a Europa, la tendencia hacia una mayor inestabilidad también dio comienzo hace tiempo, aunque se aceleró durante la Gran Recesión. Según un importante estudio que analizó treinta democracias, la crisis financiera y sus repercusiones no solo acrecentaron la división entre «los ricos y los pobres», sino que también mermaron el apoyo a la corriente dominante y propiciaron un mayor respaldo a los populistas tanto de derechas como de izquierdas. Si bien el nacionalpopulismo estaba bien encaminado antes de la crisis, la confusión animó incluso a más personas a

reconsiderar sus lealtades, sobre todo donde los organismos no electos, como el Banco Central Europeo, han intervenido para imponer medidas de austeridad a las que mucha gente se oponía. De hecho, bajo la sombra de la Gran Recesión, los índices generales de inestabilidad alcanzaron niveles que no se veían en ningún otro lugar desde el nacimiento de la democracia de masas, incluidos los años convulsos de entreguerras, que fueron testigos del aumento de nuevos partidos comunistas y fascistas.[22]

Esto es cierto incluso en países estables como Suecia, donde, desde mediados del siglo XX, el número de personas que han cambiado su voto de unas elecciones a las siguientes aumentó más del triple, hasta alcanzar el 37 % a principios del nuevo siglo.[23] Los antaño dominantes socialdemócratas, que obtuvieron una media del 45 % de los votos entre mediados de los años treinta y los ochenta, descendieron hasta un 31 % en 2014. A pesar de ello, el primer ministro saldría de su partido, lo cual demuestra que lo que ocurre a nivel gubernamental no suele ser representativo de lo que sucede en la base. Como veremos más adelante, un factor importante de este descenso fue la forma en que muchos obreros se han desconectado de la política.

En Italia, esta inestabilidad se refleja incluso en cambios mucho mayores. A finales del siglo XX, el viejo sistema de partidos se desmoronó en medio de una oleada de acusaciones de corrupción contra los dos partidos principales de Gobierno —los democristianos y los socialistas—, que provocó el auge del magnate de los negocios Silvio Berlusconi, conservador y populista. En 2001, su partido Fuerza Italia logró el 29 % de los votos, pero, en 2018, una versión reformada cayó hasta el 14 %. Berlusconi se vio envuelto en escándalos políticos, financieros y sexuales, y el principal partido de centroizquierda acabó enredado en asuntos relativos a cómo responder a la Gran Recesión y a la reforma de la Constitución, además de procurar fortalecer el Gobierno (una propuesta rechazada en un referéndum en 2016). Esto fue el presagio de un aumento notable del Movimiento 5 Estrellas, de carácter populista, que, junto con la Liga, nacionalpopulista, surgieron para dominar la política italiana. A finales de

año, la Liga ascendió a más del 30 % en los sondeos, casi el doble de los votos obtenidos en las elecciones de 2018 y muy por delante de su socio de coalición.

O pensemos en Francia. En 2016, Emmanuel Macron, antiguo banquero y ministro de Economía en el Gobierno socialista, de treinta y ocho años, creó su propio movimiento: En Marche! (¡En Marcha!). Nunca antes se había presentado a un cargo electivo; sin embargo, tan solo un año después, el antiguo orden se derrumbó en las elecciones presidenciales. A pesar de que, desde 1945, el sistema de partidos francés ha sido testigo del auge del Frente Nacional en los años ochenta y la desaparición de un partido comunista anteriormente fuerte, ha existido un equilibrio general entre los partidos de izquierdas y de derechas. En 2017, Macron persuadió al centro. En la primera votación excluyó a los principales partidos de centroizquierda y centroderecha, que en total atrajeron solo el 23 % de los votos, el valor más bajo en la historia moderna de Francia. Macron se enfrentó a la nacionalpopulista Marine Le Pen, quien, a pesar de la derrota, se fue con el apoyo de más de uno de cada tres votantes, un récord para el partido. En las siguientes elecciones legislativas, ¡En Marcha! obtuvo una representación mayoritaria en el Parlamento, a pesar de que el índice de participación fue de tan solo el 43 %, un mínimo histórico, y puso de manifiesto una peligrosa tendencia hacia la apatía y la inestabilidad.

Desde entonces, algunos observadores han sostenido que los datos apuntan a una inversión de la tendencia hacia la estabilidad. Bajo la sombra de la votación del *brexit*, por ejemplo, los profetas del apocalipsis político parecían ser objeto de una dura reprimenda. En las elecciones generales de 2017, los dos grandes partidos —los laboristas y los conservadores— dominaron totalmente y obtuvieron el 80 % de los votos. Pese a que el Reino Unido utiliza el sistema de mayoría simple, que favorece, por supuesto, a los grandes partidos, este fue el porcentaje combinado más alto desde 1970 (aunque no tan alto como el 97 % conseguido en 1951).

Pero los argumentos sobre una nueva estabilidad están lejos de la realidad. En la práctica, la política británica aún estaba en una situación de

gran transformación. Las dos elecciones que se celebraron en ambos bandos de la votación del *brexit* fueron las más inestables de la época moderna: en comparación con los años cincuenta, el índice de inestabilidad se había cuadruplicado. Esto se debió en gran medida a que el sistema bipartidista, antaño estable, había dado paso a la aparición de una serie de partidos, desde los nacionalistas de Escocia y Gales hasta el nacionalpopulista UKIP. En el momento del referéndum del *brexit*, casi uno de cada tres británicos votó por partidos distintos de los dos mayoritarios. El hecho de que en ese momento estuvieran mucho menos dispuestos a diversificarse se reflejó en que, en 2015 y 2017, un sorprendente 43 % y 32 %, respectivamente, cambió sus votos con respecto a las elecciones anteriores. Así pues, tras el *brexit*, lo más destacado fue el regreso de los dos grandes partidos; bajo la superficie, las aguas eran turbulentas como nunca antes y exponían al Reino Unido a nuevos rivales.[24]

Trabajadores apáticos y abstencionistas

Si se hubiese observado de cerca a la clase trabajadora del Reino Unido, el *brexit* se habría visto venir. Más de una década antes de la votación, se produjeron importantes transformaciones que han allanado el camino al sorprendente resultado.

A pesar de que pocos turistas lo hacen, si uno se aventura en el norte de Inglaterra, más industrial y con mayores dificultades, habría percibido la rebelión que se avecinaba. Durante la época clásica existía un antiguo dicho en muchas comunidades obreras que afirmaba que incluso si pones una escarapela roja del Partido Laborista en un burro, la gente seguiría votando por él. Treinta años de avances rápidos y la situación ha cambiado radicalmente. Debido a las grandes transformaciones que hemos analizado, a finales de los noventa, los principales partidos se dirigían mucho más a los liberales de clase media; al parecer, apenas tenían incentivos para hablar directamente a la clase trabajadora, que también incluía una parte cada vez

menor del electorado.

Los socialdemócratas tenían que encontrar nuevas formas de despertar mayor interés. Por esta razón, figuras como Bill Clinton en Estados Unidos, Tony Blair en el Reino Unido y Gerhard Schröder en Alemania tendieron la mano de forma más activa a la clase media —en ascenso y culturalmente más liberal—, que hizo su aparición en medio de las cruzadas de la nueva izquierda. Los socialdemócratas adoptaron, o al menos no trataron de desbaratar, aspectos fundamentales del acuerdo económico neoliberal. Viraron al centro, al que Blair y Clinton denominaron «tercera vía» y los alemanes, «nuevo centro», mientras también se dirigían de forma más directa a la política identitaria.

En Europa, los socialdemócratas solían aceptar recortes en los generosos sistemas de protección social y reducciones en la protección laboral de los trabajadores. Pasaron a apoyar más asuntos posmaterialistas, como el feminismo, la inmigración y el multiculturalismo, y ampliaron los derechos para las minorías y abordaron el cambio climático. En el Reino Unido, Blair se hizo célebre al revocar el compromiso de su partido con la propiedad estatal de las principales industrias y la subida de impuestos, a la vez que hablaba mucho menos de defender a los trabajadores y debilitaba los vínculos de su partido con los sindicatos. Pronto obtuvo más apoyo de la clase media que de la clase trabajadora y dio por sentado que los trabajadores no tenían adonde ir.

Pero este supuesto resultó ser erróneo. A corto plazo, parecía que Blair había ganado la partida, ya que, desde 1997, obtuvo tres victorias consecutivas en las elecciones, seguidas de cuatro derrotas laboristas continuas ante Margaret Thatcher y John Major. Pero no se percató de la creciente alienación en las comunidades obreras, reforzadas por un resentimiento hacia el aumento de la inmigración que se produjo durante su mandato. De hecho, a la larga, esto contribuyó a allanar el terreno al *brexit* e hizo del otrora celebrado gurú de la milagrosa recuperación de los laboristas uno de sus artífices involuntarios al empujar a los votantes hacia Nigel Farage y el UKIP, o simplemente hacia la abstención.

Un experto que detectó la creciente apatía fue Oliver Heath, que observó que, mientras en los años ochenta la diferencia en el índice de participación entre los trabajadores y la clase media había descendido por debajo de los cinco puntos, en 2010 había aumentado hasta casi veinte puntos. Esto significa que la brecha en la participación era tan importante como la existente entre los jóvenes y las personas mayores. En 2015, un año antes del *brexit*, más de la mitad de todos los trabajadores y aquellos que carecían de títulos universitarios habían dejado de votar, una respuesta natural a la alienación y privación de voz que hemos examinado en el capítulo 3. Casi el 40 % de los trabajadores que se abstuvieron consideraban que los laboristas ya no los representaban. Como señaló Heath, si bien en el pasado las clases trabajadora y media estaban divididas acerca de a qué partido apoyar, ahora lo estaban en cuanto a si valía la pena siquiera ir a votar.[25]

Esto no es exclusivo del Reino Unido. En todo Occidente, la clase trabajadora ha sido generalmente más propensa que otros grupos a la abstención. En Alemania, desde los años ochenta, ha existido un notable descenso en la voluntad de los trabajadores para ir a votar, sobre todo en la antigua Alemania Oriental. En consonancia con nuestro análisis del capítulo 3, los trabajadores que convinieron en que «los políticos no se preocupan mucho de lo que piensan personas como yo» eran particularmente proclives a renunciar a la política.[26] Cuando, en 2017, Alternativa para Alemania sorprendió al mundo al obtener más de noventa escaños en el Parlamento, la principal fuente de votos fueron ciudadanos que, por lo general, no habían votado en elecciones anteriores.

Curiosamente, cuando se celebró el referéndum del *brexit* en el Reino Unido, un número importante de quienes se habían abstenido anteriormente volvió a votar, y muchos de ellos optaron por abandonar la Unión Europea. Un motivo del porqué algunas de las encuestas no han funcionado es que unos dos millones de personas, principalmente de la clase trabajadora, que acudieron a las urnas habían evitado en gran medida los sondeos, o bien se había subestimado su determinación. Si bien la participación fue inferior a

la esperada en los feudos *millennials*, fue más alta de lo previsto en los distritos obreros, donde los ciudadanos aprovecharon la oportunidad para presionar vigorosamente por una reforma política y social radical: exigir la reducción de la inmigración, reclamar competencias de la Unión Europea y recuperar su voz.[27]

Un año después de la revuelta del *brexit* se celebraron unas elecciones generales «normales». Muchos de la izquierda argumentaron que el nuevo estilo a lo Bernie Sanders de Jeremy Corbyn, líder de la izquierda radical del Partido Laborista, solventaría esta relación con los trabajadores. Pero no sería así: la diferencia de participación entre la clase trabajadora y la clase media aumentó hasta treinta y un puntos, una cifra sin precedentes.[28] Mientras algunos trabajadores volvieron a caer en la apatía, otros se pasaron al bando de los conservadores, sobre todo porque sus valores avivaron grandes inquietudes acerca de la inmigración y una voluntad de garantizar que el *brexit* ocurriría de verdad. Ya no confiaban en los laboristas.

Estas contiendas políticas afianzaron la brecha de valores en el Reino Unido. Pese a que se ridiculizó mucho a la primera ministra Theresa May y al Partido Conservador por no haber conseguido una amplia mayoría, tal y como sugerían las encuestas, aun así obtuvieron uno de sus mejores resultados en muchos años entre la clase trabajadora y los no titulados, lo cual refleja un realineamiento como el que hemos visto en otros lugares.[29] Aunque los votantes a favor del *brexit* y en contra de la inmigración se pasaron al bando conservador, los laboristas registraron unos avances sumamente importantes entre los *millennials* con títulos universitarios, los profesionales de clase media culturalmente liberales y en las grandes urbes y ciudades universitarias, lo que refleja cómo un Reino Unido fuera de la Unión Europea parece destinado a ser testigo de una mayor polarización.

El desmoronamiento de la socialdemocracia

Los partidos tradicionales han tardado en reconocer y responder al modo en

que se está transformando Occidente. Pese a que, en Europa, algunos partidos principales de derechas han adoptado políticas ligeramente nacionalpopulistas, una cuestión que desarrollaremos en el próximo capítulo, los socialdemócratas se enfrentan ahora a un dilema. En medio del conflicto cultural, ¿cómo pueden mantener a la vez el apoyo de la clase media, más liberal y con estudios universitarios, y de los obreros socialconservadores y los conservadores tradicionales? En la mayoría de los países, en especial en Europa, los socialdemócratas no han sido capaces de responder a esta cuestión. Ante unas pérdidas sin precedentes, el asunto no estriba en si la socialdemocracia puede competir de nuevo, sino más bien en si puede realmente sobrevivir a largo plazo.

Si ha leído detenidamente las revistas inmobiliarias de París durante el invierno de 2017, se habrá fijado en un inmueble bastante impresionante que estaba a la venta. Se trataba de un palacio situado en un lugar privilegiado del casco antiguo, con una superficie de casi 3.500 m2, en la elegante margen izquierda de la ciudad y a pocos pasos del Museo de Orsay. El precio superaba los 30 millones de euros. Pero para los observadores experimentados de la política francesa, el anuncio parecía más bien una esquela. Durante décadas, la grandiosa propiedad ha sido la sede de los socialistas franceses, que se vieron obligados a venderla por temor a la quiebra.

Esto se convirtió en un símbolo de los males de la socialdemocracia, que llevaban gestándose desde hacía mucho tiempo. A finales de los años noventa, once de los otrora quince Estados miembro de la Unión Europea estaban gobernados por socialdemócratas. Pero incluso entonces existían señales de alarma. Entre 1945 y principios de los noventa, el porcentaje medio de votos destinados a los partidos socialdemócratas en Occidente cayó en doce puntos. Algunos partidos, como el Nuevo Laborismo de Blair, se las arreglaron para orquestar una recuperación, pero al final resultó ser una efímera señal en la tendencia general.

Tal vez el descenso más espectacular fue el de PASOK, un partido que gobernó regularmente en Grecia durante los años ochenta y que introdujo

reformas en la sanidad, más derechos para las mujeres y, en un principio, un aumento de los salarios y las prestaciones. Ganó las elecciones del país recientemente, en 2009, con casi el 44 % de los votos, pero tan solo seis años después cayó hasta el puesto diecisiete, con menos de un 5 %. Sin lugar a dudas, a PASOK le pasaron factura algunos factores concretos. Uno de ellos fue la trayectoria de nepotismo y corrupción, que pasó a ocupar la primera plana de los debates sobre las duras condiciones que se impusieron a Grecia por «crímenes» del pasado después de la Gran Recesión. Pese a todo, este descenso también forma parte de una tendencia más amplia.

Figura 6.4. PORCENTAJE PONDERADO DE VOTOS DE LOS PARTIDOS EUROPA OCCIDENTAL, 1970 = 100

En 2009, los socialdemócratas en Alemania sufrieron unas pérdidas sin precedentes: cayeron hasta el 23 % de los votos, perdieron un tercio de su

apoyo y registraron el que por entonces fue su peor resultado desde la fundación de la República Federal en 1949. Algunos sostenían que un líder carismático podría haber marcado la diferencia, pero los cambios subyacentes demostraron ponerlo más en duda. En las elecciones siguientes, en 2017, los socialdemócratas obtuvieron menos del 21 %, su peor resultado en la época de la posguerra, y solo ligeramente por delante del cómputo del partido durante su periodo formativo en 1890. En 2018, los socialdemócratas descendieron hasta el tercer puesto en varias encuestas, detrás del centroderecha y el partido nacionalpopulista Alternativa para Alemania.

O echemos un vistazo a otros lugares. En 2018, los socialdemócratas en Suecia registraron su peor resultado desde 1908, cuando consiguieron solo el 28,3 % de los votos. Cinco años más tarde, perdieron poder en Dinamarca, lograron los peores resultados de su historia en Finlandia, Polonia y España, y sufrieron casi la misma suerte en el Reino Unido. En 2017, los socialistas en Francia, que habían estado al frente del Gobierno desde 2012, se vieron reducidos a apenas un 6 % en las elecciones presidenciales y un 7 % en las legislativas, mientras su número de escaños se derrumbó desde doscientos ochenta hasta solo treinta. El mismo año, los socialdemócratas en los Países Bajos y la República Checa se hundieron hasta estar por debajo del 10 %, sus peores resultados en la historia, mientras que en Austria los echaron del poder y se mantuvieron en mínimos históricos. En Italia, en 2018, el voto de centroizquierda cayó por debajo del 19 %, frente al 34 % de diez años antes. A finales de ese mismo año, el Partido Socialista Obrero Español obtuvo solamente el 28 % de los votos en las elecciones andaluzas, sus peores resultados conocidos en esta región y muy por debajo del 50 % logrado en 2004.

Si bien a finales de los noventa los socialdemócratas habían sido la fuerza dominante de gobierno en Europa, hoy están al frente del Ejecutivo en solo siete Estados miembro de la Unión Europea. Y exceptuando España y Alemania, donde son el socio minoritario, estos Gobiernos se encuentran en gran parte en la periferia de Europa: Malta, Portugal, Rumanía, Suecia y

Eslovaquia. Parece que algunos de ellos, como el Partido Laborista del Reino Unido, que viraron hacia la izquierda radical, han frenado el descenso, pero siguen fuera del poder, y no está claro cómo pueden mantener una alianza de grupos que piensan básicamente de forma diferente sobre cuestiones clave como la inmigración, la integración europea y la nación.

¿Cómo se explica este fenómeno? Una respuesta es que, debido a los grandes cambios sociales que hemos examinado, la socialdemocracia ha dependido cada vez más de grupos irreconciliables, algunos de los cuales ya no ven que el centroizquierda esté abordando sus preocupaciones. Pero, por desgracia, muchos en la izquierda siguen diagnosticando erróneamente el problema: los demócratas en Estados Unidos y los socialdemócratas en Europa sostienen que esta división se debe en realidad solo al racismo o a una privación económica objetiva. Creen que si únicamente pueden dar más empleo, más crecimiento y menos austeridad a los trabajadores, sus partidarios volverán. Se niegan a admitir que las inquietudes de los ciudadanos sobre la inmigración y el rápido cambio étnico podrían ser legítimas por derecho propio y que no solo tienen que ver con el empleo.

No hay duda de que el fracaso de la socialdemocracia para detener y revertir el aumento de la desigualdad ha minado, a ojos de muchos trabajadores, su credibilidad, pero la idea de que se limitan a reaccionar a sus circunstancias económicas es engañosa, como ya hemos visto. Muchos votantes de la clase trabajadora son, por instinto, socialmente conservadores y nunca coincidirán con las secciones culturalmente más liberales del centroizquierda.

Los socialdemócratas también están siendo rebasados en otro frente. A diferencia de otros partidos, los nacionalpopulistas suelen ser los más rápidos a la hora de responder a las preocupaciones del pueblo. Como indicamos en el capítulo 1, ya en los años ochenta, figuras como Jean-Marie Le Pen en Francia se dirigían a los trabajadores y a los socialconservadores, que sentían una gran inquietud sobre cuestiones como la inmigración y estaban descontentos con los distantes partidos tradicionales. Pero hoy en

día, muchos populistas también les hablan a estos votantes sobre economía, abordan sus grandes temores acerca de la privación relativa y la globalización neoliberal desmedida y exigen a los políticos que otorguen más derechos y protección a los trabajadores nacionales al tiempo que limitan las prestaciones sociales a los «foráneos» que no han contribuido al sistema. Actualmente, Marine Le Pen se describe a sí misma como una gran defensora de los derechos de los trabajadores, los salarios y el nivel de vida. En Suecia, los nacionalpopulistas presentan sus manifiestos bajo el título «Elegimos el bienestar social», prometen aumentar el empleo, las prestaciones por hijos y por enfermedad y ofrecer trabajo a los desempleados de larga duración en organismos municipales o grupos de voluntarios.

Hay que definir, por tanto, si la socialdemocracia será capaz de reinventarse y crear una nueva coalición que le dé una verdadera posibilidad de volver a su antigua gloria. Parece realmente increíble que los socialdemócratas logren recuperar a los trabajadores, a menos que estén dispuestos a modificar su postura culturalmente liberal sobre la inmigración... y hasta ahora hay muy pocos indicios de que así sea.

Pese a que el Partido Demócrata en Estados Unidos nunca ha sido socialdemócrata en el sentido europeo, es indudable que tiene similitudes y que actualmente se enfrenta a cuestiones parecidas. Muchos observadores afirman que se puede estar produciendo un nuevo «realineamiento» en la política estadounidense que conduciría a una hegemonía democrática a largo plazo.[30] Los partidarios de este argumento señalan a la proporción cada vez menor de votantes blancos en Estados Unidos, al cambio étnico actual, a los votantes *millennials* con una actitud más liberal en cuestiones culturales y al aumento de los votantes laicos, que suelen oponerse a la «familia» tradicional y a los valores religiosos que propugnan los republicanos conservadores. También apuntan al hecho de que si bien Trump fue relativamente más fuerte en las zonas rurales y en las ciudades pequeñas de Estados Unidos, y no en las grandes urbes, esa población está disminuyendo (el número de habitantes de las zonas rurales, un 40 %, se ha

reducido desde 1980).[31]

No cabe duda de que este es un argumento tentador y se podría llevar aun más lejos para incluir las posibles escisiones en el movimiento republicano. Trump se hizo cargo del partido de forma hostil y sus opiniones (cambiantes) no suelen estar en sintonía con las de los elementos importantes de la cúpula republicana y la base de contribuyentes. A nivel nacional, esto comprende la cuestión fundamental de su deseo de recortar el gran Gobierno, incluidos los impuestos y las ayudas sociales. Aunque Trump promulgó grandes recortes fiscales en 2017, se trataba en gran parte de un plan republicano existente, y sus políticas sobre el proteccionismo, el gasto en infraestructuras y sus opiniones (más vagas) sobre el bienestar social desafían a algunos en el seno de la clase dirigente republicana.

Pero el panorama no es del todo claro. Como ha demostrado el politólogo Larry Bartels, los puntos de vista de Trump distan mucho de estar fuera de lugar con respecto a los de la mayoría de los votantes republicanos, que apoyan en general sus opiniones económicas y nacionalistas, sobre todo en lo que respecta a la inmigración.[32] Además, a pesar de que predominan cuestiones culturales, muchos coinciden con el concepto de un Gobierno mayor que ofrezca un nivel de vida digno a quienes no puedan trabajar y garantice el acceso a una sanidad de calidad, mientras que una minoría considerable está a favor de reducir las diferencias de ingresos y ayudar a las familias a pagar los cuidados infantiles y la universidad. Por ejemplo, el Pew Research Center constató que, en 2016, el 66 % de los partidarios de los principales candidatos republicanos a las primarias y los votantes de tendencia republicana se oponían a nuevas reducciones de las prestaciones sociales; la cifra aumentó hasta el 73 % entre los simpatizantes de Trump (algo mayor que entre los partidarios de Clinton y Sanders).[33]

Bartels también concluyó que el 26 % de los demócratas opinaba de forma similar a los republicanos en cuanto a cuestiones culturales y apuntaba a posibles pérdidas en el futuro. Observa asimismo que no está nada claro que la actitud de los *millennials* seguirá imperturbable a la larga

y que, como comentamos en el capítulo 1, continúa existiendo un notable apoyo a las políticas nacionalpopulistas entre las nuevas generaciones. De hecho, Bartels pone en duda que el voto a Sanders demuestre un apoyo generalizado a políticas democráticas más de izquierdas y argumenta que procede más bien de factores como la hostilidad hacia Hillary Clinton y a la clase dirigente demócrata. Además, mientras casi el 90 % del voto de los afroamericanos en las elecciones presidenciales va a los demócratas, las encuestas recientes han mostrado que solo el 59 % se identifica con ellos, y únicamente el 26 % se autodefine como «liberal», en comparación con el 27 % que respondió «conservador» y el 44 %, «moderado».[34]

Más concretamente, la Oficina del Censo pronostica que la población afroamericana solo aumentará del 13 % en 2016 al 14 % en 2060. El mayor incremento se registrará entre los hispanos, del 17,4 % al 28,6 %, una importante minoría que, como ya hemos comentado, votó a Trump (y un número cada vez mayor de ellos se identifica como blanco). Esto ayuda a explicar la visión optimista de Steve Bannon, ex jefe de estrategia de Trump, quien afirmó, en 2018, que había que aprender mucho de los nacionalpopulistas europeos, y que el Partido Republicano transformado por Trump, en línea con los intereses de la gente corriente y que conquistó el 60 % del voto de los blancos y el 40 % del de los hispanos y afroamericanos, va camino de una mayoría de cincuenta años. Estas conclusiones parecen poco probables, como también lo es la afirmación de que un nuevo realineamiento en la política estadounidense beneficiará automáticamente a los demócratas. Como hemos visto en este capítulo, vivimos en una época de importantes cambios.

Actualmente, numerosas personas en Europa y Estados Unidos están más desalineadas que nunca; esto hace que sean menos leales a los partidos tradicionales y estén más abiertas a nuevos contendientes como los nacionalpopulistas. Estos cambios han coincidido con un nuevo conflicto cultural en Occidente, basado en diferencias con respecto a los valores, algo que es poco probable que desaparezca en un futuro inmediato. La inmigración, la integración europea, los derechos de las minorías y aspectos

concretos como el islam no solo seguirán mostrando estas diferencias en los valores, sino que también trascenderán a los electorados de los antiguos partidos y dificultará que puedan improvisar unas mayorías electorales, lo cual es particularmente cierto en los partidos socialdemócratas tradicionales en Europa.

Cada vez son más los ciudadanos que buscan nuevos refugios políticos, mientras otros han caído en la apatía. Esto está alimentando el auge de nuevos partidos y proporcionándoles una permanencia que muchos observadores, obsesionados aún con el futuro inmediato, siguen subestimando. Visto en su conjunto, el desalineamiento representa otro desafío importante, y a largo plazo, a la corriente dominante.

A medida que las democracias occidentales entraban en el siglo XXI, un número creciente de votantes se inclinaban por partidos que no existían cuando se crearon nuestros sistemas políticos. Las líneas divisorias de la política están en una fase de transformación fundamental y seguirán evolucionando en los próximos años. La clase política dirigente ha tardado demasiado en responder. Los nacionalpopulistas son una consecuencia de este cambio; fueron de los primeros en reconocer el rechazo y en dar una respuesta que, para los grupos principales de votantes, fue relevante y convincente. Los liberales fueron criticados, en algunos casos con razón, por haber ignorado la nueva realidad.

CONCLUSIONES

HACIA EL POSPOPULISMO

El impulso de los nacionalpopulistas se debe a las «cuatro palabras clave», profundamente arraigadas, que suelen esconderse en nuestros debates cotidianos. A corto plazo, esto les proporcionará una reserva grande y continua de apoyo potencial. Aunque tal vez no ganen las elecciones, y sus adeptos fluctuarán, «los principios fundamentales» que hay detrás de este fenómeno parecen decididos a permanecer inamovibles durante muchos años.

Esto no significa que, pese a ello, los primeros en beneficiarse serán los propios nacionalpopulistas. Más bien, con el tiempo, y a medida que Occidente se transforma en una época de «pospopulismo», puede ocurrir que el auténtico vencedor sea lo que denominamos el «nacionalpopulismo ligero», un aspecto que desarrollaremos en este capítulo.

Comenzamos el libro señalando cómo, en todo Occidente, el auge de populistas controvertidos como Trump, Le Pen, Farage, Wilders u Orbán se busca habitualmente en factores a corto plazo, como, por ejemplo, la Gran

Recesión después de 2008, la crisis de los refugiados a partir de 2014 o campañas electorales concretas. Esta reducida perspectiva insta a escritores y pensadores a ver estas revueltas como una etapa pasajera en la historia de la democracia liberal, protestas relámpago que desaparecerán pronto, en cuanto se reanuden la estabilidad y las épocas «normales».

Esta hipótesis recorre nuestros debates públicos. Los votantes de Trump volverán a la corriente dominante tan pronto se den cuenta de que está mentalmente incapacitado para ocupar el cargo más alto o cuando salgan a la luz sus relaciones con Rusia. Los *leavers*, que votaron a favor del *brexit*, cambiarán de idea cuando la economía del Reino Unido se pegue un batacazo, mientras que, en Europa, los nacionalpopulistas perderán impulso en cuanto retorne el crecimiento económico. De forma más general, estas rebeliones se desvanecerán cuando los *millennials* cosmopolitas sustituyan a sus votantes, los «hombres mayores blancos».

Son palabras de consuelo, pero son muy engañosas. No negamos la importancia de las sacudidas más graves y recientes de Occidente, como la Gran Recesión y la crisis de los refugiados. Estos acontecimientos trascendentales acentuaron la brecha entre los distintos grupos sociales, exacerbaron las tensiones y alentaron a más ciudadanos a echar un vistazo al mercado político. Pero estas divisiones, como hemos visto, existen desde hace tiempo, muchos años antes de la caída de Lehman Brothers, la llegada de la austeridad o la fatídica decisión de Angela Merkel de permitir la entrada de más de un millón de refugiados en Alemania.

Los factores que han allanado el camino al nacionalpopulismo están profundamente arraigados en la estructura de las naciones. Se basan en las contradicciones existentes entre el funcionamiento de la democracia a nivel nacional y el creciente mercado económico a nivel mundial, una larga y afianzada tradición de desconfianza de la élite hacia las masas, un sentimiento nacionalista latente y bastante generalizado y el debilitamiento a la larga de la relación entre los ciudadanos y los partidos. Es poco probable que estas profundas raíces desaparezcan a raíz de los últimos datos macroeconómicos o una campaña determinada. Más bien, el auge del

nacionalpopulismo refleja un cambio mucho más importante en la evolución de nuestras (todavía jóvenes) democracias liberales. Por eso pedimos a los lectores que se distancien y adopten una visión más amplia para ver cómo han evolucionado, durante un periodo mucho mayor, la democracia, la nación, la economía y los sentimientos de los ciudadanos con respecto a los partidos tradicionales.

Las «cuatro palabras clave»

Nos hemos centrado en gran medida en las tendencias «ascendentes» principales, o lo que los expertos denominan «demanda», esto es, las corrientes fundamentales que determinan el modo en que las personas ven el mundo que las rodea. Los críticos podrían decir que no hemos observado lo suficiente la «oferta», cómo los propios nacionalpopulistas aprovechan estas corrientes, cómo se comunican los líderes carismáticos con el pueblo, cómo ellos y sus adversarios orientan unas elecciones concretas o cómo los medios de comunicación, tanto los antiguos como los nuevos, tratan estos temas (incluida la interferencia de Rusia, que pretendió avivar los antagonismos raciales y debilitar el apoyo de las minorías étnicas a Hillary Clinton durante las elecciones presidenciales de 2016).

Estos factores a corto plazo son importantes y serán otros quienes los examinen. Pero también pueden ser distracciones que nos alejan de reconocer y analizar las transformaciones más importantes que están cambiando el mundo político a nuestro alrededor. Las elecciones individuales van y vienen, al igual que los líderes y los presidentes de los partidos. El origen de la tradición nacionalpopulista es muy anterior a la época de Trump, el *brexit* y Marine Le Pen; sin embargo, gran parte del debate le hará creer que lo que se dijo durante la campaña electoral o se escribió en el lateral de un autobús marcó la diferencia en el mundo.

Con respecto a estas raíces profundas, hemos afirmado que existen cuatro grandes transformaciones importantes: la desconfianza del pueblo en

la naturaleza cada vez más elitista de la democracia liberal, que ha avivado un sentimiento, compartido por muchos, de que ya no tienen voz en la conversación, y que probablemente fomentará el apoyo a un modelo de democracia más «directo»; la constante preocupación por la destrucción de las comunidades y la nación, que se ha agudizado debido a un rápido aumento de la inmigración y a una época de hipercambio étnico, que plantea cuestiones legítimas y temores xenófobos; una profunda preocupación por la privación relativa, derivada del cambio hacia un acuerdo económico cada vez más desigual, que ha avivado la correcta creencia de que a algunos grupos se los está dejando injustamente atrás respecto a otros, y los miedos por el futuro; y el aumento del desalineamiento de los partidos tradicionales, que ha hecho que nuestros sistemas políticos sean más inestables y haya más personas «dispuestas» a escuchar nuevas promesas, mientras otras se han refugiado en la apatía.

Las «cuatro palabras clave» han hecho que numerosas personas en Occidente se muestren abiertas, de forma instintiva, a las pretensiones del nacionalpopulismo: que los políticos no las escuchan e incluso las tratan con desprecio; que los inmigrantes y las minorías étnicas se benefician a costa de los «nativos», y que el hipercambio étnico y, en concreto, el islam representan una nueva e importante amenaza al grupo nacional, a su cultura y a su modo de vida.

Hemos visto asimismo cómo estas inquietudes distan mucho de ser marginales. En ocasiones, más de la mitad de las poblaciones en Occidente expresan opiniones que están generalmente en consonancia con el nacionalpopulismo. Pero, en las últimas tres décadas, los políticos de la izquierda liberal y los observadores han subestimado de forma sistemática el alcance y la fuerza del nacionalpopulismo y lo han rechazado por considerarlo un refugio restringido a los «hombres mayores blancos», racistas ignorantes o antidemócratas, quienes, al igual que los fascistas de entreguerras, quieren derribar las instituciones políticas.

Los nacionalpopulistas han atraído a adeptos de un espectro relativamente amplio. Estos simpatizantes no son «todos iguales», incluso si

a menudo se los trata así. Los republicanos con ingresos por encima de la media que tomaron partido por Trump tienen historias de vida muy diferentes de las de sus homólogos obreros que pasan dificultades; en algunos casos son antiguos demócratas que, a pesar de haber votado anteriormente a Barack Obama, se sintieron atraídos por la oposición de Trump a la inmigración y por su llamamiento a hacer que Estados Unidos siga siendo grande. De forma similar, los conservadores acomodados de clase media que votaron por el *brexit* en las zonas prósperas han llevado vidas muy distintas de las de los trabajadores que también respaldaron el *brexit* en ciudades litorales olvidadas, como Clacton, Great Yarmouth o Grimsby. Los directivos y profesionales con trabajos estables que votan al Partido Popular suizo son bastante diferentes de los trabajadores en apuros que votan a los Demócratas de Suecia, o de los votantes de los pueblos y las zonas rurales que han apoyado firmemente al partido Fidesz húngaro. En las elecciones andaluzas de 2018, Vox conquistó a algunos antiguos votantes socialistas, así como a otros muchos que habían apoyado anteriormente al Partido Popular, de centroderecha.

Pero hay algunos aspectos en común. Hemos observado el panorama general sin reducir los complejos movimientos a debates limitados que buscan «un factor», por ejemplo, centrándose únicamente en la clase trabajadora blanca. También hemos intentado una vía intermedia entre argumentos simplistas sobre «economía frente a cultura» y discursos que ignoran por completo las importantes repercusiones de los factores políticos derivados de la hostilidad pública hacia el elitismo liberal.

Aunque los partidarios del nacionalpopulismo suelen tener distintas vivencias, si se sentaran a tomar una cerveza o una copa de vino y hablaran de política, estarían de acuerdo en muchas cosas. Compartirían una perspectiva similar, determinada por sus experiencias educativas, sus valores e inquietudes sobre la pérdida social y cultural, no solo en términos de lo que significa para ellos, sino también para el grupo más amplio. Sin lugar a dudas, coinciden acerca de la necesidad de defenderse ante el aumento de las políticas identitarias liberales y de la nueva izquierda, que

surgieron durante los años sesenta. También la mayoría estarían de acuerdo en que se está dejando de lado a sus conciudadanos con respecto a los demás en la sociedad, que la inmigración y el rápido cambio étnico están dañando la nación y que las élites de la corriente dominante, indignas de confianza, que no respondieron a estas cuestiones o, peor aún, las fomentaron activamente ridiculizan o rechazan demasiado deprisa a sus adversarios, a quienes consideran «deplorables», «chiflados», incluso «fascistas» o «racistas».

Asimismo, estarían totalmente en contra del creciente número de titulados y profesionales de clase media, con una mentalidad más liberal, que mantienen lo que ellos ven como verdades evidentes sobre la inmigración, los derechos de las minorías, la integración europea y el libre comercio sin restricciones. Los nacionalpopulistas tienden a ver su comunidad nacional desde una perspectiva más limitada y destacan la importancia crucial del origen étnico, o al menos unas costumbres y valores comunes que pueden forjarse en un «crisol», como muestra la historia de Estados Unidos. Esto refleja, en parte, un deseo común de vivir entre la propia población; sin embargo, como han afirmado expertos como David Miller, una fuerte identidad nacional compartida también ocupa un lugar central en lo que muchos consideran metas deseables, tales como la redistribución de los ricos a los pobres y el mantenimiento del contrato intergeneracional, razón por la que los ciudadanos aceptan hoy en día que es necesario pagar un precio por ayudar a los demás en la sociedad o en las generaciones futuras.[1]

No todos los nacionalpopulistas ven el mundo de esta manera, pero muchos sí. Y esencialmente, a la hora de explicar sus elecciones políticas, sus valores son mucho más importantes que indicadores económicos objetivos como cuánto dinero ganan o si están en el paro; de hecho, la mayoría de estos votantes, como hemos visto, trabajan a tiempo completo y suelen estar cualificados. Son sus sentimientos subjetivos de privación relativa los que constituyen una influencia especialmente poderosa sobre cómo perciben el mundo, tanto a nivel personal como en términos de

grupos con los que se identifican.

Quienes están menos cualificados y tienen más valores tradicionalistas sienten una mayor preocupación por el modo en que están cambiando sus sociedades: temen la posible destrucción de su comunidad y su identidad, creen que tanto ellos como su grupo salen perdiendo y desconfían de unos representantes que cada vez están más lejos. Los nacionalpopulistas hablaron a estos votantes, aunque lo hicieron de un modo que a muchos no les agrada. Por primera vez en muchos años, sus simpatizantes sienten ahora que pueden intervenir en el debate. Así pues, hemos visto a antiguos «abstencionistas» volver a la política para votar por el *brexit* o Alternativa para Alemania. Es muy posible que, en el futuro, más abstencionistas vuelvan a votar, en función de si los populistas son capaces de gobernar, un asunto al que volveremos después.

A menudo se presenta erróneamente a estos votantes como disidentes que quieren rebelarse contra el sistema. Cierto es que esto forma parte del atractivo del nacionalpopulismo, sobre todo el modo en que muchos rechazan los intereses posmaterialistas que se centran en cuestiones como los derechos de las mujeres y de la comunidad LGTB. Pero esto es solo un elemento de la ecuación, puesto que la mayoría de ellos coinciden en la visión generalmente conservadora de la sociedad que se les promete. No obstante, en este contexto, «conservadora» puede significar a veces relativamente liberal cuando este rasgo se ve como parte de la identidad nacional; de ahí que populistas como Wilders defiendan con firmeza los derechos de las mujeres y los homosexuales. Tratan de mantener o restablecer el dominio del grupo nacional, incluidas sus costumbres y tradiciones, para vivir en un país que acepta menos inmigrantes y en que las tasas de cambio étnico van a un ritmo menor, y en un Estado que tiene más poder mientras los organismos transnacionales como la Unión Europea tienen menos. Pero, en términos económicos, quieren introducir cambios en el injusto acuerdo actual. Y en lo que se refiere a la política, son mucho más radicales, aunque no extremistas. Pretenden vivir en un sistema democrático, pero uno en el que puedan alzar la voz y su opinión importe, y

en el que haya más políticos que se parezcan a ellos y hablen como ellos, o que al menos los tomen en serio.

La última cuestión es una advertencia importante, ya que la mayoría de los líderes nacionalpopulistas no proceden de la clase trabajadora. Trump alardeó de su fortuna durante su ascenso a la Casa Blanca como prueba no solo de su fama, sino también de su inveterado talento para los negocios, que podría trasladarse a Washington para «drenar el pantano». Nigel Farage, a pesar de no ser tan rico, destacó por su carrera anterior como corredor de bolsa en la City de Londres y se comparó a sí mismo con políticos «arribistas» que, en su opinión, han pasado sus vidas en Westminster. Pese a que algunos nacionalpopulistas respaldan las políticas económicas que tienen mucho en común con la izquierda histórica, la amplia mayoría de sus votantes no pretenden una sociedad muy igualitaria. Es más, lo que quieren es que sea justa, justa en la manera en que se da prioridad a los conciudadanos sobre los inmigrantes en ámbitos como el empleo y el bienestar social, justa en términos de sus beneficios económicos y justa en cuanto al modo en que otros países comercian con el suyo.

Es poco probable que estos puntos de vista desaparezcan o se atenúen. Los populistas seguirán contando con un posible apoyo continuo. Pensemos en algunos de los fuertes vientos que asolaban la opinión pública cuando estábamos terminando este libro. Mientras los demócratas en Estados Unidos debatían cómo recuperarse de su derrota frente a Trump, la empresa de sondeos Ipsos MORI encuestó a casi 18.000 adultos en todo el mundo y determinó que, por término medio, solo uno de cada cuatro consideraba que la inmigración había sido positiva para su país, una cifra que cayó al 14 % en Francia, al 10 % en Italia y al 5 % en Hungría. Durante el tiempo en que el Reino Unido lidiaba con la votación del *brexit*, los sondeos sugerían que más de la mitad de su población creía que al Gobierno «no le importaba mucho lo que pensaran personas como yo». Cuando Alemania asumió el primer avance nacionalpopulista en la historia de la posguerra, el 60 % de sus ciudadanos dijeron a los encuestadores que el islam estaba fuera de

lugar en su país (una opinión refrendada públicamente por el nuevo ministro de Interior alemán).

Los partidarios del nacionalpopulismo también han sido más leales al movimiento de lo que predijeron al principio muchos columnistas, quienes hablaron de protestas relámpago. A la sombra de su elección, los índices totales de aprobación de Trump pronto cayeron hasta mínimos históricos. Sin embargo, ocultaban grandes diferencias: mientras solo el 15 % de las mujeres de población no blanca y con títulos universitarios daban su aprobación al nuevo presidente, los hombres blancos sin titulación aumentaron hasta el 67 %. A principios de 2018, solo el 4 % de los electores de Hillary Clinton aceptaban a Trump, frente al 91 % de sus propios votantes.[2]

Del mismo modo, después de la votación del *brexit* se pronosticó, de forma generalizada, que quienes habían votado por abandonar la Unión Europea cambiarían de idea y empezarían a dar voz al *bregret*, una hipótesis basada en los limitados argumentos sobre el interés económico propio. Los analistas alegaron que el descontento con el *brexit* se vería acentuado por un fuerte descenso del valor de la libra, un aumento de la inflación, que consumiría los ingresos familiares, y el hecho de que enseguida quedó claro que la salida de la Unión Europea no sería ni rápida ni fácil.

No obstante, la opinión pública se ha seguido mostrando muy estable. En la primavera de 2018 se les preguntó a los británicos si, en retrospectiva, la votación del *brexit* había sido «acertada o equivocada», y seguían estando divididos, al igual que lo habían estado desde el referéndum (el 42 % opinaba que acertada y el 45%, equivocada). Estas cifras enmascaraban importantes fisuras: el porcentaje que consideraba que el *brexit* había sido un acierto variaba desde el 4 %, entre los partidarios de permanecer en la Unión Europea, y el 19 %, entre los ciudadanos de dieciocho a veinticuatro años, hasta el 61 % entre los jubilados, el 64 % entre los conservadores y el 82 % entre los promotores del *brexit*.[3] No ha habido un «*bregret*» masivo. Si acaso, muchos *leavers* cantan ahora «*Je ne bregrette rien*». El Reino Unido está dividido y seguirá estándolo durante años.

Los liberales a menudo responden con el argumento de que, si los nacionalpopulistas obtuviesen lo que querían, el resultado habría sido un menor crecimiento económico. Pero, como hemos visto, muchos de aquellos que viraron hacia los nacionalpopulistas estarían encantados de ser un poco más pobres si eso supusiera que tendrían más control sobre su país y más voz. Muchos votantes no piensan en términos transaccionales sobre los costes y beneficios, el producto interior bruto, el empleo o el crecimiento. Si lo hicieran, sería mucho más fácil hacer frente al populismo. En cambio, dan mucho valor, si no más, a la comunidad, la pertenencia, la identidad del grupo y la nación, y estas preocupaciones más profundas son las que hay que abordar. Pero, hasta el momento, muy pocos en la izquierda liberal parecen estar interesados en participar en estas conversaciones, y prefieren desestimar tales preocupaciones tildándolos de racistas, y avanzar rápidamente.

Podemos estudiar más el espacio al nacionalpopulismo considerando tres aspectos sobre el futuro. El primero se refiere a la desigualdad política, que probablemente será cada vez más, y no menos, aparente. Observemos el ascenso meteórico de Emmanuel Macron, a quien muchos veían como un contragolpe al populismo. No obstante, el movimiento de Macron refleja las dificultades que hemos examinado, como una élite política que parece ser cada vez más cerrada y estar más separada de las vivencias de la mayoría de las personas. A finales de 2018, su popularidad se desplomó, y las protestas generalizadas de los *gilets jaunes,*16 que contaron con el apoyo tanto de la derecha como de la izquierda, sacudieron al país.

Mientras que el promedio del patrimonio familiar en Francia era de unos 160.000 euros, uno de cada tres ministros de Macron era millonario, algunos de ellos contaban con bienes en acciones o propiedades por valor de varios millones y eran mucho más ricos que incluso el 10 % más adinerado, una división bien patente asimismo en anteriores Gobiernos «socialistas», que contabilizaron catorce millonarios entre los treinta y nueve ministros.[4] De entre sus principales nombramientos, bastantes provenían del centroderecha tradicional, como el primer ministro y el

ministro de Economía. Además, cuando Macron anunció que intentaría eludir el populismo y reavivar el apoyo a la Unión Europea iniciando consultas con los ciudadanos, los observadores que siguieron la corriente hallaron una «maniobra publicitaria vana»; los grupos de debate sustituyeron a las discusiones encabezadas por los ciudadanos, mientras que la mayoría de los que asistieron a ellos eran estudiantes, profesores universitarios y funcionarios que trabajaban en asuntos relacionados con la Unión Europea.[5]

O consideremos el debate del *brexit* del Reino Unido y el auge del izquierdista radical Jeremy Corbyn. Una respuesta evidente a la votación del *brexit* habría sido propiciar un debate nacional sobre cómo reformar totalmente el acuerdo económico, político y social del país para empezar a hacer frente a algunas de las reivindicaciones esenciales. ¿Debería el sistema electoral de mayoría simple, que hace que carezca de sentido que un gran número de votos se conviertan en escaños seguros, sustituirse por un sistema más proporcional? ¿Cuáles de las grandes instituciones económicas, políticas o cívicas del país, concentradas en Londres, deberían trasladarse a otras regiones con objeto de intentar abordar el profundo sentimiento del pueblo de que, tanto ellos como sus comunidades, han sido abandonados a su suerte, y conectarlos con una cultura cívica más general? ¿Cómo debería reformar el país su impopular política migratoria? ¿Y cómo puede el Reino Unido reactivar el destino de las comunidades costeras, mucho menos favorecidas, y las industriales del norte donde, por razones obvias, las grandes mayorías concluyen que se la jugarían con un nuevo acuerdo, aunque desconocido, antes que seguir con el que tienen? Pero en lugar de hacer estas preguntas y promover una reforma muy necesaria, gran parte del debate se centró en lo que quiere Londres y lo que quieren las instituciones financieras de la City.

Pese a que algunos han visto la revitalización del Partido Laborista, por parte de Corbyn, como una reacción al modo en que la política está cada vez más centralizada y es más ambiciosa, ha propuesto muy poco para fomentar una verdadera y amplia renovación de la democracia impulsada

desde la base. Teniendo en cuenta estos ejemplos, resulta difícil evitar la conclusión de que seguirá existiendo un sentimiento profundo de frustración política.

El segundo aspecto es el persistente impacto de la inmigración y el hipercambio étnico. Hemos visto que los partidarios del nacionalpopulismo son mucho más propensos que otros a ver la nación como una parte esencial de quiénes son. En algunos casos, sobre todo en Europa del Este, consideran que la pertenencia a su nación debería limitarse a quienes han nacido en el país y comparten sus costumbres y tradiciones. Pero, en cualquier otro lugar, este concepto de identidad nacional no siempre impide acoger a nuevos miembros dispuestos a adaptarse a lo que, en la práctica, siempre han sido ideas cambiantes de la identidad nacional. Por ejemplo, la identidad nacional británica antes de 1945 no englobaba ningún concepto de «negritud», puesto que el número de personas de raza negra en el país era muy reducido. Pero hoy en día, lo único que se necesita es observar la composición de los equipos deportivos nacionales, los grupos de música pop o los programas de televisión para ver el cambio, sobre todo respecto a los afrocaribeños.

No obstante, a pesar de que dichos cambios recientes sobre la percepción de la identidad nacional gozan de una amplia aceptación, muchas personas sienten una gran preocupación por los altos índices recientes de inmigración y cambio étnico, que consideran que dañan al país. Si bien muchos de estos temores son exagerados —particularmente en el caso de los musulmanes, a quienes suele condenarse como grupo por las acciones de una minoría muy reducida de islamistas—, necesitamos entender cómo se sienten los ciudadanos. Debido a la inmigración actual y al rápido aumento de los índices de cambio étnico, cultural y religioso, consideramos poco probable que estas inquietudes desaparezcan.

Es importante tratar de comprometerse con sus preocupaciones, en especial para los de centroizquierda, quienes, para evitar aún más pérdidas, necesitarán hacer concesiones a corto plazo. Satisfacer la demanda de unas fronteras más estrictas o modificar el tipo de inmigración (por ejemplo,

dando prioridad a los migrantes muy cualificados, a los estudiantes internacionales y a personas que contribuyan a los servicios públicos) es compatible con una política progresista. Simplemente presentando argumentos para abrir las fronteras y un sinfín de formas de inmigración no contributivas y con personas poco cualificadas solo conseguirá empujar todavía más a los partidos hacia una irrelevancia electoral, o los dejará a merced de solo unos pocos y verdaderos creyentes de la nueva izquierda. Claro está, no será fácil, habida cuenta de factores como una segregación comunitaria en países tales como el Reino Unido y Francia y la tendencia entre muchos votantes nacionalpopulistas a ofenderse por cualquier forma de «sermoneo» por parte de quienes ellos consideran como élites liberales. Pero a menos que la corriente dominante pueda hallar un modo de desatar un nuevo debate sobre la reforma de la inmigración, cederá aún más terreno a los populistas.

El tercer factor continuo tiene que ver con la privación relativa. En algunos países como el Reino Unido existen indicios de que los salarios están empezando a aumentar, pero, en general, las desigualdades siguen siendo considerables; además, factores como la automatización y la globalización plantean graves problemas para el futuro, no solo de los menos cualificados, sino también de un número creciente de trabajadores de clase media. Merece la pena recordar la importancia de la brecha educativa, uno de los aspectos fundamentales en el nacionalpopulismo. En muchos países de Occidente, los no titulados siguen siendo (y a menudo con diferencia) el grupo más numeroso, incluidos los estados clave de Estados Unidos, lo que pone de relieve por qué los progresistas liberales no pueden permitirse ignorar a estos votantes. En 2014, mientras que las personas de veinticinco a sesenta y cuatro años que habían concluido los estudios universitarios representaban el 42 % en países como el Reino Unido, este valor era de tan solo el 17 % en Italia. Si bien existen unos niveles sin precedentes de estudiantes estadounidenses que están obteniendo su título de bachillerato, los índices de matriculación en la universidad se han estancado o incluso han disminuido, a pesar del aumento de las ayudas

federales a los alumnos que no pueden pagar la matrícula.[6] Si se acepta que la brecha educativa es básica, cuando se retrocede y se observan las tendencias a largo plazo, es evidente que no solo existirá un posible apoyo a los nacionalpopulistas en el futuro, sino también que los partidos tradicionales necesitarán trabajar mucho más para tender nuevos puentes con los no titulados.

Quienes poseen un nivel educativo alto tienden a ser más liberales sobre cuestiones culturales, pero la expansión de la educación superior tiene posiblemente consecuencias negativas. Esta es la paradoja de la igualdad: por ejemplo, a medida que las cifras de la enseñanza superior en el Reino Unido se aproximan al 50 %, se ha creado otra forma de olvidados entre el resto de las personas. Incluso donde la participación en la educación universitaria es menor, como ocurre en Francia, existe un resentimiento hacia las instituciones académicas de élite. A pesar de esto, en 2017, Macron propuso un nuevo conjunto de superuniversidades europeas, donde la enseñanza sería en al menos dos idiomas y crearían un gran «sentido de pertenencia» europeo. La opinión de gran parte de la élite instruida, que se considera a sí misma fundamental para impulsar el «proyecto europeo», sigue siendo firme. Resolver el problema de la privación relativa no es, por lo tanto, solo una cuestión de intentar aumentar los salarios o los niveles de empleo, sino que tiene que ver con aspectos mucho más generales sobre la integración social y el respeto, temas que, una vez más, no serán fáciles de resolver en los próximos años.

Nacionalpopulismo ligero

Sin embargo, la fortaleza y la trayectoria futura del nacionalpopulismo no solo debe medirse directamente contando cuántos posibles simpatizantes tiene o si gana las elecciones. Esto se debe a que los contendientes nacionalpopulistas también están sufriendo importantes repercusiones indirectas al empujar todavía más hacia la derecha a muchos sistemas

políticos occidentales y a la corriente dominante, sobre todo cuando procuran poner coto al desalineamiento que se está produciendo y crear (a veces desde cero) apoyo.

Si bien sus rivales socialdemócratas han tenido dificultades a la hora de cómo responder al nacionalpopulismo, muchos conservadores en Europa han estado dispuestos a adoptar aspectos del programa nacionalpopulista. La razón, en parte, es que están más cerca ideológicamente que el centroizquierda en cuestiones clave y, por tanto, les resulta más fácil tender un puente a los votantes preocupados por el orden público o la inmigración. Los socialdemócratas necesitan pensar en un enfoque totalmente nuevo y situarse en un terreno incómodo. Los conservadores, en marcado contraste, pueden únicamente subir el volumen y adoptar una serie de programas nacionalpopulistas ligeros y retóricos, si bien, en este caso, centrados en la inmigración y la etnicidad.

Durante algún tiempo, esta ha sido una táctica habitual en Europa. Durante las elecciones presidenciales en Francia en 2007, las primeras desde que Jean-Marie Le Pen sorprendió al mundo al quedar segundo en 2002, el candidato de centroderecha Nicolas Sarkozy prometió un sistema de cuotas para gestionar la inmigración, afirmó que se pediría a todos los inmigrantes que aprendieran francés y destacó que actuaría en lugar de solo hablar. Esta vez, Le Pen no logró llegar a la fase final, cuando el 70 % de sus votantes se pasó al bando de Sarkozy.

En el Reino Unido, el creciente apoyo logrado por Nigel Farage y el UKIP, que fundió el sentimiento antiinmigración con el antieuropeo, tuvo unas drásticas consecuencias tanto en los conservadores como en la historia política británica. El sistema electoral de mayoría simple implicaba que ganar casi el 13 % de los votos se traducía, en 2015, en solo un escaño en la Cámara de los Comunes, pero su apoyo, junto con la presión ejercida por los conservadores euroescépticos, llevaron al primer ministro David Cameron a convocar el referéndum del *brexit*.[7] Tras la victoria del *brexit*, Cameron presentó de inmediato su dimisión, y la nueva primera ministra conservadora, Theresa May, adoptó otras políticas de Farage. Declaró no

solo que «*brexit* quiere decir *brexit*», sino también que se ha de reducir la inmigración y criticar a los «ciudadanos de ninguna parte» cosmopolitas y liberales. El Partido Conservador se convirtió en el UKIP ligero. El voto del UKIP se desplomó después de la retirada de Farage como líder, con la convicción, al igual que muchos antiguos votantes, de que la tarea principal del partido se había concluido. Muchos electores del UKIP comenzaron entonces a votar a los conservadores, que arrebataron al Partido Laborista de la izquierda radical de Corbyn aún más porción de la clase trabajadora y los no titulados.

En 2017, el pueblo también acudió a las urnas en los Países Bajos, donde Geert Wilders y su Partido de la Libertad llevaban mucho tiempo siendo uno de los críticos europeos más enconados del islam (un mensaje que llevó periódicamente a Estados Unidos). Wilders exigió que su país prohibiera además la inmigración musulmana y las ventas del Corán, afirmó que la «escoria marroquí» estaba convirtiendo en inseguras las calles holandesas y comparó la ayuda ofrecida a los inmigrantes con los efectos de la austeridad en los holandeses más pobres. Para restituir más peso al pueblo, también prometió un referéndum sobre la adhesión a la Unión Europea. Las encuestas sugirieron que Wilders iba camino de convertirse en el líder del mayor partido, pero poco antes de las elecciones, el primer ministro conservador tradicional, Mark Rutte, escribió una carta abierta. En ella habló de un desmoronamiento del orden social y declaró: «Sentimos un creciente malestar cuando los ciudadanos abusan de nuestra libertad [...] [Las personas que] hostigan a los homosexuales, gritan a las mujeres que llevan minifalda o acusan a los holandeses corrientes de ser racistas [...] Si usted rechaza nuestro país de esta forma tan fundamental, prefiero que se vaya». El partido de Rutte adelantó a Wilders al primer puesto y él volvió a ser primer ministro.

El Partido de la Libertad austríaco y nacionalpopulista comenzó el mismo año a mantener su liderazgo sobre los partidos tradicionales en un porcentaje superior al 10 %. Su programa incluía una nueva ley que prohibiría el «islam fascista», y afirmó que la religión era «misógina» y

«antiliberal». Con el trasfondo de la crisis de los refugiados, que llevó al Estado alpino a recibir el cuarto mayor número de solicitudes de asilo en Europa, el Partido de la Libertad exigió una inmigración cero. El joven Sebastian Kurz, de treinta y un años, se ha hecho cargo del Partido Popular de centroderecha. A Kurz le gustaba definirse como independiente, pero, a diferencia del recién llegado Emmanuel Macron, de ideología centrista, hizo un llamamiento directamente a los votantes nacionalpopulistas. El conservador Kurz advirtió que la crisis de los refugiados había llevado al país a inmigrantes cuyos pareceres «no tienen lugar en nuestro país [...] (incluido) el antisemitismo [...], quienes rechazan nuestra forma de vida, quienes están en contra de la igualdad entre hombres y mujeres».[8] Más que respaldar el plan de la Unión Europea para distribuir equitativamente a los refugiados entre los Estados miembro mediante un sistema de cuotas, Kurz —al igual que Viktor Orbán en Hungría y otros— afirmó que la Unión Europea debería reforzar las fronteras externas y dedicar más esfuerzos a detener por completo la llegada de refugiados e inmigrantes. En este contexto, Kurz logró ganar las elecciones y seguidamente formó un Gobierno de coalición con el Partido de la Libertad, nacionalpopulista, cuyo líder, Heinz-Christian Strache, llegó a ser vice primer ministro.

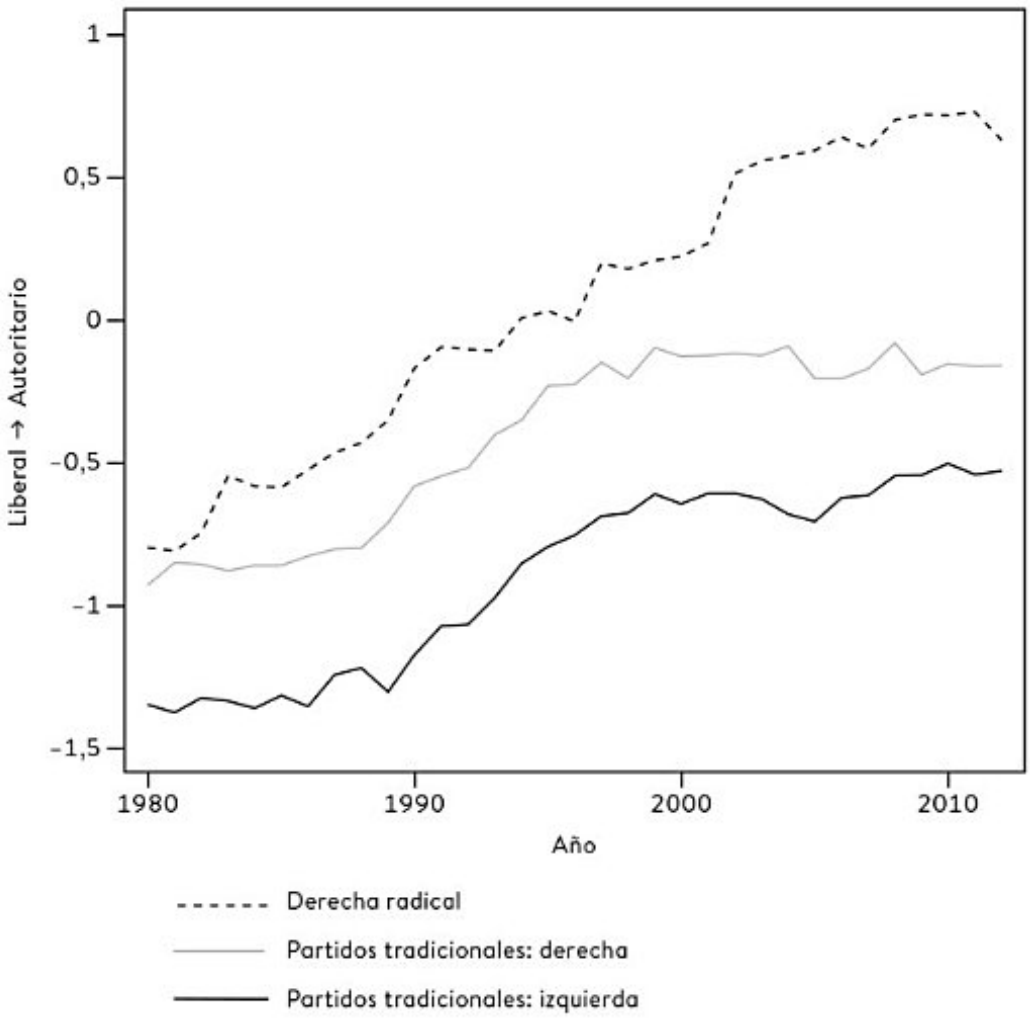
Los expertos Markus Wagner y Thomas Meyer aportan nuevas pruebas sobre este giro hacia la derecha. Estudiaron cómo el auge del nacionalpopulismo ha afectado de forma más general y profunda a los debates políticos en Europa desde los años ochenta. Esperaban que sucedieran dos cosas. Por un lado, la búsqueda del éxito podría haber llevado a los nacionalpopulistas a moderarse con el tiempo y parecerse más a la corriente dominante. Esta idea encaja con el argumento de que, en realidad, no necesitamos preocuparnos por los populistas, ya que serán «dominados» por la democracia liberal o surgirán escisiones sobre cuestiones tales como si deben cooperar o no con la corriente dominante. Por otro, los nacionalpopulistas podrían haberse mantenido fieles a sus principios, al tiempo que también arrastraban todo el sistema político hacia la derecha.

¿Qué fue lo que hallaron? Después de estudiar más de quinientos manifiestos de casi setenta partidos en diecisiete democracias, y durante más de tres décadas, encontraron pruebas claras de que la corriente dominante en Europa ha absorbido el programa nacionalpopulista, se ha alejado de aspectos liberales y se ha aproximado a una posición social más «autoritaria», como la adopción de una postura más dura sobre el orden público y medidas drásticas en materia de inmigración (véase la Figura 7.1). Haciendo frente a los nacionalpopulistas, que en algunos casos se habían vuelto más radicales, la corriente dominante no solo habló más de cuestiones como la inmigración, sino que avanzó hacia la derecha.[9]

En Estados Unidos, la situación es distinta, porque no hemos visto a ningún partido nacionalpopulista insurgente aparecer plenamente fuera del sistema de partidos tradicional. Sin embargo, existen paralelismos en el caso del Tea Party, un movimiento ecléctico que, como hemos visto, aunaba formas conservadoras, libertarias y populistas del republicanismo. El movimiento se creó a raíz de la crisis financiera, pero pronto amplió su interés a los rescates de los grandes Gobiernos a los banqueros «corruptos», a orquestar una oposición racista y xenófoba al presidente Obama y a la inmigración y a defender los valores tradicionales, entre ellos, el cristianismo evangélico. Casi con toda certeza, Trump aprendió de los distintos llamamientos de estas promesas.

Los compromisos contraídos en su campaña de 2016 para «drenar el pantano», restringir la inmigración, invertir en infraestructuras y atacar el comercio «desleal» lo distinguen de las visiones de casi toda la clase dirigente republicana de libre mercado. No obstante, el apoyo popular a estas políticas puso de manifiesto que había circunscripciones en las que los republicanos no habían logrado entrar anteriormente, a pesar de que el partido había estado obteniendo los votos de la clase trabajadora desde la caída del sur demócrata en los años sesenta y el aumento de la «coalición Reagan», que englobaba a trabajadores bien lejos de esta región en los años ochenta.

Figura 7.1. POSTURAS MEDIAS SOBRE ASPECTOS LIBERALES AUTORITARIOS PARA LOS PARTIDOS TRADICIONALES Y LOS NACIONALPOPULISTAS.



No obstante, muchos observadores esperaban que Trump fracasara en todos los frentes y pudiera dividir al Partido Republicano durante el proceso. Robert Reich afirma que «la presidencia de Trump ha girado en torno principalmente a publicitar a Trump» y que a él «nunca le ha importado la política pública».[10] Muchos consideran que es poco probable que Trump lleve a un realineamiento de políticos de ideología republicana, incluso aunque tuviera unas mayores habilidades políticas. Los críticos lo ven incapaz de crear otra coalición vencedora presidencial que

podría introducir cambios, puesto que su apoyo básico procede de los grupos en retroceso, como los de las zonas rurales, mientras que su imprevisible lado populista está provocando el rechazo de los principales donantes. Además, una fuerte hostilidad hacia su persona es sinónimo de que existe poca esperanza de que atraiga a un número importante de nuevos votantes.

Al mismo tiempo, otras fuerzas poderosas, como las minorías étnicas, las mujeres y los más instruidos, están cerrando filas, en un número incluso mayor, en torno a los demócratas, grupos que los críticos de Trump sostienen que se verán fortalecidos por los desertores republicanos de círculos socioeconómicos parecidos. No obstante, como señalamos en el último capítulo, el 26 % de los simpatizantes demócratas están más cerca de los republicanos en cuestiones culturales, mucho más que el porcentaje de republicanos que están más cerca de los demócratas. Si los demócratas adoptan una postura más firme para apoyar una inmigración masiva y los derechos de las minorías, los resultados podrían ser unas mayores pérdidas ulteriores. De hecho, el observador Fareed Zakaria recomienda, con razón, que el «partido debe adoptar una postura menos absolutista sobre la inmigración y reconocer los costes culturales y económicos de la inmigración a gran escala».[11]

¿Y qué sucede si Trump cumple algunas de sus promesas? Las tropas de la Guardia Nacional ya se han desplegado para patrullar la frontera del sur de Estados Unidos con México. Sin duda, es probable que la inmigración disminuya, algo que podría perjudicar a las empresas y alzar los precios, pero muchos partidarios aceptarían esto a menos que las repercusiones fueran más importantes. Además, los dos primeros años del mandato de Trump hubo mejoras en los indicadores económicos principales, como los signos de nuevas inversiones seguidos de recortes fiscales y aumentos salariales. Existe el riesgo de que la introducción de aranceles cree una guerra comercial desastrosa con China y otros países, pero también podría provocar una mayor oleada de patriotismo, puesto que Trump enmarca su política en un intento por defender a los trabajadores en situación precaria

frente a los mercados mundiales incontrolados. Podría incluso animar a países como China a comerciar de forma justa.

En este caso, la marca Trump, en lugar de ser nociva, podría ser una «concesión» atractiva para los republicanos locales, menos agresivos, que compiten en zonas donde existe un amplio potencial nacionalpopulista. Esto supondría un fuerte impulso hacia una forma ligera nacionalpopulista de republicanismo, sobre todo debido a que a la mayoría de sus votantes les preocupan mucho más las cuestiones culturales que las creencias de la economía de libre mercado de la organización del partido y sus principales donantes, como hemos comentado en el capítulo anterior. En efecto, numerosos republicanos apoyan una visión de Gobierno que se extiende mucho más allá de las opiniones minimalistas de los libertarios.

En Europa, los partidos suelen estar más centralizados y controlados por la cúpula, por lo que dejan menos margen a que puedan conquistarlos foráneos y renegados, pero las dinámicas que están en juego son similares. Los líderes y los partidos que, hasta la fecha, han descartado cualquier forma de colaboración directa con los nacionalpopulistas, en los próximos años pueden inclinarse todavía más hacia el terreno nacionalpopulista. Veamos el centroderecha en Francia, que en 2017 no logró siquiera llegar a la fase final de las elecciones presidenciales y sufrió posteriormente una drástica pérdida de apoyo en las siguientes elecciones legislativas. A finales de 2017, los republicanos eligieron a su líder, Laurent Wauquiez, cuya política se caracteriza por un fuerte enfoque ligeramente nacionalpopulista en cuanto a la identidad, la inmigración y el islam. Es poco probable que, por sí solo, recupere todos los votantes que ha perdido, pero es otro ejemplo de cómo el auge de Marine Le Pen y el nacionalpopulismo, así como el cambiante panorama político, están empujando a los partidos tradicionales más hacia la derecha.

Claro está, hemos mostrado cómo el nacionalpopulismo se basa en factores muy arraigados que no van a desaparecer en un futuro inmediato. De hecho, en cierto modo están reforzando la base nacionalpopulista. Sin embargo, en el futuro, el «éxito» podría llegar más en forma de partidos y

políticos nacionalpopulistas ligeros, sobre todo si están dispuestos a adoptar un amplio abanico de políticas nacionalpopulistas.

A modo de conclusión final, destacaremos un único aspecto: el nacionalpopulismo, en cualquiera de sus formas, tendrá un gran efecto en la política de muchos países occidentales durante muchos años.

16 «Chalecos amarillos». *(N. de la t.)*

BREVE GUÍA BIBLIOGRÁFICA

La siguiente lista pretende mostrar al lector general los principales estudios académicos en inglés que ofrecen descripciones (relativamente) accesibles sobre los temas fundamentales. Con objeto de despertar más interés sobre estas cuestiones controvertidas e importantes, incluimos obras que contienen distintos puntos de vista y que destacan las posturas generales de los autores, con breves descripciones en muchos de ellos. Algunas de las obras, incluidas en las dos listas introductorias generales, también están relacionadas con los últimos casos sobre el *brexit* y el UKIP, así como sobre Trump. Dado que este listado va dirigido al lector general, se omiten artículos publicados en revistas académicas a las que normalmente no se puede acceder gratuitamente en línea; no obstante, muchos figuran en las Notas, puesto que el libro se basa en las últimas investigaciones de otros autores, además de en las nuestras.

Obras generales relacionadas con el populismo y el nacionalismo

John Breuilly (ed.), *The Oxford Handbook of the History of Nationalism*, Oxford University Press, Oxford, 2013. Pone de relieve la variedad de formas del nacionalismo e incluye un capítulo de Roger Eatwell sobre el

fascismo y el racismo.
Margaret Canovan, *The People*, Polity, Cambridge, 2005. Filósofa política que afirma que el populismo es una respuesta a las tensiones en la democracia liberal.
Eric J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, Barcelona, 2012. Ataque izquierdista sobre la irracionalidad del nacionalismo.
Cristóbal Rovira Kaltwasser, Paul Taggart, Pauline Ochoa Espejo y Pierre Ostiguy (eds.), *The Oxford Handbook of Populism*, Oxford University Press, Oxford, 2017. Amplio estudio sobre las recientes cuestiones y movimientos; incluye un capítulo de Roger Eatwell sobre el populismo y el fascismo.
David Miller, *Sobre la nacionalidad: Autodeterminación y pluralismo cultural*, Paidós, Barcelona, 1997. Filósofo político que defiende el nacionalismo moderado como algo importante para la solidaridad y la redistribución social.
Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populismo: Una breve introducción*, Alianza Editorial, Madrid, 2019.
Jan-Werner Müller, *What Is Populism?*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2016. Descripción crítica de un filósofo político liberal que ve el populismo como una amenaza al pluralismo democrático y a la tolerancia.
Paul Taggart, *Populism*, Open University Press, Buckingham, 2000.

Obras generales relacionadas con el nacionalpopulismo contemporáneo

Andrew Geddes y Peter Scholten, *The Politics of Migration and Immigration in Europe*, Sage, Londres, 2016.
Justin Gest, *The New Minority: White Working Class Politics in an Age of Immigration*, Oxford University Press, Nueva York, 2016. Descripción comprensiva del cambio sociológico británico y estadounidense.

Jonathan Haidt, «When nationalism beats globalism», *The American Interest*, julio de 2016. Disponible en: https://www.the-american-interest.com/2016/07/10/when-and-why-nationalism-beats-globalism/.
Destacado psicólogo social estadounidense que defiende el nacionalismo moderado.
John B. Judis, *La explosión populista: Cómo la Gran Recesión transformó la política en Estados Unidos y Europa*, Deusto, Barcelona, 2018.
Paul Krugman, *¡Acabad ya con esta crisis!*, Crítica, Barcelona, 2012.
Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, *Cómo mueren las democracias*, Ariel, Barcelona, 2018.
Benjamin Moffitt, *The Global Rise of Populism: Performance, Political Style and Representation*, Stanford University Press, Stanford, 2016. El populismo como «estilo».
Cas Mudde (ed.), *The Populist Radical Right: A Reader*, Routledge, Abingdon, 2016. Buena selección de artículos académicos clásicos, entre ellos dos de Roger Eatwell.
Sasha Polakow-Suransky, *Go Back to Where You Came From: The Backlash Against Immigration and the Fate of Western Democracy*, Hurst Publishers, Londres, 2017. Crítica del periodista liberal sobre la ultraderecha.
Dani Rodrik, *La paradoja de la globalización: Democracia y el futuro de la economía mundial*, Antoni Bosch Editor, Barcelona, 2012.
Jens Rydgren (ed.), *The Oxford Handbook of the Radical Right*, Oxford University Press, Oxford, 2018. Contiene una buena selección de estudios temáticos y nacionales; incluye un capítulo de Roger Eatwell sobre los líderes carismáticos.
Joseph E. Stiglitz, *El euro: Cómo la moneda común amenaza el futuro de Europa*, Taurus, Barcelona, 2016.

El *brexit*, el UKIP y la política británica

Harold Clarke, Paul Whiteley y Matthew J. Goodwin, *Brexit: Why Britain Voted to Leave the European Union*, Cambridge University Press, Cambridge, 2017.
Geoffrey Evans y Anand Menon, *Brexit and British Politics*, Polity, Cambridge, 2017. Libro corto sobre la votación del *brexit*.
Robert Ford y Matthew Goodwin, *Revolt on the Right: Explaining Support for the Radical Right in Britain*, Routledge, Abingdon, 2014. Libro galardonado sobre el UKIP.
David Goodhart, *The Road to Somewhere: The Populist Revolt and the Future of Politics*, C. Hurst & Co., Londres, 2017.
Matthew J. Goodwin y Caitlin Milazzo, *UKIP: Inside the Campaign to Redraw the Map of British Politics*, Oxford University Press, Oxford, 2015.

Donald Trump y la política de Estados Unidos

Emily Ekins, «The five types of Trump voters», artículo del Voter Study Group, 2017. Disponible en: https://www.voterstudygroup.org/publications/2016-elections/the-five-types-trump-voters.
David Frum, *Trumpocracy: The Corruption of the American Republic*, Harper Collins, Nueva York, 2018. Superventas sobre el ataque a Trump y su amenaza a la democracia.
Arlie Russell Hochschild, *Extraños en su propia tierra: Réquiem por la derecha estadounidense,* Capitán Swing, Madrid, 2018. Estudio sociológico sobre el Tea Party y el preludio a la victoria de Trump.
Mark Lilla, *El regreso liberal: Más allá de la política de la identidad*, Debate, Barcelona, 2018. Un autodenominado liberal expone los problemas del liberalismo «identitario» actual, que se aparta de las inquietudes típicas de la clase trabajadora.

John Sides, «Race, religion and immigration in 2016», 2017. Disponible en: https://www.voterstudygroup.org/publications/2016- elections/race-religion-immigration-2016. Una revisión de las tendencias a largo plazo en Estados Unidos.
Michael Tesler y David O. Sears, *Obama's Race: The 2008 Election and the Dream of a Post-Racial America*, University of Chicago Press, Chicago, 2010. Un vistazo al papel que desempeña la raza en Estados Unidos y las repercusiones de la presidencia de Obama.
John Tirman, *Immigration and the American Backlash*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 2016.
Leonard Weinberg, *Fascism, Populism and American Democracy*, Routledge, Abingdon, 2018.
Michael Wolff, *Fuego y furia: En las entrañas de la Casa Blanca de Trump*, Península, Barcelona, 2018. El relato más vendido sobre el funcionamiento de la Administración de Trump.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

[*] El color de los estados de Estados Unidos hace referencia a los resultados de las elecciones presidenciales. Desde las elecciones de 1996, el color azul se asocia al Partido Demócrata, mientras que el color rojo está vinculado al Partido Republicano. *(N. de la t.)*

[**] Partidarios de la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea. *(N. de la t.)*

[1] Encuesta de la CNN/Kaiser Family Foundation, septiembre de 2016. Datos británicos obtenidos del sondeo sobre los Comportamientos sociales de los británicos.

[2] Matthew Karnitschnig, «Steve Bannon populist roadshow hits Europe», Politico Europe, 6 de marzo de 2018. Disponible en: https://www.politico.eu/article/steve-bannon-populism-donald-trump-i-still-love-the-guy/ [Fecha de consulta: 9 de marzo de 2018].

[3] David Frum, Trumpocracy: The Corruption of the American Republic, HarperCollins, Nueva York, 2018.

[4] Bandy Lee (ed.), The Dangerous Case of Donald Trump, Thomas Dunne Books, Nueva York, 2017; Paul Krugman, «Trump's deadly narcissism», The New York Times, 29 de septiembre de 2017.

[5] Jake Horowitz, «Bernard-Henri Lévy: Le Pen will not win because: "France is not ready for a fascist regime"», Mic, 21 de abril de 2017. Disponible en: https://mic.com/articles/174291/bernard-henri-levy-marine-le-pen-french-franceelection-fascist#.x5Bif18Es [Fecha de consulta: 6 de enero de 2018]; Isobel Thompson, «Can Marine Le Pen make fascism mainstream?», Vanity Fair, 25 de abril de 2017. Disponible en: https://www.vanityfair.com/news/2017/04/can-marine-le-pen-go-mainstream [Fecha de consulta: 6 de enero de 2018].

[6] Ruth Ben-Ghiat, «Donald Trump and Steve Bannon's coup in the making», CNN Opinion, 1 de febrero de 2017. Disponible en: http://edition.cnn.com/2017/02/01/opinions/bannon-trump-coup-opinion-ben-ghiat/index.html [Fecha de consulta: 3 de febrero de 2017]; Timothy Snyder, On Tyranny: Twenty Lessons from the Twentieth Century, Bodley Head, Londres, 2017, p. 45 y p. 71. Para un análisis comparativo, véase Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, How Democracies Die: What History Reveals About Our Future, Viking, Nueva York, 2018.

[*] Término peyorativo que se aplica a algunos jóvenes pertenecientes a la clase obrera que se comportan de modo vulgar y llevan ropas y joyas ostentosas. *(N. de la t.)*

[**] Personas que piensan que Inglaterra es mejor que el resto de los países y que perciben las influencias externas como algo que afecta negativamente a su cultura y a sus instituciones. *(N. de la t.)*

[*] Región del norte de Estados Unidos formada por los estados desindustrializados de Illinois, Indiana, Míchigan, Ohio y Pensilvania. *(N. de la t.)*

[*] Ciudadanos que votaron a favor de la salida del Reino Unido de la Unión Europea. *(N. de la t.)*

[7] John B. Judis, The Populist Explosion: How the Great Recession Transformed American and European Politics, Columbia Global Reports, Nueva York, 2016; Ronald F. Inglehart y Pippa Norris, «Trump, Brexit, and the rise of populism: economic have-nots and cultural backlash» (2016). Disponible en: https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=2818659 [Fecha de consulta: 23 de febrero de 2017].

[8] Ipsos MORI Thinks (2017), «Millennial. Myths and realities». Disponible en: https://www.ipsos.com/sites/default/files/2017-05/ipsos-mori-millennial-myths-realities-full-report.pdf [Fecha de consulta: 20 de octubre de 2017].

[9] Pew Research Center, «The generation gap in American politics», 1 de marzo de 2018. Disponible en: http://www.people-press.org/2018/03/01/the-generation-gap-in-american-politics/ [Fecha de consulta: 9 de marzo de 2018].

1. Mitos

[1] Nate Silver, «The mythology of Trump's "working class support" », FiveThirtyEight, 3 de mayo de 2016. Disponible en: https://fivethirtyeight.com/features/the-mythology-of-trumps-working-class-support/ [Fecha de consulta: 21 de octubre de 2017]; también Emma Green, «It was cultural anxiety that drove white, working-class voters to Trump», The Atlantic, 9 de mayo de 2017.

[2] Matt Grossmann, «Racial attitudes and political correctness in the 2016 presidential election», Niskanen Center, 10 de mayo de 2018. Disponible en: https://niskanencenter.org/blog/racial-attitudes-and-political-correctness-in-the-2016-presidential-election/ [Fecha de consulta: 24 de mayo de 2018]; también Diana C. Mutz, «Status threat, not economic hardship, explains the 2016 presidential vote», Proceedings of the National Academy of Sciences, publicado en línea en abril de 2018. Disponible en: http://www.pnas.org/content/early/2018/04/18/1718155115 [Fecha de consulta: 24 de mayo de 2018].

[3] NatCen (2016), «Understanding the leave vote», National Centre for Social Research, Londres. NatCen calcula que el voto medio del brexit fue del 66 % entre quienes tenían unos ingresos mensuales inferiores a 1.200 libras, el 57 % entre quienes ganaban 1.201-2.200 libras y el 51 % entre quienes tenían sueldos de 2.201-3.700 libras. La renta media en el momento del referéndum era de 27.600 libras, o unos ingresos mensuales de unas 1.800 libras después de impuestos.

[4] Martin Wolf, «The economic origins of the populist surge», Financial Times, 27 de junio de 2017; Michael Jacobs y Mariana Mazzucato, «The Brexit-Trump syndrome: it's the economics, stupid», London School of Economics British Politics and Policy Blog, 21 de noviembre de 2016. Disponible en: http://blogs.lse.ac.uk/politicsandpolicy/the-brexit-trump-syndrome/ [Fecha de consulta: 1 de noviembre de 2017].

[5] Daniel Stockemer, «Structural data on immigration or immigration perceptions? What accounts for the electoral success of the radical right in Europe?», Journal of Common Market Studies, 54(4) (2016), pp. 999-1016.

[6] Janan Ganesh, «Authenticity is the political snake oil of our age», Financial Times, 11 de septiembre de 2017.

[7] Matthew Fowler, Vladimir Medenica y Cathy J. Cohen, «Why 41 percent of white millennials voted for Trump», Washington Post, blog de Monkey Cage, 15 de diciembre de 2017. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2017/12/15/racial-resentment-is-why-41-percent-of-white-millennials-voted-for-trump-in-2016/?utm_term=.508ee92e4970 [Fecha de consulta: 5 de enero de 2018].

[8] Robert Ford y Matthew Goodwin, Revolt on the Right: Explaining Support for the Radical Right in Britain, Routledge, Abingdon, 2014.

[9] Para Francia, datos obtenidos de los sondeos finales de Ifop- Fiducial antes de la primera y la segunda vuelta electoral. Para Alemania, datos obtenidos del Institute for Social Research and Consulting. Disponible en: http://www.sora.at/fileadmin/downloads/wahlen/2016_BP-Wiederholung_Grafiken-Wahltagsbefragung.pdf.

[10] Pew Research Center, «The generation gap in American politics», 1 de marzo de 2018. Disponible en: http://www.people-press.org/2018/03/01/the-generation-gap-in-american-politics/ [Fecha de consulta: 9 de marzo de 2018].

[11] Jean Twenge, iGen: Why Today's Super-connected Kids Are Growing up Less Rebellious, More Tolerant, Less Happy and Completely Unprepared for Adulthood, Atria Books, Nueva York, 2017. Véanse también los resultados de la encuesta realizada por YouGov (2018). Disponible en: https://d25d2506sfb94s.cloudfront.net/cumulus_uploads/document/dqjh8rbx2e/InternalResults_180425_Immigration.pdf [Fecha de consulta: 24 de mayo de 2018].

[12] James Tilley y Geoffrey Evans, «Ageing and generational effects on vote choice: Combining cross-sectional and panel data to estimate APC effects», Electoral Studies, 33(1) (2014), pp. 19-27.

[13] Abdelkarim Amengay, Anja Durovic y Nonna Mayer, «L'impact du gendre sur le vote Marine Le Pen», Revue Française de Science Politique, 67(6) (2017), pp. 1067-1087.

[14] Stanley B. Greenberg, America Ascendant: a Revolutionary Nation's Path to Addressing its Deepest Problems and Leading the 21st Century, Thomas Dunne Books, Nueva York, 2015.

[15] J. D. Vance, Hillbilly Elegy: a Memoir of a Family and Culture in Crisis, Harper, Nueva York, 2016.

[16] Emily Ekins, «The five types of Trump voters», Voter Study Group, junio de 2017. Disponible en: https://www.voterstudygroup.org/publications/2016-elections/the-five-types-trump-voters [Fecha de consulta: 11 de diciembre de 2017].

[*] «Que Estados Unidos vuelva a ser grande.» *(N. de la t.)*

[17] NatCen (2016), «Understanding the leave vote», National Centre for Social Research, Londres.

[18] Sobre el apoyo de la clase trabajadora al nacionalpopulismo, véase Daniel Oesch, «Explaining workers' support for right-wing populist parties in Western Europe: Evidence from Austria, Belgium, France, Norway, and Switzerland», International Political Science Review, 29(3) (2008), pp. 349-373; y Jocelyn A. J. Evans, «The dynamics of social change in radical right-wing populist party support», Comparative European Politics, 3(1) (2005), pp. 76-101; Jens Rydgren (ed.), Class Politics and the Radical Right, Routledge, Abingdon, 2012.

[19] Mientras Clinton añadió unos nueve puntos a los votos de Obama en 2012 en la mayor parte de los cincuenta condados con un nivel educativo más alto, retrocedió alrededor de once puntos en la gran mayoría de los condados con un menor nivel educativo, muchos de los cuales eran estados clave, como Ohio y Carolina del Norte. Véase Rob Griffin, Ruy Texeira y John Halpin, «Voter trends in 2016: A final examination», Center for American Progress, 1 de noviembre de 2017. Disponible en: https://www.americanprogress.org/issues/democracy/reports/2017/11/01/441926/votertrends-in-2016/ [Fecha de consulta: 22 de noviembre de 2017]; también Nate Silver, «Education, not income, predicted who would vote for Trump», FiveThirtyEight, 22 de noviembre de 2016. Disponible en: http://fivethirtyeight.com/features/education-not-income-predicted-who-would-vote-for-trump/ [Fecha de consulta: 12 de diciembre de 2016].

[20] Del mismo modo, mientras que el apoyo a permanecer en la Unión Europea alcanzó un 70 % entre los titulados universitarios mayores de cincuenta y cinco años, para las personas en el mismo grupo de edad pero sin título cayó al 30 %. Matthew Goodwin y Oliver Heath, Brexit Vote Explained: Poverty, Low Skills and Lack of Opportunities, Joseph Rowntree Foundation, Londres, 2016; véase también NatCen, «The vote to leave the EU: Litmus test or lightning rod?», British Social Attitudes 34. Disponible en: http://www.bsa.natcen.ac.uk/media/39149/bsa34_brexit_final.pdf [Fecha de consulta: 8 de enero de 2018].

[21] Datos obtenidos del sondeo final de Ifop-Fiducial, 5 de mayo de 2017. Disponible en: http://dataviz.ifop.com:8080/IFOP_ROLLING/IFOP_05-05-2017.pdf [Fecha de consulta: 20 de junio de 2018].

[22] Rob Griffin, Ruy Texeira y John Halpin, «Voter trends in 2016: A final examination», Center for American Progress, 1 de noviembre de 2017. Disponible en: https://www.americanprogress.org/issues/democracy/reports/2017/11/01/441926/voter-trends-in-2016/ [Fecha de consulta: 1 de diciembre de 2018].

[23] Para datos sobre la importancia de la experiencia de socialización de la educación, véase Rune Stubager, «Education effects on authoritarian-libertarian values: a question of socialization», The British Journal of Sociology, 59(2) (2008), pp. 327-350; J. Phelan, B. Link, A. Stueve, y R. Moore, «Education, social liberalism and economic conservatism: Attitudes toward homeless people», American Sociological Review, 60(1) (1995), pp. 126-140; Paula Surridge, «Education and liberalism: pursuing the link», Oxford Review of Education, 42(2) (2016), pp. 146-164.

[24] NatCen, «The vote to leave the EU: Litmus test or lightning rod?», British Social Attitudes 34. Disponible en: http://www.bsa.natcen.ac.uk/media/39149/bsa34_brexit_final.pdf [Fecha de consulta: 8 de enero de 2018].

[25] Eric Kaufmann, «Immigration and white identity in the West», Foreign Affairs, 8 de septiembre de 2017; Ariel Edwards-Levy, «Nearly half of Trump voters think whites face a lot of discrimination», Huffington Post, 21 de noviembre de 2016. Disponible en: https://www.huffingtonpost.co.uk/entry/discriminationrace-religion_us_5833761ee4b099512f845bba?guccounter=1 [Fecha de consulta: 24 de mayo de 2018]; Michael Tesler y John Sides, «How political science helps explain the rise of Trump: the role of white identity and grievances», Washington Post, 3 de marzo de 2016. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2016/03/03/how-political-science-helps-explain-the-rise-of-trump-the-role-of-white-identity-and-grievances/?noredirect=on&utm_term=.c8215d42de4b; véase también Michael Tesler, Post-Racial or Most-Racial?: Race and Politics in the Obama Era, University of Chicago Press, Chicago, 2016.

[26] NatCen (2016), «Understanding the leave vote», National Centre for Social Research, Londres.

[27] Sobre el desplazamiento cultural y Trump, véase PRRI, «Beyond economics: fears of cultural displacement pushed the white working-class to Trump», 5 de septiembre de 2017. Disponible en: https://www.prri.org/research/white-working-class-attitudes-economy-trade-immigration-election-donald-trump/ [Fecha de consulta: 15 de octubre de 2017]. Sobre el estudio del temor de los blancos a que la población no blanca tome el control, véase Brenda Major, Alison Blodorn y Gregory Major Blascovich, «The threat of increasing diversity: why many white Americans support Trump in the 2016 presidential election», Group Processes & Intergroup Relations, publicado en línea en octubre de 2016. Disponible en: https://doi.org/10.1177/1368430216677304 [Fecha de consulta: 24 de mayo de 2018]. Existe un número cada vez mayor de estudios sobre el electorado de Trump, pero véase en especial Michael Tesler y John Sides, «How political science helps explain the rise of Trump: the role of white identity and grievances», Washington Post, blog de Monkey Cage, 3 de marzo de 2016. Disponible en: www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2016/03/03/how-political-science-helps-explain-the-rise-of-trump-the-role-of-white-identity-and-grievances [Fecha de consulta: 10 de enero de 2017]; Michael Tesler, «Trump is the first modern Republican to win the nomination based on racial prejudice», Washington Post, blog de Monkey Cage, 1 de agosto de 2016. Disponible en: www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2016/08/01/trump-is-the-first-republican-in-modern-times-to-win-the-partys-nomination-on-anti-minority-sentiments [Fecha de consulta: 10 de enero de 2017]; Michael Tesler, «In a Trump-Clinton match- up, racial prejudice makes a striking difference», Washington Post, blog de Monkey Cage, 25 de mayo de 2016. Disponible en: www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2016/05/25/in-a-trump-clinton-match-up-theres-a-striking-effect-of-racial-prejudice [Fecha de consulta: 10 de enero de 2017]; Michael Tesler, «Views about race mattered more in electing Trump than in electing Obama», Washington Post, blog de Monkey Cage, 22 de noviembre de 2016. Disponible en: www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2016/11/22/peoples-views-about-race-mattered-more-in-electing-trump-than-in-electing-obama [Fecha de consulta: 10 de enero de 2017].

[28] Emily Flitter y Chris Kahn, «Trump supporters more likely to view blacks negatively», Reuters/Ipsos 28 de junio de 2016. Disponible en: https://www.reuters.com/article/us-usa-election-race/exclusive-trump-supporters-more-likely-to-view-blacks-negatively-reuters-ipsos-poll-IDUSKCN0ZE2SW [Fecha de consulta: 18 de agosto de 2016]; Bradley Jones y Jocelyn Kiley, «More warmth for Trump among GOP voters concerned by immigrants, diversity», Pew Research Center, 2 de junio de 2016. Disponible en: http://www.pewresearch.org/facttank/2016/06/02/more-warmth-for-trump-among-gop-voters-concerned-by-immigrants-diversity/ [Fecha de consulta: 15 de diciembre de 2016].

[29] John Sides, Michael Tesler y Lynn Vavreck, «How Trump lost and won», Journal of Democracy, 28(2) (2017), pp. 34-44.

[30] Sobre este sondeo, véase YouGov (2017), «The “extremists” on both sides of the Brexit debate». Disponible en: https://yougov.co.uk/news/2017/08/01/britain-nation-brexit-extremists/ [Fecha de consulta: 20 de diciembre de 2017]. Sobre el brexit y el tema de la inmigración, véase Harold Clarke, Paul Whiteley y Matthew Goodwin, Brexit: Why Britain Voted to Leave the European Union, Cambridge University Press, Cambridge, 2017; Matthew Goodwin y Caitlin Milazzo, «Taking back control? Investigating the role of immigration in the 2016 vote for Brexit», British Journal of Politics and International Relations, 19(3) (2017), pp. 450-464; Matthew Goodwin y Oliver Heath, «The 2016 referendum, Brexit and the left behind: an aggregate level analysis of the result», The Political Quarterly, 87(3) (2016), pp. 323-332; Ipsos-MORI (2017), Shifting Ground: Eight Key Findings from a Longitudinal Study on Attitudes Toward Immigration and Brexit. Disponible en: https://www.ipsos.com/sites/default/files/ct/news/documents/2017-10/Shifting%20Ground_Unbound.pdf [Fecha de consulta: 24 de mayo de 2018].

[31] Daniel Oesch, «Explaining workers' support for right-wing populist parties in Western Europe: evidence from Austria, Belgium, France, Norway, and Switzerland», International Political Science Review, 29(3) (2008), pp. 349-373; Han Werts, Peer Scheepers y Marcel Lubbers, «Euro-scepticism and radical right-wing voting in Europe, 2002-2008: social cleavages, sociopolitical attitudes and contextual characteristics determining voting for the radical right», European Union Politics, 14(2) (2013), pp. 183-205; sobre el último estudio, véase Marcel Lubbers y Marcel Coenders, «Nationalistic attitudes and voting for the radical right in Europe», European Union Politics, 18(1) (2017), pp. 98-118.

2. PROMESAS

[1] Robert Kagan, «This is how fascism comes to America», Washington Post, 18 de mayo de 2016. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/opinions/this-is-how-fascism-comes-to-america/2016/05/17/c4e32c58-1c47-11e6-8c7b-6931e66333e7_story.html?utm_term=.bf2a6b503098 [Fecha de consulta: 4 de septiembre de 2016].

[2] Henry Giroux, «Fascism's return and Trump's war on youth», The Conversation, 13 de diciembre de 2017. Disponible en: http://theconversation.com/fascisms-returnand-trumps-war-on-youth-88867 [Fecha de consulta: 10 de enero de 2018].

[3] Benjamin Moffitt, The Global Rise of Populism: Performance, Political Style, and Representation, Stanford University Press, Stanford, 2016.

[4] Jana Winter y Elias Groll, «Here's the memo that blew up the NSC», Foreign Policy, 10 de agosto de 2017. Disponible en: http://foreignpolicy.com/2017/08/10/heres-the-memo-that-blew-up-the-nsc/ [Fecha de consulta: 12 de enero de 2018].

[5] Richard Hofstadter, «The paranoid style in American politics», Harper's Magazine, noviembre de 1964. Disponible en: https://harpers.org/archive/1964/11/the-paranoid-style-in-american-politics/ [Fecha de consulta: 7 de diciembre de 2016].

[6] Cas Mudde, Populist Radical Right Parties in Europe, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

[7] Por ejemplo, Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, «Exclusionary vs. inclusionary populism: comparing contemporary Europe and Latin America», Government and Opposition, 48(2) (2012), pp. 147-174.

[8] Roger Eatwell, «Fascism», en Michael Freeden, Lyman Tower Sargent y Marc Stears (eds.), The Oxford Handbook of Political Ideologies, Oxford University Press, Oxford, 2013; Roger Eatwell, «Populism and fascism», en Cristóbal Rovira Kaltwasser, Paul Taggart, Pauline Ochoa Espejo y Pierre Ostiguy (eds.), The Oxford Handbook of Populism, Oxford University Press, Oxford, 2017.

[9] Justin Gest, The New Minority. White Working Class Politics in an Age of Immigration, Oxford University Press, Nueva York, 2016; Lucian Gideon Conway, Meredith A. Repke y Shannon C. Houck, «Donald Trump as a cultural revolt against perceived communication restriction: priming political correctness norms causes more Trump support», Journal of Social and Political Psychology, 5(1) (2017), pp. 244-259.

[10] Margaret Canovan, «Trust the people: populism and the two faces of Democracy», Political Studies, 47(1) (1999), pp. 2-16. Véase también Margaret Canovan, The People, Polity Press, Cambridge, 2005.

[*] Miembro o seguidor de la generación *beat*, que se caracteriza por una conducta, un modo de pensar y una forma de vestir muy poco convencionales. *(N. de la t.)*

[11] Por ejemplo, Jan-Werner Müller, What Is Populism?, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2016; véase también Yascha Mounk, «How populists uprisings could bring down liberal democracy», The Guardian, 4 de marzo de 2018. Disponible en: https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/mar/04/shock-system-liberal-democracy-populism [Fecha de consulta: 25 de mayo de 2018].

[12] Charles Postel, The Populist Vision, Oxford University Press, Oxford, 2007; Walter Nugent, The Tolerant Populists: Kansas Populism and Nativism, University of Chicago Press, Chicago, 2013.

[13] Dennis W. Johnson, Democracy for Sale: A History of American Political Consulting, Oxford University Press, Oxford, 2017.

[14] Paul Taggart, Populism, Open University Press, Buckingham, 2000.

[15] Para estudios generales, véase Roger Eatwell, Fascism: A History, Pimlico, Londres, 2003; Robert Paxton, The Anatomy of Fascism, Allen Lane, Londres, 2004, y Stanley Payne, A History of Fascism, 1914-45, University of Wisconsin Press, Madison, 1995.

[16] Richard Bessel, Nazism and War, Phoenix, Londres, 2005, p. 3.

[17] James Q. Whitman, Hitler's American Model: the United States and the Making of Nazi Race Law, Princeton University Press, Princeton, 2017.

[18] David Cesarani, Final Solution: The Fate of the Jews 1933-1949, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2016; Dan Stone, Histories of the Holocaust, Oxford University Press, Oxford, 2010.

[*] «Espacio vital» en alemán. *(N. de la t.)*

[**] Derecho natural para gobernar de los hombres de la élite que habían estado en las trincheras (*trench* significa «trinchera» en inglés). *(N. de la t.)*

[19] Victoria De Grazia, How Fascism Ruled Women Italy, 1922-1945, University of California Press, Berkeley, 1993; Jill Stephenson, Women in Nazi Germany, Routledge, Londres, 2001.

[20] Avraham Barkai, Nazi Economics: Ideology, Theory and Policy, Yale University Press, New Haven, 1990; véase también David Baker, «The political economy of fascism: myth or reality or myth and reality?», New Political Economy, 11(2) (2006), pp. 227-250.

[21] Juan Linz, Authoritarian and Totalitarian Regimes, Lynne Riener Publishers, Boulder, Colorado, 2000; véase también Roger Eatwell, «The nature of "generic fascism": complexity and reflective hybridity», en António Costa Pinto y Aristotle Kallis (eds.), Rethinking Fascism and Dictatorship in Europe, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2014.

[22] Robert Gellately, Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany, Oxford University Press, Oxford, 2001; Ian Kershaw, The «Hitler Myth»: Image and Reality in The Third Reich, Oxford University Press, Oxford, 1987.

[*] En español en el original. *(N. de la t.)*

[23] Seymour Martin Lipset y Earl Raab, The Politics of Unreason: Right-wing Extremism in America, 1790-1970, Harper and Row, Nueva York, 1971.

[24] Noberto Bobbio, Left and Right: The Significance of a Political Distinction, Polity Press, Cambridge, 1996; Roger Eatwell y Noël O'Sullivan (eds.), The Nature of the Right, Frances Pinter, Londres, 1989.

[25] Nicholas Vinocaur, «Marine Le Pen makes globalization the enemy», Politico Europe, 2 de mayo de 2017. Disponible en: https://www.politico.eu/article/marine-le-pen-globalization-campaign-launch-french-politics-news-lyon-islam/ [Fecha de consulta: 22 de enero de 2018].

[26] Sobre las modalidades de populismo, véase Cristóbal Rovira Kaltwasser, Paul Taggart, Pauline Ochoa Espejo y Pierre Ostiguy (eds.), The Oxford Handbook of Populism, Oxford University Press, Oxford, 2017, y Jens Rydgren (ed.), The Oxford Handbook of the Radical Right, Oxford University Press, Oxford, 2018.

[27] Para un punto de vista favorable, que destaca el fracaso del liberalismo para comprender las inquietudes conservadoras, véase Frank Furedi, European Culture Wars: The Conflict of Values between Hungary and the EU, Routledge, Abingdon, 2017.

[28] Martin Barker, The New Racism: Conservatives and the Ideology of the Tribe, Junction Books, Londres, 1981. Para una lectura académica sobre el racismo, véase Martin Bulmer y John Solomos (eds.), Racism, Oxford University Press, Oxford, 1999.

[29] David Miller, Strangers in our Midst: The Political Philosophy of Immigration, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2016.

[30] Ta-Nehisi Coates, «The first white president. The foundation of Donald Trump's presidency is the negation of Barack Obama's legacy», The Atlantic, octubre de 2017. Disponible en: https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2017/10/the-first-white-president-ta-nehisi-coates/537909/ [Fecha de consulta: 30 de octubre de 2017].

[31] Cas Mudde, Populist Radical Right Parties in Europe, Cambridge University Press, Cambridge, 2007. Véase también Cas Mudde, «Why nativism, not populism, should be declared word of the year», The Guardian, 7 de diciembre de 2017. Disponible en: https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/dec/07/cambridge-dictionary-nativism-populism-word-year [Fecha de consulta: 25 de mayo de 2018].

[32] Para una introducción a las modalidades del nacionalismo y los debates que rodean su naturaleza y sus causas, véase John Breuilly (ed.), The Oxford Handbook of the History of Nationalism, Oxford University Press, Oxford, 2013; John Hutchinson (ed.), Nationalism, Oxford University Press, Oxford, 1995.

3. Desconfianza

[1] Francis Fukuyama, «The end of history?», The National Interest, 16, verano 1989, pp. 3-18; Francis Fukuyama, The End of History and the Last Man, Free Press, Nueva York, 1992.

[2] Fareed Zakaria, «The rise of illiberal democracy», Foreign Affairs, 76(6) (1997), pp. 22-43; Colin Crouch, Post-Democracy, Polity Press, Cambridge, 2004.

[3] Freedom in the World 2018. Disponible en: https://freedomhouse.org/report/freedom-world/freedom-world-2018 [Fecha de consulta: 17 de enero de 2018].

[4] Karl Popper, The Open Society and its Enemies. Volume 1: the Spell of Plato, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1945.

[5] Joseph Schumpeter, Capitalism, Socialism and Democracy, Harper and Brothers, Nueva York, 1942; Clinton Rossiter, The American Presidency, Harcourt Brace, Nueva York, 1956.

[6] Bernard R. Berelson, Paul F. Lazarsfeld y W. N. McPhee, Voting. A Study of Opinion Formation in a Presidential Campaign, Chicago University Press, Chicago, 1954; Angus Campbell, Philip E. Converse, Warren E. Mitchell y Donald E. Stokes, The American Voter, Chicago University Press, Chicago, 1960.

[7] Richard Hofstadter, «The paranoid style in American politics», Harper's Magazine, noviembre de 1964. Disponible en: https://harpers.org/archive/1964/11/the-paranoid-style-in-american-politics/ [Fecha de consulta: 7 de diciembre de 2016]. Véase también Daniel Bell (ed.), The Radical Right, Doubleday, Nueva York, 1963.

[8] Gabriel Almond y Sidney Verba, The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations, Princeton University Press, Princeton, 1963.

[9] Hanspeter Kriesi, «The populist challenge», West European Politics, 37(2) (2014), pp. 361-378.

[10] Vernon Bogdanor, «After the referendum, the people, not parliament, are sovereign», Financial Times, 9 de diciembre de 2016.

[11] David Butler y Uwe Kitzinger, The 1975 Referendum, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2016, p. 280.

[12] Citado en Wolfgang Müller, Marcelo Jenny y Alejandro Ecker, «The elites-masses gap in European integration», en Heinrich Best, György Lengyel y Luca Verzichelli (eds.), The Europe of Elites: A Study into the Europeanness of Political and Economic Elites, Oxford University Press, Oxford, 2012, p. 167.

[13] Max Haller, European Integration as an Elite Process: The Failure of a Dream?, Routledge, Londres, 2008, pp. 16-18.

[14] Hermann Schmitt y Jacobus Johannes Adrianus Thomassen (eds.), Political Representation and Legitimacy in the European Union, Oxford University Press, Oxford, 1999.

[15] Lauren McLaren, Identity, Interests and Attitudes to European Integration, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2005.

[16] «We’re not morons. Brexit divisions harden across Britain», The Guardian, 26 de enero de 2018. Disponible en: https://www.theguardian.com/politics/2018/jan/26/uk-brexit-voters-mansfield-bristol-torbay-leeds-post-referendum [Fecha de consulta: 3 de febrero de 2018].

[17] OECD Education at a Glance, 12 de septiembre de 2017. Disponible en: http://www.oecd.org/education/education-at-a-glance-19991487.htm [Fecha de consulta: 9 de diciembre de 2017].

[18] Ruy Texeira, «The math is clear: Democrats need to win more working-class white votes», Vox, 29 de enero de 2018. Disponible en: https://www.vox.com/the-big-idea/2018/1/29/16945106/democrats-white-working-class-demographics-alabama-clinton-obamabase [Fecha de consulta: 5 de febrero de 2018].

[19] Geoffrey Evans y James Tilley, The New Politics of Class: The Political Exclusion of the British Working Class, Oxford University Press, Oxford, 2017; véase también House of Commons Library, Social Background of Members of Parliament, 1979-2017, Londres, 2017. Disponible en: http://researchbriefings.parliament.uk/ResearchBriefing/Summary/CBP-7483#fullreport [Fecha de consulta: 7 de enero de 2018].

[20] Eric Lipton, «Half of Congress members are millionaires, report says», New York Times, 9 de enero de 2014; «50 richest members of Congress», Newsweek, 7 de abril de 2018.

[21] Mark Bovens y Anchrit Wille, Diploma Democracy: The Rise of Political Meritocracy, Oxford University Press, Oxford, 2017; Larry M. Bartels, Unequal Democracy: The Political Economy of the New Gilded Age, Princeton University Press, Princeton, 2016.

[22] Social Mobility Commission, State of the Nation 2017: Social Mobility in Great Britain, Londres, 2017. Disponible en: https://www.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/662744/State_of_the_Nation_2017_-_Social_Mobility_in_Great_Britain.pdf [Fecha de consulta: 7 de enero de 2018].

[23] Elmer E. Schattschneider, The Semisovereign People: A Realist's View of Democracy in America, Holt, Rinehart and Winston, Chicago, 1960.

[24] Nicholas Carnes, White Collar Government: The Hidden Role of Class in Economic Policy Marking, University of Chicago Press, Chicago, 2013.

[25] Nancy MacLean, Democracy in Chains: The Radical Right's Stealth Plan for America, Viking, Nueva York, 2017; Jane Mayer, Dark Money: How a Secretive Group of Billionaires Is Trying to Buy Political Control in the US, Doubleday, Nueva York, 2016.

[26] Benjamin R. Barber, Strong Democracy: Participatory Politics for a New Age, University of California Press, Berkeley, 1984; James S. Fishkin, When the People Speak: Deliberative Democracy and Public Consultation, Oxford University Press, Oxford, 2009.

[27] Karl Vick, «The digital divide: a quarter of the nation without broadband», Time, 30 de marzo de 2017. Disponible en: http://time.com/4718032/the-digitaldivide/ [Fecha de consulta: 17 de marzo de 2018].

[28] Cass R. Sunstein, #Republic: Divided Democracy in the Age of Social Media, Princeton University Press, Princeton, 2017.

[29] Mark Lilla, The Once and Future Liberal: After Identity Politics, HarperCollins, Nueva York, 2017.

[30] Baxter Oliphant, «Views about whether whites benefit from societal advantages split sharply along racial and partisan lines», Pew Research Center, 28 de septiembre de 2017. Disponible en: http://www.pewresearch.org/fact-tank/2017/09/28/views-about-whether-whites-benefit-from-societal--advantages-split-sharply-along-racial-and-partisan-lines/ [Fecha de consulta: 8 de marzo de 2018].

[31] Charles Murray, Coming Apart: The State of White America, 1960-2010, Crown Forum, Nueva York, 2012.

[32] Mitchell Langbert, Anthony J. Quain y Daniel B. Klein, «Faculty voter registration in economics, history, journalism, law and psychology», Econ Journal Watch 13(3), (2016) pp. 422-451.

[33] 2018 Edeleman Trust Barometer. Disponible en: http://cms.edelman.com/sites/default/files/2018-01/2018_Edelman_Trust_Barometer_Global_Report_Jan.PDF [Fecha de consulta: 22 de enero de 2018]. Datos del Pew sobre los institutos y las universidades. Disponible en: http://www.pewresearch.org/fact-tank/2017/07/20/republicans-skeptical-of-colleges-impact-on-u-s-but-most-see-benefits-for-workforce-preparation/ft_17-07-20_collegessince2015/ [Fecha de consulta: 13 de marzo de 2018].

[34] Lucian Gideon Conway, Meredith A. Repke y Shannon C. Houck, «Donald Trump as a cultural revolt against perceived communication restriction: priming political correctness norms causes more Trump support», Journal of Social and Political Psychology, 5(1), (2017) pp. 244-259.

[35] Lee Drutman, Larry Diamond y Joe Goldman, «Follow the leader: exploring American support for democracy and authoritarianism», marzo de 2018. Disponible en: https://www.voterstudygroup.org/publications/2017-voter-survey/follow-the-leader [Fecha de consulta: 4 de abril de 2018].

[36] «Globally, broad support for representative and direct democracy», Pew Research Center, 16 de octubre de 2017. Disponible en: http://www.pewglobal.org/2017/10/16/globally-broad-support-for-representative-and-direct-democracy/ [Fecha de consulta: 8 de enero de 2018].

[37] Nick Clarke, Will Jennings, Jonathan Moss y Gerry Stoker, The Rise of Anti-politics in Britain, University of Southampton, Southampton, 2016. Disponible en: https://eprints.soton.ac.uk/394835/ [Fecha de consulta: 26 de mayo de 2018].

[38] Gabriela Catterberg y Alejandro Moreno, «The individual bases of political trust: trends in new and established democracies», International Journal of Public Opinion Research, 18(1) (2006), pp. 31-48.

[39] Ipsos (2017), «The Rise of Populism: A Global Approach. Entering a New Supercyle of Uncertainty». Disponible en: https://www.ipsos.com/sites/default/files/2017-07/IpsosPA_TheRiseOfPopulism.pdf [Fecha de consulta: 24 de enero de 2018].

[40] Richard Wike, Katie Simmons, Bruce Stokes y Janell Fetterolf, «Globally, broad support for representative and direct democracy», Pew Research Centre, 16 de octubre de 2017. Disponible en: http://www.pewglobal.org/2017/10/16/globally-broad-support-for-representative-and-direct-democracy/ [Fecha de consulta: 16 de octubre de 2017].

[41] Por ejemplo, John P. McCormick, «Contain the wealthy and patrol the magistrates: restoring elite accountability to popular government», American Political Science Review, 100(2) (2006), pp. 159 y 160.

4. Destrucción

[1] Noah Y. Harari, Sapiens. A Brief History of Humankind, HarperCollins, Nueva York, 2015, p. 231.

[2] James Q. Whitman, Hitler's American Model. The United States and the Making of Nazi Race Law, Princeton University Press, Princeton, 2017.

[3] «Immigration's impact on past and future U.S. population change», Pew Research Center, 28 de septiembre de 2015. Disponible en: http://www.pewhispanic.org/2015/09/28/chapter-2-immigrations-impact-on-past-and-future-u-s-population-change/ [Fecha de consulta: 8 de febrero de 2018]; «Key findings about U.S. immigrants», Pew Research Center, 3 de mayo de 2017. Disponible en: http://www.pewresearch.org/fact-tank/2017/05/03/key-findings-about-u-s-immigrants/ [Fecha de consulta: 20 de mayo de 2017].

[4] «From Ireland to Germany to Italy to Mexico: how America's source of immigrants has changed in the states, 1850-2013», Pew Research Center, 28 de septiembre de 2015. Disponible en: http://www.pewhispanic.org/2015/09/28/ from-ireland- to- germany- to- italy- to- mexico-how-americas-source- of- immigrants-has-changed- in- the-states-1850- to- 2013/ [Fecha de consulta: 12 de noviembre de 2017].

[5] Peter Morici, «Opinion: immigration reform could be the win that Trump and the economy need», MarketWatch, 28 de marzo de 2017. Disponible en: https://www.marketwatch.com/story/immigration-reform-could-be-the-win-that-trump-and-the-economy-need-2017-03-27 [Fecha de consulta: 24 de mayo de 2018].

[6] Oficina del Censo de Estados Unidos, «Quick Facts» (2016). Disponible en: https://www.census.gov/quickfacts/fact/table/US/PST045216 [Fecha de consulta: 23 de mayo de 2018]; Mohamed Besheer, «A new estimate of the US Muslim population», 6 de enero de 2016. Disponible en: http://www.pewresearch.org/fact-tank/2016/01/06/a-new-estimate-of-the-u-s-muslim-population/ [Fecha de consulta: 22 de diciembre de 2017].

[7] Kuang Keng Kuek Ser, «After the UK, which nations are more vulnerable to an anti- EU revolt? These 5 charts may tell you», PRI, 11 de julio de 2016. Disponible en: https://www.pri.org/stories/2016-07-11/after-uk-which-nations-are-more-vulnerable-anti-eu-revolt-these-5-charts-may-tell [Fecha de consulta: 24 de mayo de 2018].

[8] Maurice Crul, «Super-diversity vs. assimilation: how complex diversity in majority-minority cities challenges the assumptions of assimilation», Journal of Ethnic and Migration Studies, 42(1) (2016), pp. 54-68.

[9] Tim Immerzeel, Eva Jaspers y Marcel Lubbers, «Religion as catalyst or restraint of radical right voting?», West European Politics, 36(5) (2013), pp. 946-968.

[10] Giulio Meotti, «Christianity is rattling: “Lights out in Germany”», 12 de octubre de 2016. Disponible en: https://www.gatestoneinstitute.org/9072/germany-christianity [Fecha de consulta: 13 de octubre de 2016].

[11] Alexander Betts y Paul Collier, Refuge: Transforming a Broken Refugee System, Allen Lane, Londres, 2017.

[12] Citado en Angelique Chrisafis, «Marine Le Pen not guilty of inciting religious hatred», The Guardian, 15 de diciembre de 2015.

[13] Bat Ye'Or, Eurabia: The Euro-Arab Axis, Fairleigh Dickinson Press, Madison, Nueva Jersey, 2005; Samuel P. Huntington, The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order, Simon and Schuster, Nueva York, 1996.

[14] Bruce Bawer, While Europe Slept. How Radical Islam Is Destroying Europe from Within, Doubleday, Nueva York, 2006, p. 25.

[15] John Tirman, Immigration and the American Backlash, MIT Press, Cambridge Massachusetts, 2016.

[16] Datos obtenidos a partir de la Encuesta Mundial de Valores 2010-2014. Promedio para todos los países europeos de la muestra y Estados Unidos (Estonia, Alemania, Países Bajos, Polonia, Rumanía, Eslovenia, España, Suecia). Disponible en: http://www.worldvaluessurvey.org/wvs.jsp [Fecha de consulta: 9 de febrero de 2018].

[17] Datos de Gallup. «In US, 87% approve of black-white marriage, vs. 4% in 1958», 25 de julio de 2013. Disponible en: http://news.gallup.com/poll/163697/approvemarriage-blacks-whites.aspx [Fecha de consulta: 5 de diciembre de 2017]; Rob Ford, «The decline of racial prejudice in Britain», Manchester Policy Blogs, 21 de agosto de 2014. Disponible en: http://blog.policy.manchester.ac.uk/featured/2014/08/the-decline-of-racial-prejudice-in-britain/ [Fecha de consulta: 5 de julio de 2017].

[18] Elisabeth Carter, The Extreme Right in Western Europe: Success or Failure?, University of Manchester Press, Manchester, 2005.

[19] Jack Citrin y John Sides, «Immigration and the imagined community in Europe and the United States», Political Studies, 56(1) (2008), pp. 33-56; Lauren M. McLaren, «Public support for the European Union: cost/benefit analysis or perceived cultural threat?», The Journal of Politics, 64(2) (2002), pp. 551-566; Lauren M. McLaren, «Explaining opposition to Turkish membership of the EU», European Union Politics, 8(2) (2007), pp. 251-278; Jens Hainmueller y Daniel J. Hopkins, «Public attitudes toward immigration», Annual Review of Political Science, 17 (2014), pp. 225-249.

[20] Robert Ford, «Acceptable and unacceptable immigrants: how opposition to immigration in Britain is affected by migrants' region of origin», Journal of Ethnic and Migration Studies, 37(7) (2011), pp. 1017-1037; Elizabeth Ivarsflaten, «Threatened by diversity: why restrictive asylum and immigration policies appeal to Western Europeans», Journal of Elections, Public Opinion and Parties, 15(1) (2005), pp. 21-45; Lauren McLaren y Mark Johnson, «Resources, group conflict and symbols: explaining antiimmigration hostility in Britain», Political Studies, 55(4) (2007), pp. 709-732; John Sides y Jack Citrin, «European opinion about immigration: the role of identities, interests and information», British Journal of Political Science, 37(3) (2007), pp. 477-504.

[21] Jacob Poushter, «European opinions of the refugee crisis in five charts», 16 de septiembre de 2016. Disponible en: http://www.pewresearch.org/facttank/2016/09/16/european-opinions-of-the-refugee-crisis-in-5-charts/ [Fecha de consulta: 9 de agosto de 2017].

[22] Matthew Goodwin, Tom Raines y David Cutts, «What do Europeans think about Muslim immigration», 7 de febrero de 2017. Disponible en: https://www.chathamhouse.org/expert/comment/what-do-europeans-think-about-muslim-immigration [Fecha de consulta: 29 de diciembre de 2017]; Forschungsgruppe Wahlen: Politbarometer, mayo de 2018. Disponible en: http://www.forschungsgruppe.de/Aktuelles/Politbarometer/ [Fecha de consulta: 26 de mayo de 2018].

[23] Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, How Democracies Die: What History Tells Us about Our Future, Viking, Nueva York, 2018.

[24] Bruce Stokes, «What it takes to truly be one of us», 1 de febrero de 2017. Disponible en: http://www.pewglobal.org/2017/02/01/what-it-takes-to-truly-be-one-of-us/ [Fecha de consulta: 12 de diciembre de 2017].

[25] Sobre el apoyo al UKIP, véase Robert Ford y Matthew Goodwin, Revolt on the Right: Explaining Public Support for the Radical Right in Britain, Routledge, Abingdon, 2014; Matthew Goodwin y Caitlin Milazzo, UKIP: Inside the Campaign to Redraw the Map of British Politics, Oxford University Press, Oxford, 2015; Robert Ford, Matthew J. Goodwin y David Cutts, «Strategic Eurosceptics and polite xenophobes: support for the United Kingdom Independence Party (UKIP) in the 2009 European Parliament elections», European Journal of Political Research, 51(2) (2012), pp. 204-234; Paul Webb y Tim Bale, «Why do Tories defect to UKIP? Conservative Party members and the temptations of the populist radical right», Political Studies, 62(4) (2014), pp. 961-970.

[26] Jens Rydgren, «Immigration sceptics, xenophobes or racists? Radical right-wing voting in six West European countries», European Journal of Political Research, 47(6) (2008), pp. 737-765.

[27] Gordon Allport, The Nature of Prejudice, Perseus Books, Cambridge, Massachusetts, 1954.

[28] Robert D. Putnam, «E pluribus unum: diversity and community in the twenty-first century – the 2006 Johan Skytte Prize Lecture», Scandinavian Political Studies, 30(2) (2007), pp. 137-174; Paul Collier, Exodus: Immigration and Multiculturalism in the 21st Century, Allen Lane, Londres, 2013.

[29] Samuel P. Huntington, Who Are We? The Challenges to America's National Identity, Simon and Schuster, Nueva York, 2004.

[30] D. J. Hopkins, «Politicized places: explaining where and when immigrants provoke local opposition», American Political Science Review, 104(1) (2010), pp. 40-60; B. J. Newman, (2013) «Acculturating contexts and anglo opposition to immigration in the United States», American Journal of Political Science, 57(2) (2013), pp. 374-390; M. Abrajano y Z. Hajnal, White Backlash: Immigration, Race and American Politics, Princeton University Press, Princeton, 2015.

[31] Janet Adamy y Paul Overberg, «Places most unsettled by rapid demographic change are drawn to Donald Trump», Wall Street Journal, 1 de noviembre de 2016. Disponible en: https://www.wsj.com/articles/places-most-unsettled-by-rapid-demographic-change-go-for-donald-trump-1478010940?mod=e2fb [Fecha de consulta: 15 de diciembre de 2016].

[32] Benjamin J. Newman, Sino Shah y Loren Collingwood, «Race, place, and building a base: Latino population growth and the nascent Trump campaign for president», Public Opinion Quarterly, 82(1) (2018), pp. 122-134.

[33] Chris Lawton y Robert Ackrill, «Hard evidence: how areas with low immigration voted mainly for Brexit», The Conversation, 8 de julio de 2016. Disponible en: https://theconversation.com/hard-evidence-how-areas-with-lowimmigration-voted-mainly-for-brexit-62138 [Fecha de consulta: 29 de agosto de 2016].

[34] Para este estudio, véase B. Bowyer, «Local context and extreme right support in England: the British National Party in the 2002 and 2003 local elections», Electoral Studies, 27(4) (2008), pp. 611-620; Robert Ford y Matthew J. Goodwin, «Angry white men: individual and contextual predictors of support for the British National Party», Political Studies, 58(1) (2010), pp. 1-25; Marcel Lubbers y Peer Scheepers, «French Front National voting: a micro and macro perspective», Ethnic and Racial Studies, 25(1) (2002), pp. 120-149; Elias Dinas y Joost van Spanje, «Crime story: the role of crime and immigration in the anti-immigration vote», Electoral Studies, 30(4) (2011), pp. 658-671; H. Coffé, B. Heyndels y J. Vermeir, J. «Fertile grounds for extreme right-wing parties: explaining the Vlaams Blok's electoral success», Electoral Studies, 26 (1) (2007), pp. 142-155; M. Lubbers y P. Scheepers, «Explaining the trend in extreme right-wing voting: Germany 1989-1998», European Sociological Review, 17(4) (2001), pp. 431-449; M. Golder, «Explaining variation in the success of anti-immigrant parties in Western Europe», Comparative Political Studies, 36(4) (2003), pp. 432-466; P. Knigge, «The ecological correlates of right-wing extremism in Western Europe», European Journal of Political Research 34(2) (1998), pp. 249-279; Jens Rydgren y Patrick Ruth, «Contextual explanations of radical right-wing support in Sweden: socioeconomic marginalization, group threat, and the halo effect», Ethnic and Racial Studies, 36(4) (2013), pp. 711-728; Michael Savelkoul, Joran Laméris y Jochem Tolsma, «Neighbourhood ethnic composition and voting for the Radical Right in the Netherlands. The role of perceived neighbourhood threat and interethnic neighbourhood contact», European Sociological Review, 33(2) (2017), pp. 209-224; Sarah Valdez, «Visibility and votes: a spatial analysis of anti-immigrant voting in Sweden», Migration Studies, 2(2) (2014), pp. 162-188; Eva G. T. Green et al., «From stigmatized immigrants to radical right voting: a multilevel study on the role of threat and contact», Political Psychology, 37(4) (2016), pp. 465-480; N. Mayer, Ces Français qui votent Le Pen, Flammarion, París, 2002.

[35] David Goodhart, «White self-interest is not the same thing as racism», Financial Times, 2 de marzo de 2017.

[36] Eric J. Hobsbawm, Nations and Nationalism since 1789: Programme, Myth, Reality, Cambridge University Press, Cambridge, 2012, p. 12.

[37] David Miller, On Nationality, Clarendon Press, Oxford, 1995.

[38] Jonathan Haidt, The Righteousness Mind. Why Good People Are Divided by Politics and Religion, Pantheon Books, Nueva York, 2012; y «When and why nationalism beats globalism», The American Interest, 12(1) (2016).

[39] Yomi Kazeem, «More than half of the world's population growth will be in Africa by 2050», Quartz Africa, 29 de junio de 2017. Disponible en: https://qz.com/1016790/more-than-half-of-the-worlds-population-growth-will-be-in-africa-by-2050/ [Fecha de consulta: 3 de febrero de 2018].

[40] Yemsi Adegoke, «UN: half of world's population growth is likely to occur in Africa», CNN, 26 de junio de 2017. Disponible en: https://edition.cnn.com/2017/06/25/africa/africa-population-growth-un/index.html?no-st=1527359812 [Fecha de consulta: 26 de mayo de 2018].

[41] David Coleman, «Projections of the ethnic minority populations of the United Kingdom 2006-2056», Population and Development Review, 36(3) (2010), pp. 441-486.

[42] Michael Lipka, «Europe's Muslim population will continue to grow – but how much depends on migration», 4 de diciembre de 2017. Disponible en: http://www.pewresearch.org/fact-tank/2017/12/04/europes-muslim-population-will-continue-to-grow-but-how-much-depends-on-migration/ [Fecha de consulta: 12 de febrero de 2018].

[43] «US Muslims concerned about their place in society, but continue to believe in the American Dream», Pew Research Center, 26 de julio de 2017. Disponible en: http://www.pewforum.org/2017/07/26/findings-from-pew-research-centers-2017-survey-of-us-muslims/ [Fecha de consulta: 6 de abril de 2018].

[44] Por ejemplo, véase Frank Van Tubergen, «Religious affiliation and attendance among immigrants in eight Western countries: individual and contextual effects», Journal for the Scientific Study of Religion, 45(1) (2006), pp. 1-22; Frank Van Tubergen, «Religious affiliation and participation among immigrants in a secular society: a study of immigrants in the Netherlands», Journal of Ethnic and Migration Studies, 33(5) (2007), pp. 747-765.

[45] Eric Kaufmann, Anne Goujon y Vegard Skirbekk. «The end of secularization in Europe?: a socio-demographic perspective», Sociology of Religion, 73(1) (2012), pp. 69-91.

[46] Frank Van Tubergen y Jorunn I. Sindradottir, «The religiosity of immigrants in Europe: a cross-national study», Journal for the Scientific Study of Religion, 50(2) (2011), pp. 272-288; véanse también los datos resumidos por David Voas y Fenella Fleischmann, «Islam moves west: religious change in the first and second generations», Annual Review of Sociology, 38 (2012), pp. 525-545. En el Pew, véase «Being Christian in Western Europe», Pew Research Center, 29 de mayo de 2018. Disponible en: http://www.pewforum.org/2018/05/29/being-christian-in-western-europe/ [Fecha de consulta: 1 de junio de 2018].

5. Privación

[1] Thomas Piketty, Capital in the 21st Century, Belknap Press, Cambridge, Massachusetts, 2014.

[2] Kara Scannell y Richard Milne, «Who was convicted because of the global financial crisis?», Financial Times, 9 de agosto de 2017.

[3] Deidre McCloskey, Bourgeois Equality: How Ideas, not Capital or Institutions, Enriched the World, University of Chicago Press, Chicago, 2016; Joel Mokyr, A Culture of Growth: The Origins of the Modern Economy, Princeton University Press, Princeton, 2016.

[4] Gary King et al., «Ordinary economic voting behavior in the extraordinary election of Adolf Hitler», The Journal of Economic History, 68(4) (2008), pp. 951-996.

[5] Chris Renwick, Bread for All. The Origins of the Welfare State, Allen Lane, Londres, 2017.

[6] Peter A. Hall, The Political Power of Economic Ideas: Keynesianism Across Nations, Princeton University Press, Princeton, 1989; Robert Skidelsky (ed.), The Essential Keynes, Penguin Books, Londres, 2015.

[7] Mariana Mazzucato, The Entrepreneurial State: Debunking Public vs Private Sector Myths, Anthem Press, Londres, 2013.

[8] David Green, The New Right: The Counter Revolution in Political, Economic and Social Thought, Harvester Wheatsheaf, Brighton, 1987; cf. Desmond S. King, The New Right: Politics, Markets and Citizenship, Macmillan, Basingstoke, 1987.

[*] «No hay alternativa» *(N. de la t.)*

[9] Nancy MacLean, Democracy in Chains: The Radical Right's Plans for America, Viking, Nueva York, 2017; Jane Mayer, Dark Money: How a Secretive Group of Billionaires Is Trying to Buy Political Control in the US, Doubleday, Nueva York, 2016.

[10] Murray Rothbard, For a New Liberty: The Libertarian Manifesto, Macmillan, Nueva York, 1973; cf. Charles Murray, Losing Ground, Basic Books, Nueva York, 1984.

[11] David Harvey, A Brief History of Neoliberalism, Oxford University Press, Oxford, 2005.

[12] Angus Deaton, «How inequality works», Project Syndicate, OnPoint, 21 de diciembre de 2017. Disponible en: https://www.project-syndicate.org/onpoint/anatomy-of-inequality-2017-by-angus-deaton-2017-12?barrier=accesspaylog [Fecha de consulta: 14 de enero de 2018].

[13] Jeffrey M. Jones, «In U.S. positive attitudes toward foreign trade stay high», 1 de marzo de 2018. Disponible en: http://news.gallup.com/poll/228317/positiveattitudes-toward-foreign-trade-stay-high.aspx [Fecha de consulta: 31 de marzo de 2018].

[14] Alec Tyson, «Americans generally positive about NAFTA, but most Republicans say it benefits Mexico more than US», 13 de noviembre de 2017. Disponible en: http://www.pewresearch.org/fact-tank/2017/11/13/americans-generally-positive-about-nafta-but-most-republicans-say-it-benefits-mexico-more-than-u-s/ [Fecha de consulta: 27 de enero de 2018].

[15] Dani Rodrik, «Populism and the economics of globalization» (2017). Disponible en: https://drodrik.scholar.harvard.edu/files/dani-rodrik/files/populism_and_the_economics_of_globalization.pdf [Fecha de consulta: 4 de abril de 2018].

[16] Datos obtenidos del Eurobarómetro.

[17] John Rapley, Twilight of the Money Gods: Economics as a Religion and How It All Went Wrong, Simon and Schuster, Londres, 2017.

[18] Emily Ekins, «Today's bailout anniversary reminds us that the Tea Party is more than anti-Obama», Reason.com, 3 de octubre de 2014. Disponible en: http://reason.com/archives/2014/10/03/the-birth-of-the-tea-party-movement-bega/ [Fecha de consulta: 13 de noviembre de 2017].

[19] Matthew Cooper, «Poll: most Americans support Occupy Wall Street», The Atlantic, 19 de octubre de 2011. Disponible en: https://www.theatlantic.com/politics/archive/2011/10/poll-most-americans-support-occupy-wall-street/246963/ [Fecha de consulta: 30 de enero de 2016].

[20] Markus Wagner, «Fear and anger in Great Britain: blame assignment and emotional reactions to the financial crisis», Political Behavior, 36(3) (2014), pp. 683-703.

[21] Paul Krugman, End This Depression Now, W.W. Norton and Company, Nueva York, 2012; Joseph Stiglitz, The Euro: And Its Threat to the Future of Europe, Allen Lane, Londres, 2016.

[22] Johan Norberg, Progress: Ten Reasons to Look Forward to the Future, Oneworld, Londres, 2016.

[23] OCDE, «Understanding the socio-economic divide in Europe», 26 de enero de 2017. Disponible en: https://www.oecd.org/els/soc/cope-divide-europe-2017-background-report.pdf [Fecha de consulta: 15 de enero de 2018].

[24] Jeremy Greenwood, Nezih Guner, Georgi Kocharkov y Cezar Santos, «Marry your like: assortative mating and income inequality» (Filadelfia, 2014). Disponible en: https://repository.upenn.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1052&context=psc_working_papers [Fecha de consulta: 5 de marzo de 2018].

[25] Tabla en Martin Wolf, «The long and painful journey to world disorder», Financial Times, 5 de enero de 2017. Disponible en: https://www.ft.com/content/ef13e61a-ccec-11e6-b8ce-b9c03770f8b1 [Fecha de consulta: 7 de julio de 2017].

[*] Término utilizado para describir el idioma alemán que contiene numerosas palabras en inglés. *(N. de la t.)*

[26] Peter Temin, The Vanishing Middle Class: Prejudice and Power in a Dual Economy, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 2017.

[27] Mai Chi Dao, Mitali Das, Zsoka Koczan y Weicheng Lian, «Drivers of declining labor share of income», blog del FMI, 12 de abril de 2017. Disponible en: https://blogs.imf.org/2017/04/12/drivers-of-declining-labor-share-of-income/ [Fecha de consulta: 12 de noviembre de 2017].

[28] Brenna Hoban, «Robots aren't taking the jobs, just the paychecks», Brookings, 8 de marzo de 2018. Disponible en: https://www.brookings.edu/blog/brookings-now/2018/03/08/robots-arent-taking-the-jobs-just-the-paychecks-and-other-new-findings-in-economics/ [Fecha de consulta: 11 de marzo de 2018.

[29] Monitor Fiscal del FMI, «Tacking Inequality», octubre de 2017. Disponible en: https://www.imf.org/en/Publications/FM/Issues/2017/10/05/fiscal-monitoroctober-2017 [Fecha de consulta: 30 de enero de 2018].

[30] Noam Gidron y Peter Hall, «The politics of social status: economic and cultural roots of the populist right», British Journal of Sociology, 68 (número especial) (2017), pp. 57-84. Disponible en: https://doi.org/10.1111/1468-4446.12319 [Fecha de consulta: 26 de mayo de 2018]; véase también J. Gest, T. Reny y J. Mayer, «Roots of the Radical Right: nostalgic deprivation in the United States and Britain», Comparative Political Studies, publicado en línea en julio de 2017.

[31] Christopher J. Anderson y Matthew M. Singer, «The sensitive left and the impervious right: multilevel models and the politics of inequality, ideology, and legitimacy in Europe», Comparative Political Studies, 41(4-5) (2008), pp. 564-599; véase también Robert Andersen, «Support for democracy in cross-national perspective: the detrimental effect of economic inequality», Research in Social Stratification and Mobility, 30(4) (2012), pp. 389-402.

[32] Teresa Kuhn, Erika van Elsas, Armen Hakhverdian y Wouter van der Brug, «An ever wider gap in an ever closer union: rising inequalities and euroscepticism in 12 West European democracies, 1975-2009», Socio-Economic Review, 14(1) (2014), pp. 27-45.

[33] Justin Gest, The New Minority: White Working-class Politics in an Age of Immigration and Inequality, Oxford University Press, Nueva York, 2016.

[*] Término utilizado para definir a las personas procedentes de Alemania Occidental y diferenciarlas de las de Alemania Oriental, llamadas *Ossis*. *(N. de la t.)*

[34] Resultados de la encuesta de YouGov/Legatum Institute, 14-15 de octubre de 2015. Disponible en:
https://d25d2506sfb94s.cloudfront.net/cumulus_uploads/document/ghloropd9r/Summary_Table.pdf
[Fecha de consulta: 15 de enero de 2018].

[35] Robert Griffin y Ruy Teixeira, «The story of Trump's appeal», Voter Study Group, junio de 2017. Disponible en: https://www.voterstudygroup.org/publications/2016-elections/story-of-trumps-appeal [Fecha de consulta: 4 de abril de 2018].

[36] Brian Rathbun, Evgenia Iakhnis y Kathleen E. Powers, «This new poll shows that populism doesn’t stem from people’s economic distress», Washington Post, 19 de octubre de 2017.

[37] Herbert Kitschelt, The Radical Right in Western Europe: A Comparative Analysis, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1995.

[38] Matthew Holehouse, «I’d rather be poorer with fewer migrants, Farage says», Daily Telegraph, 7 de enero de 2014.

6. Desalineamiento

[1] Philip E. Converse y Georges Dupeux, «Politicization of the electorate in France and the United States», Public Opinion Quarterly, 26(1) (1962), pp. 1-23.

[*] Raúl González, *E. U. A., Estados Unidos de Amnesia: la demoesclerosis norteamericana*, Editorial Diana, México D. F., 1993, p. 77. *(N. de la t.)*

[2] Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan, «Cleavage structures, party systems and voter alignments: an introduction», en Lipset y Rokkan (eds.), Party Systems and Voter Alignments, Free Press, Glencoe, 1967, pp. 1-64.

[3] Por ejemplo, Agnieszka Walczak, Wouter van der Brug y Catherine Eunice de Vries, «Long- and short-term determinants of party preferences: inter-generational differences in Western and East Central Europe», Electoral Studies, 31(2) (2012), pp. 273-284.

[4] Ronald Inglehart, The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics, Princeton University Press, Princeton, 1977.

[5] Piero Ignazi, «The silent counter-revolution», European Journal of Political Research, 2(1) (1992), pp. 3-34.

[6] Hanspeter Kriesi, E. Grande, R. Lachat, M. Dolezal, S. Bornschier y T. Frey, West European Politics in the Age of Globalisation, Cambridge University Press, Cambridge, 2008.

[7] Russell J. Dalton, Scott C. Flanagan y Paul Beck, Electoral Change in Advanced Industrial Democracies, Princeton University Press, Princeton, 1984; Russell J. Dalton y Mark P. Wattenberg, Parties Without Partisans: Political Change in Advanced Industrial Democracies: Realignment or Dealignment?, Oxford University Press, Oxford, 2002; Russell J. Dalton, The Apartisan American: Dealignment and Changing Electoral Politics, CQ Press, Washington DC, 2013.

[8] Datos de Gallup sobre imágenes de los partidos. Disponible en: http://news.gallup.com/poll/24655/party-images.aspx [Fecha de consulta: 25 de abril de 2018].

[9] Jeffrey M. Jones, «Democratic, Republican identification near historical lows», 11 de enero de 2016. Disponible en: http://news.gallup.com/poll/188096/democratic-republican-identification-near-historical-lows.aspx [Fecha de consulta: 11 de noviembre de 2017]; «Trends in party identification, 1939-2014», Pew Research Center, 7 de abril de 2015. Disponible en: http://www.people-press.org/interactives/party-id-trend/ [Fecha de consulta: 12 de enero de 2018]. Véase también Russell J. Dalton y Mark P. Wattenberg, Parties without Partisans: Political Change in Advanced Industrial Democracies, Oxford University Press, Oxford, 2002; «The generation gap in American politics», Pew Research Center, 1 de marzo de 2018. Disponible en: http://www.people-press.org/2018/03/01/the-generation-gap-in-american-politics/ [Fecha de consulta: 20 de abril de 2018].

[10] Datos de Gallup sobre la afiliación a los partidos. Disponible en: http://news.gallup.com/poll/15370/party-affiliation.aspx. [Fecha de consulta: 20 de abril de 2018]. Russell J. Dalton, The Apartisan American: Dealignment and Changing Electoral Politics, CQ Press, Washington DC, 2013.

[11] Datos obtenidos de estudios de las elecciones alemanas. Véase también Russell J. Dalton, «Interpreting partisan dealignment in Germany», German Politics, 23(1-2) (2014), pp. 134-144.

[12] Peter Mair e Ingrid Van Biezen, «Party membership in twenty European democracies, 1980-2000», Party Politics, 7(1) (2001), pp. 5-21; Ingrid Van Biezen, Peter Mair y Thomas Poguntke, «Going, going... gone? The decline of party membership in contemporary Europe», European Journal of Political Research, 51(1) (2012), pp. 24-56. Sobre la disminución general de la afiliación en Occidente, véase también Susan Scarrow, «Parties without members? Party organization in a changing electoral environment», en Russell J. Dalton y Mark P. Wattenberg, Parties Without Partisans: Political Change in Advanced Industrial Democracies, Oxford University Press, Oxford, 2002.

[13] Richard S. Katz y Peter Mair, «Changing models of party organization and party democracy: the emergence of the cartel party», Party Politics, 1(1) (1995), pp. 2-28.

[14] Tim Bale, «Inside Labour's massive membership base», Labour List, 6 de octubre de 2017. Disponible en: https://labourlist.org/2017/10/tim-bale-inside-labours-massive-membership-base/ [Fecha de consulta: 12 de enero de 2018].

[15] Estas son estimaciones recopiladas por Ipsos-MORI, «How Britain voted in the 2016 EU referendum». Disponible en: https://www.ipsos.com/ipsos-mori/en-uk/how-britain-voted-2016-eu-referendum [Fecha de consulta: 16 de enero de 2018].

[16] Russell Dalton, «Why don’t millennials vote?», Washington Post, blog de Monkey Cage, 22 de marzo de 2016. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2016/03/22/why-don’t-millennials-vote/ [Fecha de consulta: 26 de mayo de 2018].

[17] Se calcula añadiendo los valores absolutos de todas las ganancias y las pérdidas para los partidos y dividiendo el total por dos. M. N. Pedersen, «The dynamics of European party systems: changing patterns of electoral volatility», European Journal of Political Research, 7(1) (1979), pp. 1-26. Por ejemplo, en las elecciones en los Países Bajos, el valor de la inestabilidad aumentó más del cuádruple, desde cinco en los años cincuenta a veintidós en la primera década del siglo XXI; en Austria, se triplicó con creces, desde cuatro a casi catorce, mientras que en Alemania aumentó de casi ocho en los noventa a más de catorce en 2017. Véanse también datos en Russell J. Dalton, The Apartisan American: Dealignment and Changing Electoral Politics, CQ Press, Washington DC, 2013, capítulo 9.

[18] Sara B. Hobolt y James Tilley, «Fleeing the centre: the rise of challenger parties in the aftermath of the euro crisis», West European Politics, 39(5) (2016), pp. 971-991.

[19] Jeff Manza y Clem Brooks, Social Cleavages and Political Change. Voter Alignments and U.S. Party Coalitions, Oxford University Press, Oxford, 1999; también Michael Hout, Clem Brooks y Jeff Manza, «The democratic class struggle in the United States, 1948-1992», American Sociological Review, 60(6) (1995), pp. 805-828.

[20] Geoffrey Skelley, «Just how many Obama 2012-Trump 2016 voters were there?», Center for Politics/Sabato's Crystal Ball, 1 de junio de 2017. Disponible en: http://www.centerforpolitics.org/crystalball/articles/just-how-many-obama-2012-trump-2016-voters-were-there/#_edn1 [Fecha de consulta: 17 de marzo de 2018].

[21] John Sides, «Race, religion, and immigration in 2016. How the debate over American identity shaped the election and what it means for a Trump presidency», Democracy Fund Voter Study Group, junio de 2017. Disponible en: https://www.voterstudygroup.org/publications/2016-elections/race-religion-immigration-2016 [Fecha de consulta: 4 de abril de 2018].

[22] Enrique Hernández y Hanspeter Kriesi, «The electoral consequences of the financial and economic crisis in Europe», European Journal of Political Research, 55(2) (2016), pp. 203-224.

[23] Henrik Oscarsson y Sören Holmberg, «Swedish voting behaviour» (2010). Disponible en: https://www.valforskning.pol.gu.se/digitalAssets/1309/1309446_swedish-voting-behavior-juni-2010.pdf [Fecha de consulta: 20 de enero de 2018].

[24] Jonathan Mellon, «Party attachment in Great Britain: Five Decades of Dealignment», SSRN Papers, 10 de agosto de 2017, pp. 1-4. Disponible en: https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=2745654 [Fecha de consulta: 26 de mayo de 2018].

[25] Oliver Heath, «Policy alienation, social alienation and working-class abstention in Britain, 1964-2010», British Journal of Political Science, publicado en línea en septiembre de 2016. Disponible en: https://doi.org/10.1017/S0007123416000272 [Fecha de consulta: 26 de mayo de 2018]. Véase también Geoff Evans y James Tilley, The New Politics of Class: The Political Exclusion of the British Working Class, Oxford University Press, Oxford, 2017; Robert Ford y Matthew Goodwin, Revolt on the Right: Explaining Support for the Radical Right in Britain, Routledge, Abingdon, 2014.

[26] Martin Elff, «Disenchanted Workers, Selective Abstention and the Electoral Defeat of Social Democracy in Germany», artículo presentado en el 106th Annual Meeting of the American Political Science Association, 2-5 de septiembre de 2010, Washington, DC. Disponible en: https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=1644676 [Fecha de consulta: 25 de mayo de 2018].

[27] Matthew J. Goodwin y Oliver Heath, «The 2016 referendum, Brexit and the left behind: an aggregate-level analysis of the result», The Political Quarterly, 8(3) (2016), pp. 323-332.

[28] James Tilley y Geoffrey Evans, «The new politics of class after the 2017 general election», Political Quarterly, 88(4) (2017), pp. 710-715.

[29] Sobre las elecciones generales de 2017 y estas divisiones, véase Oliver Heath y Matthew J. Goodwin, «The 2017 general election, Brexit and the return to two-party politics: an aggregate-level analysis of the result», The Political Quarterly, 88(3) (2017), pp. 345-358; Matthew J. Goodwin y Oliver Heath, The UK 2017 General Election Examined: Income, Poverty and Brexit, Joseph Rowntree Foundation, Londres, 2017.

[30] Por ejemplo, Stan Greenberg, America Ascendant: A Revolutionary Nation's Path to Addressing its Deepest Problems and Leading the 21st Century, Thomas Dunne Books, Nueva York, 2015; Mark Siegel, «A new political era: the 2016-2020 realignment is under way», Huffpost, 8 de agosto de 2016. Disponible en: https://www.huffingtonpost.com/mark-siegel/a-new-political-era-the-2_b_11392304.html [Fecha de consulta: 12 de marzo de 2018].

[31] Justin Fox, «Rural America is aging and shrinking», Bloomberg View, 20 de junio de 2017. Disponible en: https://www.bloomberg.com/view/articles/2017-06-20/rural-america-is-aging-and-shrinking [Fecha de consulta: 18 de marzo de 2018].

[32] Larry M. Bartels, «Partisanship in the Trump era», Vanderbilt Center for the Study of Democratic Institutions Working Paper (2018). Disponible en: https://www.vanderbilt.edu/csdi/includes/Workingpaper2_2108.pdf [Fecha de consulta: 4 de abril de 2018].

[33] «Campaign exposes fissures over issues, values and how life has changed in the US», Pew Research Center, 31 de marzo de 2016. Disponible en: http://www.people-press.org/2016/03/31/campaign-exposes-fissures-over-issues-values-and-how-life-has-changed-in-the-u-s/ [Fecha de consulta: 4 de abril de 2018].

[34] Perry Bacon Jr y Dhrumil Mehta, «The diversity of black political views», FiveThirtyEight, 6 de abril de 2018. Disponible en: https://fivethirtyeight.com/features/the-diversity-of-black-political-views/ [Fecha de consulta: 7 de abril de 2018].

Conclusiones: Hacia el pospopulismo

[1] David Miller, On Nationality, Clarendon Press, Oxford, 1995.

[2] Gallup US Daily, 20 de enero-8 de marzo de 2017. Disponible en: http://news.gallup.com/poll/205832/race-education-gender-key-factors-trump-job-approval.aspx [Fecha de consulta: 30 de noviembre de 2017].

[3] Resultados de la encuesta realizada por YouGov/The Times, 28-29 de enero de 2018. Disponible en: https://d25d2506sfb94s.cloudfront.net/cumulus_uploads/document/yzgd1a3wr0/TimesResults_180129_Trackers_VI.pdf [Fecha de consulta: 31 de enero de 2018].

[4] Tony Cross, «One-third of Macron's ministers are millionaires», RFI inglés, 16 de diciembre de 2017. Disponible en: http://en.rfi.fr/france/20171216-one-third-macrons-ministers-are-millionaires [Fecha de consulta: 5 de marzo de 2018].

[5] Mario Munta, «The empty taste of Macron's citizens' consultations», Euractiv, 11 de abril de 2018. Disponible en: https://www.euractiv.com/section/future-eu/opinion/the-empty-taste-of-macrons-citizens-consultations/?utm_term=Autofeed&utm_campaign=Echobox&utm_medium=Social&utm_source=Twitter#link_time=1523446555 [Fecha de consulta: 11 de abril de 2018].

[6] Rob Griffin, Ruy Texeira y John Halpin, «Voter trends in 2016: A final examination», Center for American Progress, 2017. Disponible en: https://www.americanprogress.org/issues/democracy/reports/2017/11/01/441926/voter-trends-in-2016/ [Fecha de consulta: 12 de enero de 2018]; Alia Wong, «Where are all the high-school grads going?», The Atlantic, 11 de enero de 2016; Derek Thompson, «This is the way the college "Bubble" ends», The Atlantic, 26 de julio de 2017.

[7] En su punto culminante en 2014, el UKIP ocupó dos escaños en la Cámara de los Comunes que había obtenido en dos elecciones parlamentarias parciales, pero solo conservó uno en las elecciones generales de 2015. Matthew Goodwin y Caitlin Milazzo, UKIP: Inside the Campaign to Redraw the Map of British Politics, Oxford University Press, Oxford, 2015.

[8] Ralph Atkins, «Austria's Sebastian Kurz leans towards tougher line on migrants», Financial Times, 18 de octubre de 2017.

[9] Véase Markus Wagner y Thomas M. Meyer, «The Radical Right as niche parties? The ideological landscape of party systems in Western Europe, 1980-2014», Political Studies, 65(suplemento 1) (2017), pp. 84-107. Disponible en: https://doi.org/10.1177/0032321716639065 [Fecha de consulta: 26 de mayo de 2018]. Desde luego, no fueron los primeros en examinar esta cuestión. Para estudios y datos similares, véase también Tarik Abou-Chadi, «Niche party success and mainstream party policy shifts – How green and radical right parties differ in their impact», British Journal of Political Science, 46(2) (2016), pp. 417-436; Michael Minkenberg, «The new radical right in the political process: interaction effects in France and Germany», en Martin Schain, A. Zolberg y P. Hossay (eds.), Shadows Over Europe: The Development and Impact of the Extreme Right in Western Europe, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2002, pp. 245-268; J. Van Spanje, «Contagious parties. Antiimmigration parties and their impact on other parties' immigration stances in contemporary Western Europe», Party Politics, 16(5) (2010), pp. 563-586; Tim Bale, «Cinderella and her ugly sisters: the mainstream and extreme right in Europe's bipolarising party systems», West European Politics, 26(3) (2003), pp. 67-90.

[10] Robert Reich, «Trump is using Fox News to prepare for battle», Newsweek, 28 de marzo de 2018. Disponible en: http://www.newsweek.com/robert-reich-trump-using-fox-news-prepare-battle-861725 [Fecha de consulta: 28 de marzo de 2018].

[11] Fareed Zakaria, «The Democrats' problem not the economy, stupid», Washington Post, 29 de junio de 2017. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/opinions/the-democrats-problem-is-not-the-economy-stupid/2017/06/29/50fb7988-5d07-11e7-9fc6-c7ef4bc58d13_story.html?utm_term=.6fa52bd70847 [Fecha de consulta: 8 de abril de 2018].

Nacionalpopulismo
Roger Eatwell y Matthew Goodwin

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *National Populism: The Revolt Against Liberal Democracy*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño a partir del diseño original de Penguin Random House Group
© de la ilustración de la portada, Penguin Random House Group

© Roger Eatwell y Matthew Goodwin, 2018, 2019

Publicado de acuerdo con Brotherstone Creative Management y The Foreign Office Agència Literària

© de la traducción del inglés: María Eugenia Santa Coloma Costea, 2019

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril 2019

ISBN: 978-84-9942-809-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com